

OBRAS COMPLETAS - TOMO 2
ADOLF HITLER

OBRAS COMPLETAS

TOMO II

ADOLF
HITLER



LIBRO dot .com
<http://www.librodot.com>

DISCURSOS

AÑOS

1936,1937,1938

EN EL MUSEO DE BERLIN

(30 de enero de 1936)

Hombres de las tropas de asalto, nacionalsocialistas, miembros del partido.

Si en este día miramos hacia atrás, no sólo debemos hacerlo hasta 1933; debemos ir más lejos, pues para muchos que no conocen nuestro movimiento, éste fue una sorpresa, pero para nosotros, mis viejos luchadores, sólo fue el momento del cumplimiento del deber.

Muchas personas, especialmente en el exterior, pueden haberse mostrado sorprendidas con respecto de la maravilla que se desarrollaba ante sus ojos el 30 de enero de 1933 y durante las semanas siguientes. Pero yo y vosotros, mis camaradas, que estuvimos esperando juntos esa hora, teníamos esperanza y creíamos en ella.

Para nosotros no fue una sorpresa, sino simplemente la culminación de 14 años de lucha. No la habíamos iniciado a ciegas, sino con los ojos bien abiertos. Y por eso, al mirar hacia ese día, mi corazón se llena de gratitud profunda para aquellos que me permitieron vivir aquellas horas. Todos sois precursores y paladines de nuestro movimiento. Habéis presenciado el crecimiento de él: su lucha y su éxito. Y yo mismo conduje esta lucha durante 14 años. Yo fundé las tropas de asalto y marché al frente de sus columnas. Aprendí a conocerlos. Sé todo lo que sois y en todo lo que os habéis convertido para mí, y en todo lo que yo me he convertido para vosotros. En la historia, ningún otro jefe está unido a sus partidarios como nosotros. Juntos recorrimos el camino desde la nada hasta esta orgullosa altura. Lo que el mundo no comprende y considera como una maravilla o como un cambio de rumbo, nosotros sabemos que ha sido una lucha incesante y algunas veces llevada contra obstáculos que parecían insalvables. El mundo, en general, vio el 30 de enero como el punto culminante de nuestro movimiento. Pero conocemos muchos de esos días. Cada aldea, villa o ciudad que conquistamos ha experimentado en esos días lo mismo que cada fábrica y taller.

Este 30 de enero de 1933 no nos vino como regalo del cielo, sino que fue logrado después de amargas y sangrientas luchas. Y fue ese período de batalla que nos unió, y que enseñó al jefe y a los partidarios a entendernos los unos a los otros. Cuando llegó el 30 de enero, subimos al poder no para conquistar a la nación alemana, pues ya la habíamos conquistado. Lo mejor estaba en nuestras filas. Sólo permanecen alejados de ella los de estrecha mentalidad y los escépticos. Pero sus filas han mermado. Los que aún se oponen hoy a nosotros no lo hacen porque seamos nacionalsocialistas, sino porque hemos vuelto a hacer a Alemania libre y fuerte. Ellos son sólo enemigos de nuestro propio país, y sabemos que son de los tiempos de la Gran Guerra, época de la deplorable revuelta de 1918, y época de nuestra ruina.

Son los únicos que no quieren encontrarnos, que nunca podrán lograrlo y a quienes no deseamos. Así, después de 3 años de gobierno, tenemos que luchar todavía por el bien de nuestra nación, lucha que nunca terminará. Como la nación alemana en el pasado debió luchar por su posición en el mundo, así será en el futuro. Esta lucha será más fácil, mediante la existencia de nuestro movimiento.

La nación alemana, a través del movimiento nacionalsocialista, obtuvo el elemento de la unidad y la unanimidad, que tendrá consecuencias muy significativas y duraderas. Yo no soy sino su heraldo. Este movimiento nunca perecerá. Continuará dirigiendo a Alemania, y aunque nuestros adversarios no lo deseen, Alemania no volverá a la época de la ignominia

Vosotros, mis viejos luchadores y soldados políticos, haréis que este espíritu no muera. Estáis aquí y procedéis de todas las clases, todos los grupos y todas las confesiones; estáis resguardados por la unidad y no sabéis más que de Alemania y del servicio a vuestra nación. Levantareis las generaciones jóvenes, animadas por el mismo espíritu, que os mirarán como modelos.

Alemania nunca volverá a presenciar otro noviembre de 1918. Nadie puede esperar volver a la rueda del mundo hacia atrás. Esta hora en que estamos reunidos es la hora de los recuerdos. También es la hora de contemplar nuestro futuro. Todos sabemos lo que nos ha hecho fuertes. No es una simple organización ni una alianza externa, sino la fuerza interna inherente a nuestro movimiento, que se trasplantó a centenares de miles de corazones. Algunos le llaman razón, otros instinto, y nosotros le llamamos fe, esperanza y confianza. Sabemos que el nacionalsocialista no nace, sino que se educa, y debe educarse él mismo.

Sabemos que nuestro nacimiento y nuestros antecedentes familiares nos separan más bien que nos unen. Pero nos sentimos una nación y debemos establecer contacto entre unos y otros. De la misma manera que esta vieja guardia estrechó brazos y formó una unidad en todo el Reich, cada alemán debe en el futuro recibir la misma educación, a fin de ser un sincero espíritu nacionalsocialista. Este supremo principio lo debemos tener siempre presente. Una generación tras de la otra debe estar imbuida de ese ideal. Lo que no pueda conseguirse hoy será obtenido mañana. Debemos formar esos verdaderos ciudadanos que el país necesita en su lucha por la propia afirmación.

Al mismo tiempo que predicamos la paz, en el interior del país, queremos ser también una nación amante de la paz entre las demás naciones. No repetiremos nunca esto bastante. Buscamos la paz porque la amamos, pero insistimos en el honor porque no podemos vivir sin él.

Hemos mantenido este principio durante 14 años antes de que llegáramos al poder, y durante tres años lo hemos venido cumpliendo ahora que estamos en el poder. En el futuro no renunciaremos a lo que ha sido la esencia de nuestras vidas durante 14 años. El mundo debe saberlo. Alemania amará la paz más que cualquier otra nación si el honor del pueblo alemán no sufre. Los que crean que pueden tratarnos como esclavos encontrarán que somos el pueblo más altivo de la tierra, del mismo modo que los nacionalsocialistas han sido altivos e intolerantes para tratar con las personas que dentro del país creían que podían amordazarnos o maltratarnos. No han sido capaces de seguir la evolución. Esperamos que la comprensión general de los derechos de los demás

pueblos prevalezca cada día más en el mundo. Este es el primer requisito de una paz duradera y sincera entre las naciones. Así, después de tres años en el poder llegamos al fin de la etapa inicial del gobierno nacionalsocialista. Lo que hemos realizado es grandioso. Nunca hubo en el curso de la historia alemana un período de tres años en que se haya hecho tanto ni llegado tan lejos. Creo que debemos buscar décadas y aún siglos para encontrar acontecimientos tan revolucionarios como los realizados en tres años de gobierno nacionalsocialista.

Hemos realizado esto aunque la herencia que recibimos no era sólida, sino que estaba completamente dilapidada. Hoy podemos estar, los alemanes, orgullosos frente al mundo. Durante nuestra permanencia en el poder ha sido restablecido el honor de Alemania. Ya no somos esclavos sino ciudadanos libres. Podemos recordar con orgullo los sucesos de estos tres años. Ellos constituyen una promesa para el futuro. Nuestra tarea no será más fácil en el año que se inicia. Hay algunos que creen poder perjudicar al nacionalsocialismo diciendo: “Sí, pero todo eso requiere sacrificios”. Ah, sí, mi pequeño burgués: nuestra lucha ha exigido siempre sacrificios. Lo que pasa es que Vd. no los ha compartido nunca. ¿Cree Vd. que la Alemania de hoy se ha convertido en una gran nación nada más que porque usted no hizo ningún sacrificio? ¡No! Esta Alemania ha surgido porque nosotros estábamos dispuestos a hacer sacrificios. Así, si alguien nos dice que el futuro exigirá sacrificios, responderemos: ¡Sí!

El nacionalsocialismo no es ninguna doctrina de inactividad; es una doctrina de lucha. No es una doctrina de goce, sino una doctrina de esfuerzo y de lucha. Esa fue nuestra convicción antes de iniciar la batalla y siguió siendo nuestra convicción, durante años en el poder. No será alterada en el porvenir. Una cosa es definitiva; nuestra nación ha hecho siempre sacrificios para defender su existencia. Nunca ha recibido favores de nadie y sus sacrificios han sido a menudo en vano. De ahora en adelante, nuestro movimiento garantizará que esos sacrificios no serán en vano.

Así queremos en este día renovar nuestro principal voto: luchar infatigablemente por nuestro país y por el Movimiento que orientan los principios de su política internacional. Aceptaremos sin temor la lucha que se nos imponga y tomaremos sin temor todas las resoluciones que haya que adoptar.

Esta decisión nos ha guiado hasta hoy y nos guiará en el futuro. En este día de recuerdos, mis camaradas de lucha, quiero darles la bienvenida en la capital del Reich, agradeciéndoles su fervor, su lealtad, su fe y los sacrificios hechos por mí y por Alemania. Les pido que me acompañen a vitorear con toda fuerza por todo nuestro bienestar en este mundo, por el que luchamos antaño victoriosamente, que no falseamos en los días de la derrota, que ensalzamos en los tiempos de ignominia y que son sagrados para nosotros en el minuto del éxito. Por el Reich alemán, por la Nación Alemana, por el Movimiento Nacionalsocialista: ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil!

ANTE EL REICHSTAG

(7 de marzo de 1936)

Hombres del Reichstag alemán:

A requerimiento mío, el Presidente del Reichstag, camarada Göering, ha convocado esta sesión para que el Gobierno haga ante vosotros una declaración sobre cuestiones que han de ser consideradas como importantes, como decisivas, no sólo por vosotros sino instintivamente por todo el pueblo alemán.

Cuando en los tristes días de noviembre de 1918 se corrió el telón sobre la sangrienta tragedia de la gran guerra, respiraron en el mundo millones de hombres. Sobre los pueblos pasó, como un hálito de primavera, la esperanza de que así no sólo terminaba uno de los más lamentables trastornos de la historia universal sino que tomaba un nuevo giro histórico una época siniestra y llena de errores.

A través de todo el estrépito guerrero, de bárbaras amenazas, quejas, imprecaciones y condenas, llegaron a oídos de la Humanidad las palabras del Presidente norteamericano en las cuales se hablaba de una nueva época y de un mundo mejor. En 17 puntos se bosquejó a los pueblos una nueva organización para ellos y, por consiguiente, para la Humanidad. Cualesquiera que fuesen las objeciones que podían hacerse y que se hicieron a esos puntos, indudablemente encerraban algo que era la convicción de que restablecer mecánicamente el estado de cosas anterior, sus instituciones y sus ideas habría de llevar en poco tiempo a consecuencias análogas. Y ahí radicaba lo seductor de aquellas tesis, en que se intentaba con innegable amplitud de miras dar nuevas normas la comunidad de pueblos animándola de un nuevo espíritu de cual había de surgir y con el cual había de prosperar aquella institución llamada a ser como Liga de todas las Naciones, la que concertase a los pueblos, no sólo exteriormente sino, ante todo interiormente acercándolos entre sí en mutuo respeto y mutua comprensión. Ningún pueblo se rindió como el alemán a la seducción de esas fantasías. El pueblo alemán tuvo el honor de luchar contra un mundo y la desgracia de sucumbir en esa lucha. Pero al sucumbir se le cargó con la culpabilidad en una guerra que este pueblo no había presumido ni había deseado. El pueblo alemán creyó en esas tesis con la fuerza de quien desespera de sí y del mundo. Así empezó una verdadera vía de la amargura. Todos hemos sido durante muchos años víctimas de esa fe quimérica y objeto, por lo tanto, de pavorosas consecuencias. No es mi propósito hablar del horrible engaño que se fue apoderando cada vez más de nuestro pueblo. No quiero hablar de la desesperación, del dolor y sufrimiento de los que para el pueblo alemán y para nosotros estuvieron henchidos estos años. Habíamos sido arrastrados a una guerra en cuya explosión fuimos tan culpables o tan inocentes como los otros pueblos. Pero precisamente por ser los que más sacrificamos fuimos los que nos rendimos más fácilmente a la fe de un tiempo mejor.

Y no sólo nosotros, los que sucumbimos, sino también los vencedores vieron como la imagen ilusoria de una nueva época y de una nueva evolución humana se transformaba en una realidad lamentable.

Diecisiete años han transcurrido desde que los hombres de Estado de entonces se reunieron en Versalles para proceder al establecimiento de una nueva organización mundial. Tiempo suficiente, éste, para poder emitir un juicio sobre las tendencias generales de una evolución. No es necesario que rebusquemos y revisemos en las fuentes de la actividad literaria o periodística, juicios críticos sobre aquella época para llegar a conclusiones decisivas; basta con volver la mirada al mundo actual, a su misma vida, a sus esperanzas y sus desilusiones, a sus crisis y a sus luchas para obtener una respuesta inequívoca en cuanto a la justa apreciación de ese proceso.

En lugar de la cordialidad, nacida de un paulatino allanamiento de las contraposiciones humanas, presenciamos el espectáculo de intranquilidad y desorden que no parecen amenguar sino desgraciadamente tomar incremento. Recelo y odio, envidia y egoísmo, desconfianza y sospecha son los sentimientos que palpable y visiblemente dominan a los pueblos. Aquella paz que iba a colocarse un día como clave de bóveda sobre el panteón amurallado de la guerra, se convirtió en semilla infernal de nuevas luchas. Adonde quiera que miremos, vemos desde entonces surgir desórdenes interiores y exteriores. No pasa un año en que en algún punto cualquiera de la tierra no se oiga en lugar del repique de las campanas de la paz, el fragor de las armas. ¿Quién ha de admirarse de que ese trágico desengaño haya quebrantado también, en el alma de los pueblos la confianza en la justicia de un tal orden de cosas que parece fracasar tan catastróficamente? Nuevas concepciones intentan apoderarse de los hombres utilizando inmediatamente como paladines de nuevas conquistas a los neófitos ganados por aquellas. La historia comprobará un día que, desde la terminación de la gran guerra, el orbe ha sido teatro de conmociones espirituales, políticas y económicas como, por lo general, no se presentan más que milenariamente para dar a los pueblos y a los continentes una significación y un carácter especial. Considérese que, desde entonces, la tensión entre los pueblos se ha hecho más tirante que nunca. La revolución bolchevique imprime su sello a uno de los mayores países de la tierra y no sólo exteriormente sino colocándole espiritualmente en una oposición irreductible desde el punto de vista ideológico y religioso, con los pueblos y Estados circundantes. No son sólo las concepciones generales humanas, económicas y políticas las que se derrumban y sepultan bajo ellas a sus representantes, sus partidos, sus organizaciones y sus Estados, no; es un mundo de concepciones metafísicas el que se desploma; se destrona a Dios, se exterminan religiones e Iglesias, se prescinde brutalmente del más allá y se proclama como la única cosa existente, un mundo lleno de tormentos. Caen imperios y monarquías, desarraigándose poco a poco hasta en el recuerdo de la misma manera que los pueblos vuelven a abandonar sus democracias parlamentarias para sustituirlas con nuevas concepciones políticas. Y paralelamente con ello, las máximas económicas que antes pasaban sencillamente como fundamento de la convivencia humana, son eliminadas substituidas por principios contrarios. Y con todo esto se cierne sobre los pueblos el pánico de la falta de trabajo y, por lo tanto, del hambre y de la miseria, precipitando a la maldición a millones de hombres. Y esta humanidad atónita ve que el dios de la guerra no ha depuesto sus armas, sino que, por el contrario, camina por la tierra más armado que nunca. Si antes, ejércitos de centenares de miles defendían los fines de una política imperialista de dinastías, de Gobiernos o de nacionalidades, hoy, son ejércitos de millones de hombres los que se arman para la guerra en nombre de nuevas ideas, de revoluciones mundiales, del bolchevismo y hasta del tabú de “nunca más guerra” y soliviantan con ello a los pueblos.

Diputados:

Al exponer ante vosotros y ante el pueblo alemán estos hechos, no lo hago tanto para despertar vuestra comprensión para la trascendencia de la época en que vivimos, como para mostraros la incapacidad espiritual y práctica de quienes se presentaban un día como llamados para dar al mundo nueva época de pacífica evolución, de bendición y de prosperidad.

Y hay algo más que no quiero callar: nosotros no tenemos responsabilidad en esta política, porque no teníamos poder ni fuerza para dar ideas al mundo ni leyes a la vida,

en los tiempos de la humillación, tiempos en que fuimos maltratados por estar inermes. Eso fue obra de los poderosos dirigentes del mundo y Alemania durante más de 15 años figuró entre los regidos. Digo esto además porque quisiera abrir los ojos al pueblo alemán y quizá a otras naciones también, para que viesen que seguir principios erróneos por inexactos tiene que llevar a resultados no menos erróneos e inexactos. El que nosotros como víctimas propiciatorias de este proceso hayamos sido afectados por él con singular crudeza, depende, en parte, como ya hemos dicho, de lo grave de nuestra caída. Pero el que todo el mundo incurriese en este tiempo en esas constantes desarmonías y crisis continuadas hay que atribuirlo al escaso juicio y penetración con que se vieron y se trataron los problemas de los pueblos aisladamente y en relación unos con otros.

El origen de todo esto está en aquel infausto Tratado que pasará a la historia como ejemplo de la miopía humana y de insensatas pasiones para demostrar cómo no pueden terminarse las guerras cuando se tiene el propósito de llevar a los pueblos a nuevas perturbaciones. A causa del espíritu de este tratado, y de su íntima conexión con el establecimiento de la Sociedad de Naciones, ésta nació ya con una tara y por tanto desprestigiada. Desde entonces existe una Contraposición entre los principios ideales de una verdadera Sociedad de Naciones, como comunidad de miembros libres e iguales y el mundo real en que el Tratado de paz clasificó a los pueblos en vencidos, es decir, sin derechos, y vencedores, o sea los únicos que gozaban de derechos. La manera inadecuada con que se trataron numerosas cuestiones políticas y económicas de interés mundial se debe también al espíritu de este Tratado. Se trazaron fronteras siguiendo, no las necesidades concretas de la vida y teniendo en cuenta las tradiciones existentes, sino guiados por las ideas de venganza y lucro y, acompañados otra vez de los sentimientos de recelo y de temor frente al desquite que posiblemente podría inspirar esa política. Hubo un momento en que los estadistas tuvieron la posibilidad de iniciar una fraternal concordia apelando sencillamente a la razón y al corazón de los soldados que a millones luchaban en los ejércitos de los pueblos, concordia que quizá hubiese facilitado infinitamente para siglos y siglos la convivencia de las naciones y de los Estados. Pero lo que ocurrió fue lo contrario. Y lo peor es que el espíritu de odio de este tratado prendió en la mentalidad general de los pueblos de manera que infectó y empezó a imperar en la opinión pública y de este espíritu de odio surgió el triunfo de la insensatez que desconocía los problemas naturales de la vida de los pueblos e incluso los propios intereses destruyéndolos con el veneno de ciegas pasiones.

No puede desconocerse ni negarse que el mundo sufre hoy males sin cuento, mas lo peor es que a causa de su obcecación no quiere ver las causas de tales infortunios y parece complacerse en él, y en las informaciones públicas se pone en evidencia, con mayor o menor mala intención, hasta qué punto están amenazadas o en peligro las posibilidades de vida de uno u otro pueblo.

Es de lamentar por ejemplo, que el mundo no quiera tener comprensión para las graves dificultades vitales del pueblo alemán y aún nos hiere en lo vivo leer todos los días en numerosos órganos de la Prensa la satisfacción con que relatan las aflicciones que necesariamente acompañan la vida de nuestro pueblo. Pudiera pasar mientras se tratara de literatos sin importancia. Pero lo malo es que también los estadistas empiecen a ver en las señales visibles o presuntas de calamidad y de miseria de un pueblo, hechos satisfactorios para juzgar la situación general y el porvenir del mundo.

Esto empezó en el año 1918. Entonces comenzó a implantarse aquel arte político que crea problemas insensatamente para desmayar después en su solución o gritar sin tregua y temerosamente. Es la insensatez que desconoce en absoluto que desmembrar los organismos políticos en contra de la Historia no elimina la verdadera existencia histórica de un pueblo sino que lo único que hace es dificultar o hacer imposible la defensa de los intereses vitales, la organización de sus condiciones de vida. Era esa insensatez con la que, por ejemplo, en el caso de Alemania, se aislaba. Con procedimientos verdaderamente científicos a una nación de 65 millones, se le arrebatában sus relaciones económicas, se confiscaban sus capitales en el Extranjero, se aniquilaba el comercio, se cargaba luego a este pueblo con una deuda astronómica incalculable y finalmente, para que pudiese pagar esa deuda se le concedían créditos extranjeros y para poder pagar el interés de los créditos se fomentaba a toda costa la exportación, se amurallaban al cabo los mercados, se arrastraba así a ese pueblo a un empobrecimiento y una miseria horribles y se le acusaba luego de falta de capacidad de pago o de mala voluntad. Esto se llamaba “sabia política”.

Diputados del Reichstag alemán: al tratar tan minuciosamente estos problemas, lo hago porque tengo el convencimiento de que sin modificar la consideración espiritual en la conformación de nuestras relaciones internacionales jamás podremos llegar al resultado de una verdadera pacificación de la humanidad. Las fatales tensiones de espíritu que existen hoy en Europa se deben también a esa insensatez que clama al cielo y que cree poder pasar por alto las necesidades elementales de los pueblos. Hay hoy políticos que parecen no sentirse seguros más que cuando las condiciones internas en que se desenvuelve la vida de los pueblos vecinos es todo lo adversa posible. Y aún más; cuanto más adversa tanto más triunfal le parece el éxito de su política clarividente. Yo quisiera que el pueblo alemán aprendiese de esa insensatez y no incurriese en las mismas faltas. Yo quisiera que la nación alemana aprendiese a ver en la existencia de los pueblos realidades históricas de las cuales el iluso puede prescindir con el deseo, pero de las cuales de hecho no puede prescindirse. Que aprendiera lo irrazonable que es querer poner en contradicción esas realidades históricas con las exigencias de sus imperativos vitales y de sus comprensibles derechos a la vida. Por eso querría que el pueblo alemán comprendiese los motivos intrínsecos de la política exterior nacionalsocialista, política que considera, por ejemplo, lamentable que un pueblo de 33 millones de habitantes no tenga acceso al mar más que por lo fue territorio del Reich, pero que también le parece absurdo por imposible, el querer negar sin más ni más a tan gran Estado el acceso al mar. No puede ser el espíritu ni la finalidad de una política internacional de altas miras provocar estados de cosas que han de clamar necesaria e inmediatamente por su modificación. Es, desde luego, posible que apelando, sobre todo, a la “fuerza” puedan los políticos violentar los intereses naturales de la vida, pero cuanto más frecuentes sean estos casos y cuanto más graves, tanto mayor será la presión para la descarga de las fuerzas y de las energías acumuladas y violentadas. Esto conduce luego a la acumulación de medios de defensa siempre nuevos y aumenta con eso a su vez ineludiblemente la contrapresión de las energías vitales del pueblo en cuestión, que han de ser constreñidas. Y entonces el mundo se encuentra sumido en temerosa inquietud y presentimiento de amenazadoras explosiones sin querer reconocer que, en realidad, la culpa de ese peligroso proceso no está más que en la insensatez de sus llamados estadistas. ¡Cuántas preocupaciones se le hubieran ahorrado a la humanidad, y especialmente a los pueblos europeos, si se hubieran respetado las condiciones elementales y naturales de vida y se hubiesen tenido en cuenta, tanto en la configuración política del mapa europeo como en la colaboración económica!

Y esto me parece absolutamente necesario si quieren conseguirse en lo futuro resultados mejores y más satisfactorios que los conseguidos hasta ahora. Especialmente en Europa, pues los pueblos europeos no constituyen, en definitiva, más que una familia sobre la faz de la tierra. A veces algo pendenciera pero, a pesar de todo, unida entre sí por parentesco natural o por afinidad, inseparable espiritual, cultural y económicamente, e imposible de concebir dissociada. Todo intento de considerar y de tratar los problemas europeos de otro modo que no sea el de las leyes de la sana y fría razón conduce a reacciones desagradables para todos. Vivimos en una época de interna igualdad social de los pueblos. El hombre de Estado que no conozca el espíritu de nuestros tiempos y no intente suavizar y, si es posible, hacer desaparecer en su pueblo los enconos por medio de concesiones compensadoras sucumbirá un día ante las explosiones que provoque necesariamente esa compensación o, lo que es más probable, dejará un caótico campo de ruinas. Será prudente el Gobierno que refrene la turbulenta sinrazón pero que también escuche el manifiesto impulso de la época y lleve sensatamente hacia aquella igualdad social que refrena a los unos sin rendirse ante los otros. Puede profetizarse hoy para Europa que allí donde este proceso no se trate con la cautela debida o donde no se logre dirigirle, los enconos aumentarán hasta que por fin, obedeciendo a los rasgos espirituales de esta época impulsen por sí mismos a la compensación. Pero también corresponde a la cordura de la reconstrucción y de la conservación de una familia de pueblos como es Europa aplicar esas leyes internas en un sentido también superestatal. Es poco razonable imaginarse que en una casa tan estrecha como Europa puedan mantenerse a la larga una comunidad de pueblos con regímenes y concepciones jurídicas diferentes. Todo intento de esa índole conduce a una carga de las energías volitivas en los afectados por la injusticia y, por lo tanto, y naturalmente, a una carga de la psicosis de pánico en los culpables. Considero semejante evolución no sólo irrazonable sino también sin sentido y además muy peligrosa. La considero especialmente crítica cuando además añade a ella una campaña de excitaciones intelectuales que, partiendo de literatos de cortos vuelos y de perturbadores internacionalmente conocidos, moviliza al amparo de esa sinrazón la pasión de las masas populares hostigadas y alucinadas. Al expresar estos temores no hago mas que manifestar lo que millones de seres presienten, sienten o experimentan sin darse quizá cuenta de las profundas causas. Pero yo, diputados del Reichstag, tengo derecho a exponer claramente ante vosotros estas ideas porque son al mismo tiempo la explicación de nuestra propia experiencia política, de nuestro trabajo dentro del pueblo y de nuestra actitud respecto al exterior.

Puesto que el resto del mundo suele hablar de una “cuestión alemana” será conveniente darse al mismo tiempo idea clara de la naturaleza de esa cuestión. Para unos esa “cuestión” está en el sistema alemán, en la diferencia completamente incomprendida del sistema respecto a otros sistemas, en el llamado “rearme” en el que se ve un peligro y en todo lo que como consecuencia de ese rearme cree verse como fata morgana. Esta cuestión estriba para muchos en la belicosidad que se le atribuye al pueblo alemán, en los latentes propósitos agresivos o en la diabólica habilidad para engañar a sus enemigos.

No, señores politicastros. La cuestión alemana es cosa completamente distinta.

En Alemania viven 67 millones de hombres en un espacio muy reducido y no todo él fértil. Esto supone 136 habitantes por kilómetro cuadrado. Estos hombres no son menos diligentes que los de otros pueblos de Europa, pero tampoco tienen menos exi-

gencias que ellos. No son menos inteligentes, pero tampoco son menos deseosos de vivir. Tienen tan pocas ganas de hacerse ametrallar a toda costa, heroicamente, por quimeras como las que tendrían los franceses o los ingleses. Pero tampoco son más cobardes y, en todo caso, no tienen menos honor que los ciudadanos de otros países europeos. Un día se vieron envueltos en una guerra en la que creían tan poco como los demás europeos y de la cual fueron tan poco responsables como los demás. El alemán que hoy cuenta 25 años tenía aproximadamente uno cuando se incubaba la guerra. Por consiguiente, apenas si podemos hacerle responsable de aquella catástrofe de pueblos. El alemán, hoy más joven, a quien hubiera podido caber responsabilidad, tenía, dada la edad electoral de entonces, 25 años. Por consiguiente está hoy en los 50 por lo menos. Esto significa que la inmensa mayoría de los hombres del pueblo alemán ha ido a la guerra sencillamente por necesidad, lo mismo que la masa del pueblo superviviente francés o inglés. Si fueron dignos, cumplieron entonces su deber, si tenían edad para ello, lo mismo que hizo el francés digno o el inglés digno. Si fueron indignos, no lo cumplieron y se enriquecieron quizá o trabajaron para la revolución. Pero éstos ya no están hoy entre nosotros sino que en su mayoría viven como emigrados en cualquiera de las naciones hospitalarias. Nuestro pueblo alemán tiene tantas virtudes como otros pueblos y, naturalmente, también tantos defectos. La cuestión alemana radicaba, pues, en el hecho de que, por ejemplo, en 1935 todavía este pueblo sufría una capitis diminutio como expiación por una falta que no había cometido, lo cual era insoportable para un pueblo celoso de su honor, doloroso para un pueblo trabajador e irritante para un pueblo inteligente. La cuestión alemana consiste además en que, mediante un sistema de actos, de medidas irrazonables, de azuzamientos llenos de odio, se nos procuraba dificultar la vida ya difícil de por sí. Y dificultarla no sólo artificialmente sino absurda e insensatamente pues el resto del mundo no sacaba el menor provecho de las dificultades con que debía luchar Alemania.

Al alemán le corresponde por cabeza 18 veces menos terreno que al ruso, por ejemplo. Esto solo explica lo dura que debe ser y que es la lucha por el pan cotidiano y que, sin la capacidad y el trabajo del campesino alemán y la aptitud organizadora del pueblo apenas podría concebirse que vivieran 67 millones de hombres. ¿Qué habrá que pensar entonces de la simplicidad de quienes, aún llegando quizá a reconocer esas dificultades, experimentan sin embargo una alegría infantil en la Prensa, en publicaciones o en conferencias, en relación a nuestra miseria y espían las menores manifestaciones de nuestras íntimas necesidades para proclamarlas triunfalmente ante el resto del mundo? Diríase que su felicidad consistiera en que esa necesidad nuestra aumentase y en que no lográsemos irla haciendo soportable con trabajo y con inteligencia. No presienten que la cuestión alemana adquiriría un aspecto completamente distinto si un día las aptitudes y la actividad de estos millones de hombres desapareciesen y dejando paso no sólo a la calamidad sino a la insensatez política. He aquí una de las cuestiones alemanas, y al mundo tiene que interesarle forzosamente que la cuestión alemana de afianzamiento de las posibilidades de vida pueda resolverse con éxito de año en año de la misma manera que yo deseo que el pueblo alemán comprenda también y dé la importancia debida a la feliz solución de análogas cuestiones vitales en los demás pueblos, solución que también exige su propio interés.

El resolver esta cuestión en Alemania es en primer término asunto del mismo pueblo alemán y el resto del mundo no tiene por qué interesarse en ello. No afecta los intereses de los demás pueblos sino en cuanto el pueblo alemán, para solucionar ese problema está obligado a entrar en relaciones económicas con los otros pueblos, ya

como comprador, ya como vendedor. Y de nuevo sería interés del mundo el comprender que cuando un pueblo de 40, de 50 y de 60 millones pide pan, no se trata del obcecado capricho del Régimen o de determinados Gobiernos sino de una natural manifestación del impulso vital. Y que pueblos satisfechos son más razonables que los que tienen hambre, y que no son sólo los propios Gobiernos los que deben estar interesadas en que sus ciudadanos tengan alimento suficiente sino también los Estados y los pueblos vecinos. Y que, por consiguiente, el facilitar el derecho a la vida, en el alto sentido de la palabra, es interés de todos. A la época anterior a la guerra le estaba reservado encontrar un principio opuesto y aún proclamarle como razón para la guerra, el principio de que una parte de la familia europea estaría tanto mejor cuanto peor le fuese a la otra.

El pueblo alemán no tiene necesidad de una ayuda especial para mantener su existencia. Lo que no quiere es estar en peores condiciones que otros pueblos. Y esto es una de las cuestiones alemanas.

La segunda es la siguiente:

Como, a consecuencia de las condiciones y de las circunstancias generales, sumamente adversas, la lucha económica por la existencia del pueblo alemán es muy dura y, a su vez, la inteligencia, la laboriosidad y, por consiguiente, el natural nivel de vida son muy altos, se necesita poner a contribución todas las fuerzas para solucionar la primera cuestión. Esto, si ha de lograrse, no puede ser más que consiguiendo dar a este pueblo la sensación exterior de que posee igualdad política de derechos y por lo tanto seguridad política. Es imposible, a la larga, tratar y querer guiar como a un ilota a un pueblo valeroso y con sentimiento del honor. Nada demuestra mejor el innato amor a la paz del pueblo alemán que el hecho de que, a pesar de su capacidad, a pesar de su valor que no le podrán negar sus mismos adversarios, a pesar de su gran población, no se haya asegurado más que una parte tan modesta de territorio y de bienes materiales. Pero precisamente este carácter reconcentrado del espíritu alemán, no sufre que se le prive indignamente de sus derechos o que se le maltrate.

Al querer perpetuar por razones de orden moral -lo que no tiene precedentes en la Historia- los resultados de la guerra, el Tratado de Versalles creó esta cuestión alemana que, mientras no se resuelva, supone una grave carga para Europa y que, resuelta, supondría para ésta una liberación.

E inmediatamente, después de la conclusión del Tratado de Versalles en 1919, yo me propuse solucionar en su día este problema. No porque yo tuviese animadversión alguna a Francia o a cualquier otro país, sino porque la injuria inferida al pueblo alemán, a la larga, ni puede, ni debe, ni quiere soportarla.

En 1932 se encontraba Alemania al borde del caos bolchevique. Lo que este caos en un Estado tan grande hubiera significado para Europa, tal vez tengan oportunidad algunos grandes estadistas europeos de estudiarlo en el futuro en otros lugares. De todas maneras, yo he logrado vencer esta crisis del pueblo alemán, que en ninguna parte se ha manifestado tan palpablemente como en el orden económico, movilizándolo los valores generales psíquicos y morales de la nación alemana. El hombre que hubiera querido salvar a Alemania del bolchevismo, hubiera tenido que decidir y, por consiguiente, resolver primero la cuestión de la igualdad de derechos de Alemania, no para causarles un daño a los otros pueblos, sino todo lo contrario, para ahorrarles, tal vez un daño

mayor evitando una ruina de cuyas consecuencias apenas hubiera podido darse cabal cuenta Europa. La recuperación de la igualdad de derechos de parte de Alemania no le ha causado seguramente el menor perjuicio al pueblo francés. La revolución roja y la quiebra del Reich alemán, en cambio, hubieran asestado al orden y a la economía europeos un golpe de cuyas consecuencias la mayor parte de los estadistas europeos no se da, desgraciadamente, perfecta cuenta. Esta lucha por la igualdad de derechos de Alemania, lucha que vengo librando desde hace tres años, no es el planteamiento de una cuestión europea, sino su solución.

Es una desgracia, en verdad trágica, que precisamente el Tratado de Paz de Versalles haya venido a crear una situación en cuya conservación el pueblo francés creía erróneamente tener especial interés. Tan escasas como eran las ventajas reales que esta situación podía contener en sí para cada uno de los franceses, tan grande era la ficticia compenetración que parecía existir entre la descalificación versallesca del pueblo alemán y los intereses franceses. Probable es que la debilidad característica de los años de la post-guerra alemana y de nuestros Gobiernos, pero muy especialmente de nuestros partidos, tenga la culpa de que el pueblo francés y los estadistas franceses serios no hayan podido hacerse cargo debidamente de la inexactitud de este modo de ver las cosas, pues mientras más malos eran los diferentes Gobiernos de épocas pasadas tanto más tenían que temer el despertar nacional del pueblo alemán. Mientras mayor era el temor ante la conciencia nacional, tanto más natural aparecía su actitud ante la difamación internacional y general del pueblo alemán. Hay más; aquellos Gobiernos necesitaban materialmente este encadenamiento vergonzoso para sostener de esta manera su propio y triste régimen. A donde condujo este régimen a Alemania, lo mostraba claramente la ruina entonces amenazadora.

Difícil era, naturalmente, demostrar a nuestros vecinos, en quienes la costumbre de la no-igualdad de derechos había echado hondas raíces, que la recuperación de esta igualdad de parte de Alemania no sólo no era perjudicial, sino que, por el contrario, era, a fin de cuentas, de mucha utilidad desde el punto de vista internacional. Vosotros, Diputados, hombres del Reichstag, conocéis el difícil camino que he tenido que seguir desde aquel 30 de enero de 1933 para redimir al pueblo alemán de su indigna situación, para asegurarle, paso a paso, la igualdad de derechos, sin alejarlo de la comunidad política y económica de las naciones europeas y, ante todo, sin engendrar una nueva enemistad de la liquidación de las consecuencias de otra antigua. Algún día podré exigir de la historia la confirmación de que en ningún momento de mi actuación en pro del pueblo alemán he olvidado las obligaciones que yo y todos nosotros estamos forzados a contraer ante la conservación de la cultura y la civilización europeas. Condición principal para la existencia de este continente, tan raro precisamente por la diversidad de sus culturas, es que no es imaginable sin la existencia de Estados nacionales libres e independientes. Cada pueblo europeo podrá estar convencido de haber contribuido más que los demás a nuestra cultura occidental. Pero, en total, no queremos desear que desaparezca lo que han dado los diferentes pueblos y tampoco vamos a discutir sobre el valor de cada una de estas sus aportaciones, sino que más bien debemos reconocer que de la rivalidad de las obras individuales de Europa proceden, sin duda alguna, las obras cumbre en los diferentes ramos de la cultura humana. Por muy dispuestos que estemos a colaborar en este mundo cultural europeo, como miembro libre y con iguales derechos, no por eso desistiremos de seguir siendo lo que somos.

En estos últimos 3 años -a menudo, inútilmente, por desgracia- he intentado y vuelto a intentar tender un puente de entendimiento y comprensión hacia el pueblo francés. Conforme nos vamos alejando de la amargura de la Gran Guerra y de los años que la siguieron, más se borra lo malo en los recuerdos humanos, pasando a primer término lo bello de la vida, del juicio y de las experiencias. El que antiguamente se hallaba frente a frente como enemigo encarnizado, se sabe apreciar hoy como valiente luchador en una gran contienda pasada y vuelve a verse como portador y mantenedor de un gran bien cultural que es humano y general.

¿Por qué no ha de ser posible acabar para siempre con una rivalidad que viene persistiendo ya siglos enteros sin objeto alguno y que a ninguno de ambos pueblos ha traído, podrá traer ni traerá una decisión definitiva, y sustituirla por la consideración a una más alta razón? El pueblo alemán no está interesado en que el francés sufra y viceversa: ¿Qué provecho podría sacar Francia de la ruina de Alemania? ¿Qué beneficio tiene el campesino francés de que al alemán le vaya mal o viceversa? O ¿cuál es la ventaja que al obrero francés ofrece la miseria del alemán? ¿Qué beneficio podría reportar a Alemania, al obrero alemán, a la clase media alemana y al pueblo alemán en general el que Francia fuera perseguida por la desgracia?

He procurado resolver las cuestiones de una teoría de lucha de clases llena de odio en el interior de Alemania en el sentido de una razón superior, y lo he conseguido. ¿Por qué no ha de ser posible sacar el problema de los antagonismos generales entre los pueblos y los Estados de Europa de la esfera de lo irrazonable y de lo apasionado y colocarlo bajo la luz apacible de una mayor prudencia?

De todas maneras yo he jurado luchar tenaz y valientemente por la igualdad de derechos de Alemania y obtenerla sea como sea, pero también he jurado fortalecer el sentimiento de responsabilidad por la necesidad de una recíproca consideración y colaboración europeas.

Si de parte de mis adversarios internacionales se me echa en cara que rehúso análoga colaboración con Rusia, debo declarar lo siguiente: No la rehúso ni la he rehusado con Rusia, sino con el bolchevismo que aspira a dominar el mundo. Soy alemán, amo a mi pueblo y le tengo apego. Sé que sólo puede ser feliz cuando la vida le sea posible con arreglo a su modo de ser y a su naturaleza. No quiero que sobre el pueblo alemán, que no sólo ha podido llorar, sino también reír a sus anchas durante toda la vida, caiga el horror de la dictadura comunista internacional del odio. Tiemblo por Europa cuando pienso lo que ha de ser de nuestro viejo continente, de excesiva población, el día en que al imponerse ese concepto asiático del mundo, concepto destructor y revolucionador de todos los valores habidos hasta hoy, se suma en el caos de la revolución bolchevique. Tal vez sea yo para muchos estadistas europeos un agorero fantástico y de todas maneras molesto. Que ante los opresores bolcheviques internacionales paso por uno de sus mayores enemigos, es cosa que me honra y justifica mi conducta ante las generaciones venideras. No puedo evitar que otras naciones sigan el camino que creen deber seguir o por lo menos poder seguir, pero sí evitaré que también Alemania emprenda este camino de perdición. Y creo que esta perdición sería un hecho en el momento mismo en que el Estado entablare relaciones con los portavoces de semejante teoría destructora. Si yo mismo, como gobernante, estrechase mis relaciones con el bolchevismo, perdería toda autoridad moral para hacerle comprender al obrero alemán ese gravísimo peligro, que a mi tanto me conmueve, de un

eventual caos bolchevique en Alemania. Como estadista y Führer del pueblo quiero darle el ejemplo de todo lo que espero y pido de cada uno de mis conciudadanos. No creo que el estrecho contacto con un ideario que es pernicioso para un pueblo pueda ser de provecho para estadistas. En la historia alemana de los últimos 20 años hemos tenido oportunidad de reunir experiencias en este terreno. El primer contacto con el bolchevismo en 1917 nos trajo un año más tarde a Alemania la revolución. El segundo contacto fue más que suficiente para que Alemania se viera casi al borde del caos comunista. Yo he roto estas relaciones y arrancado así a Alemania de este precipicio. Nada me obligará a seguir otro camino que el que me prescriben la experiencia, la prudencia y la previsión. Y sé también que esta convicción ha llegado a ser un ideario perfectamente arraigado en todo el movimiento nacionalsocialista. Los problemas sociales y las tiranteces en nuestro pueblo los resolveremos con tenaz persistencia por la vía de una evolución continua, asegurándonos así la bendición de un tranquilo desarrollo social que redunde en provecho de todos nuestros conciudadanos. Y los nuevos problemas que se nos impongan nos llenarán de alegría, de la alegría que siente quien no se cree capaz de vivir sin trabajo y sin problemas.

Al pasar esta orientación fundamental a la política general europea, resulta para mí la separación de Europa en dos mitades, a saber: la mitad compuesta de Estados autónomos e independientes, de pueblos a los que estamos ligados por numerosos vínculos de historia y cultura y con los que queremos seguir vinculados por los siglos de los siglos, lo mismo que con las naciones independientes de los continentes no europeos. Y la otra mitad: la que es regida por aquella teoría bolchevique intolerante y que pretende dominar a la Humanidad, que predica la destrucción de los valores indestructibles y sagrados, tanto temporales como eternos, para imponernos otro mundo que por su cultura, su aspecto y contenido se nos antoja en absoluto despreciable.

Con esta mitad no queremos tener más relaciones que las indispensables exigidas por los intereses políticos y económicos internacionales.

Hay algo infinitamente trágico en el hecho de que el resultado de los sinceros esfuerzos que venimos realizando hace ya tantos años para ganarnos la confianza, las simpatías y el cariño del pueblo francés sea una alianza militar cuyo principio lo acabamos de ver, pero cuyo fin, si la divina Providencia no vuelve a ser más misericordiosa de lo que merecen los hombres, será, tal vez, de incalculables consecuencias.

En los últimos tres años me he esforzado por crear, lenta, pero continuamente, las bases para un entendimiento franco alemán, no quedando la menor duda de que entre las bases para esta concordia se encuentra la absoluta igualdad de derechos y, consiguientemente, la misma apreciación equitativa legal, del pueblo y del Estado alemanes. Conscientemente he visto en esta inteligencia no sólo un problema que ha de resolverse por la vía de los pactos, sino un problema que primeramente ha de ponerse psicológicamente al alcance de ambos pueblos, puesto que hay que prepararlo no sólo de una manera positiva, sino también instintiva. Por esta razón se me ha reprochado con alguna frecuencia que mis ofrecimientos de amistad no han contenido propuestas concretas.

Esto no es cierto.

Lo que haya podido proponerse concretamente para aflojar la tirantez de las relaciones franco alemanas, lo he propuesto yo de una manera valiente y concreta. No vacilé en su tiempo en adherirme a la propuesta concreta de limitar los ejércitos a doscientos mil hombres. Más tarde, cuando esta propuesta fue abandonada por los propios autores responsables, me dirigí con otra enteramente nueva y concreta al pueblo francés y a los Gobiernos europeos. También mi propuesta de 300.000 hombres fue rechazada.

He hecho otra serie de propuestas concretas para el desvenenamiento de la opinión pública en cada nación y para la purificación de los procedimientos de guerra y, a fin de cuentas, para un desarme lento pero seguro. Una sola de estas propuestas alemanas ha sido realmente tenida en cuenta. El sentido realista de un Gobierno inglés ha aceptado la propuesta que hice para establecer una proporción duradera entre la flota inglesa y la alemana, una proporción que responde a las necesidades de la seguridad alemana y toma en consideración, por otra parte, los enormes intereses ultramarinos de un gran Imperio colonial. Y bien puedo decir que este convenio es hasta ahora el único intento práctico y de resultados positivos para la limitación de armamentos. El Gobierno del Reich está dispuesto a completar con Inglaterra este convenio mediante otro tratado cualitativo.

He expuesto el principio muy concreto de que los programas colectivos de un pacto manía general están condenados a fracasar con la misma seguridad que las propuestas generales de un desarme mundial que desde un principio ha demostrado ser irrealizable en tales circunstancias. He hecho constar a este respecto que estos problemas sólo pueden ser abordados de una manera lenta, únicamente en dirección de la resistencia que parezca ser la más pequeña. Partiendo de esta convicción, he desarrollado igualmente una propuesta concreta para un pacto del aire, basándose en la igualdad de fuerzas aéreas para Francia, Inglaterra y Alemania. El resultado fue primero de menosprecio de esta propuesta y luego la intromisión, en el campo del equilibrio europeo, de un nuevo factor asiático-europeo oriental, incalculable en su alcance militar.

Por espacio de muchos años me he ocupado, pues, de propuestas concretas y no puedo menos de declarar que la preparación psicológica para un entendimiento me ha parecido por lo menos tan importante como las llamadas propuestas concretas, y en este punto creo haber hecho yo más de lo que jamás hubiera podido esperar de mí cualquier sincero estadista europeo. La cuestión de las eternas revisiones de las fronteras europeas la he eliminado de la atmósfera de la discusión pública en Alemania. Desgraciadamente se sustenta con demasiada frecuencia el punto de vista, y me refiero especialmente a los estadistas extranjeros, de que a esta actitud y a sus acciones no hay que concederles gran importancia. Puedo decir que también a mí me hubiera sido posible poner en mi programa, como alemán, el restablecimiento de las fronteras del año 1914 y defender mi actitud en la Prensa y en la Tribuna, tal como lo hicieron después del año 1871 algunos ministros y leaders franceses. Mis señores críticos no me han de negar también toda eficacia en este terreno. Es más difícil para un nacionalista convencer a un pueblo de la necesidad de llegar a una inteligencia con sus vecinos que hacer lo contrario. Seguramente, que para mí hubiera sido probablemente más fácil incitar los instintos hacia el desquite que despertar, y ahondar continuamente, el sentimiento de la necesidad de una inteligencia europea. He aquí lo que yo he hecho. He liberado a la opinión pública alemana de ataques de esta naturaleza contra nuestros pueblos vecinos.

He alejado a la Prensa alemana de todo odio contra el pueblo francés. Me he esforzado por despertar en nuestra juventud la comprensión del ideal de semejante entendimiento, y seguramente no en vano. Cuando los deportistas franceses, hace pocas semanas, llegaron al estadio olímpico en Garmisch-Partenkirchen, habrán tenido quizá oportunidad de comprobar si, y hasta que punto, he conseguido realizar este cambio en la opinión del pueblo alemán.

Pero este íntimo deseo de buscar y llegar a tal concordia, es más importante que los esclarecidos intentos de hombres de Estado de envolver al mundo en una red de pactos impenetrables jurídica y prácticamente

Este esfuerzo por mi parte, era doblemente difícil, porque simultáneamente tenía que librar a Alemania de los lazos de un tratado que le arrebatava la igualdad de derechos y en cuyo mantenimiento -con razón o sin ella, eso es secundario- ha creído el pueblo francés deber estar interesado.

Y precisamente, como nacionalista alemán, he tenido que hacer por mi pueblo otro sacrificio sumamente doloroso.

Hasta el momento, por lo menos en tiempos recientes, no se había, ni aun intentado, terminada una guerra, negar al vencido la soberanía de una considerable y antigua parte de sus dominios. Solamente en interés de la mutua transigencia, he soportado este sacrificio moral y político que nos imponía y deseaba seguir soportando por creer que un convenio debe ser cumplido, si existe la posibilidad de que ayude a desenvenenar la atmósfera política entre Francia y Alemania e Inglaterra y Alemania difundiendo el sentimiento de seguridad entre todos.

A menudo he hablado ya sobre el particular y también en esta tribuna, proclamando la idea de que nosotros no solamente estamos dispuestos a contribuir con tan dolorosas aportaciones a la paz europea, tanto tiempo como las demás partes cumplan igualmente con sus compromisos, sino que en dichas aportaciones vemos la única posibilidad de que la paz se consolide.

Para vosotros, diputados, el contenido y significado de esta propuesta es conocido. Ella debía anular en el porvenir la violencia por parte de Bélgica y Francia por un lado y Alemania del otro. A consecuencia de los tratados con que Francia estaba ya ligada, sobrevino desgraciadamente la primera carga, sin que el espíritu de ese pacto fuese quebrantado. Alemania participó en este convenio, aportando y sacrificando cuanto podía, pues mientras Francia fortificaba sus fronteras con bronce, hormigón y armamento, proveyéndolas de numerosa guarnición, a nosotros se nos obligaba constantemente a mantenernos totalmente indefensos en el oeste. Sin embargo, lo hemos conllevado con la esperanza de que con ello servíamos a la paz europea y a la buena inteligencia de los pueblos.

Las negociaciones entabladas en el pasado año entre Francia y Rusia, recientemente firmadas y ratificadas por la Cámara, están en contradicción con lo pactado. Por medio de este nuevo Pacto franco-soviético, y con el hecho de que Checoslovaquia, haya cerrado un tratado análogo con Rusia, se ha formado frente a la Europa Central un gigantesco bloque provisto de poderosa y amenazadora fuerza armada. Es al mismo tiempo imposible que estas dos naciones se comprometan en sus

tratados, sin atención a la decisión ya existente o que pueda ser expuesta por consejo de la Liga de las Naciones, a decidir por sí mismas, caso de que se presentase un conflicto en la Europa del Este, y a resolver en consecuencia hasta que punto han de prestarse o negarse apoyo.

El que se afirme que en este Pacto, por medio de una limitación ulterior, será suprimida la más esencial obligación, es incomprensible. No es posible estipular en una cláusula un modo de proceder que constituye quebrantamiento expreso de un compromiso, por lo demás válido, confiriendo así a este modo de proceder un carácter obligatorio, y al mismo tiempo establecer en otra cláusula que no se deben violar los otros compromisos. En este caso no sería razonable establecer el primer compromiso, y por consiguiente su existencia se haría incomprensible.

Este problema, lo es político en primer término, y por ello se le debe considerar bajo su trascendental importancia.

Francia no ha cerrado este tratado con una de tantas potencias europeas. Ya antes del Pacto del Rhin, Francia había firmado convenios de mutuo acuerdo, tanto con Checoslovaquia como con Polonia. Ello no causó conmoción en Alemania; no solamente porque estos Pactos se diferenciaban del franco-soviético en su acatamiento a las decisiones de la Liga de las Naciones, sino porque tanto la entonces Checoslovaquia, como especialmente Polonia, eran los primeros interesados en que sus países estuviesen representados en la política por nacionalistas. Alemania no tiene el deseo de atacar a estos países y tampoco cree, tengan interés estos países en declarar hostilidades contra Alemania. Sobre todo, Polonia ha de conservarse Polonia, y Francia igualmente Francia. La Rusia soviética es por el contrario la nación promotora y oficialmente organizadora en sus ideas para la revolución mundial, habiéndolo así declarado. No se puede prever si en tiempo más o menos cercano, Francia va a participar de estas mismas opiniones, y si el caso llegase -como gobernante alemán debo contar con ello- entonces este nuevo Estado bolchevique sería una sección de la Internacional del bolchevismo, es decir, que la orden de ataque o de neutralidad no dependería de dos diferentes naciones en armonía con sus propias apreciaciones, sino que emanaría de un solo punto y significaría un orden. En este caso, si se operase esta evolución, no sería París, sino Moscú, quien predominase.

Tan lejos está Alemania en condiciones de atacar a Rusia, como se encontraría Rusia en todo tiempo capaz de dirigir contra Alemania un conflicto, salvando el terreno que las separa y utilizando sus posiciones avanzadas. La definición de agresor sería entonces establecida de antemano, por su independencia respecto a los acuerdos del Consejo de la Liga de Naciones. La seguridad u objeción de que Francia y Rusia no harán nada que pueda motivar sanciones -y estas por parte de Inglaterra o Italia- no tiene la menor importancia, porque no puede medirse, qué clase de sanciones podrían ser eficaces, contra tan potente bloque de fuerza militar e ideológica desmesuradas.

Durante largos años, hemos advertido con inquietud este desenvolvimiento. No porque nosotrosuviésemos que temer más que otros, sino porque un día podía estar acompañado de espantosas consecuencias para toda Europa. Nuestras primeras reflexiones sobre el particular se han querido desvirtuar, argumentando la imperfección del material de guerra ruso, su falta de condiciones para adaptarse a la lucha europea. Siempre hemos combatido esta opinión, no porqueuviésemos por cualquier motivo el

convencimiento de nuestra inferioridad, sino porque todos sabemos que el número tiene también una influencia decisiva.

Por ello estamos especialmente agradecidos a la declaración que ha sido hecha en la Cámara francesa por el Sr. Herriot sobre la importancia de la agresividad militar de Rusia. Sabemos que esta explicación del Sr. Herriot ha sido dada por el mismo Gobierno de los Soviets, y estamos convencidos de que éste no puede dar falsas informaciones, lo mismo que no dudamos de la fidelidad, con que han sido transmitidas estas informaciones por el Sr. Herriot inspirador espiritual del pacto. Según estos datos ha podido por primera vez constatarse, que el ejército ruso en pie de paz posee fuerzas que alcanzan a 1.350.000 hombres, segundo que las fuerzas en pie de guerra y reservas forman un total de 17 millones y medio de hombres, tercero, que poseen el más fuerte armamento en tanques y, cuarto, que disponen de la más completa defensa militar aérea del mundo.

La intromisión en el campo de acción de la Europa central de este poderoso factor militar, que según dicen está admirablemente dirigido y siempre dispuesto a entrar en fuego, destruye el verdadero equilibrio europeo. Impide, además, toda posible apreciación sobre los necesarios medios de defensa terrestre y aérea para las naciones en cuestión y en especial del único probable adversario, es decir Alemania.

Esta gigantesca movilización del Este contra la Europa Central, no solamente está punto por punto contra el Pacto de Locarno, sino aún más del sentido de su espíritu. No somos nosotros solos, los que por estar amenazados directamente, lo prevén. Esta misma opinión la sustentan hombres perspicaces de todos los países y lo han exteriorizado en la prensa y en declaraciones políticas.

El 21 de febrero, se dirigió a mí un periodista francés con el ruego de que le concediese una entrevista. Como me fue notificado que se trataba de uno de estos franceses que se esfuerzan lo mismo que nosotros, por encontrar un camino que conduzca al buen entendimiento de ambos pueblos, no quise excusarme, tanto más cuanto que hubiese sido considerado como un signo de menosprecio mío hacia el periodismo francés. He dado las explicaciones deseadas, tal como las he expuesto una y mil veces públicamente en Alemania, y una vez más, he intentado dirigirme al pueblo francés, invitándole a llegar a un acuerdo, que de todo corazón deseamos y cuya realización veríamos con verdadero gusto. Pero al mismo tiempo, me he visto obligado a hacer patente el profundo disgusto con que veo el desenvolvimiento amenazador que va tomando Francia después de la conclusión de un Pacto, para el cual tenemos la convicción de que no ha existido causa alguna, pero que en caso de realizarse, deberá traer y traerá seguramente un cambio radical de circunstancias. Esta entrevista, por motivos que nos son desconocidos, ha sido, como es sabido, mantenida secreta, haciéndose pública sólo un día después de la ratificación del Pacto en la Cámara francesa.

No hay duda que, según las declaraciones que hice en esta entrevista, estoy y estaré dispuesto a servir leal y sinceramente, también en lo futuro a este acercamiento franco-alemán, por creerlo un elemento necesario a la seguridad de Europa ante los infinitos peligros que preveo, y por que no puedo prometerme ni siquiera atreverme a vislumbrar ninguna otra actitud, que pueda traer posibles ventajas para ambos, sino que por el contrario, veo los graves peligros internacionales de interés general. Sin embargo,

después de conocida la definitiva conclusión en examinar atentamente este Pacto, me veo forzado a examinar cuidadosamente la nueva situación creada por él, y deducir las consecuencias necesarias.

Estas consecuencias son gravísimas, causándonos a todos, y a mí especialmente, amargo pesar. Yo, por mi parte, estoy obligado, a hacer un sacrificio en aras de la paz europea, pero sin abandonar los intereses de mi propio pueblo. Estoy dispuesto a llevar a cabo y a aconsejarlo al pueblo alemán, todo sacrificio que encuentre comprensión y aprecio en la parte contraria. Pero desde el momento, en que pueda comprobarse que una de las partes no da valor o no estima estos sacrificios, resultaría como consecuencia, una pesada carga unilateral para Alemania, y con ella una descalificación que no podríamos tolerar. En esta hora histórica y en este mismo lugar quiero repetir, lo que dije en mi primer y extenso discurso del Reichstag de mayo de 1933: Que el pueblo alemán está dispuesto a soportar privaciones y penalidades antes que prescindir de los imperativos de su honor, y de su libertad e igualdad de derechos.

Si el pueblo alemán ha de representar un valor en la labor de solidaridad europea, este valor sólo puede tenerlo como colaborador en posesión de su honor y con absoluta igualdad de derechos. En el instante en que pierda este valor moral, perdería con él todo valor práctico. No quiero ni engañarnos a nosotros mismos ni a los demás Estados presentando a un pueblo que no tendría entonces valor alguno, por haber perdido el sentimiento natural del honor.

Estoy convencido también de que aun en esta hora en que constatamos tan amargas realidades y en que debemos tomar tan graves decisiones, tenemos que luchar más que nunca por encontrar nuevos caminos que conduzcan a una verdadera solidaridad europea que a todos beneficie.

En mis propuestas concretas he seguido esforzándome en exponer el sentir del pueblo alemán que vela por su seguridad e independencia pero que está dispuesto a todo sacrificio, que conduzca a una real y sincera colaboración europea, sobre la base de igualdad absoluta.

Después de una continuada y dura lucha conmigo mismo, me he resuelto, en nombre del Gobierno alemán, a entregar al Gobierno francés y a las demás potencias signatarias del pacto de Locarno, el memorandum siguiente:

Memorandum

Tan pronto como se conoció el Pacto firmado entre Francia y la Unión Soviética, el Gobierno alemán llamó la atención de los Gobiernos de las demás potencias signatarias del Pacto renano de Locarno sobre el hecho de que las obligaciones contraídas por Francia en el nuevo Pacto no son compatibles con el renano. El Gobierno alemán explicó entonces detalladamente su punto de vista, tanto jurídica como políticamente: jurídicamente, en el memorandum alemán del 25 de mayo de 1935; políticamente, en repetidas entrevistas diplomáticas que siguieron a la publicación del memorandum. Los Gobiernos interesados saben que ni sus contestaciones por escrito al memorandum alemán ni los argumentos por ellos aducidos, ya por vía diplomática ya por públicas declaraciones, han podido modificar el punto de vista del Gobierno alemán

En efecto, toda la discusión que desde mayo de 1935 se ha seguido, tanto diplomática como públicamente, sobre estas cuestiones, no ha podido hacer más que confirmar en todos sus detalles el punto de vista adoptado desde un principio por el Gobierno alemán,

1) Es indiscutible que el Pacto franco-soviético está dirigido exclusivamente contra Alemania

2) Es indiscutible que en él Francia ha contraído obligaciones para el caso de un conflicto entre Alemania y la Unión Soviética, obligaciones que rebasan con mucho las emanadas del Estatuto de la Sociedad de Naciones. Aquéllas la obligan a proceder militarmente contra Alemania aun cuando no pueda justificar esto por una recomendación ni siquiera por una previa decisión del Consejo de la Sociedad de Naciones.

3) Es indiscutible que Francia en tal caso se reserva el derecho de decidir por sí misma quién es el agresor.

4) Con esto queda sentado que Francia ha contraído obligaciones respecto a la Unión Soviética que, prácticamente, la llevarán a proceder, en caso dado, como si no estuviesen en vigor ni los Estatutos de la Sociedad de Naciones ni el Pacto renano, basado en ellos.

Este resultado del Pacto franco-soviético no queda eliminado con la reserva hecha por Francia de que, en caso de una acción militar contra Alemania, no quiere estar obligada cuando por esa acción pudiera exponerse a una sanción por parte de las potencias garantes: Italia y Gran Bretaña. Frente a esta reserva está el hecho decisivo de que el Pacto renano no descansa solamente en los compromisos de garantía de la Gran Bretaña e Italia sino, en primer término, en los que determinan las relaciones entre Francia y Alemania.

Por consiguiente, lo que importa es si Francia, al aceptar las obligaciones del Tratado, se ha detenido en los límites que con relación a Alemania le impone el Pacto renano.

El Gobierno alemán se ve en la precisión de negarlo.

El Pacto renano debía tener por objeto asegurar la paz del Oeste de Europa de modo que Alemania por un lado y Francia y Bélgica por otro, desistiesen para siempre de recurrir a las armas entre ellas. Si al concertarse el Pacto se hicieron determinadas excepciones al principio de la renuncia a la guerra, excepciones que rebasaban el derecho de la legítima defensa, la razón política de ello es que, como todos saben, Francia había contraído ya antes determinados compromisos frente a Polonia y Checoslovaquia, los cuales no quería sacrificar a la idea de asegurar absolutamente la paz en el Oeste. Alemania, con tranquilidad de conciencia, se avino entonces a estas restricciones. No hizo objeción a los Tratados con Polonia y Checoslovaquia que el representante de Francia depositó en la mesa de Locarno, suponiendo, naturalmente, que estos tratados se ajustaban al Pacto renano y no contenían cláusula alguna sobre la interpretación del artículo 16 del Estatuto de la Sociedad de Naciones, como las que se hallan en el nuevo Pacto franco-soviético. El contenido de esos acuerdos particulares,

comunicados en su tiempo al Gobierno alemán, respondían a esa exigencia. Es verdad que las excepciones admitidas en el Pacto renano no se refieren exclusivamente a Polonia y Checoslovaquia sino que están formuladas en abstracto. Sin embargo, el sentido de todas las negociaciones entabladas al respecto no era más que el de conciliar la renuncia franco-alemana a la guerra y el deseo de Francia de mantener las obligaciones ya contraídas por ella. Si, por consiguiente, Francia hace ahora uso de las posibilidades de recurrir a la guerra, formuladas abstractamente en el Pacto renano, para concertar una nueva alianza contra Alemania con un Estado fuertemente armado, si continúa restringiendo tan decisivamente el alcance de la renuncia a la guerra, concertada por ella con Alemania, y si, además, como antes decimos, no mantiene siquiera los límites jurídicos formalmente establecidos, ha creado así una situación completamente nueva y destruido el espíritu y el hecho del sistema político del Tratado renano.

Los últimos debates y decisiones del Parlamento francés han evidenciado que Francia está resuelta, a pesar de las objeciones alemanas, a hacer entrar en vigor definitivamente el Pacto con la Unión soviética e incluso una entrevista diplomática ha demostrado que Francia se considera ya ligada a la firma de este pacto del 2 de mayo de 1935. Frente a este curso de la política europea, el Gobierno alemán no puede permanecer inactivo abandonando o dejando indefensos los intereses del pueblo alemán que tiene el deber de defender.

El Gobierno alemán ha acentuado constantemente en las negociaciones de los últimos años que desea mantener y cumplir los compromisos del Pacto renano en tanto que los demás signatarios del mismo estén dispuestos a mantenerlo. Está claro que esta condición tan evidente no puede ya considerarse como cumplida por parte de Francia. Esta ha contestado a los reiterados ofrecimientos de amistad y seguridades de paz hechos por Alemania quebrantando el Pacto renano por una alianza militar con la Unión soviética que se dirige exclusivamente contra ésta. Con esto, el Pacto renano de Locarno ha perdido el espíritu que lo informaba y, prácticamente, ha dejado de existir. Alemania, por tanto, no se considera ya ligada a este Pacto extinguido. El Gobierno alemán se ve, pues, obligado a enfrentarse con la nueva situación creada por esta alianza, agravada por el hecho de que el Pacto "franco-soviético" se completa con otro tratado de unión, exactamente paralelo, entre Checoslovaquia y la Unión soviética.

En interés del derecho elemental de un pueblo a la seguridad de sus fronteras y a cuidar de sus medios de defensa, el Gobierno del Reich ha establecido, a partir de hoy, la plena e ilimitada soberanía del Reich en la zona renana desmilitarizada.

Mas, para precaver toda tergiversación de sus propósitos y para apartar toda duda sobre el puro carácter defensivo de esta medida, a la vez que para testimoniar su eterno y ardiente deseo de una efectiva pacificación de Europa entre naciones con idénticos derechos e igualmente respetadas, el Gobierno del Reich se declara dispuesto a concertar nuevos acuerdos para erigir un sistema que asegure la paz europea a base de las propuestas siguientes:

1) El Gobierno del Reich se declara dispuesto a entrar inmediatamente en negociaciones con Francia y Bélgica para fijar por ambas partes, a los dos lados de la frontera, una zona desmilitarizada dando de antemano su asentimiento a todo proyecto

de este género cualquiera que sea la anchura prevista de la zona y los efectos prácticos, a condición de una paridad absoluta.

2) El Gobierno del Reich propone, con objeto de asegurar la integridad y la inviolabilidad de las fronteras en el Oeste concertar un pacto de no-agresión entre Alemania, Francia y Bélgica cuya duración está dispuesto a fijar en 25 años.

3) El Gobierno del Reich está dispuesto a invitar a Inglaterra e Italia para que firmen este pacto como potencias garantes.

4) El Gobierno del Reich está conforme, en caso de que el Real Gobierno de los Países Bajos lo desee y los otros países que entran en el convenio lo juzguen oportuno, a incluir en el citado sistema de tratados a los Países Bajos.

5) El Gobierno del Reich está dispuesto, para reforzar estos convenios de seguridad entre las potencias del Oeste, a concluir un pacto aéreo que pueda prevenir eficaz y automáticamente el peligro de un ataque repentino.

6) El Gobierno del Reich repite su oferta de concertar también pactos de no-agresión, análogos al concertado con Polonia con los países limítrofes del Este.

Puesto que el gobierno lituano ha modificado en los últimos meses, en cierto modo su actitud frente a la región de Memel, el Gobierno del Reich deja sin efecto la excepción que se proponía hacer respecto a Lituania y está dispuesto a firmar con ella un pacto de no-agresión siempre que se vaya realizando la garantizada autonomía del territorio de Memel.

7) Una vez conseguida, al fin, por Alemania, la igualdad de derechos y posesionada de nuevo de su soberanía sobre el total territorio del Reich, el Gobierno considera desaparecido el motivo principal que hizo al Reich abandonar la Sociedad de Naciones y está, por consiguiente, dispuesto a entrar de nuevo en ella. A la vez manifiesta la esperanza de que, en un lapso de tiempo conveniente se trate amistosamente la cuestión de la igualdad de derechos en el aspecto colonial así como la cuestión de liberar el Estatuto de la Sociedad de Naciones de la influencia de las cláusulas del Tratado de Versalles.

Diputados del Reichstag: en este momento histórico, en que tropas alemanas acaban de reintegrarse a sus futuras guarniciones de tiempo de paz, en las provincias occidentales del Reich, nos unimos en doble y sagrada profesión de fé, emanada de lo más íntimo de nuestra conciencia:

Primero, haciéndonos el juramento de no retroceder ante ningún poder ni violencia, hasta recobrar el honor de nuestro pueblo, prefiriendo sufrir máxima privación en plena dignidad, a una capitulación que lo mancille y, segundo, prometiéndonos luchar, con más tesón que nunca, en pro de la solidaridad europea y, muy en especial, de un cordial entendimiento con nuestros vecinos del Oeste.

Después de tres años, creo que en el día de hoy podemos considerar como realizada la igualdad de derechos por la que hemos luchado. Creo que con esto

desaparece el motivo principal que en su tiempo nos obligó al retraimiento del trabajo en común con los demás pueblos europeos.

Si estamos otra vez dispuestos a volver a este trabajo en común, es con el sincero deseo de que quizá este paso y una mirada retrospectiva a los años pasados, puedan contribuir a hacer más profunda la comprensión para el sentido de esta cooperación también en los restantes pueblos europeos.

En Europa, no pretendemos ya reivindicación territorial alguna. Sabemos sobre todo, que la tirantez producida bien sea a causa de falsas prescripciones territoriales, o por la desproporción del número de habitantes con relación al espacio que necesitan para sustentarse no puede desaparecer en Europa mediante una guerra. Esperamos, sin embargo, que el sentido común humano, ayudará a suavizar lo doloroso de esta situación y por un camino lento pero evolutivo, cese la tirantez existente, mediante pacífico trabajo colectivo. Y muy especialmente encuentro en el día de hoy, la necesidad de reconocer la obligación en que estamos de conservar el honor y la libertad nacional que hemos recuperado. Deberes que tenemos no sólo frente a nuestro propio pueblo sino también frente a los demás Estados europeos.

En este lugar, quisiera recordar a los estadistas europeos las ideas que expresé en los 13 puntos de mi último discurso, asegurando, que nosotros los alemanes haremos con gusto cuanto nos sea posible y necesario, para la realización de estos ideales que no tienen nada de fantásticos.

¡Camaradas! Desde hace 3 años, estoy a la cabeza del Reich y por lo tanto del pueblo alemán. Grandes son los éxitos que en estos 3 años han coronado mis desvelos en pro de la Patria. En todos los terrenos de nuestra vida nacional, política y económica, se han mejorado las circunstancias. Pero también debo confesar en este día, que durante este tiempo, me han agobiado un sin número de inquietudes, siguiendo a los días colmados de trabajo, incontables noches de desvelo. He logrado realizar mis deseos, en lo posible, porque jamás me sentí dictador de mi pueblo sino tan sólo su guía y como tal su representante. Para alcanzar la íntima adhesión a mis ideales del pueblo alemán, tuve que sostener primero 14 años de lucha, y gracias a su confianza, fui encargado, por el venerado Mariscal de Campo, de las riendas del Gobierno. Pero también desde entonces he encontrado manantial de insospechadas energías en la dicha de sentirme indisolublemente unido con mi pueblo como hombre y como guía. No puedo clausurar este periodo histórico de la rehabilitación del honor y libertad de mi pueblo, sin pedirle antes a él que a mí, así como a mis colaboradores y compañeros de lucha, nos concedan su aprobación ulterior, para todas aquellas resoluciones tomadas al parecer arbitrariamente y para las duras medidas y los grandes sacrificios exigidos.

Por esto, me he decidido en el día de hoy a disolver el Reichstag alemán para que el pueblo pueda pronunciarse acerca de mi actuación y la de mis colaboradores.

En estos 3 años, Alemania ha recuperado su honor, ha vuelto a encontrar su fé, ha vencido en gran parte su escasez económica y se ha encaminado por último, hacia el renacimiento de su cultura. Esto, creo poder afirmarlo ante mi Dios y mi conciencia.

Ahora ruego al pueblo alemán, que me fortalezca en mi fé por medio de su adhesión y me confiera su propia fuerza, para luchar valerosamente por su honor y libertad y velar por su bienestar económico.

Y por encima de todo, para combatir por la paz verdadera.

PROYECTO DE PAZ DEL GOBIERNO ALEMAN DE

31 de marzo de 1936

(Aunque este proyecto de paz no esté firmado expresamente por el propio Hitler, es indudable por su redacción y contenido que fue elaborado por él. De todas formas su inclusión es necesaria dada la estrecha relación que guarda con el discurso anterior)

Con sincero beneplácito ha sabido el Gobierno alemán por el embajador von Ribentrop el deseo del Gobierno y del pueblo británicos de comenzar con la mayor prontitud posible la labor práctica conducente a una verdadera pacificación de Europa. Este deseo coincide con los íntimos propósitos y esperanzas del pueblo alemán y de su Gobierno. Por esto, es tanto más de lamentar para éste el no poder encontrar en el proyecto de los delegados de las potencias de Locarno, entregado el 20 de marzo, una base valedera y eficaz para iniciar y realizar una verdadera labor pacífica. A ojos del pueblo alemán y a ojos de su Gobierno ese proyecto está falto de comprensión para las leyes del honor y de la paridad jurídica que fueron siempre en la vida de los pueblos la primera condición para concertar tratados libres y, por consiguiente, sagrados.

El Gobierno alemán cree que la augusta trascendencia de la misión a resolver le obliga a limitarse a lo estrictamente necesario en la comprobación de la parte negativa del memorandum que se le entregó. Pero, en cambio, quiere facilitar, por su parte, el comienzo de una labor concreta en la seguridad de la paz europea, ampliando y aclarando las proposiciones que hiciera el 7 de marzo.

El Gobierno alemán para que se comprenda su repulsa de algunos puntos discriminatorios, así como para justificar sus propuestas constructivas, tiene que hacer las siguientes declaraciones de principio:

El Gobierno alemán acaba de recibir del pueblo, un solemne mandato general para representar al Reich y a la nación alemana en sus dos compatibles aspiraciones:

1) El pueblo alemán está decidido a defender a todo trance su libertad, su independencia y, por consiguiente, su igualdad de derechos. En la defensa de estos naturales principios internacionales de la vida pública ve un imperativo del honor nacional y una premisa para toda colaboración práctica entre los pueblos, a la cual no renunciará bajo ningún concepto.

2) El pueblo alemán desea de todo corazón contribuir con todas sus fuerzas a la gran obra de una conciliación general y entendimiento entre las naciones europeas con objeto de asegurar la paz tan necesaria para este continente para su cultura y bienestar.

Estos son los deseos de nuestro pueblo alemán y éste es, por lo tanto el compromiso del Gobierno alemán.

*

*

*

El Gobierno alemán quisiera añadir todavía las siguientes observaciones a sus principios fundamentales expuestos en la nota provisional de 24 de marzo de 1936:

A. Alemania concertó en 1918 el armisticio en base de los 14 puntos de Wilson que no preveían limitación alguna de la soberanía alemana en el Rhin. Al contrario: el pensamiento capital que presidía esos puntos era el de erigir una paz duradera y mejor mediante un nuevo orden internacional. Sin consideración a vencedores ni vencidos, debía dar gran amplitud al derecho de los pueblos a disponer por sí mismos.

B. En su discurso del 26 de marzo acerca de la zona desmilitarizada dijo el Ministro británico de Negocios Extranjeros que aquélla, en último extremo, no se había establecido más que como compensación a la separación de la Renania que Francia pretendía, en rigor, en 1918. De esto se deduce que la desmilitarización de la zona no era más que consecuencia de una anterior violación de un compromiso que obligaba a su vez a los aliados.

C. Las cláusulas del Tratado de Versalles concernientes a la desmilitarización se basaban, pues, en la violación de una promesa hecha a Alemania y no poseían, por consiguiente, más argumento jurídico que la fuerza. Del Tratado de Versalles pasaron al Pacto de Locarno después de una nueva violación jurídica, a saber, la ocupación de la cuenca del Ruhr que incluso juristas de la Corona de Inglaterra consideraron como una infracción de derecho.

D. La sedicente “voluntaria renuncia” a la soberanía de Alemania en esas provincias occidentales del Reich es, por consiguiente, una consecuencia del Dictado de Versalles y una concatenación de máximas opresiones al pueblo alemán, derivadas de aquél, debiendo citarse especialmente la espantosa penuria y la angustiosa situación del Reich como efecto de la ocupación de la Renania.

Por eso, cuando por parte del Gobierno británico se dice hoy que, si bien se ha hablado de un Dictado de Versalles, jamás se ha hablado de un dictado de Locarno, el Gobierno alemán tiene que replicar preguntando: ¿Ha habido o puede haber siquiera en el mundo un pueblo grande que haya renunciado o que renunciaría voluntariamente y sin coacción exterior, unilateralmente a sus derechos soberanos y en este caso concreto al elemental derecho de defensa de sus propias fronteras?

No obstante, el pueblo alemán había soportado este estado de cosas durante 17 años y todavía el 21 de mayo de 1935 declaraba el Canciller del Reich que “el Gobierno alemán considera la desmilitarización de dicha zona como una contribución en pro de la pacificación de Europa”, de inaudita gravedad para un Estado soberano, y que el propio Gobierno “cumpliría todos los compromisos resultantes del Tratado de Locarno en tanto que los otros contratantes estuvieran dispuestos a cumplirlo”.

Ya en su Nota provisional de 24 de marzo de 1936 ha señalado el Gobierno del Reich el hecho de que el tratado militar concertado entre Francia y la Rusia soviética privaba al pacto de Locarno de base jurídica y, sobre todo, política y, por consiguiente, de su razón de existir. No es necesario volver a entrar en detalles sobre estos pues:

No hay duda de que la tendencia a cubrir Europa de una tupida red de alianzas militares contradice en absoluto el espíritu y el sentido de la instauración de una verdadera comunidad internacional. Se corre el gran peligro de que esa complicada red de alianzas militares origine un estado de cosas análogo a aquél que fue causa primordial de la guerra más espantosa y más insensata. No está en manos de un solo Gobierno impedir esa marcha iniciada por algunas grandes potencias, pero todo Gobierno tiene el deber de adoptar dentro de las fronteras del propio territorio de su soberanía precauciones contra las sorpresas que pudieran surgir de tan impenetrable política militar y gubernamental en Europa.

De ahí, que el Gobierno alemán en vista del anterior proceso que supone una anulación de las premisas y de los fundamentos jurídicos y políticos del pacto de Locarno declaró no estar ligado por su parte a dicho pacto y restableció la soberanía del Reich en todo su territorio.

El Gobierno alemán no puede someter el paso dado para la seguridad del Reich, que no afecta más que al territorio alemán y no amenaza a nadie, a la consideración de un árbitro que, aún en el mejor de los casos, no estaría en condiciones de juzgar más que la parte jurídica y de ninguna manera la política. Y máxime cuando el Consejo de la Sociedad de Naciones ha adoptado ya una resolución que prejuzga el enjuiciamiento jurídico de la cuestión.

El Gobierno alemán tiene además el convencimiento de que ese fallo no sólo no proporcionaría aportación positiva alguna para una verdadera solución constructiva del problema de la seguridad europea, sino que no serviría exclusivamente más que para dificultar, cuando no para impedir, dicha solución.

Por lo demás: o se cree posible una seguridad general de la paz europea y, en ese caso, la proyectada injerencia en la soberanía de un Estado no puede producir más que efectos contraproducentes, o no se cree posible ese afianzamiento de la paz y, entonces, esa decisión tendría tan sólo una importancia jurídica que, a lo sumo, se establecería a posteriori.

Por lo tanto el Gobierno alemán no puede ver en este punto ni en los demás de la propuesta de los delegados de las potencias de Locarno, que no suponen más que una carga unilateral para Alemania, una aportación útil para la solución verdaderamente magnánima y constructiva del problema de la seguridad europea sino, a lo sumo, elementos de discriminación de un gran pueblo que hacen, por consiguiente, problemática la verdadera organización de la paz.

Por esto, el Gobierno alemán fiel al encargo que le dio el pueblo tiene que rechazar todas las propuestas de ese proyecto que gravan unilateralmente a Alemania y la discriminan por lo tanto.

Alemania, como lo revela su propuesta, no tiene el propósito de atacar jamás a Bélgica o a Francia. Sabido es, además, que, dado el gigantesco armamento francés y las enormes obras de fortificación de su frontera del Este, sería insensato semejante ataque aún desde el punto de vista puramente militar.

Por estas razones, es también incomprensible para el Gobierno alemán el deseo del Gobierno francés de que entablen negociaciones los Estados Mayores. El Gobierno alemán no vería más que un grave precedente en el hecho de que esos acuerdos de los Estados Mayores se adoptaran antes de concluir los nuevos pactos de seguridad y cree que dichos acuerdos han de ser siempre consecuencia de las obligaciones políticas de asistencia que pesan sobre las potencias de Locarno y han de celebrarse entonces a base de estricta reciprocidad.

El Gobierno alemán considera además que para facilitar la solución de los problemas a resolver debería estructurarse prácticamente su complejidad atendiendo a los fines que se persiguen. Y entonces tiene que hacer las siguientes preguntas fundamentales:

¿Cuál ha de ser la finalidad de los esfuerzos de la diplomacia europea?.

A. ¿Ha de ser esta finalidad la de mantener o continuar bajo nuevas formas o modificaciones, cualesquiera que sean la clasificación de los pueblos europeos en pueblos privilegiados y pueblos inferiores, dignos o indignos, libres o encadenados, cuando esta clasificación se ha revelado como inadecuada para asegurar duraderamente la paz?.

¿Ha de ser también finalidad de los esfuerzos diplomáticos europeos la de partir de ese propósito y, por medio de simples resoluciones mayoritarias, definir el pasado y sentenciar con objeto de encontrar la justificación jurídica que al parecer faltaba para que continuase el anterior estado de cosas?. O...

B. Ha de encaminarse el esfuerzo de los Gobiernos europeos a conseguir a todo trance asentar las relaciones entre las naciones europeas sobre las bases realmente constructivas que permitan crear y afianzar una paz duradera.

El Gobierno alemán le debe a su pueblo la declaración categórica de que no participará más que en este segundo intento, el único constructivo a su parecer, y esto desde luego, por íntimo convencimiento y con todo el peso de la sincera y esperanzada voluntad de la nación que le asiste en pleno.

El Gobierno alemán estima que, en ese caso, la misión impuesta a los hombres de Estado europeos podría dividirse en 3 períodos:

- a) El de una paulatina pacificación de los espíritus durante la cual se podría precisar claramente el procedimiento de las negociaciones que han de iniciarse.
- b) El de las negociaciones propiamente dichas para asegurar la paz europea.
- c) El período posterior para estudiar los complementos que fueren de desear en la obra de la paz europea y que, ni por su materia ni por sus proporciones pueden fijarse precisamente o limitarse de antemano (cuestiones referentes al desarme, cuestiones económicas, etc.).

Para esto el Gobierno alemán propone el siguiente proyecto de paz:

1° Para dar a los acuerdos venideros para la seguridad de la paz europea el carácter de Tratados sagrados, las naciones que participen en ellos no intervendrán más que con plena igualdad de derechos y con plena consideración. El único imperativo para la firma de esos Tratados será tan solo el de la visible y por todos reconocida conveniencia de dichos acuerdos para la paz europea y, por consiguiente, para la felicidad social y el bienestar económico de los pueblos.

2° Para acortar en lo posible, y en interés de la vida económica de los pueblos europeos, el tiempo de incertidumbre, el Gobierno alemán propone limitar el primer período, o sea hasta la firma de los pactos de no-agresión y, por lo tanto, de la garantizada seguridad de paz en Europa, a cuatro meses.

3° El Gobierno alemán, presuponiendo que el Gobierno belga y el Gobierno francés procedan en el mismo sentido, asegura que durante ese tiempo no aumentará en ninguna forma las tropas que se encuentran en la Renania.

4° El Gobierno alemán asegura que durante ese tiempo las tropas que se encuentran en Renania no se acercarán más a la frontera belga ni a la francesa.

5° El Gobierno alemán propone, para garantizar estas seguridades recíprocas, el nombramiento de una Comisión compuesta de representantes de las dos potencias garantes, Inglaterra e Italia, y de una potencia neutral no interesada.

6° Alemania, Bélgica y Francia están autorizadas para nombrar un representante en dicha Comisión. Alemania, Bélgica y Francia tienen el derecho de comunicar a la Comisión de garantía, para su estudio, todo eventual cambio de la situación militar dentro de ese período de 4 meses, cuando lo crean justificado por determinados hechos

7° Alemania, Bélgica y Francia se declaran dispuestas a permitir en ese caso que dicha Comisión haga por medio de los agregados militares inglés e italiano las averiguaciones necesarias e informe sobre ellas a las Potencias interesadas.

8° Alemania, Bélgica y Francia aseguran que tendrán plenamente en cuenta las objeciones que se hagan.

9° Por lo demás el Gobierno alemán está dispuesto a aceptar, de pleno acuerdo con sus vecinos del Oeste, y a base de absoluta reciprocidad, cualquier restricción militar en la frontera occidental alemana.

10° Alemania, Bélgica y Francia y las dos potencias garantes acuerdan que, inmediatamente, o, a más tardar, después de celebradas las elecciones francesas, entrarán en negociaciones, bajo la presidencia del Gobierno inglés para concertar un pacto de no-agresión o un pacto de seguridad durante 25 años entre Francia y Bélgica por una parte y Alemania por otra.

11° Alemania está de acuerdo en que Inglaterra e Italia vuelvan a firmar como potencias garantes este convenio de seguridad.

12° Si de estos convenios de seguridad se derivasen obligaciones especiales de asistencia militar, Alemania se declara dispuesta a aceptar por su parte dichas obligaciones.

13° El Gobierno alemán repite aquí la propuesta de concertar un pacto aéreo como complemento y refuerzo de estos acuerdos de seguridad.

14° El Gobierno alemán repite estar dispuesto a incluir también a Holanda en estos acuerdos de seguridad occidental europea, en caso de que este Estado lo desee.

15° Para dar a la obra de afianzamiento de la paz que, libremente llevan a cabo Alemania por un lado y Francia por el otro, el carácter de solución conciliadora de una discordia secular, Alemania y Francia se comprometen a hacer que en la educación de las respectivas juventudes así como en las publicaciones oficiales se evite cuanto pueda contribuir a envenenar las mutuas relaciones de los dos pueblos por la humillación, el menosprecio o la torpe intromisión en las cuestiones internas de uno de ellos. Alemania y Francia acuerdan nombrar una Comisión común en la Sociedad de Naciones encargada de transmitir a sus respectivos Gobiernos para su conocimiento y examen las quejas que pudieran presentarse.

16° Alemania y Francia se comprometen, siempre en su deseo de dar a este acuerdo el carácter de un tratado sagrado, a hacerlo ratificar por un plebiscito de los mismos pueblos.

17° Alemania se declara dispuesta a entrar por su parte en relación con los Estados de sus fronteras Sureste y Noroeste para invitarlos inmediatamente a concertar los pactos de no-agresión por ella ofrecidos.

18° Alemania se declara dispuesta a entrar inmediatamente o una vez concertados estos tratados, en la Sociedad de Naciones. El Gobierno alemán repite aquí su esperanza en que en el transcurso de un plazo prudencial y mediante pacíficas negociaciones se resuelvan las cuestiones de la igualdad de derechos respecto a las colonias y la liberación del estatuto de la Sociedad de Naciones de las cláusulas marcadas por el tratado de Versalles.

19° Alemania propone designar un tribunal internacional de arbitraje al cual competa velar por la observancia de este complejo contractual y cuyas decisiones sean obligatorias para todos.

* * *

Una vez terminada esta gran obra de afianzamiento de la paz europea, el Gobierno alemán juzga absolutamente necesario el intento de atajar con medidas prácticas la desenfundada carrera de armamentos lo cual sería no sólo un alivio para la Hacienda y la Economía de las naciones sino, ante todo, un término a la tensión de los espíritus.

Pero el Gobierno alemán no se promete nada del intento de soluciones universales que están condenadas de antemano a fracasar y que, por consiguiente, no pueden proponerlas más que aquellos que no están interesados en que se llegue a resultados prácticos. El Gobierno alemán cree que, respecto a esto, las negociaciones y los

resultados conseguidos en la reducción de armamentos marítimos pueden servir de ejemplo y de estímulo.

El Gobierno alemán propone, pues, la convocación ulterior de Conferencias pero cada una con una misión bien precisa.

La misión primera y principal es, a su juicio, llevar la guerra aérea a aquella atmósfera moral y humana del respeto a la población civil y a los heridos acordado en su tiempo por la Convención de Ginebra. De la misma manera, que mediante acuerdos internacionales, se ha prohibido el matar a heridos indefensos y prisioneros, emplear balas dumdurn y hacer la guerra submarina sin advertencia, así tiene que lograr también una humanidad civilizada poner diques al bastardeamiento insensato en el empleo de las nuevas armas sin contradecir los fines de la guerra

El Gobierno alemán propone, por consiguiente, para esas Conferencias estas primeras cuestiones prácticas:

1º Prohibición de arrojar bombas de gases venenosos e incendiarios.

2º Prohibición de arrojar bombas de ninguna clase a poblados descubiertos que se encuentren fuera del alcance de la artillería media y pesada de los frentes combatientes.

3º Prohibición de bombardear poblaciones con cañones de largo alcance, fuera de una zona de combate de 20 km.

4º Supresión y prohibición de construir tanques pesados.

5º Supresión y prohibición de la artillería más pesada.

Si de las conversaciones y acuerdos resultase la posibilidad de otra limitación de armamentos, se tomaría en consideración.

El Gobierno alemán se declara desde ahora dispuesto a adherirse a cualquier arreglo de esta índole siempre que tenga validez internacional.

El Gobierno alemán estima que, aunque no se dé mas que un primer paso en el camino del desarme, su trascendencia para las relaciones de los pueblos entre sí será extraordinaria, haciendo renacer con ello esa confianza que es condición previa para el bienestar público y el desenvolvimiento del comercio.

Para corresponder a los generales deseos de un restablecimiento de relaciones económicas más favorables, el Gobierno alemán está también dispuesto a entrar inmediatamente después de concluido el Tratado político, y con arreglo al espíritu de las propuestas hechas, en un cambio de ideas sobre cuestiones económicas con los países en cuestión, contribuyendo en la medida de sus fuerzas al mejoramiento de la situación en Europa y de la Economía mundial inseparable de aquélla.

*

*

*

El Gobierno alemán cree haber hecho con el anterior proyecto de paz su aportación para la estructura de una nueva Europa sobre la base del mutuo respeto y a la confianza entre Estados soberanos. Muchas de las ocasiones que Alemania brindó en los últimos años para la pacificación de Europa se han malogrado. Ojalá que se alcance por fin este intento de solidaridad europea.

El Gobierno alemán tiene la firme convicción de que con el presente proyecto de paz ha allanado el camino para lograrla.

ANTE EL REICHSTAG

(30 de enero de 1937)

Hombres del Reichstag alemán,

En día de honda significación para el pueblo alemán se ha reunido el Reichstag. Cuatro años han transcurrido desde el momento en que comenzó la gran transformación y renovación interna que desde entonces se operó en Alemania. Cuatro años que pedí al pueblo alemán tanto para prueba como para fallo. ¿Qué ocasión mejor que ésta para enumerar uno por uno los éxitos y los progresos que estos cuatro años brindaron al pueblo alemán? Pero no es posible en este breve acto citar todo lo que podía considerarse como más notable en esta época, quizá la más asombrosa en la vida de nuestro pueblo. Esto es misión más bien de la Prensa y de la propaganda. Además este año se celebrará en Berlín, en la capital del Reich una Exposición en la que se intentará dar una idea de lo creado, de lo conseguido y de lo empezado más amplia y más detallada de lo que podría ser la que yo diera en un discurso de dos horas. Por esto quiero aprovechar esta histórica sesión de hoy del Reichstag alemán para recoger en una ojeada retrospectiva sobre los cuatro años transcurridos algunos de los conocimientos de las experiencias y de los efectos de índole general cuya comprensión importa no sólo a nosotros sino también a nuestros descendientes.

Quiero además tomar posición respecto a los problemas y tareas de cuya importancia debemos darnos clara cuenta nosotros y los demás para hacer posible una mejor convivencia y finalmente quisiera trazar en breves líneas los proyectos que abrigo en parte para un futuro inmediato y en parte para un futuro más remoto.

En la época en que como simple orador recorría la tierra alemana me preguntaron muchas veces elementos burgueses por qué creíamos en la necesidad de una revolución en vez de intentar mejorar el estado de cosas que nos parecía perjudicial e insano dentro de las normas existentes y colaborando con los demás partidos.

Que ¿por qué un nuevo partido y porqué sobre todo una nueva revolución?.

Mis respuestas de entonces estaban siempre inspiradas en estas consideraciones.

1. El desconcierto, la decadencia a que habían llegado las concepciones de la vida y la lucha por la existencia no podían ser conjurados con un simple cambio de Gobierno. Estos cambios se habían verificado ya más que suficientemente antes de nosotros sin que por eso se presentase una mejora esencial en la calamidad alemana. Todas esas modificaciones gubernamentales no tenían positiva importancia más que

para los actores del espectáculo pero para la nación fueron casi siempre de resultados puramente negativos. Durante mucho tiempo el pensamiento y la vida práctica de nuestro pueblo habían emprendido sendas tan antinaturales como de nocivos resultados. Una de las causas de este estado de cosas radicaba en la organización misma del Estado y de la gobernación, extrañas ambas a nuestro carácter, a nuestra historia y a nuestras necesidades.

El sistema democrático parlamentario era inseparable de las manifestaciones generales de la época. Ahora bien, el remedio para un mal difícilmente puede lograrse participando en las causas que la producen sino eliminándolas radicalmente. Pero para ello la lucha política debía tomar necesariamente en las circunstancias dadas el carácter de una revolución.

2. Una transformación y una reorganización revolucionaria de esa naturaleza no son concebibles en los sostenedores y representantes más o menos responsables del antiguo estado de cosas y por consiguiente tampoco en las organizaciones políticas de la anterior vida constitucional ni se concibe participando en esas instituciones sino únicamente mediante la creación y la lucha de un nuevo movimiento cuyo objeto y finalidad sean la necesaria reforma de la vida política, cultural y económica hasta en sus raíces más profundas dando para ello si es preciso su sangre y su vida.

Es digno de notarse aquí que el triunfo parlamentario de partidos medios apenas si modifican esencialmente el rumbo de la vida y el aspecto de los pueblos en tanto que una verdadera revolución nacida de arraigados principios ideológicos produce exteriormente también modificaciones hondas y generalmente perceptibles.

¿Y quien dudará de que en estos cuatro años transcurridos se ha desencadenado verdaderamente en Alemania una revolución de imponente magnitud?

¿Quién puede comparar todavía esta Alemania de hoy con la que existía en aquel 30 de enero, hoy hace cuatro años, cuando yo, a esta hora presté el juramento ante el venerable Presidente del Reich?.

Ciertamente, cuando yo hablo de una revolución nacionalsocialista quizá el Extranjero precisamente y quizá también algunos de nuestros conciudadanos no lleguen a ver toda la profundidad y todo el carácter de esta transformación por la peculiaridad que tuvo en Alemania

No digo que precisamente este hecho, que para nosotros es lo más sobresaliente en la forma de producirse la revolución nacionalsocialista y que nos debe llenar de singular orgullo, había de entorpecer más bien que favorecer la comprensión de este proceso histórico único, en el extranjero y en algunos de nuestros compatriotas. Y es que esta revolución nacionalsocialista empezó por ser una revolución de las revoluciones.

Quiero decir con esto lo siguiente: durante miles de años se forjó y se impuso no sólo en cerebros alemanes sino más todavía en los cerebros del resto del mundo la idea de que la característica de toda verdadera revolución debía ser la eliminación sangrienta de los representantes de los poderes anteriores y al mismo tiempo una destrucción de las instituciones públicas y privadas y de la propiedad. La humanidad se ha acostumbrado así a reconocer en cierto modo revoluciones acompañadas de estos hechos como

procesos legales, es decir, si no a aprobar el aniquilamiento tumultuoso de la vida y de la propiedad, cuando menos a perdonarlo como fenómenos sencillamente necesarios de estos hechos que por eso precisamente se llaman revoluciones.

Aquí radica quizá la gran diferencia entre la revolución nacionalsocialista y las demás revoluciones, si prescindo del levantamiento fascista en Italia.

La revolución nacionalsocialista puede decirse que ha sido completamente incruenta. En la época en que el partido, venciendo seguramente resistencias muy fuertes en Alemania, se encargó del poder, no se produjo el menor daño. Con cierto orgullo puedo decir que fué quizá la primera revolución moderna en la que no se rompió un cristal siquiera.

Pero no querría que se me interpretase mal: Si esta revolución fué incruenta no quiere esto decir que no fuésemos lo bastante hombres para poder ver también la sangre.

Durante más de cuatro años fuí soldado en la guerra más sangrienta de todas los tiempos. Durante ella no hubo situación ni hubo impresiones que me alterasen una vez los nervios. Lo mismo ocurre con mis colaboradores. Pero nosotros no vimos la misión de la revolución nacionalsocialista en destruir vidas o valores humanos sino más bien en organizar una vida nueva y mejor. Nuestro máximo orgullo es el de haber realizado la mayor revolución seguramente en nuestro pueblo con un mínimo de víctimas y de pérdidas. Sólo allí donde el sadismo asesino bolchevique creyó, aún después del 30 de enero de 1933, que podía impedir violentamente el triunfo, la realización de la idea nacionalsocialista, respondimos también con la violencia y entonces, como es natural, fulminantemente. A otros elementos cuya indisciplina unida a su incapacidad política conocimos les pusimos en prisión preventiva devolviéndoles en general la libertad al poco tiempo. Y a unos cuantos cuya actividad política no era más que la máscara para una conducta criminal corroborada por numerosas penas de prisión y de presidio, les impedimos que continuásen su perniciosa labor destructiva sujetándolas por primera vez en su vida a una ocupación útil. Yo no sé si hubo jamás una revolución tan radical como la nacionalsocialista que permitiese sin embargo que infinidad de funcionarios políticos de antes continuasen tranquilos y en paz en sus actividades, y que muchos de los más acerbos enemigos en altos puestos del Estado muchas veces percibiesen integralmente las rentas y pensiones que les correspondiesen.

Nosotros lo hemos hecho. Verdad es que no nos ha servido siempre, precisamente para el extranjero proceder de esta manera. Hace pocos meses pudimos ver cómo honorables ciudadanos británicos se creyeron en el deber de dirigirse a mí protestando de que se retuviera en un campo de concentración alemán a uno de los sujetos más criminales de Moscú. Quizá sea ignorancia mía el no saber si estos hombres honorables protestaron también en su día contra los sangrientos actos de terror cometidos en Alemania por esos criminales de Moscú, la actitud que tomaron frente al terrible lema “matad a los fascistas donde les encontréis” o si por ejemplo ahora manifestaron su indignación sobre las matanzas, violaciones e incendios de decenas y decenas de miles de hombres, mujeres y niños.

Si la revolución en Alemania se hubiese realizado según el ejemplo democrático de España, se les habrían quitado completamente afanes y cuidados a esos apóstoles extranjeros de la no ingerencia. Quienes conocen el estado de cosas en España aseguran

que el número de personas asesinadas bestialmente pasa de seguro de las 170.000. A juzgar por la obra de esos buenos revolucionarios españoles, la revolución nacionalsocialista, teniendo en cuenta el triple número de población habría tenido derecho para matar de 400.000 a 500.000 personas. El no haberlo hecho parece haber sido una omisión que, según vemos, se juzga adversamente en el mundo democrático.

Efectivamente habríamos tenido la fuerza para hacerlo. Pero quizá tuvimos mejores nervios que esos asesinos que huyen cobardemente en lucha abierta y no pueden matar más que a rehenes indefensos. Nosotros fuimos soldados y nos portamos entonces como debimos en la liza más sangrienta de todos los tiempos. Sólo el corazón -y puedo decir que la razón también- nos guiaron entonces. Por eso toda la revolución nacionalsocialista produjo en total menos víctimas que nacionalsocialistas habían matado sólo en 1932 en Alemania, sin revolución, nuestros enemigos los bolcheviques.

Ciertamente esto no fué posible más que siguiendo un principio que inspiró nuestra conducta en el pasado y que no queremos olvidar jamás en el futuro: ***La misión de una revolución o de un cambio cualquiera no puede ser la de engendrar un caos sino la de reemplazar lo malo con lo bueno.*** Claro que esto exige siempre que lo bueno exista realmente. Cuando hace 4 años, el 30 de enero, me llamó el Presidente del Reich y me confió la formación de un nuevo Gobierno, teníamos tras nosotros una intensa lucha por el poder del Estado, lucha que habíamos librado con los medios estrictamente legales de entonces. El sostenedor de esta lucha fué el partido nacionalsocialista en el cual el nuevo Estado encontró ya un perfil ideal y formal antes de que pudiera proclamarlo de hecho. Todos los fundamentos y principios del nuevo Reich fueron fundamentos, ideas y principios del partido nacionalsocialista. El partido nacionalsocialista se había forjado la posición preeminente en el Reichstag en lucha legal para ganarse al pueblo y cuando, por fin, se le dió la dirección de hecho, hacía ya más de un año que según las normas democrático-parlamentarias hubiese podido reclamar el derecho a ella.

Pero el sentido de la revolución nacionalsocialista radica en que lo que este partido pedía era la verdadera subversión de los principios y de las instituciones que habían regido hasta entonces. Y sólo cuando algunos ciegos creyeron que podían negar al movimiento llamado con justo título para gobernar el Reich la debida obediencia en el cumplimiento del programa que tenía la aquiescencia del pueblo, fué cuando con férrea mano hicimos doblar ante el nuevo Reich y ante el nuevo Derecho, ambos nacionalsocialistas la cerviz de estos elementos díscolos que se ponían fuera de la ley.

Pero con esto, camaradas y diputados del Reichstag, había terminado también la revolución nacionalsocialista. Pues desde el momento en que el partido se aseguró el poder en el Reich, consideré natural que la revolución se encauzara en una evolución.

Ciertamente este proceso así iniciado supone una transformación radical ideológica y práctica que siguen rechazando todavía hoy algunos rezagados porque está fuera del horizonte espiritual de su inteligencia o del estrecho egoísmo del propio interés. Y es que la doctrina nacionalsocialista ha obrado sin duda revolucionariamente en infinidad de terrenos de nuestra vida y ha intervenido en ellos en consecuencia.

Como principio, nuestro programa nacionalsocialista sustituye el concepto liberal de individuo y el concepto marxista de la Humanidad por otro: el del pueblo

determinado por la sangre y por el suelo. Principio sencillo y lapidario, pero de enormes efectos. Por primera vez, quizá, en la historia se ha orientado en este país el espíritu en el sentido de que, entre todas las misiones que se nos han impuesto, la más excelsa y, por lo tanto, la más sagrada para el hombre, es la conservación de la estirpe que Dios le dió. Por primera vez fué posible en este Reich que el hombre aplicase los dones del conocimiento y del juicio que la Providencia le concediera al estudio de estos problemas que son para su propia existencia de una importancia más enorme que todas las guerras triunfales o las victoriosas batallas económicas. La revolución más grande del nacionalsocialismo es la de haber rasgado la puerta del conocimiento de que todas las faltas y errores de los hombres están condicionadas por el tiempo y por consiguiente son capaces de enmienda menos una sola: el error sobre la significación y la conservación de su sangre, de su linaje y, por lo tanto, de la forma que Dios le había dado y del alma que en él había infundido. Los hombres no tenemos que discutir por qué la Providencia ha creado las razas sino limitarnos a reconocer que castiga a quien desprecia su obra.

Indecible dolor y calamidad afligieron al hombre porque perdió en un falso intelectualismo ese conocimiento profundamente arraigado en el instinto. Hoy viven en nuestro pueblo millones y millones de personas para las cuales esta ley se ha hecho clara e inteligible. Y digo aquí proféticamente: Así como la teoría de la revolución de la Tierra alrededor del Sol modificó por completo la cosmografía, así la teoría de la sangre y de la raza del movimiento nacionalsocialista producirá una revolución en los conocimientos y, por ende, en la idea de la Historia en el pasado y en el futuro.

Lo cual no llevará a un alejamiento de los pueblos, sino al contrario, por primera vez, a una verdadera comprensión mutua. Pero impedirá también, desde luego, que el pueblo judío bajo la máscara de honrado ciudadano procure descomponer interiormente y por lo tanto dominar los demás pueblos.

Las consecuencias de este conocimiento del cual tenemos la convicción de ser verdaderamente revolucionario han sido de importancia trascendental para la vida alemana. Si por primera vez en nuestra historia el pueblo alemán encontró el camino hacia una unidad más amplia que nunca, fué al conjuro irresistible de esa revelación interior. Cayeron infinidad de prejuicios, apartáronse numerosos obstáculos que se revelaron inconsistentes, palidieron malas tradiciones, desvalorizáronse viejos símbolos y sobre la impotencia de un fraccionamiento étnico, dinástico, ideológico, religioso y partidista se alza el pueblo alemán empuñando el lábaro de una unidad que da simbólicamente testimonio del triunfo, no de un principio político sino de un principio racial. Al servicio del triunfo de esta idea ha estado durante 4 años la legislación alemana. Así como el 30 de enero de 1933, al encomendárseme la Cancillería se legalizaba una situación de hecho, es decir se encargaba la gobernación del Reich y la determinación del destino alemán al partido que dominaba sin disputa en Alemania, así durante estos cuatro años la legislación alemana no ha sido sino la fijación en normas jurídicas de un mundo ideológico que se había abierto camino.

Para todos nosotros será seguramente el recuerdo más hermoso de la vida cómo se realizó entonces políticamente esa hermandad étnica del pueblo alemán. Como una tempestad de primavera recorrió hace cuatro años la tierra alemana. Las tropas de combate de nuestro movimiento que durante cuatro años defendieron la bandera de la cruz gamada contra un enemigo superior en número y que durante 14 largos años fueron avanzando con ella, la clavaron honda en el suelo del nuevo Reich.

En pocas semanas se habían liquidado y eliminado los restos políticos y los prejuicios sociales de un pasado milenarismo en Alemania.

¿O es que no puede hablarse de una revolución cuando en tres meses escasos desaparece un caos democrático parlamentario y se pone en su lugar un régimen de orden, de disciplina y de energía también como jamás le tuviera Alemania en esa unidad y en esa plenitud de poder? Tan grande fué la revolución que todavía hoy no ha comprendido el mundo superficial sus fundamentos espirituales. Se habla de democracias y dictaduras y no se ha visto siquiera que en este país se ha cumplido una revolución cuyo resultado hay que considerar como democrático en el más alto sentido de la palabra, si es que la democracia ha de tener un significado. Con indefectible aplomo nos orientamos hacia un sistema que -como en el resto de la vida- asegure también en el terreno de la gobernación política de la nación un proceso de selección natural e inteligente que lleve a ella las cabezas verdaderamente capaces de nuestro pueblo sin consideración a la cuna, a la procedencia, al nombre o a la fortuna sino únicamente conforme a las altas aptitudes que posean. La hermosa frase del gran Corso de que cada soldado llevaba en su mochila el bastón de mariscal, encontrará en este país su complemento político. ¿Hay un socialismo más hermoso, más grande y una democracia más verdadera que ese nacionalsocialismo que gracias a su organización permite que entre millones de muchachos alemanes pueda encontrar el camino que le lleve a la cuspide de la nación aquel de quien la providencia quiera servirse? Y esto no es mera teoría. Esto en la Alemania nacionalsocialista de hoy es una patente realidad para todos. ***Yo mismo, llamado por la confianza del pueblo para Führer, procedo de ese pueblo. Todos los millones de obreros alemanes saben que a la cabeza del Reich no se halla un literato extraño o un apóstol de la revolución internacional, sino un alemán salido de sus propias filas.*** Y muchos que un día fueron simples obreros y campesinos, ocupan hoy en este Estado nacionalsocialista funciones directrices y algunos de ellos en calidad de ministros, gobernadores y jefes regionales (Gauleiter) son los más altos rectores y representantes del pueblo.

Claro es que el nacionalsocialismo ve siempre aquí a todo el pueblo y nunca una sola clase. El objeto de la revolución nacionalsocialista no fue privar para siempre de derechos a una clase antes privilegiada, sino hacer de una clase sin derechos una clase igual a las demás. No fue propósito degradar a millones de ciudadanos haciendo de ellos trabajadores forzados sino hacer de esos trabajadores ciudadanos alemanes. Porque una cosa comprenderán todos los alemanes: Las revoluciones como actos de violencia no pueden ser mas que de corta duración. Si no pueden construir nada nuevo consumirán en sus excesos y en poco tiempo lo existente. Al violento acto de la toma de poder debe seguir inmediatamente una venturosa obra de paz. Pero el que elimina las clases para crear otras nuevas echa el germen de nuevas revoluciones. Lo que hoy es burgués y dicta, mañana será proletario condenado a trabajos forzados en Siberia y esperará un día su liberación lo mismo que el proletario le estuvo sometido antes y que cree dictar ahora. La revolución nacionalsocialista no se propuso jamás por esto llevar al poder a una clase del pueblo alemán para alejar a otra, sino al contrario: su propósito fue únicamente asegurar a todo el pueblo alemán mediante su organización en masa la posibilidad no sólo de una actividad económica sino también de una actividad política. Claro que limitándose para ello a los elementos pertenecientes a nuestro pueblo y negando a una raza extraña influencias sobre nuestra vida política, espiritual o cultural y una posición económica de privilegio.

En esta compenetración étnica de nuestro pueblo y en el despertar de la inteligencia para ella, despertar debido al nacionalsocialismo radican las profundas causas del éxito maravilloso de nuestra revolución.

Ante este nuevo y gigantesco ideal palidieron todos los ídolos y reminiscencias políticas, dinásticas, étnicas y partidistas del pasado. Así fue posible que en el curso de pocas semanas se hundiese todo el mundo de nuestros antiguos partidos sin que se notase ni un momento sensación de vacío. Y es que se había impuesto una idea nueva y mejor, un nuevo orden de cosas les había reemplazado. Una nueva organización de nuestro pueblo, de la nación que trabaja y que creaba, apartó, sencillamente, las viejas organizaciones y sociedades de patronos y de obreros. Y cuando se hubieron alejado los simbólicos testimonios del pasado alemán y por tanto del fraccionamiento y de la impotencia de Alemania, no fué por resolución de un Comité como en 1918 o en 1919 y a ser posible mediante concurso para encontrar el nuevo símbolo del Reich, sino por la bandera que como emblema de la época de lucha nacionalsocialista nos guió en el resurgimiento y que desde entonces se ha convertido en signo de este mismo resurgimiento nacional en tierra, mar y aire.

Hasta qué punto el pueblo alemán comprendió y estimuló la importancia de este cambio y de esta transformación lo revela mejor que nada el asentimiento que la nación nos ha prestado tantas veces desde entonces. Porque de todos los que tan a menudo y con tanto gusto se afanan en presentar los Gobiernos democráticos como instituciones sostenidas por el pueblo a diferencia de las dictaduras, nadie tiene más derecho que yo a hablar en nombre de su pueblo.

Como resultado de esta parte de la revolución alemana voy a asentar lo siguiente:

1. En el pueblo alemán no hay desde entonces más que un sustentador de la soberanía, y es el pueblo mismo.
2. La voluntad de este pueblo encuentra su expresión en el partido como organización política del mismo.
3. Por consiguiente no hay más que un sólo legislador.
4. No hay tampoco más que un sólo poder ejecutivo.

El que compare con esto la Alemania anterior al enero de 1933 verá la gigantesca transformación que se encierra en esos breves hechos.

Esta transformación no es sino el resultado de la realización de un principio de la teoría nacionalsocialista según el cual la razón y la finalidad del pensamiento y de la conducta humanos no puede estar en la creación o conservación de una teoría, organización o función concebida por el hombre sino en la afirmación y desarrollo de los pilares étnicos creados por Dios. Por esto, el triunfo del movimiento nacionalsocialista colocó al pueblo por encima de toda organización, de toda teoría, de toda función, como lo esencial y permanente.

El sentido y la finalidad de la existencia de las razas creadas por la Providencia no podemos los hombres ni alcanzarlos ni establecerlos. Pero el sentido y la finalidad de

las organizaciones humanas y de todas sus funciones puede medirse por la utilidad que tienen para la conservación del pueblo esencial y permanente. Por esto el pueblo es lo primario. Partido, Estado, Ejército, Economía, Justicia, etc. son fenómenos secundarios, medios para el fin que es la conservación de ese pueblo. Y precisamente en la medida en que se cumplan sus funciones son justos y beneficiosos. Si no bastan para esa misión son nocivos y o hay que reformarlos o eliminarlos reemplazándolos por otros mejores. Sólo el conocimiento de este principio puede preservar al hombre de perderse en rígidas doctrinas donde no hay doctrina alguna, de falsear los medios como dogmas, allí la finalidad debe ser el único dogma.

Todos vosotros, hombres del Reichstag, comprendéis el sentido de lo que estoy diciendo. Pero yo hablo en este momento para todo el pueblo alemán y voy a ilustrar a la luz de algunos ejemplos la importancia que estos principios cobraron en el momento en que empezamos a aplicarlos a la vida práctica. Entonces será cuando muchos comprendan porque hablamos de una revolución nacionalsocialista aunque no se haya tratado aquí de destrucción de propiedad ni de exterminio.

Durante largo tiempo, en parte por la adopción de ideas extrañas, en parte por la falta de una concepción clara, nuestra vida jurídica cayó en una confusión elocuentemente manifestada en la incertidumbre de la íntima finalidad del Derecho. Dos polos caracterizan esta situación:

1. La idea de que el derecho como tal lleva en sí su propia justificación y no permite por consiguiente el menor examen de la utilidad particular o general, El Derecho existe aunque el mundo zozobre en él.

2. La idea de que el Derecho está llamado esencialmente a proteger al individuo en su persona y en su propiedad. Entre ambas asomó como tímido adorno la representación de grandes intereses sociales generalmente sólo como una concesión a la llamada razón de Estado.

La revolución nacionalsocialista ha asimilado frente a éste un punto de partida terminante e inequívoco al Derecho, a la Ciencia jurídica y a la Justicia.

La misión de la Justicia es contribuir a la conservación del pueblo poniéndole a seguro de aquéllos elementos asociales que intenten sustraerse a las obligaciones comunes o atenten contra esos intereses generales. Así, desde ahora, en la vida jurídica alemana está también el pueblo sobre la persona y sobre la cosa.

Este simple hecho lleva en su aplicación a la mayor reforma que se haya efectuado hasta ahora en nuestra vida y en nuestra doctrina jurídica. Conforme a este punto de partida el primer efecto decisivo fue la proclamación no sólo de un único legislador sino también de un único poder ejecutivo. La segunda medida no está todavía terminada pero dentro de pocas semanas será anunciada al pueblo. Por primera vez desde esta gran perspectiva general se dará a la justicia alemana en un nuevo código penal los fundamentos que la pondrán para siempre al servicio de la conservación del pueblo.

Por grande que fuera el caos que encontramos en 1933 en los distintos aspectos de la vida social, fue no obstante superado por la ruina de la economía alemana. Este fue también el aspecto del derrumbe alemán que la amplia masa de nuestro pueblo conoció

de una manera más clara e inmediata. El estado de cosas esta en vuestro recuerdo y en el de todo el pueblo alemán. Como documento de esta catastrofe encontramos ante todo dos fenómenos:

1. Más de seis millones de parados.
2. Una clase labradora condenada visiblemente a perecer.

El área total de las tierras agrícolas embargadas entonces era algo mayor que todo el país de Turingia. Así no podía asombrar que ante una reducción general de la producción por una parte y de la capacidad adquisitiva por otra, la inmensa mayoría de nuestra clase media estuviese condenada en breve a la catástrofe y por consiguiente al aniquilamiento. Todavía hoy podemos ver con posterioridad la gravedad que asignamos a ese aspecto de la crisis alemana en el hecho de que precisamente para remediar el paro forzoso y para evitar que continuase el desmoronamiento de la clase labradora alemana me hice dar el consabido plazo de cuatro años.

Tengo que consignar aquí también que en 1933 el nacionalsocialismo no recurrió a medidas tomadas por otros, prometedoras de cierto éxito, sino que el partido fue encargado de la gobernación del Reich en el momento en que podía considerarse como fracasada la última posibilidad de salvación y cuando se habían demostrado como fallidos todos los intentos de reanimar la miseria económica.

Si hoy, a los cuatro años, me presento ante el pueblo alemán y ante vosotros, diputados, hombres del Reichstag alemán a rendir cuentas, no podréis negarme a mí ni al gobierno nacionalsocialista que no haya cumplido mi promesa de entonces.

No fue esta facil empresa. No digo nada nuevo al aseverar aqui que precisamente los llamados “expertos” eran los que no creían entonces en la posibilidad de salvación.

Lo que sin embargo me indujo a creer en el renacimiento alemán y especialmente en el saneamiento de la economía frente a esta situación terrible y -como ya dije- sin perspectivas precisamente para los expertos, está fundado en dos razones.

1. Siempre me inspiraron compasión los seres pusilánimes que ante cualquier situación difícil se encuentran dispuestos a pronosticar inmediatamente el hundimiento de un pueblo. ¿Qué quiere decir hundimiento? El pueblo alemán vivió ya antes de la época en que adquirimos conciencia de su historia. Y aún cuando pasemos por alto completamente sus primeras vicisitudes, es evidente que durante esos 2.000 años más de una vez catástrofes indecibles e indecibles sufrimientos afligieron aquella parte de la humanidad que hoy llamamos pueblo alemán. Hambre, guerra y peste irrumpieron espantosamente en nuestro pueblo segando vidas de manera horrenda. Hay que tener una fé inquebrantable en la fuerza vital de una nación cuando se piensa que hace pocos siglos, en una guerra de 30 años, nuestro pueblo alemán se redujo de 18.000.000 a 4.000.000 millones! ¡Si pensarnos que este país antes floreciente fue saqueado, desgarrado y empobrecido, que sus ciudades fueron incendiadas, sus pueblos y aldeas devastados, y los campos abandonados y desiertos!. ¡Pero algunos decenios más tarde nuestro pueblo comenzó de nuevo a crecer, las ciudades a llenarse de nueva vida, los campos a labrarse y a resonar en ritmo gigantesco, el canto del trabajo que nos brindó nueva existencia y nueva vida!.

Sigamos la parte que nos es conocida de los destinos de nuestro pueblo desde su más remota antigüedad hasta nuestros días y consideremos los aspavientos grotescamente ridículos de esos charlatanes insulsos que hablan inmediatamente de la ruina de la economía y al mismo tiempo del acabóse de la vida humana cuando en cualquier parte del mundo se desvaloriza un pedazo de papel. Alemania y el pueblo alemán han sabido ya arrostrar victoriosamente catástrofes muy duras. Reconozco que siempre fueron indispensables hombres que tomaran las medidas necesarias imponiéndose a la situación y sin consideración a elementos negativos o a quienes pretenden saberlo todo mejor. Un conjunto de medrosas liebres parlamentarias se presta mal en realidad para salvar a un pueblo de la miseria y de la desesperación.

Yo tenía la firme creencia y la sagrada convicción de que se lograría detener la catástrofe económica alemana en el momento en que llegara a creer en lo imperecedero de un pueblo y se asignara a la economía el papel que le corresponde como servidora en la vida del pueblo.

2. Nunca fui economista, lo cual significa, ante todo, que jamás en mi vida fui un teórico.

Pero, desgraciadamente, he encontrado que los teóricos mas empedernidos han anidado siempre, precisamente allí donde la teoría no es nada y la vida práctica lo es todo.

Es natural que, en el curso del tiempo, también en la vida económica surgieran determinados principios empíricos y determinados métodos prácticos. Empero todos los métodos están ligados al tiempo. Querer hacer dogmas de los métodos significa despojar a la capacidad humana y a la energía en el trabajo de aquella fuerza elástica que es lo que permite cambiar los medios cuando varien las condiciones. El intento de hacer un dogma de métodos económicos fue emprendido por muchos con esa rigurosa aplicación proverbial de los hombres de ciencia alemanes, elevándolo a materia de enseñanza con el nombre de Economía Nacional. Y según las comprobaciones de esta Economía Nacional, Alemania estaba irremisiblemente perdida. Es característico de todos los dogmáticos precaverse de la manera más rotunda contra todo dogma nuevo, es decir, contra todo nuevo conocimiento que rechacen como teoría. Desde hace 18 años podemos asistir al delicioso espectáculo de que nuestros dogmáticos de la economía son refutados por la práctica en casi todos los terrenos de la vida, lo cual no importa para que rechacen y maldigan a los vencedores prácticos de la ruina económica como representantes de teorías ajenas y por lo tanto falsas para ellos.

Ya sabéis el conocido caso en que un enfermo encuentra a su médico que diez años antes le había pronosticado solamente seis meses de vida y que a pesar del éxito obtenido en la curación por otro médico no pudo expresar su asombro más que declarando que esta únicamente pudo deberse a un tratamiento equivocado.

Diputados: La política económica alemana que inició el nacionalsocialismo 1933 se basa en algunos principios fundamentales.

1. En las relaciones entre economía y pueblo lo único inalterable que existe es el pueblo. Pero la actividad de la economía no es ningún dogma ni lo será jamás.

No existe ningún concepto de la economía ni opinión de la economía que pudieran reclamar en alguna forma infalibilidad. Lo decisivo es la voluntad de asignar siempre a la economía el papel de servir al pueblo y al capital el de servir a la economía.

Como sabemos el nacionalsocialismo es el adversario más enconado del concepto liberal de que la economía exista para el capital y el pueblo para la economía. Por eso desde el primer día estuvimos decididos a romper con la errónea conclusión de que tal vez la economía hubiera podido tener una vida propia, libre y sin fiscalización.

Una economía libre, es decir, exclusivamente entregada a sí misma, no puede existir hoy ya. No solamente porque esta sería políticamente insoportable, no, sino porque originaría situaciones económicas imposibles.

Así como millones de seres aislados no pueden distribuir o ejercitar su trabajo según necesidades y conceptos propios, así tampoco la economía en conjunto puede actuar según conceptos propios o al servicio de intereses meramente egoístas. Porque tampoco se encuentra en condiciones hoy de soportar por sí misma las consecuencias de un fracaso. El desarrollo moderno de la economía concentra enormes masas de trabajadores en determinados ramos de la industria y en determinadas regiones. Nuevos inventos o la pérdida de mercados de venta pueden hacer sucumbir de un golpe industrias enteras.

Quizá el fabricante pueda cerrar las puertas de su fábrica y encontrar posiblemente un nuevo campo a su actividad. La mayor parte de las veces no perecerá fácilmente y, por otra parte, no se trata aquí más que de unos cuantos seres. Y frente a estos se encuentran centenares de miles de trabajadores con sus mujeres y niños! ¿Quién se interesa por ellos y quien les atiende?

¡La comunidad del pueblo!

Sí. La comunidad debe hacerlo. ¿Pero se puede acaso imputar únicamente a la comunidad del pueblo la responsabilidad de la catástrofe de la economía sin la influencia y la responsabilidad de aquella energía y vigilancia de la economía apropiada para evitar la catástrofe?.

Diputados: Cuando la economía alemana en los años de 1932 a 1933 parecía sucumbir definitivamente entonces, ví con más claridad que en años anteriores lo siguiente:

La salvación de nuestro pueblo no es un problema de hacienda, sino exclusivamente un problema del empleo y de la utilización de nuestra mano de obra, por un lado, y por otro, de la explotación de la tierra y del subsuelo.

Este es en primer término un problema de organización. Por lo tanto, no se trata simplemente de frases hechas como p. ej.: libertad de la economía, sino que se trata de dar, al trabajador, con todas las medidas a nuestro alcance, la posibilidad de una ocupación productiva. Mientras la economía es decir, la suma total de empresas, pueda lograrlo por sí misma, está bien.

Pero si estas no pueden ya, la comunidad del pueblo, es decir, en este caso, el Estado está obligado a cuidar por su parte del empleo de las energías disponibles con miras a una producción útil y a tomar las medidas necesarias para tal fin. Y aquí el Estado puede hacerlo todo, menos una cosa, que es lo que hizo: dejar perder sencillamente, año tras año, más de doce mil millones de horas de trabajo.

Porque la comunidad popular no vive del valor ficticio del dinero sino de la producción real que es lo que da valor al dinero.

Esta producción es la garantía de una moneda y no un Banco o una caja de caudales llena de oro. Y si yo aumento esta producción elevo en realidad los ingresos de mis connacionales y si la reduzco los ingresos disminuyen cualesquiera que sean los salarios que se paguen.

Diputados: En estos cuatro años hemos aumentado extraordinariamente la producción alemana en todos los terrenos. El aumento de esta producción reporta beneficio a todos los alemanes. Si hoy, p. ej., se extraen innumerables millones más de toneladas de carbón, no están destinadas a calentar a algunos miles de grados más las habitaciones de varios millonarios, sino para poder aumentar la parte que corresponde a millones de alemanes.

Así la revolución nacionalsocialista, gracias al empleo de una muchedumbre de millones de trabajadores que antes se encontraban en paro forzoso, logró un aumento tan gigantesco en la producción alemana que el aumento del ingreso nacional general, tiene asegurado el contravalor equivalente. Y solamente allí donde no podemos conseguir este aumento por causas que no podemos eliminar por escapar a nuestro radio de acción, se ha notado algunas veces escasez lo cual, sin embargo, es insignificante en comparación con el éxito total de la batalla económica nacionalsocialista.

La expresión más gigantesca de esta dirección planeada de nuestra economía es el Plan Cuatrienal.

Gracias a él se asegura una ocupación permanente en la economía alemana especialmente a las masas de obreros que afluyen de la industria de armamentos. En todo caso, una de las señales del grandioso desarrollo económico de nuestro pueblo, es el hecho de que en muchas ramas es difícilísimo hoy encontrar obreros especializados. Es para mi motivo de satisfacción porque así se contribuye a poner en claro la importancia del obrero como hombre y como mano de obra y porque con ello, -aunque por otros motivos- la actividad social del partido y de sus asociaciones encuentra más fácil comprensión y halla un apoyo más fuerte y más espontáneo:

Considerando la misión de la economía en un sentido nacional tan alto, está de más la antigua división entre patronos y obreros. Tampoco el nuevo Estado será ni quiere ser patrono. Vigilará la colocación de obreros en cuanto sea necesario para el provecho común. Y vigilará el proceso de trabajo sólo en la medida que lo exija el interés general. Bajo ningún concepto tratará de burocratizar la vida económica. Toda iniciativa real y práctica beneficia a todos los connacionales en sus consecuencias económicas. A menudo no se puede apreciar de momento el valor que representa un invento o un famoso organizador económico para la comunidad total del pueblo. Precisamente en el futuro será una de las tareas de la educación nacionalsocialista hacer

comprender a todos nuestros connacionales el valor de cada uno, hacerles ver lo insustituible que es el obrero alemán y enseñar a éste lo insustituible que son el inventor y el verdadero "Wirtschaftsführer" (encauzador de la economía).

Es claro que en este orden de cosas no deben tolerarse ni huelgas ni lock-out. El Estado nacionalsocialista no conoce en la economía el derecho del más fuerte. Sobre los intereses de todos los contratantes prevalece el interés general de la nación, de nuestro pueblo.

Los resultados prácticos de nuestra política económica os son conocidos. Nuestro pueblo está poseído de un ardiente deseo de trabajar. Por todas partes surgen enormes obras de la producción y del tráfico. El comercio alemán florece como nunca. Mientras que en otros países huelgas y lock-outs perturban sin cesar continuidad de las producciones nacionales, trabajan nuestros millones de obreros conforme a la ley más augusta que puede haber en este mundo, la ley de la razón.

Después de haber logrado en estos 4 años la salvación económica, necesario es asegurar también en ciudades y campos resultados de esta labor económica. El primer peligro que amenaza las obras de la cultura humana está en las propias filas, en el momento en que falta la vinculación entre la grandeza de las empresas humanas y la manera de pensar de las personas que las crean, mantienen y cuidan de ellas.

El movimiento nacionalsocialista dió al Estado las normas para la educación de nuestro pueblo. Esta educación no principia ni termina en determinado tiempo. El desarrollo de la humanidad trajo consigo que a partir de determinado tiempo la educación del niño debe pasar de la familia, la célula más pequeña de la vida colectiva, a la comunidad misma.

La revolución nacionalsocialista ha establecido determinadas tareas para la comunidad independizándola ante todo de la edad: la educación del ser humano jamás puede tener fin. Por eso la misión del pueblo es cuidar de que esta educación y perfeccionamiento se haga en su interés y para su conservación.

Por eso tampoco podemos admitir que cualquier medio apto para esta instrucción y educación del pueblo pueda ser sustraído a este deber para con la comunidad. Educación juvenil, Juventud Hitleriana, Servicio del Trabajo, Partido, Ejército, todas estas son instituciones para la educación e instrucción de nuestro pueblo. El libro, el periódico, la conferencia, el arte, el teatro, el cinematógrafo, todos estos son medios de educación para el pueblo. Es enorme cuanto la revolución nacionalsocialista ha realizado en estos terrenos. Basta por pensar en esto:

Todos los organismos encargados de la educación inclusive la prensa, el teatro, el cinematógrafo y la literatura están dirigidos y constituidos hoy exclusivamente por alemanes.

¡Cuántas veces no hemos oído antes que la eliminación de los judíos de estas instituciones conduciría a su ruina o empobrecimiento! ¿Y qué ha pasado? En todos estos terrenos observamos un inmenso florecimiento de la vida cultural y artística. Nuestras películas son mejores que nunca, nuestras representaciones teatrales han alcanzado en nuestros teatros de primera categoría una altura sin par y única en el

mundo. Nuestra prensa ha llegado a ser un enorme instrumento en la lucha de nuestro pueblo por la conservación de su carácter, contribuyendo a fortalecer la nación. La ciencia alemana trabaja con éxito, e imponentes obras de nuestra voluntad de construir y de crear serán un día los exponentes de esta nueva época.

Se ha conseguido una nunca vista inmunización del pueblo alemán contra todas las tendencias destructoras bajo las cuales sufren otros países. Algunas instituciones que aún hace poco años eran incomprensibles nos parecen en la actualidad muy naturales. Jungvolk (Infancia), Hitlerjugend (Juventud Hitleriana), BDM (Liga de la juventud femenina alemana), Frauenschaft (Organización de las mujeres), Arbeitsdienst (Servicio del Trabajo), SA (Sección de asalto), SS (Escuadrón de protección), NSKK (Cuerpo del servicio automovilístico del Partido Nacionalsocialista) y, ante todo, el Arbeitsfront (Frente del trabajo alemán) con su vasta organización constituyen las piedras angulares del soberbio edificio de nuestro Tercer Reich.

A este afianzamiento de la vida interior de nuestro pueblo alemán debía seguir la consolidación exterior. Y a este respecto, Diputados y hombres del Reichstag, creo que el resurgimiento nacionalsocialista ha consumado el milagro mayor de sus esfuerzos.

Cuando hace 4 años se me confió la cancillería y con ella la dirección de la nación, me hice cargo de la amarga tarea de devolver el honor a un pueblo al cual se había obligado a llevar durante quince años la vida de un paria entre las demás naciones. El orden interior del pueblo alemán me puso en condiciones de reorganizar el ejército alemán y ambos factores me dieron la posibilidad de desasirme de las ligaduras que sentimos como el escarnio más agudo con que jamás se había infligido a un pueblo. Al cerrar hoy este proceso tengo que hacer estas breves declaraciones:

Primero: el restablecimiento de la igualdad de derechos de Alemania era un hecho que concernía e interesaba exclusivamente a nuestro país. Con esto nada hemos quitado a ningún pueblo ni hemos hecho sufrir a nadie.

Segundo: anuncio que en el espíritu del restablecimiento de nuestra igualdad de derechos privaré al Reichsbank (Banco Nacional) y a los Ferrocarriles alemanes del carácter que hasta ahora han tenido y los pondré completamente bajo la soberanía del Gobierno del Reich.

Tercero: Declaro que con esto halla su natural liquidación aquella parte del tratado de Versalles que había quitado a nuestro pueblo la igualdad de derechos degradándolo a la categoría de pueblo inferior.

Cuarto: Con eso retiro ante todo, solemnemente, la firma alemana puesta debajo de aquella declaración arrancada contra su convicción, al débil gobierno de aquel entonces, que suscribió la culpabilidad de Alemania en la guerra.

Diputados. Hombres del Reichstag: Este restablecimiento del honor de nuestro pueblo, que encontró su expresión más manifiesta en la instauración del servicio militar obligatorio, en la reciente ecreación de nuestra cuarta arma, en la reconstrucción de una armada alemana, en la ocupación de la Renania por nuestras tropas, fué la misión y el trabajo más difícil y arriesgado de mi vida. En el día de hoy debo agradecer

humildemente a la Providencia, por cuya gracia yo, un simple soldado de la guerra mundial, logré reconquistar para nuestro pueblo honor y decoro.

Las medidas necesarias al respecto no podían alcanzarse por medio de negociaciones. Por lo demás, el honor de un pueblo no puede jamás ser objeto de transacciones ni para perderlo ni para recuperarlo. No se puede hacer otra cosa que arrebatarlo por una parte y arrebatarlo de nuevo, por otra.

El que yo hiciera todo lo necesario para ello sin consultar a ninguno de nuestros anteriores adversarios, ni siquiera informándolos se fundaba también en la convicción de que se facilitaba de este modo a las otras partes la aceptación, por lo demás ineludible, de nuestras decisiones. Quiero agregar a mis anteriores declaraciones aun otra: que con esto ha pasado ya la época de las llamadas sorpresas. Como Estado con iguales derechos que los demás, Alemania, consciente de su misión europea, colaborará lealmente en la solución de los problemas que nos preocupan a nosotros y a la demás naciones.

Si ahora me pronuncio sobre estas cuestiones generales de actualidad será quizá lo más conveniente que lo haga refiriéndome a aquellas declaraciones que hace poco pronunció Mr. Eden en la Cámara de los Comunes.

Porque ellas contienen en lo esencial lo que hay que decir sobre las relaciones entre Alemania y Francia.

Quisiera expresar en esta ocasión mi profundo agradecimiento por la posibilidad de contestar que me dieron las palabras tan significativas como sinceras del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Creo haber leído exacta y correctamente estas palabras. No voy a perderme, naturalmente, en detalles, sino que quiero tratar de hacer resaltar las principales consideraciones del discurso de Mr. Eden para esclarecerlas o contestarlas.

Ante todo, trataré de rectificar un error que estimo lamentable. El error de que Alemania tenga alguna intención de aislarse, de permanecer indiferente ante los acontecimientos del resto del mundo y de no querer tomar en consideración las necesidades generales.

¿En qué se funda esta opinión de que Alemania haga una política de aislamiento?.

Si se quiere deducir esta suposición, el aislamiento de Alemania, de pretendidas intenciones alemanas, entonces he de hacer notar lo siguiente:

No puedo creer que jamás un Estado pueda tener la intención de declararse a sabiendas desinteresado políticamente en los acontecimientos del resto del mundo. Y especialmente cuando este mundo es tan pequeño como la Europa de hoy. Creo que si hay algún Estado que tenga que tomar tal actitud, a lo sumo lo hará bajo la presión de una voluntad extraña que se le imponga. En primer lugar aseguro al ministro, Sr. Eden, que nosotros los alemanes no queremos en absoluto aislarnos y que ni siquiera nos sentimos aislados. En los últimos años Alemania ha iniciado, reanudado y fortalecido un gran número de relaciones políticas y hasta puedo decir que ha estrechado con una

serie de Estados vínculos de verdadera amistad. Contempladas desde nuestro punto de vista, nuestras relaciones con la mayoría de los Estados europeos son normales y hasta muy amistosas con gran número de ellos. Coloco en primer lugar las relaciones excelentes que nos unen sobre todo con aquellos Estados que por haber padecido semejantes sufrimientos a los nuestros han llegado a análogas conclusiones.

Mediante una serie de acuerdos hemos eliminado antiguas tensiones contribuyendo así esencialmente al mejoramiento de la situación europea. Recuerdo sólo nuestro pacto con Polonia, que beneficia a ambos estados, nuestro pacto con Austria, nuestras excelentes y estrechas relaciones con Italia, las amistosas con Hungría, con Yugoslavia, con Bulgaria, con Grecia, con Portugal, con España etc. y por último las no menos cordiales con una serie de Estados no europeos.

El pacto que ha suscrito Alemania con el Japón para combatir los manejos del Comunismo es una prueba palpable de lo poco que el gobierno alemán piensa en aislarse y cuán poco se siente aislado. Por lo demás he manifestado más de una vez el deseo y la esperanza de restablecer con todos nuestros vecinos igualmente buenas y cordiales relaciones. Alemania -lo repito aquí solemnemente- ha asegurado repetidas veces que, por ej., entre ella y Francia no puede surgir el más pequeño punto litigioso. Además el gobierno alemán ha asegurado a Bélgica y a Holanda que está dispuesto en cualquier momento a reconocer a estos Estados como inviolables territorios neutrales y ofrecerles garantía. En vista de estas declaraciones y del estado actual de cosas no comprendo bien por qué Alemania debería sentirse aislada o siquiera hacer política de aislamiento.

Pero tampoco desde el punto de vista económico hay en qué apoyarse para sostener que Alemania quiera sustraerse a la colaboración internacional. Quizá es lo contrario. Cuando considero los discursos de algunos estadistas, en los últimos meses, no puedo sustraerme a la impresión de que el mundo entero está esperando inundarnos con beneficios económicos y que sólo nosotros, políticos obstinados en el aislamiento, no queremos participar de estas ventajas.

Para rectificar esto voy a presentar algunos simples hechos:

1. Desde hace tiempo el pueblo alemán se preocupa por conseguir mejores tratados comerciales con sus vecinos y por consiguiente un intercambio más activo de productos. Estos esfuerzos no fueron inútiles, pues efectivamente el comercio exterior de Alemania, no sólo no disminuyó desde 1932, sino que aumentó su volumen y su valor. Esto refuta contundentemente la opinión de que Alemania hace una política de aislamiento económico.

2. No creo que pueda haber una duradera colaboración económica de los pueblos sobre otra base que la de un intercambio recíproco de productos y mercancías. Manipulaciones de crédito pueden quizá ejercer un efecto momentáneo, pero, a la larga, las relaciones económicas internacionales dependerán del volumen del intercambio recíproco de mercancías. Y no es que los otros países estén en condiciones de hacer grandes demandas o de ofrecer perspectivas para el incremento del intercambio económico, cuando se cumpliesen no sé qué presuposiciones. No hay que complicar las cosas más de lo que están. No perjudica a la economía mundial el que Alemania quizá no quiera participar en ella, sino que se ha enseñoreado un desorden en las distintas

producciones de los pueblos así como en sus recíprocas relaciones. De ninguna de las dos cosas tiene Alemania la culpa. Mucho menos la Alemania nacionalsocialista de hoy. Pues cuando nosotros subimos al poder, la crisis de la economía mundial era aún quizá peor que hoy.

Temo tener que desprender de las palabras de Mr. Eden que él considere como un indicio de rechazar las relaciones internacionales por parte de Alemania, la realización del plan cuatrienal alemán. Por eso quiero no dejar el menor resquicio a la duda sobre el hecho de que la decisión de llevar a cabo este plan, no admite ninguna modificación. Había imperiosos motivos que nos decidieron a él. Y no he encontrado en los últimos tiempos nada que haya podido hacerme renunciar a su ejecución.

Sólo ofrezco un ejemplo práctico:

La ejecución del plan cuatrienal asegurará por medio de la producción sintética de gasolina y de caucho en nuestra explotación del carbón un aumento anual de 20 a 30 millones de toneladas. Esto significa la ocupación de muchos millares de mineros durante todo el futuro de su vida. Y tengo que plantearme esta pregunta: ¿Qué estadista estaría en condiciones de garantizarme, en caso de no llevarse a la práctica el plan cuatrienal alemán, la compra de 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier otra entidad económica independiente del Reich? Y esta es la cuestión. Quiero trabajo y pan para mi pueblo. Y eso no transitoriamente acordándoseme, por ej., créditos sino a base de un sólido y duradero proceso de producción en el que yo pueda cambiar con los productos de los demás pueblos o, dentro del círculo de nuestra propia economía, con otros productos. Si Alemania quisiera lanzar al mercado mundial de hoy en adelante estos 20 ó 30 millones de toneladas de carbón por medio de cualquier manipulación, la consecuencia sería que otros países deberían disminuir probablemente su exportación carbonera. No sé si algún estadista de Inglaterra por ej. podría enfocar seriamente tal posibilidad para su pueblo. Y esto es lo decisivo.

Pues en Alemania hay una enorme cantidad de personas que no sólo quieren trabajar, sino también comer. Además nuestro pueblo tiene un alto "standard" de vida. Yo no puedo levantar el futuro de la nación alemana sobre promesas de un estadista extranjero, ó de alguna ayuda internacional, sino que debo levantarlo sobre el fundamento real de una producción constante que habrá de venderse en el interior o en el exterior. Y aquí radica quizá la diferencia entre mi desconfianza y las palabras optimistas del ministro inglés de Relaciones Exteriores.

Si Europa no despierta de la embriaguez de su infección bolchevique, temo que el comercio internacional a pesar de la buena voluntad de algunos hombres de Estado no aumente, sino más bien disminuya. Pues este comercio no se construye sobre la producción ininterrumpida y por eso segura, de un sólo país, sino sobre la producción de todos los pueblos. Por ahora lo cierto es que cada transtorno bolchevique conduce necesariamente a una destrucción mas o menos duradera de la producción sistemática. Y de ahí que no pueda yo juzgar el porvenir económico de Europa de una manera tan optimista como cree poder hacerlo Mr. Eden. Soy el jefe responsable del pueblo alemán y tengo que defender sus intereses como mejor sepa hacerlo. Pero estoy también obligado a apreciar las cosas tal como se presentan ante mis propios ojos.

La historia de mi pueblo nunca me absolvería, si yo por cualquier motivo que fuese omitiese algo indispensable para el porvenir de este pueblo. Me complazco, como todos nosotros, por cada aumento de nuestro comercio exterior. Pero en vista de la situación política poco clara no omitiré nada de lo que garantiza al pueblo alemán su existencia aún en el caso de que otros Estados lleguen a ser víctimas de la infección bolchevique. Debo también rechazar el que se considere este modo de pensar como un simple producto de mera fantasía. Por ahora tenemos los siguientes hechos: el Sr. Ministro inglés de Relaciones Exteriores nos presenta teóricamente perspectivas de vida, mientras que en la práctica tenemos acontecimientos muy distintos. La revolución en España ha obligado a huir de ese país a 15.000 alemanes causando grandes daños a nuestro comercio, los que no se disminuirían, sino, al contrario, en el caso de que la revolución pasase a otros países.

En mi calidad de hombre de Estado responsable, debo contar con que puede ocurrir tal cosa. Por eso, mi decisión irrevocable es emplear la mano de obra nacional útil en una o en otra forma para la conservación de mi pueblo. El ministro, Sr. Eden, puede estar seguro de que nosotros aprovecharemos toda ocasión de fortalecer nuestras relaciones económicas con los demás pueblos, así como también toda ocasión para mejorar y ampliar nuestra economía interior.

Sin embargo, si el motivo para sostener que Alemania hace política de aislamiento fuera, -también tengo que ocuparme de esto- nuestra salida de la Sociedad de Naciones, debo recordar que la Liga de Ginebra nunca ha sido una verdadera sociedad de todas las naciones, porque algunas de las mayores o jamás formarán parte de ella o habían abandonado ya antes que nosotros sin que por eso nadie les hubiera atribuido una política de aislamiento.

Creo que Mr. Eden, en este punto, desconoce las intenciones e ideas alemanas. Nada está más lejos de nosotros, en lo económico que el deseo de romper las relaciones con otros pueblos o siquiera disminuirías. Lo contrario es más acertado. He tratado muchas veces de contribuir al mejor entendimiento en Europa asegurando a menudo al pueblo inglés y a su gobierno lo mucho que deseamos colaborar sincera y cordialmente con ellos. Cada uno de nosotros, todo el pueblo alemán, y yo con ellos.

Admito que en un punto parece haber una discrepancia efectiva e invencible entre la concepción del ministro inglés de Relaciones Exteriores y la nuestra.

Mr. Eden recalca que el gobierno británico no desea de ningún modo ver a Europa escindida en dos partes.

Creo que, por lo menos antes, nadie en Europa tuvo este deseo. Y hoy este deseo no es más que una ilusión. Pues es un hecho la escisión en 2 partes no sólo de Europa, sino del mundo entero. Es de lamentar que el gobierno británico no haya sostenido ya antes esa opinión de que debería evitarse a toda costa una escisión de Europa, pues en este caso no se hubiera concluido nunca el tratado de Versalles. Este tratado inició efectivamente la primera escisión de Europa: la división de las naciones en vencedoras y vencidas y sin derechos. Nadie ha sufrido más que el pueblo alemán por esta escisión. El haberla subsanado por lo menos en lo que atañe a Alemania, es en gran parte el mérito de la revolución nacionalsocialista en Alemania y por consiguiente también el mío.

La segunda escisión se produjo por la proclamación del dogma bolchevique, cuyo principio esencial es no circunscribirse a un solo pueblo, sino imponerse a todos.

No se trata aquí de una forma especial de vida particular al carácter del pueblo ruso, sino que se trata de la pretensión bolchevique de imponer la revolución en el mundo. Si el Sr. Ministro Eden no quiere ver el bolchevismo así como nosotros lo vemos, eso se debe quizá a la situación de la Gran Bretaña o a otras experiencias al respecto que nosotros desconocemos. Con todo, creo que no se nos podrá discutir la sinceridad de nuestras convicciones, a nosotros que no hablamos teóricamente sobre estas cosas. Para el Sr. Eden el bolchevismo es quizá una cosa con sede en Moscú, mientras que para nosotros este bolchevismo es una peste contra la cual hemos debido defendernos en Alemania con nuestra sangre. Una peste que trató de convertir a nuestro país en un caos sangriento como el actual de España y que comenzó asesinando rehenes como lo hacen ahora en el citado país. El nacionalsocialismo no intentó establecer un contacto con el bolchevismo en Rusia sino que fué el bolchevismo judío-internacional de Moscú el que trató de penetrar en Alemania. ¡Y lo intenta aún!.

Y ante esta tentativa hemos sostenido y defendido en una reñida lucha no sólo la cultura de nuestro pueblo, sino quizá también la de toda Europa.

Si Alemania hubiese sucumbido ante esta barbarie en la última batalla decisiva, librada en los días de enero y febrero de 1933, y el campo bolchevique de ruinas y cadáveres se hubiese extendido sobre toda la Europa central, se habría tenido, quizá otro concepto en el Támesis acerca del espíritu de este terrible peligro que corría la humanidad. Y puesto que “Inglaterra tendría que defenderse en el Rhin”, se encontraría ahora, indudablemente, en íntimo contacto con ese inocente mundo democrático de Moscú de cuyo candor nos intenta convencer hoy tan ardientemente. Voy a declarar una vez más y categóricamente: El bolchevismo es una teoría de la revolución mundial, es decir, de la destrucción del mundo. Aceptar en Europa esta teoría como un factor vital con igualdad de derechos equivale a entregarse a ella. Si otros pueblos quieren exponerse al contacto de ese peligro, es cosa que no incumbe juzgar a los alemanes. Pero en lo que se refiere a Alemania no quisiera dejar la menor duda de que nosotros: 1. Vemos en el bolchevismo un peligro intolerable para todo el mundo, 2. De que por todos los medios posibles procuraremos alejar este peligro de nuestro pueblo y 3. De que nos esforzaremos, por consiguiente, en inmunizar en lo posible al pueblo alemán contra esa infección.

Para ello es preciso también que evitemos toda estrecha relación con los portadores de estos bacilos virulentos y que no enturbiemos la vista al pueblo alemán para este peligro entablando otras relaciones que las absolutamente necesarias entre los Estados.

Considero la teoría bolchevique como el mayor veneno que pueda infectar a un pueblo. Deseo, pues, que mi propio pueblo no entre en contacto con esta teoría. Pero como ciudadano de este pueblo no quiero hacer yo mismo lo que condeno a mis conciudadanos. Yo exijo del obrero alemán que no mantenga ningún trato ni relaciones con estos perniciosos elementos internacionales y él por su parte no llegará a verme jamás brindando y bebiendo con ellos. Por lo demás, cualquier relación contractual entre Alemania y la actual Rusia bolchevique carecería para nosotros de todo valor. Ni sería imaginable que alemanes nacionalsocialistas llegaran a cumplir alguna vez un

deber de socorro para proteger el bolchevismo ni nosotros aceptaríamos jamás el auxilio de un Estado bolchevique, pues temo que el pueblo a quién se le presta tal auxilio encuentra en él su ruina.

Quisiera, además, decir algo acerca del concepto de que la Sociedad de Naciones pudiera acudir, como tal, en auxilio de cualquiera de los Estados que la integran en caso de encontrarse en peligro o de que su auxilio pudiera salvarlo. No, no lo creo. El ministro Sr. Eden dijo en su último discurso que lo decisivo son los hechos y no las palabras. Puedo hacer constar a este respecto que la característica principal de la Sociedad de Naciones hasta ahora no han sido tanto los hechos como precisamente las palabras. Sólo en una ocasión ha obrado y precisamente mejor hubiera sido tal vez no pasar de las palabras. Y esta única vez, el éxito -como se había previsto de antemano- ha fallado por completo.

Así como me veo obligado económicamente a contar, en primer término, con las propias fuerzas y las propias posibilidades para la conservación de mi pueblo, así lo estoy también políticamente. Y de esto, en verdad, no tenemos nosotros la culpa.

Tres veces he hecho ofertas concretas para la reducción o por lo menos para la limitación de los armamentos. Estas ofertas no fueron aceptadas. Me permito hacer constar que la propuesta más considerable que hice entonces fué la de reducir los ejércitos de Alemania y Francia a un efectivo común de 300.000 hombres, de que Alemania, Inglaterra y Francia pusieran al mismo nivel común su armamento aéreo y de que Alemania e Inglaterra firmaran un convenio relativo a la proporción de las flotas de guerra. De todo esto, tan sólo la última fué aceptada, realizando con ello la única aportación a una reducción efectiva de armamentos en el mundo. Las otras propuestas de Alemania encontraron su respuesta, por una parte, en una rotunda negativa y, por otra, en la celebración de aquellas alianzas por las que la fuerza gigantesca de la Rusia soviética fué lanzada al campo de juego de las fuerzas centroeuropeas. Mister Eden habla de los armamentos alemanes y espera una limitación de estos armamentos. Estas limitaciones fueron propuestas por nosotros mismos en su tiempo. Fracasaron ante el hecho de haber preferido lanzar contractual y efectivamente a la Europa central a la potencia militar más grande del mundo en vez de aceptar nuestra propuesta. Sería oportuno, al tratar de armamentos, mencionar en primer lugar el armamento de aquella potencia que suministra la medida para el de todos los demás.

Mister Eden cree que todos los Estados deberían tener en lo sucesivo únicamente el armamento necesario para su defensa. No sé si se ha tratado ya, y hasta qué punto, con Moscú acerca de la realización de esta hermosa idea y hasta dónde han llegado las promesas hechas por Rusia.

Creo, empero, deber decir una cosa: es muy natural que la magnitud del armamento para una defensa sea determinada por la magnitud de los peligros que amenazan a un país. Apreciar este punto es cosa que incumbe a cada pueblo, que compete exclusivamente a este pueblo. Si la Gran Bretaña fija ahora la magnitud de su armamento, todo el mundo lo comprenderá en Alemania, pues naturalmente pensando que para medir la protección del Imperio británico nadie tiene derecho a hacerlo sino exclusivamente Londres. Así también debo hacer constar que la cuantía de la protección y consiguientemente del arma de defensa de nuestro pueblo es de nuestra exclusiva incumbencia y, por consiguiente, debe ser decidida exclusivamente en Berlín.

Creo que el reconocimiento general de estos principios no podrá contribuir a dificultar, sino a apaciguar la situación. De todas maneras Alemania se siente feliz de haber encontrado en Italia y el Japón una comprensiva amistad, y más feliz se sentiría aún si se pudiese extender esta comprensión a toda Europa. De aquí que nadie haya celebrado tanto como nosotros el visible apaciguamiento de la situación en el Mediterráneo merced al convenio anglo-italiano. Creemos que de esta manera se llegará más pronto a un entendimiento para solucionar o por lo menos limitar la catastrófica situación que aflige a la desdichada España. Alemania no tiene allá otros intereses que el cultivo de aquellas relaciones económicas que el mismo Mister Eden dice ser muy importantes y útiles. Se ha intentado relacionar las simpatías de Alemania por la España nacional con ciertos deseos coloniales.

Alemania no reclama colonias a países que no le han quitado ninguna. Hay más: Alemania ha sufrido tanto con el peligro bolchevique, que no se aprovechará de este estado lamentable para arrancar lo más mínimo por fuerza o astucia a un pueblo infortunado en sus días de adversidad.

Nuestras simpatías por el General Franco y su gobierno emanan, en primer lugar, de un humano sentimiento de compasión y, en segundo término, de la esperanza de que mediante la consolidación de una España verdaderamente nacional se vigoricen las posibilidades económicas europeas, mientras que en caso contrario pudiera sobrevenir una catástrofe aún más grande. Estamos dispuestos, por consiguiente, a hacer cuanto pueda contribuir al restablecimiento del orden y la normalidad en España.

Creo también, no poder omitir las siguientes consideraciones:

En Europa ha surgido en los últimos años una serie de naciones nuevas que antiguamente, en sus discordias e impotencias, no habían tenido sino muy poca importancia económica y casi ninguna política. El origen de estos nuevos estados ha dado lugar como era de esperar a tiranteces. Una política, prudente, ha de parar mientes en estas realidades en lugar de pasarlas por alto. El pueblo italiano, el nuevo Estado italiano, son una realidad. El pueblo alemán y el Reich alemán, son igualmente una realidad. Y en nombre de mis propios conciudadanos quisiera decir así mismo que el pueblo polaco y el Estado polaco han llegado a ser también una realidad. También en los Balcanes han resurgido naciones y han creado sus propios Estados. Los pueblos de estos Estados quieren vivir y vivirán. Con esa necia división del mundo en países que poseen y países indigentes, no se resolverá ni se arreglará este problema, como tampoco será posible arreglar los problemas sociales de los pueblos mediante frases más o menos ingeniosas. Las exigencias vitales de los pueblos se han impuesto en el curso de los siglos mediante la fuerza por ellos emanada. Si en lugar de esta fuerza se pusiera otra institución reguladora, esta tendría que tomar sus decisiones partiendo de la consideración a las necesidades vitales naturales. Si la misión de la Sociedad de Naciones, por ejemplo, ha de ser garantizar el estado actual del mundo y asegurarlo por toda la eternidad, podrá imponérsele con la misma razón la misión de regular el flujo y reflujo o variar en el futuro el rumbo de la corriente del Golfo.

Pero seguramente que no podrá hacer ni lo uno ni lo otro. Su existencia, a la larga, depende de la magnitud del acierto y tino con que medite y realice reformas necesarias que afecten a las relaciones de los pueblos. El pueblo alemán se creó en un tiempo un imperio colonial sin haber despojado a nadie y sin haber violado ningún tratado. Y lo

hizo sin provocar ninguna guerra. Este imperio colonial nos ha sido arrebatado. Las razones con que se intenta disculpar hoy este despojo, carecen de toda justificación.

Primero: “Los indigenas no quisieron estar con Alemania”. ¿Quién les ha preguntado si querían estar con algún otro, y cuándo en puridad de verdad, se les ha preguntado a los pueblos coloniales si tienen ganas y deseos de estar con las antiguas potencias coloniales?.

Segundo: “Las colonias alemanas no han sido debidamente administradas por los alemanes”.

Alemania había adquirido estas colonias algunos decenios antes. Fueron civilizadas a costa de grandes sacrificios y se hallaban precisamente en vías de desarrollo que hubiera dado ahora resultados muy diferentes a los de 1914, por ejemplo. De todas maneras, el desarrollo de nuestras antiguas colonias había llegado a tal grado, que bien valía la pena arrancárnoslas en sangrientas luchas.

Tercero: “Estas colonias carecen de valor positivo”.

Si es así, también los otros estados se darán cuenta de su falta absoluta de valor y no vemos el por qué no se nos devuelven.

Por lo demás: Alemania nunca ha pedido colonias para fines militares, sino única y exclusivamente para fines económicos.

Claro está que el valor de una región determinada puede bajar en épocas de prosperidad general, pero tambien resulta claro que esta apreciación puede experimentar un cambio inmediato en tiempos de miseria. Y Alemania vive actualmente sosteniendo una grave lucha por víveres y materias primas. Una compra suficiente sería imaginable únicamente en el caso de aumentar continua y progresivamente nuestra exportación. La reivindicación de colonias por nuestro país, tan densamente poblado, es, pues, cosa natural y que volverá a repetirse una vez y otra.

Para terminar estas declaraciones quisiera exponer en pocos puntos un concepto sobre los caminos posibles que pudieran conducir a la paz efectiva, no sólo de Europa, sino aún más allá de sus limites:

1. En interés de todas las naciones está que cada Estado cuente en el interior con condiciones políticas y económicas estables y ordenadas.

Son los postulados más importantes para que los pueblos puedan entablar entre sí relaciones económicas y políticas firmes y duraderas.

2. Es necesario que las condiciones vitales de cada pueblo se vean y confiesen con franqueza y sinceridad. Sólo el mútuo respeto de estas condiciones vitales puede encontrar caminos para la satisfacción de las necesidades de la vida de todos.

3. La Sociedad de Naciones -si quiere hacer justicia a su misión- tendrá que convertirse en un órgano de la razón evolutiva y no de inercia reaccionaria.

4. Las relaciones de los pueblos entre sí podrán encontrar una feliz regulación y solución únicamente sobre la base del respeto mutuo y, consiguientemente, de la absoluta igualdad de derechos.

5. Es imposible hacer responsable ya a una ya a otra nación, arbitrariamente, del aumento o limitación de armamentos, cuando lo necesario es ver estos problemas en todo aquel marco que crea sus presuposiciones y las determina así realmente.

6. Es imposible llegar a una pacificación efectiva de los pueblos mientras no se ponga coto a las continuas provocaciones de una pandilla internacional irresponsable de envenenadores de fuentes y falsificadores de la opinión. Aún no hace muchas semanas vimos que una de estas pandillas organizadas de azuzadores e instigadores de guerra estuvo a punto de producir entre dos pueblos, mediante un diluvio de mentiras, una desconfianza que fácilmente hubiera podido tener fatales consecuencias.

He sentido muchísimo que el Presidente del Consejo de Ministros inglés no haya afirmado, de una manera categorica, que en las calumnias y mentiras lanzadas por estos instigadores de guerra internacionales en lo que respecta a Marruecos no ha habido una sólo palabra de verdad. Gracias a la lealtad de un diplomático extranjero y de su gobierno logróse obtener una aclaración inmediata en este caso “eclatant”. Es fácil concebir que en otro caso análogo no fuera posible descubrir la verdad con tanta rapidez. ¿Qué sucedería entonces?.

7. Se ha comprobado que la regulación de los problemas europeos se efectúa convenientemente en el marco y la medida posibles. Alemania se siente feliz de haber establecido hoy con Italia una relación estrecha y amistosa. ¡Ojalá se lograra entablar estas relaciones en forma análoga con otras naciones europeas!.

El Reich alemán velará con su fuerte ejercito por su seguridad y su honor. Sin embargo, convencido de que para Europa no puede haber mayor bien que la paz, el Reich será siempre un adalid sincero y consciente de su responsabilidad, en pro de este ideal de paz europea.

8. Redundará en beneficio de la paz europea que en el trato de las nacionalidades obligadas a vivir como minoría en pueblos extranjeros se tome en consideración recíproca la justificada susceptibilidad de la dignidad nacional y la conciencia de los pueblos.

Esto contribuirá considerablemente a mejorar las relaciones entre Estados obligados por el destino a existir uno junto a otro y cuyas fronteras nacionales no coinciden con las fronteras populares.

Quisiera, antes de terminar, precisar nuestra actitud acerca de un documento que el Gobierno británico dirigió al Gobierno alemán con motivo de la ocupación del Rhin. Permitaseme declarar, ante todo, que nosotros creemos y estamos convencidos de que el Gobierno inglés hizo entonces cuanto pudo para evitar una agudización de la crisis europea y de que el documento en cuestión debe su origen al deseo de contribuir a desenmarañar la situación de aquel entonces.

Sin embargo, por motivos que el Gobierno de la Gran Bretaña sabrá apreciar seguramente no le fué posible entonces al Gobierno alemán dar una respuesta a estas preguntas. Preferimos solucionar parte de estas cuestiones por la vía más natural, o sea mediante el desarrollo práctico de nuestras relaciones con nuestros Estados vecinos, y una vez restablecidas la plena soberanía alemana y la igualdad de derechos de Alemania quisiera declarar, para terminar, que Alemania jamás volverá a firmar un tratado que no sea compatible, por algún motivo cualquiera, con su honor, con el honor de la nación y del Gobierno que la representa, o que no concuerde con los intereses vitales de Alemania y no pueda, por consiguiente, ser cumplido a la larga.

Creo que esta declaración encontrará la aprobación de todos.

Espero con firme confianza, por lo demás, que la sensatez y la buena voluntad de los Gobiernos europeos conscientes de su responsabilidad lograrán, a despecho de sus adversarios, mantener la paz europea. Es el mayor bien que poseemos. Las aportaciones que Alemania pueda hacer para conseguirlo, las hará.

Al terminar esta parte de mis declaraciones echemos una brevísima mirada sobre los problemas del futuro

A la vanguardia se encuentra el plan cuatrienal.

Exigirá esfuerzos poderosos, pero algún día será una bendición para nuestro pueblo. Comprende la consolidación de nuestra economía nacional en todos sus sectores. Su realización está asegurada. Los grandes trabajos iniciados antes de concebir el plan continuarán haciéndose. Su finalidad consistirá en hacer al pueblo alemán más sano y su vida más agradable. Como testimonio externo de esta gran época del renacimiento de nuestro pueblo se procederá al desarrollo sistemático de algunas de las grandes ciudades del Reich. A la cabeza figura la transformación de Berlín como real y verdadera Capital del Reich alemán. Para esto, he nombrado en el día de hoy, lo mismo que para la construcción de nuestras carreteras, un Inspector General de Construcción para Berlín, que tendrá a su cargo la estructuración de la Capital y cuidará de llevar al caos del desenvolvimiento constructivo de Berlín aquella gran línea que se ciñe al espíritu del movimiento nacionalsocialista y al carácter de la Capital germánica. Para la realización de este plan se ha previsto un período de 20 años.

¡Qué Dios todopoderoso nos dé la paz para poder terminar en ella esta poderosa obra!. Paralelamente se procederá a la amplia transformación constructiva de la capital del movimiento, de la ciudad de los Congresos del Partido y de la ciudad de Hamburgo.

Esto no ha de servir más que de modelo para un desarrollo cultural general que deseamos al pueblo alemán como coronamiento a su libertad interior y exterior.

Y, finalmente, ha de ser misión del porvenir sellar para siempre, mediante una Constitución, la vida real de nuestro pueblo tal como se ha desarrollado estatalmente, erigiéndola así en ley fundamental imperecedera de todos los alemanes.

Al dirigir una mirada retrospectiva hacia la gran obra que hemos realizado, comprenderán Vds. que mi primer impulso no puede ser otro que el de gratitud para con el Todopoderoso que nos ha permitido llevarla a buen término.

El ha bendecido nuestro trabajo y conducido felizmente a nuestro pueblo a través de todos los peligros de que se hallaba sembrado este camino.

Tres amigos insólitos me han acompañado en mi vida. En mi juventud fue la miseria que me acompañó por espacio de muchos años. Cuando terminó la Gran Guerra, fué el profundo dolor por la desgracia de nuestro pueblo el que se apoderó de mi y me señaló mi camino. Desde este 30 de enero de hace 4 años he conocido como tercer amigo la preocupación. La preocupación por el pueblo y el Reich confiado a mi dirección. No me ha dejado desde entonces y seguramente me seguirá acompañando hasta el fin de mi vida. Mas, ¿cómo podría sobrellevar un hombre esta preocupación si no contara, confiado en su misión, con la aquiescencia de quien está por encima de todos nosotros? Es el sino el que obliga a menudo a hombres con misiones extraordinarias a estar solos y abandonados. También quiero dar aquí las gracias a la Providencia por haberme permitido encontrar un puñado de colaboradores fidelísimos que han ligado su vida a la mía y que desde entonces luchan a mi lado por resucitar a nuestro pueblo. Me siento feliz por la juventud sana de nuestro pueblo, mi fe en el porvenir se convierte en grata y alegre seguridad. Y me compenetro fervientemente con el significado de la sencilla palabra que escribió Ulich von Hutten al coger la pluma por última vez: Alemania.

XVII ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO NACIONAL

(24 de Febrero de 1937)

Compañeros y compañeras: Si nuestro Movimiento hizo posible una transformación tan gigantesca en Alemania, únicamente se debe a que primero cientos de miles y más tarde millones de personas creyeron ciegamente en este Movimiento, con el que se sintieron unidos para bien y para mal. Ahora bien, lo que pudo poner obstáculos a la fe de estos millones en el Movimiento estaba fundado precisamente en la magnitud única de su primitivo programa y, por consiguiente, en su conminación al combate, pues se comprende perfectamente que, cuanto menor sea el volumen y la hondura de un programa, tanto mayor será el número de los que acudan al Movimiento y con tanta mayor facilidad se afiliarán a él; sin embargo, también se alejarán de él con la misma facilidad. Pero cuando las personas encuentran por fin la senda que les conduce a un Movimiento que tiene un programa duro y maximalista, un programa que exige una fe inaudita y, al mismo tiempo, sacrificios, estas personas no se apartan ya con facilidad de un Movimiento de tal naturaleza.

Es aplicable a esto la hermosa frase de que los dioses protegen a quien exige de ellos lo imposible. Y lo que nosotros pedimos en los años 1919 y 1920 y, por primera vez, en una noche como la de hoy hace diecisiete años, se salía tanto de lo normal, era tan tremendo, que sólo se podían sentir atraídas hacia tal Movimiento las naturalezas realmente fanáticas, las almas llenas de fanatismo. Todo lo que era normal, burgués, pequeño, no podía encontrar en modo alguno el sendero que le condujera a nuestro Movimiento. También dijeron todos en seguida: Es una empresa demasiado osada; el programa es una locura; no habrá mortal alguno que pueda cumplirlo. Además, ¿quiénes son los que se atreven a anunciar una cosa así? Gracias a Dios, en aquella época esta llamada inteligencia espiritual estaba lejos de nosotros (Aplausos). En lugar de esa inteligencia, conseguimos algo de más valor, de mucho más valor; a saber: el afecto de un pueblo que tiene fe y un instinto seguro; de los miles, luego decenas de miles y más

tarde centenares de miles de personas humildes que se sintieron atraídos por este programa, que no disponían de un tesoro de experiencias sobre el que fundar esos miles de objeciones que siempre aparecen. O que, por el contrario, quizá vinieron a nosotros por no haber pertenecido antes a partido alguno. Estas personas han formado en realidad la columna vertebral de nuestro Movimiento. Todos los que ya habían pertenecido anteriormente a dos o tres partidos, demostraron por su actividad anterior, siempre cambiante, lo poco que se podía confiar en ellos; lo demostraron de manera suficiente. (Aplausos). Pero es que, sobre todo, habían pasado ya por demasiadas experiencias (aplausos); estaban ya un poco escaldados; carecían ya de una fe ciega y, por consiguiente, dudaban de cualquier movimiento mientras éste no demostrara lo contrario. Naturalmente que con gente así no se puede conquistar el mundo; con gente así no se puede ir al asalto de un Estado ni alcanzar el cielo. La grandeza de nuestro programa y, digámoslo también tranquilamente, la grandeza de nuestras profecías mantuvo en aquella época lejos de nosotros aquella gente.

Si hoy, al cabo de diecisiete años, nos preguntamos: ¿estaba justificada en aquella época la magnitud de esta profecía?, creo que el presente nos da una sagrada absolución. Lo que prometimos entonces lo hemos cumplido ahora... (gritos de “¡Viva!”, aplausos). Y eso que sólo llevamos cuatro años en el poder. Habrá enemigos que todavía alienten en secreto la esperanza de que no se cumpla del todo esto o aquello; pero a esos puedo decirles únicamente: “¡Cálmense! No se llega a la cumbre con un paso, hay que andar un paso detrás de otro. Pero nosotros nos encontramos ya entre la mitad y las tres cuartas partes del camino de ascensión a ella. Llegaremos arriba, pueden ustedes estar completamente seguros”. (Aplausos). Ha transcurrido un tiempo muy corto, y yo he calculado que llevará mucho tiempo realizar todo el trabajo de este Movimiento. La imposición definitiva del programa durará en Alemania hasta que suba la nueva generación que actualmente está pasando por nuestras escuelas. (Aplausos). Pero lo que hemos alcanzado ya nos causa a menudo la impresión de ser casi un milagro. Todos tenemos conciencia de estar viviendo en una época infinitamente grande; y esta época es grande tan sólo porque son grandes las misiones que tenemos encomendadas, de una grandeza única. Y porque todos estamos a la altura de estas misiones; y porque hemos emprendido la realización de estas misiones; y porque estamos metidos de lleno en la realización de estas misiones históricas; y porque ya las hemos solucionado en parte.

Ahora, al volver la vista hacia el año 1933, tenemos muchas veces la impresión de que esta fecha ha quedado ya infinitamente atrás, porque, si consideramos los años pasados, nos damos cuenta del poco tiempo transcurrido. ¡Pero cuántas cosas han ocurrido en este corto espacio de tiempo! ¡Qué inconmensurable transformación la vivida por nuestro pueblo en su economía y su política interna! ¡Qué acontecimientos más revolucionarios los sobrevividos en Alemania! ¡Qué nueva imagen se nos ofrece hoy en su nueva formación política, en su cohesión, en la superación de los miles de antiguas causas de desunión y partidismo! En el aspecto económico, ¡cuán distinto es el aspecto que Alemania ofrece en la actualidad!. De nuevo confianza y seguridad por doquier. Y todo este pueblo alemán se ha visto acometido ahora por la fiebre del trabajo: antes eran miles de fábricas paradas, en el país había muchos mendigos y aumentaba sin cesar el paro; pero actualmente apenas encontramos un obrero calificado.

Quizá en estos momentos oigamos muchas veces, como si fuera una señal de que la economía no marcha bien, que no poseemos las suficientes materias primas. Tenemos muchas materias primas, muchas más que antes; pero también producimos hoy mucho

más que antes. ¡Esa es la única razón! (Vivos aplausos). ¿Creen ustedes acaso que nuestros altos hornos, que están volviendo a despedir humo sin descanso, creen ustedes que son alimentados -no lo sé-con ramas o cosas así? Se trata de carbón y de hierro. Se trata de minerales que sometemos a procesos de elaboración; pero en una cantidad distinta a la de antes. No necesito explicarles la razón; ya saben ustedes cuál es. (Fuertes aplausos). Y tampoco ha disminuido la producción agrícola. Naturalmente, si viene un año lluvioso o tenemos una mala cosecha, “nosotros” no podemos impedirlo. Y tampoco podemos impedir que haya en determinadas estaciones del año animales tan insensatos como para poner menos huevos o dar menos leche. (Risas). Pero lo decisivo es que consumimos mucho más que antes, pues estos seis millones de personas a quienes hemos dado trabajo forman, con sus familias, casi un total de veinte millones de seres humanos que tienen un nivel de vida distinto al de antes. Y estas personas vuelven a comer. Y no hay duda alguna de que el pueblo alemán tiene hoy el aspecto de estar mucho mejor alimentado que hace cinco o seis años (vivos aplausos).

Pero este progreso nacional lo apreciamos con mayor fuerza aún si consideramos la ascensión de Alemania en el aspecto de la política exterior. Sé que unos años atrás habría sido considerada una fantasía el anuncio de lo que hoy se ha convertido en una realidad, de lo que es un hecho irrefutable. Supone un gran orgullo pensar que hace pocos días hemos sido invitados a tomar parte en el bloqueo de un país con nuestros buques de guerra. ¡Nosotros, que hace cuatro años estábamos bloqueados!. (Fuertes aplausos). ¡Alemania se ha convertido hoy en un factor político que no puede dejar de ser tenido en cuenta! No sé si nos querrán, no lo supongo siquiera. (Débiles aplausos). Pero sí sé una cosa: qué ya no nos pueden mirar por encima del hombro, que ya no pueden atropellarnos y que ya no pueden dejar de tenernos en consideración; eso es seguro! (Aplausos). Y en los largos años en que les he hablado desde aquí a ustedes, compañeros y compañeras, les he dicho siempre que, en definitiva, no importa tanto conseguir el cariño de nuestros enemigos. En la vida política, el cariño es una cosa sujeta a cambios, y por lo general no gozan de amor quienes son particularmente valiosos para los pueblos. Por consiguiente, se puede renunciar a él. Ahora bien, siempre les he indicado que es necesario conquistar el respeto del mundo que nos rodea. Y poco a poco hemos ido reconquistando ese respeto.

¡Alemania se ha vuelto a convertir hoy en una gran potencia europea y en una potencia mundial! (Aplausos prolongados). Ciertamente que esto no se debe al azar, no se funda, por supuesto, en la comprensión de nuestros antiguos enemigos o en una modificación de sus sentimientos. No, lo sabemos perfectamente: la causa es la reorganización de un gran Ejército nacional alemán. Uno de los más atrevidos puntos del programa que anuncié entonces fue la reorganización de un Ejército nacional. Y hemos conseguido este milagro en cuatro años escasos. Puedo decir con razón que es un milagro. Y el mundo del mañana calificará de milagro también este logro. En un mundo amenazador, rodeados de enemigos y peligros por todas partes, hemos creado, partiendo de los últimos restos del Ejército imperial, un gran Ejército nacional alemán, un Ejército, además, nacionalsocialista; un Ejército que actualmente protege a nuestro Estado y a nuestro Reich.

Y quizá haya uno u otro -no de la parte nacionalsocialista, sino de la otra- (débiles aplausos) que diga: “Este rearme, este rearme incesante”. ¡Sí, sí, sí, sí, querido amigo, ahí está la diferencia! ¡En su época armaron al extranjero con las reparaciones; y yo estoy armando ahora a Alemania! ¡He ahí la diferencia! (Vivos aplausos). Y existe una

diferencia entre mandar cincuenta o sesenta mil millones a Ginebra u otro sitio cualquiera y poner esos millones a disposición de nuestras fábricas y talleres (aplausos) favoreciendo con ellos a nuestros compatriotas. Son muchos en el extranjero los que dicen: Sí, precisamente eso es lo que quereis.... cañones en lugar de mantequilla. Bueno, pues la consigna no es ésa, no es, ¡cañones o mantequilla!, sino que dice: ¡cañones o esclavitud! ¡No hay otra elección! Y a esto sólo puede haber una respuesta: entonces..., ¡mejor los cañones! (Aplausos).

Vivimos actualmente en un mundo que continuamente dice hablar en lenguas internacionales. Así, tenemos los idiomas esperantistas de la paz, de la comprensión entre los pueblos, de la reconciliación entre las naciones. Como ustedes saben, el lugar de enseñanza y donde se cuidan esta clase de cosas se encuentra en Ginebra. Y hemos honrado suficiente tiempo con nuestra presencia estos lugares, que no nos han sentado particularmente bien. No nos han entendido. Nosotros procedíamos al desarme, mientras los otros no pensaban siquiera en él. Al contrario, incluso nuestro desarme sirvió para rearmar a los demás. Tampoco esto nos ha sido abonado jamás en cuenta. Y se ha demostrado que esta manera de hablar no es precisamente muy bien entendida internacionalmente. Sólo se nos ha vuelto a comprender desde que poseemos un Ejército poderoso. (Aplausos). Ahora podemos comenzar a entendernos con los demás

Y está completamente claro que nosotros queremos únicamente la paz, aunque, naturalmente, una paz que nos permita vivir y que, sobre todo, garantice nuestra libertad y nuestro derecho a la autodeterminación. Y no nos engañemos en una cosa: no estamos dispuestos a renunciar al menor de nuestros derechos vitales, pues tenemos la convicción de que “una” renuncia dará siempre pie a otra nueva. Y como ya no hay forma de detenerse una vez que se comienza a resbalar, lo mejor es decir al principio: ¡No renuncio, sino que me afirmo en mi derecho! (Aplausos).

Por lo demás, mis veteranos compañeros y compañeras, lo que estoy diciendo en estos momentos es tan sólo lo que hemos vivido todos en el interior de Alemania. También había partidos entre nosotros. Había partidos nacionalistas que decían: “¿Sabe usted? No se puede luchar con los métodos que usted emplea; así no se puede llegar a la meta. Hay... que trabajar sobre la base de la comprensión; hay que buscar el entendimiento pacífico; hay que trabajar en el sentido de que los demás vean que tenemos razón. Tenemos que hacerles ver las cosas. La lucha ha de ser, sobre todo, con armas espirituales. Lucha espiritual contra bolchevismo, explicaciones lógicas”. En aquella época, mi pensamiento era el siguiente: ¡Naturalmente que explicaciones lógicas! Pero cuando alguien se pone el puño en la frente, el espíritu no puede entrar en su cabeza a menos que le aparte el puño!. (Aplausos). Y, ustedes lo saben, durante todos estos años no hemos hecho otra cosa que explicar e ilustrar; exactamente lo mismo que hacemos en el campo internacional. Creo que no pronunciamos un discurso que no tienda de algún modo a facilitar aclaraciones al mundo que nos rodea. Pero resulta beneficioso que, además de las explicaciones lógicas, se disponga de un escudo protector, de un Ejército propio y de armas. Caso de que alguien considere una debilidad la explicación lógica, como ha sido efectivamente el caso en las luchas políticas internas, podrá comprobar entonces que existe la otra posibilidad, y seguramente le resultará más fácil convencerse de que no es en absoluto una debilidad. Por ello quisiera decir que vamos por este mundo con un ángel amante de la paz, pero acorazado con hierro y bronce. (Aplausos prolongados). Y si mantenemos el ramo de olivo en la mano derecha, tanto mejor será para que el enemigo vea nuestra espada en la

izquierda. (Aplausos). Quizá ello le sirva únicamente para mostrar más deseos de coger el ramo de olivo. Y eso es lo que deseamos, no otra cosa.

Y no es otra cosa tampoco lo que hemos querido dentro de nuestro país, pues también podríamos haber implantado un régimen de terror. Pero no lo hemos hecho, nos hemos ganado a nuestros compatriotas. Hay algunos locos, que no son muchos, y algunos otros -aparte de los criminales, que son los más- a los que no hay manera de convencer; pero tampoco nos molestan. Ya haremos entrar en vereda a toda esta gente en el futuro. Igualmente que hemos sabido hacerlo en el pasado. Para ello hemos establecido un programa fundado en los conceptos de honor, libertad e igualdad de derechos. Este programa lo hemos defendido con fanatismo durante estos cuatro años y hemos obtenido con él un éxito resonante, pues Alemania ha vuelto a ser hoy realmente un país libre. Entre nuestros enemigos internacionales había no pocas personas que creían poder hacer del Tratado de Versalles una especie de nueva Paz de Westfalia, una ley sagrada de vida para la nación alemana. Hemos acabado con este Tratado, que solo era un Diktat. Todos estos puntos han desaparecido (Aplausos).

Resulta muy fácil decirlo aquí ahora; pero pueden creerme ustedes que no fue tan fácil; fue una lucha muy, pero que muy dura, que destrozaba los nervios. Hemos tenido que esperar al último año para verla terminada. El día en que volvió a ser ocupada nuevamente la Renania y, finalmente, el día en que fue introducido el servicio militar obligatorio de dos años, desde ese momento quedó realmente anulado el Tratado de Versalles. Para nosotros, ha dejado de existir. Lo único que resta de él es la vigencia de las relaciones fronterizas existentes, y en ese sentido siempre hemos manifestado que nuestra intención es la de entendernos pacífica y amistosamente con nuestros vecinos. Ahora bien, en adelante ya nadie meterá baza en nuestros asuntos internos. Quizá algunos periodistas, pero eso no nos molesta (aplausos); quizá también algunos diputados del Parlamento; pero ya conocemos a la perfección a estos politicastos y no nos molestan. Nadie volverá a meter baza en nuestra vida estatal. Actualmente somos ya los dueños de nuestra casa y de ahora en adelante cuidaremos celosamente este derecho. Que el mundo se entere. (Aplausos).

Hemos vuelto a proponernos otro programa al que tenemos derecho, pues cuando en 1933 anuncié el primer programa, que tendría una duración de cuatro años, el programa era de una índole tremenda. Todos nuestros enemigos dijeron: “No sólo no podrán cumplirlo, sino que dentro de unos pocos meses ya no se hablará de ellos”. Ahora bien, no sólo hemos realizado este programa en un plazo muy breve, sino que hemos ido mucho más allá de lo anunciado. Si en 1933 hubiera declarado sin reservas todo lo que nos proponíamos hacer, probablemente me habrían tomado por loco. Por ello, y como medida de precaución, declaramos solo un poco de lo que teníamos previsto; así no asustaríamos al mundo.

Hoy tengo que establecer un nuevo programa, un nuevo programa ya conocido por ustedes en sus aspectos fundamentales. Por encima de todo está nuestra voluntad, nuestra firme decisión de continuar y continuar afianzando la seguridad del Reich. Y en este aspecto no me dejaré disuadir por nada y por nadie. Hay quien me dice: “Sí, seguro, pero ¿y si la escasez de mantequilla adquiere proporciones alarmantes?”. A esos les puedo responder sólo de una forma: ¿Cree usted de verdad que eso me preocupa?. ¡Pues sí que está usted enterado de qué cosas me preocupan! Sí, he tenido preocupaciones, de índole muy distinta. Preocupaciones tales como: ¿cómo dar trabajo a seis millones de

personas? ¿Cómo buscar el pan de cada día para seis millones de personas? ¿Cómo transformar un Ejército de cien mil hombres en un Ejército nacional? ¿Cómo hacer que adquiera la libertad un pueblo que carece de ella? ¿Cómo se puede ir adquiriendo de nuevo poco a poco la soberanía sobre todo el territorio alemán, y etcétera?.

Sí, he tenido preocupaciones; pero nadie vaya a figurarse que voy a preocuparme siquiera lo más mínimo porque alguno me diga que recibe un cuarto en lugar de media libra de mantequilla. Esto me es completamente indiferente. ¡Eso no son preocupaciones! (Aplausos prolongados). Tampoco yo hubiera podido salvar a Alemania con “esa” gente. La gente que ha salvado a Alemania ha tenido que hacer otros sacrificios que no han sido esas ridiculeces. (Aplausos). Y si, por lo que a mí hace, se quejan de la escasez de huevos, que se lo digan a las gallinas, pero no a mí! (Aplausos prolongados). Y ya saben ustedes que tenemos en Alemania a millones de trabajadores que se consideran felices de poder untar el pan simplemente con margarina. Eso es lo que me preocupa; pero el hecho de que actualmente haya en Alemania un diez por ciento, más o menos, de mantequilla me deja completamente frío. Tales objeciones no podrán disuadirme de mi propósito de fortalecer el Reich. Este fortalecimiento lo considero necesario, pues veo que es el signo de la época, y ustedes también lo ven, compañeros y compañeras de la vieja época. Por el mundo sólo puede andar tranquilo y confiado el que se sabe fuerte. ¡Y nosotros “no tenemos intención” de padecer las calamidades que ya hemos dejado atrás! (Aplausos entusiastas).

Y aunque haya gente que me diga: “Sí, pero... no se puede saber; a lo mejor, todo esto no es necesario”. ¡Es igual que lo digan! Son otros muchos los que dicen: “Piense usted en que todo pesa sobre las espaldas de los jóvenes alemanes. Primero al servicio del Trabajo y luego al Ejército, a servir dos años”. ¡Pues puede sentirse contento de pasar por esta escuela! ¡La mayor parte de nosotros hemos sido soldados durante seis años, y de ellos, cuatro y medio en la guerra! ¡Eso es prestar servicio!. No vacilaré lo más mínimo en exigir tal carga a la nación; tendrá que sobrellevarla. La libertad es más valiosa que dos años y medio de servicio. (Vivos aplausos). Y además, ¿qué nación no lograremos así? El muchacho que haya de hacer este sacrificio habrá de estar contento. Perderá dos años y medio, pero quizá le sean abonados en cuenta diez a cambio, pues terminará mucho más sano que cuando comenzó. El muchacho entrará en una buena escuela y se convertirá en todo un hombre. Y las muchachas habrán de estar contentas también, pues dispondrán de verdaderos hombres en lugar de antiguos mequetrefes. (Aplausos frenéticos). Cuando en el futuro se abran, todos los años, en el mes de octubre, las puertas de los cuarteles, saldrán doscientos o trescientos mil hombres jóvenes, sanos como manzanas. Y todos se alegrarán de ello, lo mismo los muchachos que las muchachas. Y las muchachas se alegran realmente. (Risas). Siento curiosidad por saber a quién amarán más adelante nuestras muchachas, si a los que han prestado servicio o a los que no; pero lo sé de antemano. (Aplausos atronadores). Creo que los que no prestan servicio militar serán en Alemania una especie de invitados a quienes nadie saca a bailar. (Aplausos). ¡Todos ellos se quedarán sentados en los bancos!.

Y si alguien me dijera: ¡Pero qué sacrificios tienen que hacer!. Eso no es ningún sacrificio. Entonces, ¿qué estoy haciendo yo? Aprovechar la capacidad de trabajo de los alemanes para mantener a nuestro pueblo y, en fin de cuentas, por consiguiente, valorar en beneficio de nuestro pueblo, para el futuro, esta capacidad de trabajo de los alemanes. Y en tal sentido no soy desconfiado hasta cierto punto: soy “siempre” desconfiado. Sólo tengo una creencia y es la creencia en mi pueblo, una fe que siempre

he tenido. Pero, por lo demás, estoy lleno de desconfianza. Que salen bien las cosas..., tanto mejor; que salen mal... pues ya se sabe: no nos puede pasar nada. Y esta es también una sensación maravillosa. Quien ha conocido la otra sensación, tal como la he conocido yo años y años, siempre preocupado por lo que pudiera ocurrir al día siguiente o al otro, por las desgracias que podrían sobrevenirle a uno, quien ha conocido alguna vez esta sensación, entonces comienza a saber perfectamente lo que significa: ahora somos fuertes y no se nos podrá llevar más por donde otros quieran. Ahora comienza a saberlo.

Creanme ustedes, pasarán los años -escribirán; pero me tiene sin cuidado lo que la Prensa escriba-; pero no puede sucedernos nada más. Eso es lo maravilloso. Desde que Renania vuelve a ser nuestra; desde que hemos introducido el servicio militar obligatorio y ha vuelto a haber un Ejército alemán; desde que Alemania está de nuevo protegida por poderosas escuadras de aviación; desde que poseemos nuestra propia Arma de bombardeo ("sic"); desde que contamos con nuestra propia Arma antiaérea; desde que tenemos nuestras propias Divisiones acorazadas...; desde entonces lo sé: ahora, a partir de este momento, podemos dormir tranquilos. Y esto beneficia a todos, esto fortalece realmente los nervios. (Vivos aplausos). Y en esto veo para el futuro la seguridad de lo que somos y lo que estamos consiguiendo con nuestros esfuerzos.

Partiendo de este programa, he anunciado, además, toda una serie de ellos. Lo saben ustedes perfectamente, lo he apuntado ya recientemente. Tengo la intención de cuidar de manera especial unas cuantas ciudades alemanas: Munich, Berlín, Nuremberg y Hamburgo. Unos cuantos lugares en los que dejaremos el sello de nuestro genio, de nuestra gran época. Sé que cuando, hace siete años, compré la Casa Parda, esa pequeña Casa Parda que tenemos en la Briennerstrasse (risas) e introduje después algunas reformas en ella, es decir, hice poner un estandarte delante, a la izquierda y a la derecha, e hice que la limpiaran un poco por dentro, el "Bayerische Kurier" escribió: "Los del partido popular bávaro no tenemos comprensión alguna para tales explosiones de manía de grandeza cesárea." (Risas). ¿Qué pensará esa gente al andar por su querido Munich y verla aniquilada de tal suerte por la manía de grandeza cesárea? (Risas). Pero sólo puedo decir a esa gente "Idos al otro mundo a tiempo, pues en pocos años no conoceréis a esta ciudad ni a otras ciudades" (Aplausos prolongados). Reconstruiremos estas ciudades y las convertiremos en prototipos de una época grande. Y tengo el convencimiento de que con ello daremos el ejemplo para una evolución que continuará durante muchos siglos.

Y, además, he anunciado un gran programa al cual hemos de dedicar ahora nuestra total atención: el plan denominado cuatrienal. También a este respecto hay gente que dice: "¿Por qué siempre nuevos planes y nuevos esfuerzos, siempre teniendo que hacer algo nuevo? No hay reposo jamás. Siempre está comenzando alguna cosa en cuanto termina otra, etcétera..." Sí, si, eso ya lo oía yo en el año 1919. Y en el 1920 y en el 1921. Si en aquella época yo hubiera hecho caso a la gente que estaba diciendo continuamente: "A ver si tenemos reposo", probablemente Alemania sería a estas horas un cementerio. Creo que un pueblo sólo debe disfrutar de un reposo: el de la paz interior. Pero fuera de eso no puede haber otra cosa que esfuerzo, siempre y en todo momento esfuerzo. No se puede decir jamás: ahora lo hemos alcanzado. No, hay que ponerse siempre nuevas metas tras las conseguidas. Pues sepan ustedes una cosa, y es que esta masa de millones de seres humanos pide alimentos. Ningún campesino puede decir: "Bueno, ya tengo la cosecha bajo techado. El par de años venideros no haré nada.

Ahora me tumbo a descansar tranquilamente.” Eso no es así. No es posible en la vida privada; tampoco es posible en la vida de las naciones. Tenemos que volver a empezar una y otra vez el trabajo para nuestro pueblo. Y este plan cuatrienal es realmente el más grande de los trabajos en beneficio de nuestra nación alemana, pues con él nos independizaremos del extranjero en los campos vitales más importantes.

¿Saben ustedes lo que esto significa?. Acaso existan economistas, es decir, hombres llenos de ciencia teórica y con muy poca experiencia práctica, que digan: “¿Por qué no seguimos participando en el comercio mundial?”. No es culpa mía; yo quiero hacerlo en cualquier caso. Y también lo intensificamos sin parar. Pero la primera condición para una intensificación del comercio internacional, es que todos los pueblos y los Estados gocen de paz y orden para la producción. No puedo importar para Alemania monedas extranjeras, sino únicamente productos, exactamente en la misma forma que suministro al extranjero productos alemanes. Nosotros trabajamos de todos modos. Creo que cuando se inaugure en Francia la Exposición Mundial de París, seremos los primeros en estar listos. Trabajamos. Así, a secas. Pero los demás, desgraciadamente, no todos quieren trabajar, sino que en estos momentos, ¿saben?, están metidos en importantes discusiones burguesas: proletariado, burguesía, mientras otros grupos se pelean mutuamente y arruinan la economía con sus reyertas. Los unos hacen huelga, los otros obstaculizan la entrada al trabajo; la economía y el valor de la moneda se hunde; entonces viene la devaluación monetaria, se elevan los salarios, aumentan los precios, se vuelve a devaluar y de nuevo comienza el ciclo. Todo esto lo sabemos por experiencia. Y, tal como acostumbramos a hacer los alemanes, lo conocemos “a fondo”. (Aplausos).

También antaño aumentamos nosotros los salarios, los aumentamos sin cesar. No al doble, eso es una ridiculez. Aumentar los jornales en un diez, un veinte o un cincuenta por ciento...; no, nosotros aumentamos a 1.000 marcos el salario por hora. Y tampoco este aumento resultó suficiente. Lo elevamos a diez mil, cien mil, un millón, mil millones. Hasta que las cosas acabaron debido a que no se podía contar ya, y la gente humilde no era capaz de salir adelante con las sumas. Ello hizo que se volviera entonces atrás y se comenzara de nuevo a contar en céntimos. Y ahora digo una cosa: que seguiremos con los céntimos, con nuestro marco, con nuestro buen y sólido marco alemán. ¡No volvamos jamás otra vez al camino de los millones! Contemplemos a los demás cómo se portan ellos ahora. Podemos perfectamente imaginarnos en qué forma terminarán.

Nosotros tenemos nuestra política económica nacionalsocialista, una política cuya consigna es: El hombre no vive del salario, sino de la producción. Lo decisivo es el aumento de la producción. Si hoy sucede que en Francia se aumentan los salarios en un quince por ciento y el tiempo de trabajo, medido en semanas y de acuerdo con el tiempo de vacaciones, se disminuye en tres meses exactamente, o sea, un trimestre, ello se traduce en un quince por ciento menos de producción. También es una política económica. Pero yo lo hago al revés. Yo digo: los mismos salarios, pero aumentando sin cesar la producción. Y si hoy hemos incrementado en Alemania nuestra producción, la de carbón, por ejemplo, en treinta, treinta y cinco o cuarenta millones de toneladas, sí, ¿quién, mis queridos antiguos compañeros, quién es el que consume todo este carbón? ¿Saben ustedes? Aunque un industrial fuera el diablo en persona a aguantar calor, no podría resistir en su habitación dos o tres mil grados de temperatura. (Aplausos). Este

carbón es consumido ahora por la masa de nuestro pueblo. Y lo que es aplicable al carbón puede ser aplicado al aumento total de nuestra producción.

Y también aquí tengo que romperme la cabeza. Ahí tenemos la cuenca del Ruhr. Miles, decenas de miles, cientos de miles de mineros de carbón aún no tienen trabajo. Y luego tenemos que importar gasolina, una gasolina que tenemos que pagar casi enteramente en divisas. Si podemos cubrir los gastos de nuestra gasolina y nuestro caucho con la extracción de carbón, quizá entonces yo pueda aumentar la extracción anualmente en otras veinticinco o veintiocho millones de toneladas. Y además, daré ocupación, en las fábricas, para toda su vida, a unos 160.000 trabajadores alemanes; 160.000 trabajadores con sus familias. (Aplausos.) ¿Saben ustedes?, también esto es socialismo; pero no un socialismo insensato, sino un socialismo nacional, sensato. Y no hay duda en ningún aspecto; cualquiera que viaje por el extranjero y lo haga por Alemania se dará cuenta de la diferencia que hay.

En estos momentos tenemos un ejemplo magnífico. Está siendo montada en París una Exposición Universal en la que participaremos. También los rusos participan. Aunque sólo sea por ahorro de divisas, hacemos que sean nuestros obreros quienes construyan lo necesario; pero, además, ¿por qué razón no van a ver también París nuestros obreros? Que vean lo que ocurre por ahí: unos hacen huelga, otros cierran. Que lo vean con sus propios ojos, que vean lo que ocurre en las calles. Nosotros hemos hecho desaparecer en Alemania la porra; aquí es ya desconocida; hay que dirigirse a cualquier otra nación para verla (aplausos); para ver cómo actúa la educación burguesa o la educación de los Estados burgueses. Que lo vean, que lo vean. Y además, que vean también el nivel de vida, ¿por qué no? No sé, pero todos los obreros nuestros que marchan al extranjero con la organización KdF vuelven diciendo: “¡Dios mío, qué bien se está en Alemania! Ahora es cuando nos hemos dado cuenta por primera vez de lo maravillosamente que se está en Alemania”. Cuanto más obreros exportemos (“sic”) al extranjero, tanto mejor para nosotros. Todos vuelven diciendo: “¡Quita, quita, qué nos van a contar a nosotros; que vengan y lo Vean!”.

Por lo tanto, como he dicho, nuestros obreros montan en París la Exposición. La Rusia soviética no tiene en París un solo obrero que trabaje en ella. No porque no tengan obreros en Rusia para montar esta Exposición que en sí no es tan famosa. Pero es que en Moscú les han contado que en todo el mundo no hay más que un ferrocarril metropolitano, y que éste es el de Moscú. Les han contado que el mundo entero está pasando hambre, que todos lo pasan muy mal, que... Por lo tanto, nadie puede salir de Rusia, así como tampoco nadie puede entrar. En nuestra patria puede entrar todo el que quiera y mirar lo que le venga en gana; pero no así en Rusia. Créanme ustedes, nuestro socialismo es, en fin de cuentas, un socialismo auténtico, mientras que lo existente en Rusia es la mentira más grande que la Humanidad ha contemplado jamás. Una mentira de la que jamás hemos dudado nosotros, los nacionalsocialistas; y por ello hemos luchado desde siempre contra esa banda.

Pero aún hay otra cosa digna de mención: y es que los individuos que lucharon durante años contra nosotros se cuelgan ahora unos a otros (exclamaciones) o se matan mutuamente. El señor Radek, léase “Sobelsohn”, pasó por ser un evangelista para nuestros comunistas alemanes; pero el antiguo evangelista es considerado hoy un traidor al socialismo, al comunismo; ha sido encerrado en la prisión y quién sabe lo que podrá ocurrirle. También es completamente indiferente para él (“sic”). Nosotros no tenemos

compasión alguna para esto, pues los que se matan unos a otros son los componentes de una pandilla. Pero un socialismo de esta clase es una catástrofe. Frente a este socialismo, nosotros hemos implantado un socialismo alemán, un socialismo sólido que, si no conduce tan rápidamente a la meta como el ruso, lleva con seguridad a ella. Al aumentar la producción en todos los sectores, aumentamos el consumo; al aumentar todavía más el consumo -y tenemos que elevarlo, pues de otra forma no podríamos elevar la producción-, hacemos que cada vez participen más personas en los bienes de nuestra nación. Y esto es lo que persigue también el plan cuatrienal.

Este plan cuatrienal pretende hacer que nuestra economía se independice de las bases fundamentales de su producción y, por consiguiente, de nuestra existencia común. ¡Y este plan cuatrienal se llevará a cabo! No necesito decírselo. Saben ustedes, mis viejos compañeros, que siempre se ha realizado lo que he prometido. Pero hay en Alemania mucha gente que todavía no me conoce hasta tal punto. (Vivos aplausos). Acaso esos digan: “¡Ah, quién sabe, a lo mejor se olvida!” (Aplausos). O bien: “Quizá se harte al final; mejor será esperar un poco”. ¿Por qué? Esto significa nuevos esfuerzos. “Ahora tenemos que construir nuevos altos hornos, tenemos que instalar nuevas fábricas, tenemos que realizar nuevos cálculos; y así siempre, sin punto de reposo. Ahora tenemos, podríamos tener ya por fin, una existencia segura y unos pingües ingresos; ahora marchan ya las cosas. ¿Vamos a estar siempre comenzando nuevas cosas?” Esos no me conocen, ninguno de quienes piensan así. Pueden tener el convencimiento de que se llevará adelante el plan cuatrienal y que, además, no necesitará de los cuatro años para su realización. Soy precavido, siempre digo un año más de los que calculo que necesitamos (aplausos); uno no sabe nunca lo que puede ocurrir. Pero el plan cuatrienal estará terminado por completo antes de acabar el tercer año. (Vivos aplausos). Las cosas marcharán entonces; mejor dicho: las cosas marcharán con más facilidad.

Naturalmente que esto necesita de una concentración increíble. Muchos dicen: “Necesito hierro; pero, por desgracia, no lo recibiré hasta dentro de seis semanas, de dos meses o quizá de cuatro meses” A este sólo puedo decirle: “Eso te molestará a ti; pero me alegra a “mí”, pues me digo: ¡fabuloso! Hemos llegado a un punto en que la producción apenas puede complimentar los pedidos” Los almacenes estaban “antes” llenos, no se podía vender nada. Y ahora apenas podemos producir lo que nos piden. A mis ojos, esto es señal de una economía muy sana. Además, naturalmente, siempre irán por delante los cometidos más necesarios. Así, ahora construiremos alrededor -digamos- de cuarenta fábricas gigantescas para la producción de gasolina, caucho y productos similares, en los que se comprende todo lo posible. Esto quedará listo en dos años; entonces resultará ya mucho más fácil, pues nuestros depósitos de hierro nos irán suministrando todo el material suplementario que necesitemos. Entonces tendremos ya nuestras gigantescas fábricas alemanas de metal ligero, entonces tendremos ya nuestras fábricas de caucho y gasolina. Y entonces continuaremos mirando hacia adelante. Todavía no sé lo que haré durante los cuatro años, pero ya se me ocurrirá alguna cosa (vivos aplausos) a fin de que no nos oxidemos, a fin de que continuemos viviendo a medias por lo menos; pues solamente se está con vida mientras se es joven, y sólo se es joven mientras se puede trabajar.

Por eso hay que buscarse trabajo, para poder continuar siendo joven. Y para que la nación alemana continúe siendo joven como tal nación, sólo puedo desearle una cosa: ¡pueblo alemán, ten los ojos siempre puestos en la realización de nuevas tareas!

Seguirás siendo joven mientras continúes realizando grandes proyectos. Cuando llegue la hora de que no puedas llevar a cabo grandes empeños, entonces, pueblo alemán, es que habrás envejecido y comenzarás a morir. Siempre ha sido así. Y por eso nuestro Movimiento es un Movimiento eternamente joven; por eso nuestro Ejército es un Ejército siempre joven, porque uno y otro se enfrentan continuamente con nuevas tareas, tienen, año tras año, nuevas misiones que cumplir. Por eso es eternamente joven el campesino, porque siempre tiene por delante nuevas tareas que realizar. Este es el secreto más grande de la salud humana.

Y todos sabemos perfectamente que, en última instancia, todo pueblo está vinculado a su espacio vital. Ciertamente que nuestros economistas nos han predicado otras teorías; pero en las horas más difíciles de nuestra vida hemos comprobado de una forma irrefutable hasta qué punto una nación depende de la base sobre la cual se asienta, de su suelo. Si antaño hubiéramos tomado las medidas que hoy estamos tomando, Alemania no habría llegado a la situación que más tarde tuvo que sufrir. Por ello tengo el convencimiento de que los compañeros del partido, ese ejército de millones de hombres de auténticos nacionalsocialistas, serán, cada uno en su puesto, fanáticos defensores de los nuevos objetivos y proyectos. Tengo la convicción de que será precisamente el partido el que empujará por doquier en este sentido, apartando del camino a cualquiera que venga con estúpidas crítonerías o niñerías. ¡Eso lo hemos vivido todos! Continúan siendo los mismos fenómenos. Ancianos de veinte, veinticinco o treinta años, ya fatigados al extremo; gente que siempre nos ha dicho: “Eso no marcha, ni aquello, ni lo de más allá”. ¡Los conozco de siempre! Siempre me han profetizado que no resultaría. Si hubiera hecho caso a gente así, Alemania estaría hoy perdida por completo. Nosotros, los nacionalsocialistas, siempre hemos tenido fe en una posibilidad: “las cosas resultan cuando se quiere que resulten”. Y nosotros lo queremos, estamos decididos a ello. (Vivos aplausos). Y ahora resultan las cosas más fáciles que antes.

Ahora bien, quisiera repetirles una vez más: duros fueron los años que teníamos por delante. Duras fueron las decisiones a tomar, tratando, sin poder ni medios coercitivos, de que un pueblo volviera, poco a poco, a conquistar su posición en el mundo. Con frecuencia tuvimos semanas muy duras. Y días. Y horas. Y creo que habrá resultado más fácil leer las conclusiones o escucharlas, que adoptarlas o llevarlas a cabo. A menudo costaba muchísimo trabajo, muchísimo; nos ha costado a todos incontables noches de insomnio. No era la preocupación, ¿saben ustedes?, por un par de ridículas libras de mantequilla, sino la preocupación por la existencia o el hundimiento de la nación alemana, por su futuro, por la paz de nuestro pueblo. Así transcurrieron las semanas, meses y años que ahora hemos dejado atrás, una época llena de preocupaciones, durísima. Pero ya ha quedado atrás. Hoy contemplo el futuro con tranquilidad y confianza. Sé que hemos vuelto a ser una potencia de categoría mundial. Nadie puede buscarnos pendencia y nadie nos la buscará. No es que quizá no trataran, en ciertas ocasiones de bienquistarnos; no tienen sino que leer los periódicos. Pero es que ya no pueden meterse con nosotros. Y es aquí, creo yo, donde vuelve a aparecer auténticamente nuestra vieja misión nacionalsocialista: la de continuar siendo, “sin descanso”, el soporte de la fe en el futuro alemán y, por lo tanto, del trabajo necesario para este futuro.

Esta ha sido siempre la vieja misión nacionalsocialista, pues ustedes saben bien qué aspecto tenía Alemania cuando ocupé por vez primera este sitio. ¡Qué fe y qué ganas de trabajar suponía en aquella época comenzar “siquiera” este trabajo! Ahora han

transcurrido desde entonces diecisiete años. Y ha sido logrado este milagro increíble. Lo hemos logrado con nuestra unión, con nuestras peleas y luchas que no han cesado un momento, persiguiendo siempre metas nuevas; sólo a ello tenemos que agradecer el resurgimiento de la nación alemana. Creo que esta época de pasadas luchas es para nosotros, los nacionalsocialistas, la mejor enseñanza para nuestro comportamiento en el futuro.

Cada vez que vengo a esta sala para celebrar este día, me siento lleno de agradecimiento para con el incontable número de personas que antaño encontraron el camino para unirse a mí. Es una cosa maravillosa que en la dura época de lucha de los primeros años de nuestro Movimiento fuera encontrado el camino que conducía hacia él. Es una cosa maravillosa. Quizá más adelante ya ni siquiera pueda comprenderse qué fue lo que en aquella época atrajo a las personas para unirse a mí; cómo pudimos encontrarnos entonces. He ahí que se alza predicando una nueva fe en Alemania un hombre que no tiene nada detrás de él: ni nombre, ni bienes, ni Prensa; nada, en definitiva nada. Y entonces se unen a él; se le unen mujeres y muchachas que ascienden con este hombre por el empinado camino que parecía conducir a la luz. Fue algo milagroso. Todos pensamos en esta época, yo pienso también con mucha frecuencia en esta época maravillosa de nuestra lucha. A pesar de los éxitos alcanzados hasta hoy, ¡cuán a menudo se acuerda uno, de pronto, de que, en realidad, la época más hermosa fué la de entonces! (Vivos aplausos). La época en que se sabía que, cuando uno venía a nuestro Movimiento y no tenía que ser expulsado de él por soplón, era y “tenía que ser” necesariamente una persona decente; pues en otro caso no podría haber venido en modo alguno. ¿Qué podría buscar nadie en aquella época entre nosotros? ¿Qué podría ganar, qué perspectivas siquiera podría tener de alguna ganancia? ¡Ninguna en absoluto! A lo sumo, que le persiguieran, o se rieran de él, o fuera objeto de burlas, o se le expulsara del lugar de trabajo. Esta fue la época maravillosa, la época de la vieja guardia del partido nacionalsocialista, la época que reunió a hombres de acero venidos de todas partes: de la ciudad y del campo, del torno y del arado, de la oficina y de la Universidad; la época de los viejos soldados del frente, soldados y oficiales; todos se fundieron en una hermandad y marcharon juntos. Tal fue el maravilloso tiempo del comienzo de nuestro alzamiento alemán.

¡Con cuánta frecuencia decíamos en aquella época: Alemania en su más honda humillación! Y, sin embargo, en la época de la más honda humillación de Alemania se llegó al punto culminante del levantamiento alemán, pues en aquella época volvió a brotar la fe del corazón alemán, la decencia del alma alemana. Fue en aquella época cuando comenzaron a alzarse miles primero y cientos de miles después, llenos de una nueva fe, la mirada fija en este nuevo Reich que comenzaba entonces. Y entonces lo sabíamos todos: esta Alemania tiene que ser más hermosa que la anterior; tiene que ser mejor que la anterior; tiene que ser más fuerte que la anterior. Y hoy es más hermosa, mejor y más fuerte. ¡Intenten “ustedes” medir mis sentimientos! ¿Qué podía hacer un hombre que no encontrara partidarios? ¡Sería un predicador en el desierto! Que los primeros acudieran a mí; que se unieran a mí; que tuvieran en aquella época la fe ilusoria que parecía no tener fundamento alguno, la “fe en mí y en mi persona”; que después me siguieran año tras año; que luego continuaran conmigo cuando las cosas empezaron a ponerse realmente malas..., eso es lo maravilloso y ése es el motivo de nuestro éxito”. Y eso es hoy y siempre para mí lo que me hace sentir o la causa de que yo sienta una honda emoción.

Siempre vuelvo a pensar, sobre todo cuando entro en esta sala, en aquel tiempo maravilloso de la gestación, fundación y auge del partido nacionalsocialista. Todos sabemos una cosa: Si nuestro partido no se hubiera fundado, Alemania no habría resurgido, sino que se habría perdido por completo; pues no se puede estar sujeto eternamente a la servidumbre sin terminar por volverse uno mismo un esclavo. Nosotros estuvimos muy cerca de ello; eran muchos ya los sectores que se habían conformado con este destino. Hoy resulta maravilloso saber que este gigantesco y magnífico desarrollo nació de aquel 20 o (“sic”) 24 de febrero de 1920. Y todos nosotros tendremos ahora un sentimiento, lo tendremos todos y cada uno de nosotros, un sentimiento experimentado ora por uno ora por otro: es una pena que no vivan para verlo tantos que antaño pelearon por ello “con fanatismo” a nuestro lado. Siempre digo que todos los que han podido ser testigos del resurgimiento de Alemania tienen en ello la recompensa por la lucha de aquella época. Tal como les profeticé en aquella época, todos hemos tenido la recompensa de este resurgimiento nacional. Sabemos que, por desgracia, muchos no han obtenido esta recompensa; que muchas almas leales fueron arrancadas de nuestro lado antes de que llegara este 30 de enero y, sobre todo, antes de que diera comienzo y terminara de una manera definitiva el resurgimiento de Alemania, rompiendo las cadenas que le pusieron en Versalles. Esto es lo único que quizá nos haga sentir pena y dolor una y otra vez cuando llegan estos días.

Por lo demás, los nacionalsocialistas tenemos razón para estar sumamente orgullosos, orgullosos de nuestro Movimiento y de nuestro pueblo alemán; pues realmente son dignos de admiración un movimiento y un pueblo que en tan pocos años se han alzado de tal derrota. Y merecen también ser admirados por la posteridad. Nosotros, los que tuvimos la suerte de dirigir esta lucha de grandeza histórica por el resurgimiento interior de Alemania, de luchar por ella y, debo decirlo, de sufrir por ella, nosotros estamos todos llenos de felicidad. Hoy no podemos sino volver la vista atrás y contemplar a este pueblo en los años de una ascensión incomprensible, y no podemos menos que dar las gracias a todos los que nos han ayudado en esta ascensión. Pueden todos los sacerdotes ponerse contra nosotros, pero hay una cosa que no podrán rebatir: ¡El Señor ha estado con nosotros, El nos ha guiado! (Aplausos atronadores). Se ha puesto de parte de la única Iglesia realmente confesional que existe, o sea el Movimiento nacionalsocialista, que tiene este credo: creemos en Alemania y en nuestro pueblo y en nuestro (aplausos atronadores) Dios, que no nos abandonará si no somos desleales para con nuestro pueblo y nuestra misión. (Aplausos).

Y esta lucha ha obtenido las bendiciones del Señor. Pues si realmente el Todopoderoso hubiera estado en contra nuestra, entonces, ustedes lo saben, yo no estaría hoy aquí ni ustedes estarían ahí. Mientras las bendiciones del Todopoderoso estén con nosotros, podré sostener la lucha del hombre débil e insignificante.

Esto tuvimos que decírnoslo siempre una y otra vez durante los largos años de lucha, y volvemos a decírnoslo hoy. Y por ello les ruego que hoy, al celebrar el decimoséptimo aniversario del Comienzo del resurgimiento de nuestro pueblo, me acompañen una vez más al lanzar nuestro viejo grito de combate: ¡Viva nuestra Alemania y el Movimiento nacionalsocialista! ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!.

DISCURSO A LOS "KREISLEITER" EN LA FORTALEZA DEL PARTIDO DE VOGELSANG

(29 de abril de 1937)

¡Compañeros! No siempre se da el caso de que las generaciones se encuentren en el centro de grandes acontecimientos históricos. Con frecuencia suelen transcurrir siglos sin que en este mundo se anuncie, prepare o realice algún acontecimiento de grandeza claramente evidente. Puede que en tales épocas la vida sea indeciblemente agradable para todo burgués normal. Se hacen negocios, se gana dinero, se vive, se come, se bebe, se duerme, se tienen niños y se muere con la tranquila seguridad de que la generación siguiente tendrá igualmente tan pocas inquietudes como la anterior, la propia (Leves risas). Acaso haya personas a quienes una existencia así les procure alegría. Creo que el pueblo alemán no se ha encontrado interiormente muy a gusto en tales épocas. Quizá tengamos también en el presente algunos pueblos, algunas naciones, que todavía no se acaban de dar clara cuenta de la magnitud del movimiento actual, de trascendencia histórica mundial. He ahí, por ejemplo, a los ciudadanos de pequeños países que nos rodean, cual es el caso de Escandinavia: pescan sardinas, venden sardinas, comen sardinas y hacen un medio de vida de la pesca de sardinas, de su transporte, etcétera. La gente, come, bebe, se viste, toma parte en unas cuantas diversiones y se queda satisfecha al pensar que la generación siguiente disfrutará de la misma tranquilidad contemplativa y llevará también la misma existencia contemplativa, si Dios quiere. No creo que todas las personas de incluso estas naciones que nos rodean sean felices con esta vida. Al contrario, siempre estoy viendo como la juventud se siente atraída por nosotros, cómo después de una breve permanencia en Alemania apenas si quiere ya regresar a su tierra, cómo les emociona el saberse aquí partícipes de un movimiento histórico mundial, pues no existe duda alguna en tal aspecto: el mundo se encuentra actualmente en una evolución caracterizada por las crisis.

La que estamos viviendo es, sobre todo, la crisis de la democracia. Y por consiguiente, también la crisis de los Estados, de las formas estatales en sí, pues lo que hoy comprendemos bajo la palabra “Estado”, lo que se nos muestra como realidad bajo el concepto “Estado”, es la antítesis más natural del concepto “democracia”. Este Estado, al igual que todos, ha surgido por la eliminación de los puros intereses del capricho y también del egoísmo del individuo. La democracia aspira a colocar al individuo en el centro de todo el acontecer nacional. Por lo tanto, es imposible que a la larga pueda escapar a la crisis que ha de resultar de tal disparidad de criterios.

En la actualidad, estamos viendo la crisis en el mundo que nos rodea. Dirijan la vista a Francia. El Estado francés no ha nacido de una libertad de establecimiento democrática, pero será esta libertad de establecimiento democrática la que hunda a este Estado si no aparece alguna otra nueva forma de Gobierno. También nosotros hemos vivido en Alemania este problema y hemos terminado por salir de tal crisis. Nosotros hemos sabido solucionarla de mano maestra. En Alemania, esta forma democrática ha sido sustituida por el Estado nacionalsocialista. En otros países es el comunismo el que vence, según se aprecia; pero también el comunismo acaba con la democracia. En fin de cuentas, de lo que se trata en esto países es del establecimiento de un judaísmo internacional dominador que, haciendo uso de los medios de violencia más brutales se injerta en los pueblos y los gobierna posteriormente. Hay otros países donde esta lucha está ya en período de gestación; en otros ha estallado ya claramente; en otros se está anunciando.

Ahora bien, hay algo que hemos de admitir como seguro: esta lucha que yo califico de crisis de las democracias es una lucha inevitable, y terminará por surgir en todas las naciones del mundo, surgirá sin remedio, sin que tenga importancia en sí el tiempo que transcurre hasta dicho momento. Lo mismo si esta lucha estalla en Francia en 1937, o en 1940, o en 1970. el plazo no tiene importancia alguna. Tampoco la tendría aunque el estallido se produjera en el año 2000. Lo que es seguro es que, a la larga, el Estado no puede existir cuando está dirigido por una democracia parlamentaria. Esto es seguro. Y también lo es que del contraste existente entre el Estado y esta democracia parlamentaria nacerá un día una situación de crisis que conducirá a un estado de tensión, tras el cual, como es lógico, vendrá una distensión. Lo que no es seguro la forma en que los diversos Estados solucionarían particularmente este problema. Los unos lo solucionarían siendo víctimas de una dominación extranjera, digamos de una capa superior judía, es debido a que las fuerzas nacionales son demasiado débiles para una regeneración propia, para, digamos, vencer por sí mismas; otros pueblos tengan, quizá las energías suficientes para salir sin ayuda extraña de este problema, para resolverlo por sí mismos. El pueblo alemán ha resuelto esta cuestión. Nosotros hemos moderado la libertad del individuo al poner en el lugar de esta libertad desenfrenada individual la libertad refrenada de la comunidad, es decir, al establecer una disciplina, una autoridad, etcétera, necesarias desde un más alto punto de vista. De esta manera, el Estado ha vuelto a cobrar en Alemania una dirección orgánica.

Al considerar esto, todos nos damos perfecta cuenta de que este Estado es la fuente de todo nuestro rendimiento. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos hallado una definición concreta para el Estado; decimos que el Estado no puede ser una organización, llamémosla X, de un número, también X, de personas, sino que únicamente tiene sentido cuando su cometido fundamental es el mantenimiento de una nacionalidad viva. Ha de ser no solamente el mantenedor de la vida de un pueblo, sino, sobre todo, el mantenedor del carácter, el mantenedor de la raza de un pueblo. De lo contrario, el Estado no tendrá, a la larga, sentido alguno, pues carece de sentido formar una organización por la organización en sí. Tal organización, que, como todas las organizaciones, llevan connatural en alguna forma, digamos, una sujeción de la libertad individual; tal organización, pues, sólo puede tener sentido cuando colabora en el mantenimiento de la vida de la totalidad de estos individuos, de su vida en este mundo; y sólo es imaginable cuando el Estado mismo se afina en las realidades nacionales. El Estado tiene la misión de garantizar la existencia de la nacionalidad como tal y, por lo tanto, de garantizarla para el futuro. Así, pues, no conocemos un Estado con objetivos inconcretos, sino con objetivos claramente delimitados. Sólo que -y esto lo sabemos todos- cualquier rendimiento efectivo sólo es imaginable a condición de que tal Estado exista; es decir, sólo mediante la agrupación de todas las energías presentes en esta organización es posible llevar a cabo realizaciones realmente grandes y comunes.

Por ello, para nosotros no puede haber motivo alguno de discusión en la cuestión de, digamos, primacías en el Estado. O sea, para citar un ejemplo concreto: jamás toleraremos que, en el Estado nacional, se ponga nada por encima de la autoridad de este Estado. Sea lo que fuere, ¡ni siquiera una Iglesia!. (Aplausos atronadores). También tiene aplicación aquí este principio inmutable: la autoridad de este Estado, es decir, de esta comunidad nacional viva, está por encima de todo; todo lo demás tiene que subordinarse a esta autoridad. El que intente colocarse frente a esta autoridad terminará siendo doblegado, de una forma u otra, por el peso de ella. (Aclamaciones). Sólo es imaginable una autoridad, y ésta sólo puede ser la del Estado, presuponiendo que el fin

primordial de este Estado sea la conservación, protección y permanente mantenimiento de una nacionalidad definida. Tal Estado es entonces la fuente de todas las realizaciones.

Lo que estamos viendo a nuestro alrededor, sólo es imaginable mediante el concurso de la capacidad de trabajo de millones de personas. Todos, en una forma hasta cierto punto natural, han experimentado una mejora por este freno puesto a su libertad personal. Puede que al individuo esto le moleste un poco, pues creo que en toda persona alienta siempre, de un modo espontáneo, el leve vestigio de un anárquico impulso de resistencia; sólo que esto no sirve de nada. Si creemos en la existencia de una misión humana, tenemos que creer en que el hombre ha de fundamentar y fortalecer tal misión por medio de realizaciones. Y si tenemos la esperanza puesta en las realizaciones humanas, habremos de darnos cuenta de una cosa: de que estas realizaciones sólo pueden ser obra de la comunidad. Y si pensamos en realizaciones de tipo comunitario, entonces habremos de reconocer que todas las realizaciones en común exigen de algún modo la concentración de las fuerzas de todos; que no se puede pensar sólo en decir: Id y haced lo que tenéis pensado hacer, sino que será necesario dar la orden: “Id y haced lo que os dicte la voluntad”.

Esta voluntad ha de brotar del pueblo, ha de tener su fundamento en el pueblo. Quisiera, a este respecto, hablar de una condición previa. Se habla con mucha frecuencia de la necesaria concentración del trabajo; pero tal concentración del trabajo es imaginable únicamente cuando antes ha existido ya una concentración de la voluntad. En la misma forma que, al realizar un trabajo, hemos de partir de una cierta uniformidad en los rendimientos, al referirnos a la voluntad hemos de intentar que exista una cierta uniformidad de pensamientos y, con ello, de proyectos, intenciones y decisiones. Sin esto, el pueblo incluso más eficiente es totalmente incapaz, como puro material humano (“sic”), de llevar a cabo grandes realizaciones.

Estamos comprobando hasta la saciedad un hecho verdaderamente lamentable; la mayoría de las personas carecen de capacidad para trasladar a grandes realizaciones los conocimientos que la vida diaria ofrece en multiplicidad de formas y facetas. Se sabe perfectamente que no se puede construir una casa si no existe quien haga el plano, si no hay un hombre que dirija la construcción del edificio; eso se sabe a la perfección. En cambio, la gente se figura que la formación de un Estado y el logro de las gigantescas realizaciones de una comunidad nacional pueden llevarse a cabo desde otros puntos de vista. Pero sólo pueden llevarse a cabo desde unos puntos de vista exactamente iguales. También en este caso ha de existir alguien que proyecte un plano, alguien se ha de preocupar de la realización de este proyecto y ha de haber una comunidad que sea utilizada unitariamente para la puesta en práctica de tal proyecto. En caso contrario, no habría realización posible. De este proceder ha sido de donde han surgido en el pasado todas las realizaciones verdaderamente grandes de la Humanidad, y es lógico que, al final y de una forma natural, la suma total de esfuerzos comunes se refleje en cada uno de los individuos; que, por consiguiente, cuando la totalidad marcha en formación cerrada hacia delante, también cada individuo modifica su posición. También él avanza.

No es que yo ponga una mordaza a la libertad del individuo al decir: “A agruparse y a marchar hacia delante” y que, por consiguiente, el individuo sólo pueda marchar cuando está integrado en una formación. ¡No! No es sólo la comunidad la que avanza: el individuo avanza con ella también y, además, con mucha mayor decisión y seguridad

que si cada uno fuera por su lado. Pues si a la totalidad de la masa de una nación se le dejara marchar con arreglo a la manera de pensar de la libertad democrática, entonces, compañeros, podemos imaginarnos qué aspecto ofrecería un pueblo así. No hay, pues, sino la dura alternativa: lo uno o lo otro. Creo que un hormiguero sería en tal caso un milagro de organización y trabajo disciplinado, pues también tiene leyes que han de ser obedecidas. Pero si a los hombres se les dejara marchar a su antojo, si en la época actual se estableciera el principio de que cada uno hiciera lo que considerase justo, razonable, equitativo, etcétera, la Humanidad, en el camino del goce de su libertad, no marcharía hacia delante, sino que, por el contrario, perdería en poco tiempo, al destruirlo, todo lo que los hombres han alcanzado a través de los siglos por medio de un trabajo en común y disciplinado. (Aplausos). Este trabajo en común ha sido útil a todos, ha hecho avanzar a todos; al fin y a la postre, toda realización de la comunidad redundaba en beneficio de cada uno de sus componentes.

No necesito afirmar que poseemos en el Partido el mejor ejemplo de lo expuesto. Se podría decir: Sí, vea usted y compare: ahí tiene usted el Partido demócrata, ahí es donde se encuentra precisamente la libertad; cada uno hace lo que quiere. Aquí tiene ahora una organización coercitiva donde cada uno hace lo que se le manda. ¿Vemos que estos demócratas irradian una dignidad personal completamente distinta? ¿Que representen algo totalmente distinto?. No, al contrario, lo que veo es que están todos completamente echados a perder, que carecen de valor, incluso considerados individualmente. No es sólo que no sirvan para nada como organización, precisamente porque no tienen organización alguna; no, tampoco tienen presencia como personas, ni porte ni apariencia. Ya su aspecto exterior delata que “no sirven para nada, que no tienen capacidad alguna de resistencia frente a la vida, etcétera”, que se han afeminado.

Si hoy digo: He aquí un Ejército y consideramos que este Ejército se basa en una brutal represión de la voluntad individual, ¿qué ocurriría con todos esos pobres soldados que lo constituyen? Todos tienen que obedecer: tiene que obedecer el soldado raso, tiene que obedecer el cabo primero, tiene que obedecer el suboficial, tiene que obedecer el teniente. ¡Qué tristeza de hombres! ¡Pues no! Si hoy saco a estos hombres de sus puestos militares y pongo frente a ellos otros hombres que jamás hayan obedecido, el hombre que lo será realmente será el que sabe lo que es obedecer, mientras que el otro no será nada, ni siquiera considerado individualmente. (Aplausos). Los otros no han conseguido nada, son únicamente un confuso montón.

Todas las realizaciones logradas mediante esta voluntad, resultante del concurso de voluntades, redundan en beneficio del individuo. Participa de tales realizaciones. Mientras, digámoslo sin empacho, mientras obligo a millones de hombres y mujeres a trabajar, mientras les obligo a estar en las fábricas de tejidos, les estoy dando al mismo tiempo ropas para vestirse; al obligarles a que construyan casas, les facilito medios con que tener la suya; al obligarles a cultivar el suelo, tienen todos asegurados su trabajo; al obligarles a construir ferrocarriles, al obligarles a observar el horario de servicio, al obligarles a cambiar las agujas en el momento preciso, todos pueden viajar. Considerada en total, la vida humana es cada vez más hermosa, adquiere ininterrumpidamente mayor riqueza. Por ello es necesario comprender que no basta con hablar de una concentración del trabajo, sino que lo más importante es la concentración de las voluntades.

La concentración de las actividades humanas no es, al fin y al cabo, otra cosa que un mandamiento de la razón. Y por ello, la condición previa para una tal concentración,

o sea el establecimiento de una autoridad, es simplemente un mandamiento de la razón o la razón a secas. Frente a esto quisiera decir que la democracia es, en sus últimas consecuencias, la destrucción de la concentración. Y por consiguiente, lo contrario de la razón: la locura. Podemos sentar el siguiente axioma. En el principio está siempre el pensamiento, la idea. Tras el pensamiento y la idea viene la palabra, que sirve para transmitir el pensamiento. Y luego viene el hecho, la realización. Si se invierte esta sucesión y se coloca la palabra a la cabeza, entonces la palabra acostumbra a matar al pensamiento y jamás se llega a la acción.

Ahora se me dirá: “Sí, ¿pero por qué no puede ser el primero también el pensamiento en las democracias?”. El pensamiento no anida en la gran masa; esto es algo que tenemos que reconocer, algo que está completamente claro. Siempre que cualquier logro humano represente una mayor realización que la existente, hay que admitir que alguien tiene que haber dirigido el camino hacia ella. Y este alguien que va por delante es el portador del pensamiento, y no la gran masa que está detrás de él. El pionero es él, y no lo que le sigue. Y por ello sólo puede ser lógica y sensata toda organización que persiga de antemano colocar los cerebros más inteligentes en todos los campos decisivos para que todo el mundo obedezca después las directrices importantes señaladas por estos hombres.

Naturalmente, quizá esto sea duro. Lo es para el individuo aislado y, particularmente -esto lo recalco con fuerza-, para el hombre débil. Y horroroso para el ser antisocial. Siempre resulta duro cuando se dice: “Sólo uno puede mandar; uno ordena y los demás obedecen”. Porque entonces dicen: “¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué es eso de que yo tengo que obedecer? ¿Por qué?” ¿Por qué? Porque sólo de esta forma se puede conseguir alguna cosa, y porque somos lo bastante hombres para darnos cuenta de que ha de ocurrir lo que es necesario. Y porque no se va a discutir con cada uno de los individuos. No tiene sentido alguno andar diciendo, a cada una de las personas: “Naturalmente, si tú no quieres, claro que no tienes por qué obedecer” ¡No, así no se puede ir a ningún sitio! La razón tiene un derecho y, por consiguiente, también un deber: el derecho de llegar a la fuerza dictatorial y el deber de obligar a los demás a obedecerla.

Por ello, quisiera recalcar que nuestro Estado no está edificado en modo alguno sobre el plebiscito, sino que nuestro deseo es convencer al pueblo de la necesidad de lo que está ocurriendo. Porque de esta forma haremos brotar continuamente en el pueblo nuevas y nuevas fuerzas que, por su parte, quizá no sólo se den cuenta de lo que he dicho sino, que acaso continúen pensando independientemente, siendo posible que estas fuerzas lleguen un día a manifestarse a su vez como auténticos talentos. Ahora bien, caso de que no fuera comprendida cualquier decisión necesaria, no se dirá entonces que no se lleva a cabo porque no es comprendida, sino que entonces entra en acción la autoridad de la razón y dice: ¡No se entenderá, pero se hace! ¡Se acabó! (Aplausos). Esto no tiene que proporcionar ninguna fe.

Considero que cuando un hombre tenga un pensamiento, cuando se dé cuenta de una necesidad, hable entonces de ella con las personas que, por conveniencia (“sic”), hubieran de conocer tales problemas en alguna forma; que hable con ellas sobre lo que piensa al respecto, que les informe, que escuche sus objeciones. Así, al oír objeciones, revisará y podrá dar mayor fuerza a sus argumentos. Ahora bien, llega el momento de poner en práctica el pensamiento.

Y aquí, en nuestro Movimiento, se ha de observar siempre este principio fundamental: jamás un pensamiento saldrá fuera del círculo que pueda ser considerado más o menos competente para el estudio y puesta en práctica de tal pensamiento. Jamás un pensamiento será puesto a la llamada discusión pública; cuando alguien que esté situado en un puesto de responsabilidad crea que algo es necesario, entonces tendrá que hablar única y exclusivamente con las personas que, colocadas en puestos clave, sean necesarias a su vez para la realización de esta idea. Entonces podrá formarse un juicio. Sin embargo, el axioma es: El pensamiento, si es posible su realización, ha de convertirse en un hecho, es decir, ha de llegar a una decisión. Y en el momento en que tal decisión es manifestada, se acaba toda discusión. Este axioma entraña otro principio fundamental: que no se puede fatigar al pueblo con lo que ha estado ya rompiendo la cabeza a los mejores hombres de la nación.

Voy a citarles sólo un ejemplo. Supongamos que un jefe del Partido ande dándole vueltas en la cabeza a una decisión sobre la que no han podido ponerse de acuerdo los mejores cerebros, y que este jefe hable de tal decisión con sus colaboradores más próximos, los cerebros a que me refiero. Y de pronto, este jefe somete a la consideración del pueblo el problema sobre el que no ha podido ponerse de acuerdo con sus mejores colaboradores. O sea, en otras palabras: este jefe supone que la gente del pueblo es más inteligente que él y todos sus colaboradores escogidos, pues tal es el sentido que solamente puede tener una discusión de esta índole. No, esto es imposible.

A este respecto, voy a exponerles un ejemplo sacado del acontecer histórico: El año pasado, a finales de febrero, vi claramente la necesidad de aprovechar con rapidez la situación histórica surgida y llevar a cabo en seguida la ocupación de la antigua zona desmilitarizada, ocupación prevista para más adelante. No hace falta decirles que la decisión tenía un alcance sumamente importante. Y, naturalmente, esta decisión fue consultada a todos los departamentos competentes. No vayan ustedes a imaginarse en absoluto que las opiniones fueran unánimes a este respecto, pues el alcance de la acción era enorme e imprevisibles las consecuencias. Era natural que hubiera toda clase de objeciones y argumentos en contra que llegaran incluso a modificar la propia opinión. Pero era necesario actuar de una y otra forma en un tiempo relativamente corto si no se quería dejar la acción para otro momento futuro. Según el antiguo modo democrático, la cuestión tendría que haber sido primero sometida al Parlamento, discutida después en el Parlamento, llevada después a la Asamblea Popular y discutida en la Asamblea Popular. En otras palabras: los hombres de la calle habrían tenido que decidir al final sobre una cuestión en la que quizá no hubieran podido llegar a un acuerdo los cerebros más inteligentes de la nación, una cuestión de interés vital para la existencia de ésta. Pero esta gente humilde no está en modo alguno en situación de emitir juicios. El asunto habría sido llevado a la Asamblea Popular; la prensa habría escrito sobre él: se habrían escrito artículos editoriales, tal como ocurre en los otros países. Ahora imaginense ustedes qué fatigas se echan sobre las espaldas de un pequeño gusano humano que un día tras otro está sujeto a la carga de su trabajo, que, por su instrucción, por sus alcances, por su concepción de la vida no puede en modo alguno estar en situación de ponderar de algún modo la importancia y trascendencia de estos problemas. ¡Pues sólo falta que también arrojen sobre él la carga de buscar una solución en este sentido!.

A lo mejor me dicen: “Sí, pero usted ha hecho también un plebiscito”. Sí, pero antes he actuado. Lo primero que he hecho ha sido actuar. Después, no he querido otra cosa que mostrar al mundo entero que Alemania está detrás de mí; eso era lo que

pretendía demostrar. Si hubiera tenido el convencimiento de que el pueblo alemán quizá no me siguiera en este camino, habría actuado de todos modos: pero entonces no habría hecho plebiscito alguno (Fuertes aplausos). En tal caso, habría dicho: Eso corre por mi cuenta. Hay algo que no ofrece lugar a dudas: alguien ha de tomar la decisión, alguien ha de hallar la fuerza necesaria para adoptar una resolución. Y eso es aplicable a la vida entera, desde lo más pequeño a lo más grande. Yo no puedo echar la carga de tales decisiones sobre las espaldas de gentes que ni por su posición, ni por sus conocimientos, ni por sus alcances están ni pueden estar en condiciones de resolver problemas de esta índole.

En un verdadero Estado orgánico, el honor del que manda es la responsabilidad que con el mundo contrae. Todas las organizaciones verdaderamente grandes del mundo están basadas en tales puntos de vista, se asientan sobre tales principios. Todas. Siempre ha de existir uno que acepte la responsabilidad de la decisión. Y no puede andar convocando continuamente plebiscitos. Cuanto más simples son los acontecimientos, con tanta mayor claridad se aprecia la insensatez de estas democracias parlamentarias. Imaginémonos que la democracia parlamentaria, o sea ese revoltijo escogido que procede de la votación de la mayoría, es el que ha de decidir sobre los problemas de mayor importancia. Consideremos la vida cotidiana. Consideremos la casa esa que están haciendo allá abajo y hagamos construirla a base de votación de la mayoría, hagamos primero que la votación de la mayoría apruebe el plano y luego reunamos a obreros e inquilinos y que todos éstos voten sobre el plan aprobado. ¿Qué proyecto es el acertado? Claro, ustedes se echarán a reír, ustedes dirán que este proyecto es una idiotez. ¡Naturalmente que es una idiotez! ¡Naturalmente que no se puede dejar que los inquilinos ni los trabajadores voten sobre el plano de la casa! Eso lo sabemos todos. Pero, al parecer, es una cosa cargada de razón dejar que voten sobre la construcción, digamos, de un Estado, de un Reich, porque, esto, naturalmente es “mucho más fácil” de entender. Sí, es mucho más fácil gobernar a un pueblo de sesenta y ocho millones de personas.

Vean un ejemplo práctico: La entera evolución del pasado año y la visión del futuro han sido las que me han hecho establecer este plan cuatrienal. ¿Creen ustedes que habría sido posible someter a la discusión de la nación este plan cuatrienal? Inmediatamente les voy a explicar cuál habría sido el resultado. En primer lugar, todos los que actualmente funden hierro con un porcentaje de riqueza del cuarenta y seis y que en el futuro habrán de fundir hierro con un veintinueve por ciento de riqueza, vendrían a decirme: “Eso no puede ser”. ¿Por qué no puede ser?. Ha podido ser miles de años. “Sí, pero no ahora, porque precisamente nuestro hierro tiene una riqueza del cuarenta y seis por ciento”. Yo podría haberles dicho a este respecto: “Dentro de poco ya no lo tendrán, pues el mundo entero se volcará sobre el mercado del hierro” Y entonces me habrían replicado: “No lo creemos”. Y entonces tendría que haberles ofrecido una demostración. ¿Cómo podría habérselo demostrado? Pues tendría que haberles informado de cosas sobre las que precisamente no puedo hablar. Probablemente ello habría dado motivo a una mútua argumentación que no sólo habría asombrado, sino que quizá también habría sido del máximo interés para el mundo que nos rodea. Naturalmente, esta argumentación habría explicado cómo los alemanes fundamentamos las cosas. Entonces habrían acudido otros diciendo: “ ¡Naturalmente que no podemos hacer esto!” Y también fundándose en razonamientos perfectamente claros, pues no podemos exigir que un fabricante de nitrógeno diga de repente: “Considero más razonable y lógico dar desde ahora el producto un veinte por ciento más barato”. No, no podemos exigir tal

cosa. Lo único que se puede hacer es considerarlo necesario desde un punto de vista más elevado y decir entonces: “Tiene que hacerse”. Pero no podemos exigirselo a cada uno, pues cada uno se considera con razón sobrada para exponer sus razonamientos. Y dirá: “A mi entender, eso es una locura; lo considero imposible”. O supongamos el caso de que yo pida a otro que apruebe la fabricación de combustible en Alemania, siendo así que precisamente este hombre se gana la vida comerciando en combustibles. No, no pueden ustedes pedir que este hombre diga: “Creo que es una idea fabulosa que sea Alemania misma la que se fabrique su combustible”. O que un comprador o negociante internacional en caucho vote sobre la construcción de fábricas de “buna” en Alemania. Naturalmente que dirá: “Eso es una locura, es completamente imposible”. Y lo dirá de todo corazón, según su leal saber y entender. Y me estoy refiriendo sólo a la flor y nata de la inteligencia nacional. Pero da la casualidad de que en la nación no tenemos sólo inteligencias privilegiadas (risas); también tenemos gente que no cuenta con tanta inteligencia, tenemos gente modesta, etcétera. ¿Qué dirán éstos? ¿Creen ustedes que el plan cuatrienal habría dado hasta hoy “un” paso siquiera? No se habría hecho nada en absoluto. Pero ya en este invierno tendremos listas las dos primeras fábricas gigantescas de buna con las que podremos cubrir todo nuestro consumo de caucho. El año que viene podremos cubrir con nuestras propias fábricas todo nuestro consumo de gasolina. ¡Esto sólo es posible cuando se “actúa”! (Las palabras quedan ahogadas por aplausos delirantes).

Estos son grandes problemas con los que nos enfrentamos y que han de ser resueltos. Y acaso estos grandes problemas sean los que con mayor claridad nos muestren que es imposible, “por principio”, someter a discusión tales cosas. Supongan ustedes que la nación, por intermedio del Ejército, sometiera a los soldados la discusión de un plan de guerra, de un plan de campaña, pues, naturalmente, también sobre esto puede haber opiniones completamente distintas. Pero hay una norma en el Ejército, y es que sólo sea uno quien diga la última palabra, y que este uno sea siempre el entendido y jamás el incompetente. El entendido es el que tiene la última palabra, es “quien” determina. Puede que antes sea discutido y se delibere sobre ello; pero sólo uno toma la última decisión, y ésa es la que vale. Y entonces no se habla más. Si cogiéramos el otro camino, entonces comenzarían las discusiones. Unos cuantos no estarían conformes, y otra parte diría: Bueno, pues entonces hay que someter el asunto a la consideración de la nación; me refiero al caso de los soldados. Así, pues, en las cantinas o en sitios por el estilo se discutiría sobre el plan de campaña, o sobre la adopción de una nueva máscara de gas, o sobre temas similares. ¡Interesantes temas de conversación para los soldados! Ahora bien, me temo que no se sintieran muy felices en tales momentos. Basta con imaginarse a un bravo mozo campesino de Baviera cuando es llamado a filas. Primero resulta muy difícil enseñarle a marcar el paso y formar correctamente. Y encima tiene que decidir sobre un plan de campana. (Risas). ¡Sí, pueden ustedes reírse; pero eso es la democracia, en eso se basa precisamente la democracia!. (Risas y aplausos atronadores).

Imagínense ustedes una cosa: si el plan cuatrienal hubiera tenido que ser realizado en un Estado democrático, empleando medios democráticos y a base de Parlamentos democráticos, ¿qué habría tenido que hacer yo?. Primero, el asunto habría ido a parar a las fracciones parlamentarias, que al instante se habrían preguntado: ¿Cómo podemos poner una zancadilla al Gobierno? ¿Qué podríamos sacar con esto? Entonces habría comenzado la lucha. Los señores diputados -no es que los diputados sean idiotas, pero tampoco genios, según la experiencia del pasado ha demostrado-, así, pues, los señores diputados comenzarían ahora a estudiarlo. Y como, en general, el número de personas

menos inteligentes es siempre algo mayor que el de los inteligentes de verdad, el número de los menos inteligentes, es decir, de las personas negativas en principio, habría sido seguramente mayor que el de los inteligentes, o sea de los positivos. Posiblemente la discusión habría dado lugar a una disolución del Parlamento. Y en tal momento es cuando el asunto comenzaría de verdad a entrar en acción. La Prensa escribiría sobre ello y todo sería sometido a la consideración de la nación entera. Pero, ¿qué significa esto de la nación entera? Que el asunto habría sido llevado hasta la última aldea campesina; que la elección de los diputados se efectuaría a base de estar “a favor” del plan cuatrienal o “en contra” del plan cuatrienal. Un plan cuatrienal es una cosa muy seria; probablemente habría costado hasta la disolución de tres Parlamentos. ¿Y quien elige a los diputados? Pues nuestros conciudadanos y conciudadanas. Cuando pienso en una, digamos, una buena muchacha que cuida de las vacas en la Alta Baviera, una muchacha sencilla, honrada, decente, etcétera, teniendo que decidir con su voto el plan cuatrienal... (Risas). En tal caso, sólo puedo decirles una cosa: Dios se apiade del pueblo que cometa tal estupidez. ¡una cosa así es únicamente cosa de los judíos! ¡Son los judíos quienes han ideado tal idiotez!.

Es verdad que me podrían decir: Usted no tiene derecho a actuar sin consultar al pueblo. ¿Sabe usted? Creo que el pueblo no lo quiere en modo alguno. Pues el pueblo es hoy más feliz en Alemania que en cualquier otra parte del mundo. Unicamente se siente inseguro cuando carece de dirección. Pero en el momento en que cuenta con esa dirección, en ese momento es feliz del todo, pues, sabiendo con exactitud: “eso no lo comprendemos en modo alguno”, tienen todos la sensación. “Señor, podemos confiar en nuestra jefatura; ya sabrá como hacerlo bien”. Jamás con mayor intensidad que en la guerra he visto que es una estupidez la creencia de que el hombre no quiere por principio tener quien le mande. Hagan ustedes que una compañía tenga que entretarse con una situación crítica, y entonces esa compañía no tendrá sino un deseo: un jefe competente. Y todo el mundo descansará en él. Y cuando el que manda es un hombre como debe serlo, todo un hombre, entonces sus hombres irán detrás de él como uno solo, sin que ninguno pregunte: ¿Por qué no nos piden nuestra opinión? ¡Ni uno solo piensa en ello! Al contrario, no quieren que les pregunten, lo que quieren es un jefe que les dirija y les dé órdenes que obedecer. (Gritos de “¡Viva!” y atronadores aplausos).

Ahora tenemos una capa intelectual que carece por completo de valía, una capa superficial, malformada en su educación, judaizante en parte. Naturalmente, esta capa social dice: “No podemos hacer eso”. Poseo la suficiente experiencia con esta gente para saber que no tiene importancia alguna, que cualquier obrero de la calle tiene realmente mil veces más valor, pues éste trabaja y realiza algún cometido útil, en tanto que esa gente no hace más que charlatanear, no haciendo nada en realidad. Cuando uno pone a esta gente en cualquier sitio y les dice: “Bueno, haga usted alguna cosa, déjese ya de hablar y haga algo”, entonces se lleva uno los mayores desengaños. Lo he comprobado cientos de veces en la vida real. No son ni serian capaces de llevar la jefatura del más pequeño grupo local; carecerían de toda facultad para ello; lo único que puede hacérseles es ponerles un bozal y decirles: “¡Usted, a callar; déjese de hablar, póngase detrás y en marcha! ¡vamos, adelante!” (Fuertes aplausos).

Créanme ustedes: la crisis de la época presente sólo se puede dominar con un Estado que disponga de una auténtica jefatura. Al hablar de esto se comprende con toda claridad que el sentido de tal jefatura estriba en el intento de buscar en el pueblo, por un proceso de selección natural, y colocar en los puestos clave del Estado a los hombres

aptos para desempeñar tal jefatura. Y ésta es la más hermosa y a mis ojos la más germánica (“sic”) de las democracias. ¿Pues qué otro pensamiento más hermoso puede haber para un pueblo sino tener conciencia de esto: Sin consideración a nacimiento, procedencia o cualquier circunstancia similar, de nuestras filas pueden elevarse los más capaces hasta ocupar los puestos más altos de la nación?. Lo único que necesitan es la capacidad para desempeñar los cometidos. Nos esforzamos en encontrar los hombres más capaces, siéndonos completamente indiferente lo que hayan sido sus padres o sus madres. Si son personas competentes, el camino está abierto para todos. Lo único que han de demostrar entonces es que aceptan con alegría la responsabilidad inherente a su cargo, o sea, han de demostrar que tienen realmente madera para el mando. No vale simplemente con poseer inteligencia, se ha de tener también ánimo para traducirla en hechos. Si a alguno se le coloca en su puesto, también habrá de tener coraje para decir: “Sí, tiene que ser hecho ahora; lo veo”. Tendrá que discutirlo con sus hombres, con los responsables, con él, de la puesta en práctica de la idea; pero al fin y a la postre será el quien precisamente responda de su pensamiento y su realización. El ha de adoptar la decisión.

Esta es la forma de democracia más hermosa que existe. A mi modo de ver, es una felicidad para cada hombre y cada mujer, pues ninguno de ambos puede saber en modo alguno a qué estará destinado el hijo nacido de ellos. Sólo pueden saber una cosa: que llegará a la categoría y desempeñará el cargo inherente a sus méritos. Quizá pueda haber nacido para llegar al lugar más elevado. La situación de los padres no será obstáculo alguno para que el hijo llegue a un puesto de lo más alto. Acaso quede también detenido en una posición intermedia; pero siempre será empleado en el puesto donde pueda rendir y rinda mayor servicio a la nación. Y no se verá importunado en su trabajo por otros que no están iniciados, que no pueden realizarlo, que no tienen responsabilidad alguna, que no hacen otra cosa que parlotear. Este es el sentido de una tal jefatura.

Y es el partido el que ha asumido ahora la tarea de formar a esta jefatura. Es su misión la de sacar del pueblo alemán un estrato dirigente capaz políticamente de gobernar a la nación, con dureza, sí, pero también con seguridad en el camino de su existencia. Naturalmente, en la época de lucha en sí implica siempre la selección de los mejores. El valiente, el animoso, el honrado, el idealista son precisamente los que acudieron a formar en las filas del Partido; los restantes permanecieron alejados de él. Y luego, tengo que decirlo, se pelearon también por la responsabilidad, pues en aquella época la responsabilidad era algo todavía arduo. Iba unido a menguas de ingresos, a los negocios, etcétera. ¡Qué jefes más valientes y decididos los de aquella época! Ahora, al mirar hacia el futuro, hemos de intentar seguir, de una forma en cierta manera ideológica, este proceso que antaño fue favorecido naturalmente por la lucha del Movimiento por la conquista del poder. Y hemos de continuar este proceso de una forma ciertamente similar.

Naturalmente que en el futuro no iremos a hacer artificialmente una oposición con el exclusivo objeto de ver quién es valiente o quién sale adelante. Al contrario, no toleraremos oposición alguna. A este respecto, aunque quizá apartándome un poco del tema principal, tengo que hacer una observación: muchas veces -particularmente los periodistas lo hacen con gusto-, algunos escriben: “Pues sería conveniente tener una oposición”. La oposición la ha de llevar cada uno en su interior, es decir, ha de tener tan gran sentido de la responsabilidad que, cuando adopte una resolución, se pregunte “¿Se debe hacer? ¿No se debe hacer? ¿Es acertado o no? ¿Qué consecuencias tiene?”

etcétera, etcétera. Segundo, ha de preguntar a las personas en quienes busca colaboración: “¿Tiene usted algo que exponer al respecto? ¿Cree usted que hay algo equivocado? Dígame su opinión contraria a este asunto”. Nuestra conducta sistemática en este sentido ha de ser que cada uno, cuando sea preguntado, conteste: “Sí, tengo mi opinión y considero que esto está equivocado”. Pero tan pronto como el otro dice: “Bien, ya he oído todas las opiniones y tomado buena nota de ellas; he resuelto que se haga”, entonces todo el mundo deja de formular objeciones inmediatamente y en seguida comenzará a colaborar para la realización del acuerdo tomado. Pero nosotros no podemos tolerar oposición alguna que no sea ésta, pues la oposición no haría sino actuar destructivamente una y otra vez. Ahora bien, con ello nos falta la posibilidad de averiguar de una manera normal, o sea por medio de la lucha quién es el realmente nacido con aptitudes especiales en tal o cual aspecto.

Así, pues, debemos emplear otro procedimiento. El proceso de selección natural para el futuro comienza con nuestra juventud. O sea, que ya juzgamos al muchacho de dos maneras. Uno de los juicios es el del profesor, que dice: “Conoce el abecedario, aprende, se sabe tal y tal cosa de memoria, ha aprendido tal cosa”, etcétera. También puede decir: “El muchacho es totalmente perezoso; por ejemplo, no quiere aprender francés o no estudia las matemáticas”, etcétera, y cosas así. Este es uno de los juicios. Está completamente claro que, naturalmente, no voy a hacer un profesor de francés de un muchacho que da la casualidad de que no quiere en absoluto aprender ese idioma. Eso es algo que se comprende sin necesidad de explicación. Sin embargo, no podemos aceptar en modo alguno el juicio que antiguamente emitía el profesor en un caso así: que, debido a esta causa, el muchacho era un muchacho subnormal, inútil en general para convivir en la sociedad. Se comprende que el profesor de francés, que todo lo ve a través de su prisma, diga: “Toda mi vida enseñando francés y ahora resulta que este muchacho no quiere aprenderlo. ¿Acaso el muchacho vale para algo?” O que el profesor de matemáticas diga: “Las matemáticas son mi vida, tienen que serlo, pues las enseño cada día. Y mira tú por donde me sale un bala perdida que no quiere aprender matemáticas. Ese no sirve para la sociedad, ese terminará un día en la cárcel”. (Risas). Sí, todos conocemos tales opiniones, ¿no?

Como he dicho, esto no es para nosotros la valoración única y determinante del muchacho, sino que, de paso, tenemos las Juventudes Hitlerianas, los cadetes. Y en la organización juvenil se dirige la mirada en otro sentido, a saber: la facultad de cada uno para mandar. Y ocurre con mucha frecuencia este caso: ahí tenemos un muchacho que a lo mejor no es capaz en absoluto de aprender a calcular, pero que es un jefe nato. Ya tiene un pequeño grupo que depende de él. Y en el futuro se te juzgará no únicamente con arreglo a una faceta, sino también teniendo en cuenta la otra. Ahora quisiera decir sólo una cosa: Que cuando alguien pretende ser en el futuro un profesor de matemáticas, naturalmente que sólo al profesor de matemáticas corresponde juzgar en tal asunto y no al jefe de las Juventudes; eso está completamente claro. Pero cuando se trata de formar políticamente al muchacho para dirigir al pueblo, entonces vuelve a quedar atrás el profesor de matemáticas y se coloca más y más en primer término, en cuanto a juzgar la capacidad del muchacho, la Dependencia directiva (“sic”) de la juventud. Así tendremos una visión total de lo que es nuestra juventud. Claro que esto está comenzando ahora, y dentro de diez años se encontrará mejor que en estos momentos. Y con seguridad que ya estará acabado dentro de cien. Sabemos cómo hacerlo, los alemanes lo hacemos todo a fondo, y también esto lo haremos completamente a fondo. Dentro de cien años, estará todo esto completamente claro; ocurrirá como entre los militares, donde se sabe con

precisión quien puede mandar un grupo y quién no. Tampoco en el Ejército se pregunta en absoluto si ha estudiado matemáticas uno que se pretende sea suboficial o similar, sino que se pregunta si es capaz de mandar un grupo o si, está en situación de mandar una sección. Se partía de unas suposiciones completamente distintas. Y eso es lo que sucederá en nuestro caso. De la suma total de muchachos que se ve son capaces en el aspecto político, iremos extrayendo individualmente a los que iremos sometiendo a pruebas de gran dureza, la primera y principal de las cuales será la hombría, la hombría personal, pues protesto contra la opinión de que los debiluchos que utilizan paraguas puedan llegar jamás a ser jefes políticos. (Aplausos).

Por desgracia, en el Estado democrático, donde la selección se hace de forma completamente inversa, ha llegado a ser cosa corriente decir: El heroísmo es una cosa insensata, una necedad; pues, naturalmente, la democracia se basa en la sobreestimación del individuo aisladamente considerado, y para el individuo aisladamente considerado que se consagra al heroísmo, éste supone, naturalmente, un, digamos, perjuicio. Por ello, la heroicidad, el espíritu de sacrificio o cualquier otra cosa así, y también el sentido de responsabilidad, son a los ojos de la democracia casi un vicio que perjudica al individuo. En la democracia, el conjunto queda relegado a segundo término al comparársele con el individuo Y cuando alguien está manchado por este vicio de la heroicidad, entonces tiene que ser malo, o a lo menos necio. Pues no es ni más ni menos que una necesidad exponerse al peligro para salvar a otro, o a otros, o quizás a todos; esto es una necesidad. Por ello, la institución más necia a los ojos de la democracia ha sido siempre el Ejército, pues está compuesto por hombres que han tenido la insensata ocurrencia de dejarse matar en beneficio de los demás. Un demócrata auténtico es siempre pacifista, y un pacifista no hará nunca tal cosa, aunque ciertamente abriga la esperanza de que haya tontos que lo hagan por él (risas). Y por lo tanto, no se verá obligado a tener que hacerlo. Y así se ha ido formando poco a poco la opinión de que los tontos -tiene que haberlos, son los funcionarios de Policía, lo son también los soldados, hombres que, naturalmente, han de atrapar a delincuentes y gente así-, estos tontos, son los obligados a ser héroes, pues precisamente el heroísmo es cosa de tontos y, por lo tanto, son éstos los que se sacrifican por los demás. Ahora bien, el jefe político ha de ser un hombre inteligente, y todo hombre inteligente ha de ser cobarde, pues el hombre inteligente es cobarde, tanto más cuanto más inteligente; y, por lo tanto, el jefe político ha de ser, en lo posible, un cobarde. Además, naturalmente, no se encuentra uno después rodeado de gente extraña. Especialmente entonces es cuando el elemento judío se encuentra a sus anchas.

Hay que acabar de una vez y radicalmente con esta forma de pensar, pues la jefatura política es en todas las épocas la que determina por entero el derrotero de las naciones, es decir, la que decide sobre la forma de vivir y luchar. Y, sobre todo, decide la entrada de un pueblo en la guerra, pues ella es la que da la señal para la guerra. Es insoportable que los que hayan de dar la señal sean unos cobardes, mientras que los otros, los que han de llevarla a la práctica, hayan de ser los valientes; eso es insoportable. Es necesario que la jefatura política esté constituida por hombres valientes, también valerosos físicamente eso es necesario. Y es en este aspecto donde tenemos también la posibilidad de hacer pruebas para el futuro. Podrán decirme: “Pero, escuche, a lo mejor puede que en el futuro sea un jefe político y, sin embargo, no tuvo valor para arrojarse en paracaídas o hacer algo por el estilo”. Entonces tendré que decir: “¡No, no, no, no! ¡No, no!. No tengo nada contra ese hombre; por mí puede ser jefe de

una asociación de pasteleros o algo por el estilo, no tengo nada en contra de ello. Pero sólo será jefe político si es valiente”.

En la época de lucha, entonces sí que había oportunidad para averiguar esto. Entonces podía yo decir: ¡A la reunión! Ahí fuera hay diez mil comunistas gritando y arrojándole piedras; ahora es cuando puede saltar en paracaídas para caer en medio de la reunión. Pero, por desgracia, ahora no puedo hacer esto; ahora el hombre ha de demostrar de otra manera que es de verdad un hombre, que es valiente, que es decidido, que posee valor; eso es necesario. Solamente por este camino de una selección sistemática, de un llamamiento absoluto a la hombría, lograremos para el futuro una jefatura política que sea realmente dura y que -pueden ustedes estar seguros- será también respetada por la nación. Será especialmente respetada. Toda la nación alemana depositará mayor confianza cada vez en esta jefatura política, pues sabrá que la jefatura política está formada por entero por auténticos hombres. Hombres duros, hombres realmente valientes. Incluso aunque alguno de ellos puede que haga en alguna ocasión una tontería. ¿Quién no ha hecho alguna? Creo haber cometido personalmente la mayoría de las tonterías, pues, naturalmente, hube de hacer yo la mayor parte de las cosas (Ligeras risas). Los hombres que hacen muchas cosas cometerán siempre errores. Pero eso no importa en absoluto. Me serán perdonados al final. Lo decisivo es que detrás de cada resolución haya realmente un hombre de verdad: la nación tendrá entonces una confianza absoluta y seguirá a estos hombres aunque cometan equivocaciones. Cuando es una agrupación compacta y unida la que está detrás del guía, un error supone una ventaja mayor que esas llamadas verdades que ningún cobarde es capaz, sin embargo, de defender.

Hay un principio que ha de ser mantenido por encima de todo en el futuro, un principio que dice: Esta hombría se demuestra con la disciplina y la obediencia. Créanme ustedes si les digo que es una sabia y eterna máxima en el gobierno de los demás. Siempre oirán ustedes preguntar: “Pero, ¿es que no hay limitaciones en tal sentido?” Y tendré que contestar: ¡No! Podemos citar de nuevo los grandes ejemplos que suministra la Historia. ¿Adónde iría a para un Ejército que se rigiera en este aspecto por limitaciones, quizá únicamente debido a que antaño hubiera un Napoleón o a que quizá pudiera nacer otro en el futuro?. Lo primero que tengo que hacer al formar la organización es contar con que dentro de ella no hay tal o tales Napoleones, sino que los Napoleones son los jefes y los demás son los fusileros. Así tiene que ser. Y esto es aplicable desde el primero al último, de arriba a abajo. Caso de que entre la masa se encontrara realmente un genio, ya se hará ostensible alguna vez de una manera completamente normal.

Y el Estado orgánico no necesita tener miedo de los genios: en esto se diferencia de la democracia. Si en la democracia uno fuera “Gauleiter”, por ejemplo, habría de tener un miedo cerval de que entre sus inferiores pudiera haber un talento terrible del que tuviera que decir: “Si el hombre continúa así, dentro de poco tiempo se habrá ido todo el mundo con él y entonces me sustituirá. ¡Zas! Ese será el pago de todo el trabajo que he hecho”. Así, pues, hay que vigilar para que en la democracia no surjan talentos. Cuando en algún sitio aparece un talento hay que eliminarle con toda rapidez. En tal sitio, a eso se le llama instinto de conservación (Risas). Este no es absolutamente el caso en el Estado orgánico, pues se sabe perfectamente que no se puede eliminar a nadie por mucho talento que se tenga. Al contrario, si pretende eliminar al otro peca contra la

disciplina y la obediencia, con lo que demuestra que es apto para mandar. Y esto supone su fin.

Por ello, en el Estado orgánico existen muchas más probabilidades de que surjan talentos. No pueden resultar peligrosos para ningún jefe; al contrario, el jefe se apoya en ellos, se procura así colaboradores clásicos (“sic”), brillantes. Y de estos colaboradores, sólo podrá pensar en llegar arriba, a ser algo, el que sea a su vez absolutamente leal y obediente, pues sólo así demuestra que él es el único capaz de llegar realmente un día a mandar. ¿Pues adónde iríamos a parar si el que no es capaz de ser leal y prestar obediencia pretendiera pedir más tarde lealtad y obediencia a él? Porque más tarde tendrá que pedir las; sin ellas no se va a ningún lado. Esas son unas leyes férreas que han de ser observadas a todo trance.

Por principio no existe en el partido exigencia alguna, eso no existe. ¿Qué quiere decir en el partido la expresión “exigir”? Por ejemplo, hace un par de días leí un artículo en un periódico -tendré que llamar al hombre para hablar con él unas brevísimas palabras sobre el asunto-; leí lo siguiente: “Exigimos que haya un distintivo en los establecimientos judíos”. Y eso en el “periódico”: ¡Exigimos!. Y ahora digo yo: ¿A quién se lo exige? ¿Quién puede ordenar tal medida? Sólo yo. Así, pues, el señor periodista, en nombre de sus lectores, exige que yo lo haga. En primer lugar, mucho antes de que el señor periodista tuviera siquiera sospecha de lo que significaba la cuestión judía, estaba ya yo tratando a fondo esta cuestión; segundo, este problema del distintivo se ha venido estudiando desde hace dos o tres años y, naturalmente, un día será implantado. Para todos nosotros, la meta final de nuestra política está muy clara. En mi caso, lo único que me guía siempre es no dar un paso que después quizá haya que retroceder, ni dar paso alguno que nos perjudique. Sepan ustedes que siempre llevo hasta la frontera más extrema de la osadía, pero jamás la traspaso. Sólo es necesario tener olfato para, como quien dice, oler las cosas. ¿Qué puedo hacer todavía? ¿Qué no puedo hacer? (Grandes aplausos y risas). Lo mismo en la lucha contra el enemigo. Yo no me lanzo de repente contra un enemigo retándole con violencia a combatir; yo no digo: “¡Lucha!”, por el hecho de que no quiera luchar, sino que digo: “Te voy a aniquilar”. Y ahora, “astucia, ayúdame para que pueda reducirle de manera que él no pueda lanzar el golpe y que sea él quien recibe el golpe en el corazón”. ¡Así es! (Gritos de aclamación).

Pero esto no lo puede decir la masa. Al fin y a la postre, hay que tener fe en que la jefatura que se ha propuesto una meta aspirará también a la realización de sus objetivos. Y entonces hay que observar un principio fundamental: que todo jefe del partido, sea el que fuere el puesto que ocupe, ha de exigir de sus inferiores que sean los expertos quienes se ocupen del caso correspondiente. Podría darse el caso, por ejemplo, de que alguien que estime pertinente tal o cual cosa se dirija al departamento competente, o que quizá tramite él personalmente el asunto y diga: “Creemos que acaso sea ahora necesario que esto se lleve a cabo”. Entonces le contestarían: “No, todavía no es el momento” Pero está descartado que en este Movimiento se emplee la masa como elemento decisivo, ni siquiera como arma de presión. Nada de eso. Si “resbalásemos aquí una vez”, entonces no habría ya detención posible, compañeros. Y ustedes, como “Kreisleiter”, no deben tolerarlo en absoluto; eso por sistema. Siempre es uno el responsable, hay uno que decide. Cuando un jefe local o un jefe de barrio tengan una opinión, pueden dirigirse a su jefe inmediato; pero no puede reunir a los hombres de su grupo local, de su barrio, o de su célula, y decir: “Ahora vamos a exigirselo al

“Kreisleiter” “. Igualmente tampoco pueden los “Kreisleiter” ir con exigencias a los “Gauleiter”, ni un “Gauleiter” con todo su séquito venirme con exigencias a mí.

Estos principios han de ser fundamentales. Resumiendo, en el Movimiento no existe llamamiento alguno a la masa, salvo el de las esferas competentes. Entonces, nuestro llamamiento no se ha de hacer para estimular a la masa a que exija algo, sino para hacer comprensible a la masa alguna realización o prepararla para algo que va a ser realizado. Está perfectamente claro que nosotros deseamos mantener con el pueblo una relación lo más estrecha posible, sabiendo que toda resolución produce únicamente su máximo impacto cuando tiene detrás de ella la masa más grande posible de la nación, y que, por consiguiente, resulta conveniente formular las decisiones de una forma tan lapidaria que el pueblo las entienda, que el pueblo diga: “Naturalmente, esto tiene que ser; sí, tienen toda la razón al hacerlo; sí, están acertados, que lo hagan; también nosotros lo queremos”. Pero, más bien, cuando se adopte una resolución de tal naturaleza, el pueblo tiene que decir: “Hombre, hacía ya mucho tiempo que estábamos barruntando eso (Risas) Tenía necesariamente que ocurrir; gracias a Dios, es lo que tenía que ser”.

También hay que estimular a la Prensa a que se someta exactamente a estos mismos principios. Esto es todavía más importante en este campo, pues precisamente el periodista no tiene responsabilidad alguna. Es la profesión menos responsable de todas las de hoy (Risas). Escriben, pero sin aceptar responsabilidad alguna. Y si las cosas salen al revés, entonces al día siguiente escriben lo contrario (Risas). Esto lo estamos viendo en otros países. Verán ustedes, haré una comparación hablándoles de Francia. Y hablo de Francia porque siempre empleo ejemplos de gran envergadura, que tienen que saltar a la vista, porque cuando se está tan, tan, digamos, tan impertinente en los ejemplos grandes, entonces es cuando uno puede imaginarse cómo se será en lo pequeño. Vayamos al caso: En 1933 ó 1934 propuse a los franceses un Ejército de trescientos mil hombres. Trescientos mil hombres les digo... No necesito decirles que mi más ardiente esperanza era, naturalmente, la de que mi propuesta no fuera aceptada (Grandes risas y fuertes aplausos). Pero en aquella época tenía que andarme con pies de plomo, pasito a pasito, para no aparecer como un culpable delante del mundo entero. Así, pues, hice la propuesta. Y la Prensa francesa se precipitó entonces sobre el asunto y empezó a escribir: “Imposible, eso sería una traición, etc. Eso no se puede tomar en consideración en modo alguno”. Total, vociferaron lo que quisieron. Quizá en aquel momento es cuando Francia hubiese tenido necesidad de un Gobierno que interviniera enérgicamente. Si yo hubiera estado en aquella época en Francia, habría pensado de esta forma; “Nosotros tenemos tantos hombres, Alemania tiene tantos; son brutales y decididos; nadie puede saber... Mejor será aceptar la propuesta por lo que pudiera pasar. Quizá más adelante podamos de nuevo algún día cambiar...” Creo que yo hubiera procedido de forma similar a esta. (Aplausos). Pero no, la Prensa francesa rugió a su gusto, todos los escritores escribieron. No aceptaron. Un año después anunciamos la implantación del servicio militar obligatorio. Y la “misma” Prensa, sí, los “mismos” periódicos, van y escriben ahora: “Fue una auténtica locura no haber aceptado hace año y medio la oferta de los alemanes (Risas). Aquel hubiera sido el momento oportuno! ¡Tendría que haber sido aceptada! ¿Por qué el Gobierno...? ¡Exigimos una comisión investigadora!” (Risas). ¡Escribientes sirvengüenzas, descarados! (Risas y aplausos atronadores). Pues, ¿saben ustedes?, esto esta ocurriendo todos los días. Por ejemplo, la Prensa francesa, ¿saben?, escribe en favor de la elevación de los jornales; entonces se

queja de la elevación de los precios y después acusa al Gobierno de la depreciación de la moneda.

Naturalmente, no me comprendan ustedes mal, yo sólo lucho contra tales vicios en Alemania (Risas y vivos aplausos). Por principio, yo deseo la democracia para todos los demás países (Fuertes aplausos). Y pueden ustedes tener la seguridad de que si alguna vez, en el futuro, miro con simpatía, tratándose de algún Estado que quizá pudiera colocarse de algún modo enfrente de Alemania, si miro con simpatía -nada de apoyar a nadie, pues tal cosa sería una intromisión- a uno de esos jefes que se dan en llamar revolucionarios, será porque tenga el convencimiento de que tal jefe no llegará nunca al poder ni logrará imponerse jamás (Risas). Si estuviera convencido de haber uno que llegara a imponerse, entonces me pondría enteramente de parte del Gobierno democrático y legal (Risas). Nosotros tenemos sólo un deseo: el de impedir que en parte alguna se decida antes de tiempo esta crisis en beneficio de la sensatez; sino que nos basta con que los alemanes hayamos resuelto esta crisis y que hoy estemos muy por delante de los otros y esta distancia aumentará naturalmente de año en año. Y espero que esta distancia llegue a ser tan grande que después, digamos, los que defiendan en otras naciones nuestro punto de vista duden de la posibilidad de llevar a término la tarea al vernos tan por delante y al verse ellos tan atrás.

Creo que es completamente necesario que cuidemos de que la Prensa observe exactamente el mismo rumbo. Como organismo de dirección vivo, el partido tiene que regirse únicamente por las enseñanzas de la Historia. ¿"Adónde" iríamos a parar si hubiera periódicos militares en los que periodistas que no sean soldados formulen exigencias de carácter militar? ¿Adónde iría a parar la Iglesia si existieran periódicos eclesiásticos en los que los redactores o directores formularan exigencias, siendo así que tales hombres ni siquiera pertenecen a la Iglesia y en modo alguno son adalides de la fe? Por lo que se refiere a la Iglesia ¡qué más quisiera yo sino que ocurriera esto! (agitación y risas); pero con seguridad que no es el caso, que tal cosa no ocurre. En una evolución milenaria han aprendido lo que puede ser y lo que no debe ser, lo que es imposible. Y nosotros tenemos que aprender también de esta Historia milenaria, tenemos que estar decididos a amonestar a los pecadores tan pronto han cometido la falta, a hacerles ver la imposibilidad de su proceder. Y en caso necesario, a eliminarlos inmediatamente.

Bueno, quisiera una vez más resumir lo dicho. Entre nosotros, el primer mandamiento ha de ser siempre: ante todo, pensar. Y han de ser los entendidos los que piensen; ellos no pueden decir: dejemos que la masa piense por nosotros. No, el honor y el privilegio de los jefes de una nación, sea cualquiera el puesto que desempeñen, es precisamente que "ellos" son los que han de pensar. Después, se deliberará en las esferas correspondientes, y a continuación habrá que actuar. Ahora bien, estimo imposible que se comunique al pueblo cualquier problema mientras está en fase de deliberación, o sea cuando está tomando forma. Nuestra fuerza ha radicado siempre en que, cuando se ha dado algo al público, ya estaba todo previamente aclarado en sí. Pueden ustedes estar seguros de que, cuando hace un par de meses, el 30 de enero, se dio la noticia de que Berlín va a ser ensanchado, esta comunicación iba ya precedida de un trabajo de dos años y medio. El proyecto está ya terminado y se encuentra en marcha la más grande de las realizaciones. Al decir que Hamburgo va a ser ensanchado, puedo decirles que se está edificando ya, que ya están siendo preparados los pilares del puente más grande del mundo, cuya construcción se ha comenzado ya. No se pueden hacer las cosas dando a conocer primero el problema, discutiéndolo después y decidiendo

posteriormente si se lleva o no a la práctica. Tiene que estar aclarado ya cuando llega a conocimiento de la masa. Y esto tiene que ser así hasta en las esferas más pequeñas.

Y a este respecto quisiera mencionar algo completamente muy especial, a saber: es necesario que todos los que dirigen posean una cierta tranquilidad interna, que tengan nervios firmes, que no sean exaltados -ello no tiene nada que ver con la energía-, que, sobre todas las cosas, no se lo tomen todo por lo trágico de buenas a primeras. Lo que quiero decir con esto es que hay miles de cosas que se toman por lo trágico y que en absoluto resultan trágicas en la vida práctica. Cuando estas cuestiones se contemplan desde una atalaya muy elevada, tiene uno que comprobar una y otra vez: Señor, pero si eso no es importante, si eso se resuelve por sí solo! Hay gente que me dice: “Bueno, ¿sabe usted? Si al jefe se le dice todo por escrito, parte de ello llegará a realizarse realmente”. Bueno, si se llevara a efecto todo lo que se me escribe, ¿creen ustedes que las cosas irían mejor? Todo andaría de cabeza. Cuando un hombre disputa con otro en el Ejército, o tiene algún motivo de queja, ha de esperar veinticuatro horas, o al menos así tenía que hacerlo -pues creo que actualmente incluso se ha alargado el plazo-, para presentar la queja, pues se estimaba que las cosas adquirirían un aspecto totalmente distinto después de transcurridas veinticuatro horas. Pero esto son trivialidades. Cuando se trata de cosas grandes, entonces hay que consultarlas con la almohada tres semanas o tres meses, o incluso seis meses. Así, cuando vienen a verme jefes, por ejemplo, con asuntos que no tienen entre sí ninguna relación (“sic”), he de suponer que no lo han consultado adecuadamente con la almohada. Y por lo tanto, habrán de permitirme que entonces yo subsane tal omisión y que sea yo quien lo consulte adecuadamente con la almohada. (Risas y aplausos). Ello se debe a que yo no quisiera caer en el mismo error, sino que me tomo siempre el tiempo necesario cuando me llega algo de alguien que sé que lo ha escrito con tremendo apasionamiento en un momento de máxima excitación. Lo cojo, lo pongo a un lado y después digo: “Querido Brückner, vuelva a presentármelo dentro de dos meses; volveré a examinarlo dentro de dos meses, antes no”. Por lo general, al cabo de dos meses el asunto ha cambiado por completo de cariz. Al cabo de dos meses veo de repente que ambos caballeros pasean cogidos del brazo. (Risas). Y así, sin más, el caso queda resuelto.

Yo les suplicaría que actuaran ustedes sistemáticamente de esta manera. Hay que tener un temple de acero. Nueve asuntos de cada diez se solucionan de la misma manera: precisamente dejándolos correr. Se solucionan solos. Lo decisivo es lo que verdaderamente vale en lo fundamental. Es decir, que cuando se peca en algún sitio o de alguna forma contra lo fundamental, hay que proceder con la mayor energía. Si unos caballeros se lanzan a la cara unas cuantas observaciones desagradables, si se pelean por alguna cosa concreta, esto me tiene completamente sin cuidado. Y en general me tiene sin cuidado el hecho de que alguien pueda cometer una falta. Pero no cuando alguien atenta contra la disciplina, atenta contra una cosa fundamental. Y, en ocasiones, eso le puede costar el cargo, la posición y todo lo que tenga. Siempre procederé en tal caso. Hay que ser duro en este aspecto, aunque ciertamente he de rogar que cuando se valore a un hombre no se ha de echar en el platillo únicamente lo negativo, sino también lo positivo, y que hay que ser ante todo increíblemente generoso en lo tocante a la condición humana. Cuanto más generoso sea el jefe, cuanto más humano, desde lo mínimo hasta lo máximo, tanto más fácil le resultará el trato con los inferiores a él confiados. Podrá comprobar entonces que muchas cosas no tienen la intención que parece, que se hablan muchas cosas que después se piensan de otra manera, etc. No siempre son tan malas las cosas. Y, sobre todo, al valorar a un hombre hay que echar

siempre en el platillo de la balanza la parte positiva derivada de sus actuaciones. Hay que tener también en cuenta las circunstancias, porque con frecuencia se escapan palabras sin pensar; hay que considerar las condiciones en que se ha realizado la acción, cómo ha ocurrido, etc. Y entonces se llega con frecuencia a una valoración distinta. Sólo cuando alguien intenta minar los principios de la disciplina, es decir, cuando, por ejemplo, intenta llevar a cabo una especie de exigencia de aire democrático, entonces hay que decirle: “¡Alto! Termine usted enseguida, pues de lo contrario sale usted volando “instantáneamente”. Si esto no es suficiente, márchese volando a otra parte cualquiera”.

En relación con esto hay una cosa particularmente importante. Y lo dice un jefe político con experiencia de la vida: ¡Jamás se ha de consignar por escrito, nunca, todo lo que pueda ser solucionado con la palabra!. Siempre siento miedo cuando viene a verme un caballero diciendo: “Tengo que formular una queja, he recibido esta carta”. En la mayoría de los casos él ha escrito también una carta, pues la correspondencia epistolar es de carácter recíproco. Y he observado siempre una cosa: lo que jamás ocurriría de palabra cuando dos hombres pretendieran enfrentarse, ocurre con suma facilidad por medio de las cartas. Pasean por el despacho con aires de importancia, dicen a la taquimecanógrafa que se siente y comienzan a mostrarse enérgicos. Además, así se queda muy bien, (Risas y aplausos). Y una nueva frase y una nueva provocación, mientras calculan ya el berrinche que se llevará el otro. Al otro, ciertamente, se le subirá la sangre a la cabeza, se sentará inmediatamente a la mesa, llamará a su taquimecanógrafa, que, como es lógico se habrá enterado, pues la entrada.... Y no hace falta decir que está obligado, aunque no sea más que por decencia... (risas), a no ceder y a responder exactamente con la misma energía. Señores lo que ocurrirá al final -ya que no pueden escaparse de este mundo, no pueden irse de él- es que quizá se encuentren un día delante de la UschIA, o quizás en cualquier otro sitio. Y se darán explicaciones uno al otro. Quizá delante de mí. Pero les habría resultado más sencillo haberse dado antes estas explicaciones. Estamos viviendo en la era moderna, en la época de las comunicaciones técnicas, del teléfono. Pero no para pasar el rato hablando por teléfono, sino para concertar citas a través de él. Si los dos caballeros se reunieran, la mayoría de los conflictos no llegarían a producirse. Hablarían entonces de manera completamente distinta al darse cuenta repentinamente de una cosa: ¡Pero si los dos somos antiguos combatientes, si todo esto es ridículo, si sólo se trata de diferencias de opinión! Señor, cuando no se llega a un acuerdo en cuanto a diferencias de opinión, pues entonces se puede siempre decir: “Bueno, amigo mío, yo tengo otra opinión. Consultaremos a nuestros superiores y que sean ellos quienes decidan. A mí me es completamente indiferente, pero mi opinión en este sentido es otra”. Y entonces el superior inmediato ha de adoptar precisamente la resolución. Pero tampoco esto tiene importancia, esto es cosa que puede ocurrir miles de veces.

Esto es aplicable también, sépanlo ustedes, a toda la jefatura nacional en sí. Se escribe demasiado. Se comienza escribiendo cartas de amor y se termina redactando cartas políticas. (Risas). Siempre hay algo lesivo en tales asuntos (risas) y es mucho mejor que las cosas se solucionen de manera directa (risas), cara a cara, hablando como se debe. Por lo general, se encuentra entonces un camino mucho más fácil. No hay que andar con tantos escritos; hablando, hay mucha más posibilidad de aclarar un asunto, de eliminar obstáculos, etc. Además, se conocen mucho mejor las razones del contrario. Si yo hubiera tenido que escribir todo lo que he hablado durante mi vida... ¡Oh Dios mío, qué no habría tenido que escribir! Y también es una completa equivocación cuando se

oye decir: “Tengo que escribir tal cosa, así quedará fijada para siempre”. Créanme ustedes, llevamos ya cuatro años en Berlín; seguramente llegará el momento en que resulte muy interesante, desde el punto de vista histórico, que yo hubiera hecho consignar en acta cada una de mis entrevistas y conversaciones. También se podría decir que yo debería haberlo hecho para establecer de una manera concreta quién hizo tal y tal cosa, etc. Pero no es eso lo que importa. Lo decisivo es que las cosas se hagan bien. Todo nos será cargado en la cuenta común. Si gobernamos con acierto a la nación, nos será sentado en cuenta. Al final se dirá: “Esto es lo que el Nacionalsocialismo ha hecho de Alemania”. Cada fábrica que eche humo -la forma en que se ha conseguido que eche humo no tiene importancia después, lo decisivo es que lo eche, que se trabaje en ella- se reflejará más adelante en el haber de nuestra cuenta común. Ese ha sido el resultado del Nacionalsocialismo, que ha aportado a Alemania este cambio hacia la razón.

Considero, además, necesario que los jefes del partido procuren en todo momento establecer con el pueblo una relación viva, la más viva de las uniones. No porque necesiten de tal enlace para adoptar decisiones o para imponerlas, sino porque es necesario poseer un conocimiento profundo del alma popular, de sus necesidades, etc. Y eso es lo maravilloso en nuestra organización: que, gracias a sus ramificaciones, puede penetrar hasta en el último taller y la última vivienda: que, mediante esta ramificación, ha creado, diría yo, un torrente circulatorio por cuyas miles de arterias fluye continuamente sangre viva hacia arriba y, con ella, también conocimiento hacia arriba. Y, recíprocamente, hacia abajo fluye energía, decisión y fuerza de voluntad y, sobre todo, comprensión. Nunca se puede cuidar lo bastante la unión con el pueblo modesto. A menudo lamento no estar ya, como antes, en situación de viajar sin descanso por toda Alemania, especialmente también en coche; pero ya no llego a tiempo a parte alguna. No es posible en modo alguno explicar lo que aprendí en los millones de kilómetros que hice atravesando Alemania de Norte a Sur y de Este a Oeste durante aquellos largos años.

Otra cosa que considero necesaria, particularmente en una organización que crece ininterrumpidamente, que cada día es mayor, es que los jefes del partido vuelvan de vez en cuando al pueblo. Y tenemos la intención también de establecer que los jefes integrantes de nuestro, diría yo, Estado Mayor -sistemáticamente y más tarde, con seguridad, por un tiempo más largo- vuelvan a ser destinados -ahora ya en algunos campo- a prestar servicio. Es decir, mandados de nuevo a una fábrica, a un campo de labranza, a un astillero o a cualquier otro sitio con el fin de vivir por entero en el ambiente de la gente humilde. Han de volver a verlo y oírlo todo, a vivirlo de nuevo, para conocer el alma del pueblo y poder dominarla otra vez. No tenemos que capitular delante del alma del pueblo; pero tenemos que conocerla “a la perfección”, ha de ser para nosotros un instrumento del que poder arrancar melodías. En cuanto a la propaganda, no hemos de dar un sólo paso que pudiera ser interpretado erróneamente en el exterior; eso es necesario. Tampoco debemos olvidar una cosa: constituímos un círculo, somos una comunidad. Y significaría un gran peligro que en esta comunidad, que naturalmente tiene pensamientos y experiencias, etc., comunes; sería un gran peligro que en esta comunidad no entrase nada procedente del exterior, quisiera decir. No debe salir nada de ella, nada que sea decisivo; pero tiene que poder absorberlo todo. Y del exterior ha de conocer todo lo que ocurre en realidad, ha de tener conocimiento de la que es el alma popular. No quiero decir con esto que resulte más conveniente, cuando uno haya de tomar una resolución importante, meterse dentro del campo oportuno para llegar allí a la solución por medio de la discusión. Pero si resulta conveniente que el jefe

abandone las alturas, pues ha de estar en posesión de la grandeza para adoptar después decisiones, tanto en lo pequeño como en lo muy grande.

También es importante otra cosa: “jamás” deberá el partido descuidar la disposición de sus hombres a asumir la responsabilidad, y no sólo en un puesto, sino a través de la nación entera; pues solamente por medio de la disposición a asumir la responsabilidad se puede establecer en qué medidas las personas son realmente aptas para ejercer un cargo de dirección elevado. Somos una organización joven. La carga del Estado es muy pesada en este aspecto, tengo que manifestarlo expresamente, pues el Estado tiende en general a la centralización, es decir, a reglamentarlo todo de arriba a abajo. Ya he introducido muchas mejoras en tal sentido, pero todavía queda infinitamente mucho por hacer. Comienza con nuestra legislación. Hacemos leyes; pero, en realidad, buena parte de nuestras leyes son actualmente disposiciones para la ejecución de las mismas que no tienen en absoluto nada que ver con la ley. Ahora bien, se han mejorado muchas cosas y otras se irán mejorando en el transcurso de los años. Resulta muy difícil lograr que nuestra burocracia, particularmente la alta burocracia, se adapte a nuestro nuevo mundo de pensamientos. Antes, habían aprendido que cuando se hace una ley, esta ley ha de tener en consideración todo lo habido y por haber. Y antes, sobre todo antes de nosotros, mostraban todo su orgullo cuando podían decir: la nueva ley tiene dosmil seiscientos cuarenta y un artículos. Hubiera sido mucho mejor que sólo hubiese tenido seis artículos, y el resto hubieran sido disposiciones complementarias. Pero es que en aquella época teníamos el Parlamento, y el Parlamento quería también meter baza en la legislación, pues de otra forma no tendría voz ni voto en la ejecución de la ley. Por consiguiente, la ejecución tenía que estar contenida en la ley para, de esta forma, establecer ya también las disposiciones complementarias.

Es imprescindible necesario que vayamos poco a poco abrumando a todos y cada uno con el peso de la responsabilidad. A veces vienen a verme personas que me dicen: “Tengo tanto trabajo que no sé por dónde empezar”. Por principio, esto no debe ocurrir; este hombre ha de descargarse siempre de una parte de su responsabilidad para traspasarla a los demás. No se ha de ser tan egoísta ni mezquino como para querer asumir uno solo toda la responsabilidad. Basta con que asuma la importante. Así, pues, dirá a los demás: “Bueno, he dispuesto que se haga así. Ahora, haga usted esto, y usted haga esto, y usted esto”. Todos los que son realmente hombres disfrutan asumiendo una responsabilidad y a los alemanes les agrada estar siempre haciendo alguna cosa.

Créanme ustedes si les digo que todo el secreto de los logros de nuestro partido radica, puedo decirlo ya, en que siempre me he descargado de mucha parte de responsabilidad. Entre nosotros, un “Gauleiter” es también un hombre, tiene una responsabilidad. Y tengo en el partido muchos jefes con una responsabilidad enorme. Hay quien se figura que estos jefes han de presentarse a mí todas las semanas; que el director de la “Editorial Central”, tendría que presentarse a mí por lo menos una vez cada semana... Pero yo no soy un presidente de consejo administrativo. A mí me basta con que, durante el año, se me informe en general una o dos veces de cómo marcha el asunto. Si fuera mal, ya acudiría de todas maneras (risas), eso lo sé a conciencia. Y además, el hombre ha de tener una responsabilidad. Tiene que ser al fin y al cabo un hombre también: y no sentirá placer alguno si... ¿Cómo voy, en definitiva, a contar realmente con hombres si no asumen responsabilidades...? Si yo dijera: “Señor, tiene usted que presentarse a mí todos los días a las diez menos cuarto de la mañana para la firma. Seré yo quien firme todo. Usted me expone todos los asuntos, etc.” ¿Qué les

parece? ¡Yo no estoy en modo alguno para eso! O si, por ejemplo, ordenara que se me presentara todos los días el director del Frente del Trabajo y le dijera. “Me tiene usted que informar todos los días con todo detalle...” Hay cosas que de todos modos las decido yo; eso está precisado. Además, en el pueblo alemán hay también tanto sentido de responsabilidad por el lado contrario, que de todos modos cada uno viene y dice: “¡Alto! Esto va ya demasiado lejos: esto tiene que decidirlo otro”. Y hay cosas de las que el hombre tiene que responder; eso es imprescindible. Si no se “atreve” por no tener confianza en sí mismo, entonces lo siento por él; pero es que no sirve. Esto hay que observarlo desde arriba hasta abajo. Además, resulta muy beneficioso para los nervios. Por ejemplo, este año están ocurriendo muchas cosas; tengo que hacerme otra cura de nervios. Durante el año pasado, durante los años anteriores, he tenido que hacer tantas cosas ilegales y contrarias a la Sociedad de Naciones (ligeras risas), que no es de extrañar que tenga ahora los nervios un poco desquiciados. (Risas). Esto está completamente claro. Preocupaciones, preocupaciones, espantosas preocupaciones; todo ello, realmente, una espantosa carga de preocupaciones. Pero ahora voy a transferir a los demás muchas de mis preocupaciones; tengo que cuidar de mis nervios. Y lo que me ocurre a mí les ocurre exactamente igual a los caballeros que me rodean. Hay muchos que se destrozan los nervios únicamente por hacer demasiadas cosas que no tienen por qué hacerlas ellos. Que se las confíen a otros, y entonces no tendrán ya de qué preocuparse. Si uno de estos hombres dijera: “¡Pero es que no puedo confiárselo a otro!”, es que entonces no se ha rodeado de los colaboradores idóneos. Tenemos en nuestra nación mucha gente deseosa de asumir alguna responsabilidad. Estos hombres experimentan una gran alegría, resucitan cuando se les encarga alguna cosa y se les dice: “A ver cómo hace esto. Dentro de un año a más tardar vuelva usted a decirme cómo anda el asunto”. Estos hombres son mucho más felices que si se les dice cada día; “Ya ha vuelto a hacer usted otra cosa sin haber consultado en absoluto”. Si yo procediera así, no podría confiar a nadie misión alguna.

Realmente hay que examinar con todo detenimiento qué es lo que se ha de guardar para uno mismo, lo que necesita de una última decisión, y lo que se puede confiar a los demás. Y entonces hay que ser generoso con éstos, hay que dejarles gozar de una posición en cierto modo soberana. Es una cosa comprensible, compañeros, que esto no puede realizarse de la noche a la mañana. El camino histórico, el naturalmente necesario al principio, es en general el de lograr, por medio de una cierta centralización, el desarrollo de una misma forma de pensar, de conseguir una uniformidad de opiniones. Hay cosas que, en general, se han de hacer de una forma completamente unitaria, cual es, por ejemplo, el adoctrinamiento, que ha de ser dirigido de una manera absolutamente unitaria. Sólo cuando las personas han sido formadas a base de una instrucción de carácter completamente unitario, pueden asumir responsabilidades; es decir, entonces pondrán en práctica lo que han aprendido. Ello hace que siempre haya al principio un cierto periodo de centralización; luego se ha de pasar a la descentralización, para disponer de hombres con ánimo de asumir responsabilidades. Estos hombres han de disponer de su propio campo de acción, y poder trabajar en él a su completa satisfacción.

Por lo tanto, no se ha de reglamentar por sistema todo lo que se “pueda” reglamentar, sino únicamente lo que se “tiene que” reglamentar. Este es un axioma que “ustedes” tienen que hacer también suyo. Hay que dejar sitio a la vida. Las cosas que no tienen que ser reglamentadas hay que dejarlas correr; ya se ajustarán por sí solas. Hay gente que dice: “¿Sabe usted? Este es un departamento cuya misión es averiguar todo lo

que pueda ocurrir en los garajes. Recibimos informes de toda Alemania. O sea, lo mismo robos con fractura, que incendios, que colisiones dentro de los garajes, etc., etc. Por consiguiente, tenemos ahora que dictar disposiciones muy detalladas en lo referente a construcción de garajes. Como se ha robado en determinados garajes, de ahora en adelante no deberá haber tal y tal cosa en los garajes. Como en algún garaje han chocado un par de vehículos al salir, de ahora en adelante tendrá que haber tal y tal cosa en todos los garajes. Como en un garaje ha estallado en alguna ocasión un bidón de gasolina, de ahora en adelante en los garajes... Si en algún garaje se ha declarado un incendio, por ello en los garajes... ¡Y así surge una “lombriz solitaria” de disposiciones que no tienen fin!. Y nosotros hacemos estas cosas a la perfección. Cuando a los alemanes les da por inclinarse al lado insensato, lo hacen también a fondo, ¡pero que muy a fondo! (Risas). Hoy es imposible construir en cualquier parte un garaje sin licencia. Por ejemplo, tenemos que, en una casa, el garaje está un poco bajo y los coches tienen que bajar. Un día llueve a cántaros, se atasca el sifón de depósito, se remansa el agua y tienen que ser avisados los bomberos para extraer el agua acumulada en el garaje. Y entonces: disposición del Ayuntamiento de Munich: en lo sucesivo no se edificará garaje alguno donde haya que bajar a nivel inferior al de la calle. ¡Una completa insensatez! (Risas). Un locura. Y menciono sólo ejemplos aislados de adónde puede llevar esta reglamentación por la reglamentación en sí (“sic”). Esto es para volverse loco.

Quisiera decir que, de hecho, hemos de permitir en este aspecto una cierta esfera de acción al criterio individual. Lo que no tiene que ser hecho, no debe ser hecho. Y no hay por qué molestar innecesariamente a nadie. La gente tiene también derecho a su libertad. Jamás diré: Por regla general, hay que privar a todo el mundo de cada hora que tenga libre. ¡No, no y no!. Le quito únicamente el tiempo que considero necesario para llevar a la gente a que piense y actúe, etc., de la misma manera. Por lo demás, me satisface ver que la gente no esté sobrecargada; que gocen de libertad.

Esto, compañeros, lleva poco a poco a una cierta seguridad en sí mismo, y esto es lo que una jefatura política ha de poseer desde el primero al último, una absoluta seguridad en sí misma. Sé que esto tendrá importancia especial en el futuro, pues los jefes veteranos, los procedentes de la época de lucha, éstos están totalmente seguros de sí, han alcanzado y conquistado su puesto; sí, su seguridad es absoluta. Pero éste será un cometido importante en el futuro, y todos ustedes, como educadores, han de lograr que cada jefe, sea cualquiera el puesto que desempeñe dentro del partido, adquiera seguridad en sí mismo. Tiene que estar seguro de sí mismo, tener confianza en sí mismo. Ha de tener este convencimiento: lo que hago, es que puedo hacerlo; y lo que puedo hacer, lo hago. Y no habrá cosa que me haga perder la calma sobre el particular. Ahora bien, tal jefatura ha de saber igualmente ser la primera en los restantes órdenes de la vida. Nosotros hemos pasado por una época de lucha muy dura y, naturalmente, nos hemos vuelto un poco ásperos; es una cosa totalmente comprensible. Teníamos muy malos enemigos y había que hacerles frente. Por lo tanto, las palabras, el tono de ellas y el porte nuestro no fue siempre, digamos, a propósito para salones elegantes. Me imagino perfectamente que, por ejemplo, en los años 1920, 21, 22, 25 ó 26, muchos ciudadanos en sí muy decentes se estremecieran de tal modo al entrar en una de nuestras reuniones (risas), que hubieran de decirse: “Sí, claro que me gustaría a rabiarse; pero no puedo”. Eso lo sabemos todos, ¿no es verdad?. Por lo demás, en aquella época dábamos valor a tales procedimientos porque precisamente no queríamos destacar por la elegancia de nuestros

nobles modales; al contrario, queríamos conquistar la confianza de las masas, existiendo, como existía, un cierto ambiente favorable. Pero aquella época pasó.

El pueblo alemán entero se viste hoy con mucha elegancia. Si pasan ustedes por cualquier ciudad en domingo, verán a los muchachos que andan acicalados y a las muchachas vestidas con gran pulcritud, etc. El pueblo alemán ha vuelto a sentir la alegría de vivir Y nosotros tenemos precisamente un hombre para ello, para esa alegría... Ahora bien, naturalmente que la jefatura política ha de ser al mismo tiempo, digamos, una clase modelo también en cuanto a costumbres. Eso es imprescindiblemente necesario. Sé perfectamente que a muchos no les resultará fácil cambiar ahora de modales para incorporarse a la vida actual. Pero no tiene otro remedio que ser así. Y particularmente a los que van creciendo ha de enseñárseles que los buenos modales no tienen por qué estar reñidos en absoluto con la energía ni con la decisión. Nuestra intención es la de educar en este aspecto al pueblo alemán. Particularmente, también en lo que afecta a los buenos modales para con las mujeres.

Oigo muchas veces que todavía existe la opinión de que la cortesía para con las damas es una especie de debilidad. Nada en absoluto. Vean ustedes: en toda mi vida política no me he dejado influir lo más mínimo por ninguna mujer, ¡pero que ni lo mas minimo!. Pero, en otros terrenos, naturalmente que vamos a conceder a la mujer el derecho que tiene, claro que sí. Y además, las respetaremos y las trataremos con toda la cortesía que se merecen. Hemos de educar en este sentido a la juventud. Ello no significa en modo alguno debilidad; al contrario, hemos hecho una separación bien delimitada. No tenemos “Kreisleiter” femeninos (risas), ¿verdad?, ni cosa que se le parezca. Todo esto está ya decidido así como así. Tampoco espero, hablando en sentido figurado, que esto llegue a darse en el partido (risas y aplausos), que tengamos una cosa así. Al contrario, creo que se correrá tanto menos riesgo de ello, cuanto más -bueno, digámoslo, utilicemos la vieja expresión- cuanto más galantes sean los señores de la Creación para con las perlas de la Creación. Cuanto más corteses y educados sean los jóvenes con las mujeres, tanto mayor será el derecho de que gocen en todos los asuntos masculinos, el derecho de ser hombres y absolutamente hombres. Y, sobre todo, así apartamos a las mujeres de todos los asuntos masculinos. En lo más profundo de su ser, toda mujer siente el deseo, la necesidad de agradar al hombre, y nosotros no vamos a hacer que sientan repulsión.

He luchado siempre contra la forma de vestir demasiado puritana de las muchachas de nuestra Sección Femenina, etcétera. Siempre he sostenido la opinión de que no hemos de hacer repulsivas a nuestras mujeres, sino atractivas. (Risas y aplausos). Han de dar la impresión de que están “sanas”; pero no deben dar la impresión de ser, digamos, demasiado primitivas. En el vestir, no hay que retroceder de pronto a la Edad de Piedra (aplausos); hay que mantenerse precisamente en la época en que vivimos. Mi opinión es que, si se ha de confeccionar un abrigo, también este abrigo se puede hacer elegante, que no por ello va a resultar más caro. Y una blusa puede tener también un corte bonito. ¿Por qué una muchacha que le guste ir bien vestida ha de encontrar en mí dificultades para que...?. ¿Es que realmente hay algo repugnante en el hecho de que se vista para aparecer bonita? A fuer de sinceros, hemos de decir que a todos nos agrada verlas bonitas. (Aplausos). Y creo que, precisamente por tratar a la mujer con delicadeza, la llevamos de antemano así a su esfera más natural; así las llevamos al terreno que les corresponde. Al fin y al cabo, su misión no consiste sólo en “embellecernos” la existencia, sino que llegará el día en que traigan también al mundo

niños hermosos, con lo que serán la promesa más segura de que mañana tengamos un pueblo sano.

Y los niños, desde luego que no se afeminarán. Los chicos, ténganlo en cuenta, se largan de todos modos, llega un momento en que se largan de casa. Y luego ingresan en nuestras agrupaciones de cadetes, que se preocupan de que los muchachos se conviertan en jóvenes enteros y verdaderos, como debe ser. Y en cuanto a las chicas, ellas tienen que seguir siendo precisamente chicas. No pretendemos que se aproximen mutuamente ambos sexos a base de equiparlos, sino que pretendemos que tal acercamiento se lleve a cabo a base de una estimación mutua. Queremos para las chicas unos muchachos irreprochables, fuertes, crecidos sin tacha, valientes; y para los muchachos queremos unas chicas fabulosamente hermosas... bueno, y todo lo demás (risas). Eso es lo que pretendemos. Creo que también aquí el Movimiento ha de ser el que dirija cada vez más. Y tampoco debe dejarse disuadir en tal sentido por quienes, a lo mejor invocando la moral, se ponen en contra de una tal alegría de vivir sana y natural. Lo que son estas gentes y lo que hay detrás de esa moral, lo están viendo ustedes en los procesos que, tras largas luchas interiores, pero acuciado por el afán de justicia, he ordenado incoar. (Aplausos atronadores y prolongados). Precisamente es eso lo que no queremos, sino que pretendemos forjar una nación sana hasta la médula, de hombres firmes y mujeres absolutamente femeninas. Esa es nuestra meta.

Y esto lleva inherente otra cosa: que de esta forma somos los representantes de un estilo de vida realmente sano y, por consiguiente, también de una sana cultura física y moral. Nos estamos esforzando por conseguirlo y avanzamos de manera ejemplar en todos los sectores. ¿Saben ustedes? No podemos imaginarnos en modo alguno cómo sería nuestro pueblo si muchas, muchas décadas antes de nosotros no hubiera existido ya la educación militar. No hay duda alguna de que la educación militar ha inculcado un cierto hábito de limpieza en el muchacho. Hay cierta época en que todo joven -creo que es debido al atavismo, al retroceso atávico..., así como así, bueno, al tiempo de la época de las cavernas, etc, al pasado- en que todo joven es un poco sucio. El muchacho no se lava. A lo sumo cuando llega a cierta edad y tiene interés en causar impresión o despertar el interés de alguien, entonces es cuando quizá comienza a cambiar algo. Así, pues, hay cierta época en que los jóvenes son bastante descuidados en su aseo personal. Y ahí es donde el Ejército ha dado un resultado maravilloso. Poco a poco ha ido acostumbrando al joven a que se lave todos los días, a lavarse todo el cuerpo de cintura para arriba, a mantenerse limpio, a lavarse los dientes, a cortarse el pelo. Estoy convencido de que nuestro pueblo andaría por ahí como una comunidad de apóstoles (risas) si el Ejército no le hubiera metido en el cuerpo la costumbre de la limpieza.

Sí, ¿saben ustedes?, en otros países -no digan esto por ahí fuera, pero está Inglaterra, por ejemplo- el grueso de la masa no es tan limpia como nosotros, los alemanes. Esto tenemos que agradecerse a nuestra educación. Y seguimos adelante por todas partes en este aspecto; por ejemplo, ahí está la construcción de nuevos buques para la "Fuerza por la Alegría"; por todas partes se está extendiendo la preocupación por la limpieza, etc. Nuestra intención es la de educar a todo el pueblo alemán con estilo. Pretendemos hacer de él un pueblo cada día más ordenado, más ejemplar, más correcto. Y para ello pretendemos introducir un nuevo estilo de vida.

Y en este particular no vayamos a figurarnos que el estilo de vida consiste en andar viniendo cada día con innovaciones y novedades en todos los campos. Lo primero

es encontrar una plataforma. Después hay que continuar en ella, pues, de lo contrario no se logra ningún estilo de vida. Tampoco puede ser que en el campo del arte lleguen payasos diciendo: “Tengo una idea; veré que esta nueva idea...” A ése le diría yo: “¡So asno! ¡Ideas nuevas! ¿Qué sabrá usted de las ideas nuevas que ha habido ya en este mundo? Bien pequeña es la cantidad de personas que han tenido ideas realmente nuevas. Lo que tiene que hacer usted es regirse por las ideas existentes”. En resumidas cuentas, mostrémonos contentos de tener bases que merecen la pena de que se las generalice. Unicamente de esta forma forjaremos un estilo de vida, un estilo cultural, un estilo artístico, es decir, una lenta y gradual legislación sobre esta vida y sobre las formas de vida que necesitamos como pueblo; exactamente en la misma forma en que utilizamos un lenguaje y no vamos por ahí todos interpretando sueños así como así..., ni diciendo como un dadaísta: “He hecho un nuevo invento, tata, toto, o cualquier cosa por el estilo” (Risas). También en este campo nos servimos de un idioma que hemos recibido en herencia. No todos se sirven igualmente bien de este idioma, en cuyo aspecto se puede aprender muchísimo. Es necesaria una mejora gigantesca. No es que con esto hable en favor del club actual de refinamiento de la lengua, pues leo muchas veces a fondo los periódicos y siempre tengo la impresión de que es más mala en ellos..., la lengua que se habla, el más malo de los alemanes. No, lo que nosotros únicamente queremos es que el pueblo alemán tenga en lo cultural un estilo concreto y correcto.

Y ahora quisiera añadir algo, a saber: se habla de muchas clases de arte; pero hay “uno” del que nunca se hablará con la estimación suficiente. Me refiero al arte del silencio, al arte de no hablar, cuando es necesario, de cosas de las que precisamente no se debe hablar. Esto comienza siempre por las pequeñeces habituales: hay cosas de las que no se tiene por qué hablar. Y termina en las cosas grandes. Desde mi punto de vista, los maestros más grandes en este campo son los ingleses. Cuando los ingleses movilizaron la Sociedad de Naciones en contra de Mussolini, apostarí yo a que ni uno solo de los treinta millones de ingleses adultos dijo “una vez siquiera” en aquella época: “En fin de cuentas, esto lo hacemos por nosotros”. Esto lo doy por descontado, incluso aunque estuvieran entre amigos. Todos ellos decían: “No tenemos interés alguno en Abisinia. Es asunto sólo de la Sociedad de Naciones; lo único que nosotros hemos hecho ha sido firmar para que haya paz; sólo para eso hemos dado nuestra firma, para mantener la paz, pues no tenemos interés alguno. De no ser por la Sociedad de Naciones, ¿qué nos va ni nos viene a nosotros Abisinia?”. Esto es demostrar gran inteligencia. Hay cosas, todos lo sabemos, de las que no se tiene por qué hablar jamás; no es necesario que demos explicaciones sobre esto.

Por consiguiente, no quisiera hoy dar una explicación de índole especial en relación con estas cosas. Ustedes ya lo saben de todos modos, todos ustedes saben a qué me refiero. Si arreglamos y reorganizamos determinadas cosas en Alemania, ¿es necesario que expliquemos por qué, por cuál razón, etc.?. Sabemos perfectamente que, si reorganizamos nuestro Ejército, es sólo para garantizarnos la paz. Y realizamos el plan cuatrienal, para, digamos, poder subsistir económicamente. Unicamente “así” se habla sobre el particular, eso lo sabemos todos y cada uno de nosotros. Hay otros pensamientos que jamás se traducen en palabras, y ello es aplicable también a otros campos, muchísimos. Este principio se ha de observar férreamente. Cada uno puede mirar a los ojos de los demás, en los que leerá que el otro piensa exactamente igual que él y que sabe exactamente lo mismo que él. Y a este respecto quisiera decir en general que el NSDAP, el partido como tal, debe ser, considerado en el fondo, una comunidad del

saber, de un saber determinado que ha de tener mayores y mayores vuelos a medida que transcurre el tiempo, de un saber que se enseña y que también se vive, de un saber asentado sobre experiencias y conocimientos eternos, etc. O sea, una comunidad que ha conocido la existencia de determinadas directrices fundamentales y las lleva entonces a la práctica. Esta comunidad del saber es también al mismo tiempo, ciertamente, la mas grande camaradería de la acción.

Y entonces el pueblo alemán sabrá una cosa: que puede sentirse absolutamente seguro al estar guiado por una jefatura tal. Y se sentirá realmente feliz y contento. Cuando el pueblo alemán dirige hoy la vista al exterior, se da perfecta cuenta de cómo son gobernados los demás pueblos. Y ve estos derrumbamientos, estos terribles actos de locura en el terreno de la economía. ¿No es ciertamente una maravilla que los Estados que poseen las mayores reservas de oro tengan una moneda depreciadísimas, mientras nosotros, sin divisas, sin oro, tenemos una moneda de lo más estable?. Créanme ustedes si les digo que el pueblo alemán se irá dando cada vez más cuenta de lo que tiene que agradecer a esta jefatura, a través del Movimiento. Irá dándose perfecta cuenta de que esta jefatura ha sacado prácticamente a la nación de un abismo sin fondo, de un abismo hacia el que los otros caminan a ciegas. No es nuestra intención impedir que los demás se precipiten en el abismo; no, que ellos también lo experimenten y saquen conclusiones. Pero el pueblo alemán sabe que ha sido salvado de caer en ese abismo. El pueblo alemán tiene hoy confianza absoluta en el Movimiento; puedo decir tranquilamente que está detrás del Movimiento en un cien por cien. Los únicos que no están detrás del Movimiento son los elementos que estamos descubriendo ahora en estos procesos, o los inquilinos de nuestros campos de concentración, o los reclusos, los presidiarios, los antiguos reclusos y antiguos presidiarios, o el montón existente de locos, necios e idiotas. El resto del pueblo alemán está en un cien por cien detrás del Movimiento y se siente feliz contando con esta jefatura.

Esta confianza inmensa del pueblo alemán debiera ser para nosotros un deber común: el deber de cumplir lealmente nuestras obligaciones, de obrar con lealtad entre nosotros, de ser siempre leales, fanáticamente leales. En realidad, quisiera terminar diciendo que todo lo que construyamos créanme ustedes que lo habremos construido sobre arena si en nuestra edificación no ponemos como el más fuerte de los cimientos una ilimitada lealtad recíproca, una increíble fidelidad mutua, una gran camaradería. Esto es lo decisivo. Ha de ser de manera que este Estado se distinga de los demás en que todos y cada uno, obrando de buena voluntad, sepan: de antemano cuento con una lealtad sin límites; está descartado que en este Estado, donde todo se basa en la decencia, nadie intente sorprender a los demás; que nadie intente obtener mayores ventajas, aprovechar un momento de debilidad, etcétera. Eso no debe ser en modo alguno. Y cuando particularmente se ha de mostrar siempre lealtad es cuando exista la posibilidad de ser desleal.

Al hablar de esta lealtad en el sentido del Movimiento, entiendo que cada uno de sus miembros obre lealmente con los demás, que jamás intente aprovechar un momento de debilidad, que jamás intente actuar deslealmente respecto a los otros. Créanme ustedes que esto tiene al final su recompensa, una recompensa del ciento por uno. Precisamente desde el año 1933, quizá hayamos visto en un sector adónde nos ha conducido y qué nos ha dado y regalado esta gran lealtad. Piensen ustedes en esto: cuando llegamos al poder, llegamos como un movimiento poderoso, que dominaba a toda la nación. Este movimiento que realmente dominaba a toda la nación era de hecho

una revolución, una revolución tremenda. El resto del mundo estaba enfrente de nosotros. También en nuestras filas hubo en aquella época un hombre que creyó poder obrar deslealmente en un campo. Sintiéndolo mucho, tuve que acabar con este hombre, aniquilando en aquella ocasión a él y a todos los que le siguieron.

Ahora bien, ¿saben ustedes en lo que se ha traducido la lealtad que entonces y desde entonces ha sido la dueña y señora? A esa lealtad debemos el resurgimiento de Alemania, pues el partido por sí solo no habría podido conseguirlo. ¿Qué podría ser Alemania si tuviera sólo el partido, si al lado del partido no estuviera la fuerza? En primer lugar, sin el Ejército no estaríamos aquí ninguno, pues todos salimos años atrás de esa escuela. Yo no sería hoy el Führer del pueblo alemán si no hubiera sido primero soldado. Todos los buenos principios que hoy definiendo fueron haciéndose poco a poco parte de mí durante mi permanencia en el Ejército; a él debo la dureza que ha templado mi espíritu, toda la dureza de que dispongo. Y ustedes, los más veteranos de mis compañeros de lucha, todos ustedes han pasado por esa Institución. Y todos tenemos realmente motivos para estar infinitamente orgullosos de esta institución de nuestro pasado histórico, lo mejor que Alemania ha tenido jamás hasta la fundación del partido nacionalsocialista. Hoy hemos conseguido que esta Institución vuelva a ser grande y poderosa ¿Cuál sería la vida de este pueblo si no se observara rígidamente el precepto de la lealtad más brutal?. ¿Dónde estaríamos hoy?. Quizá antaño “podríamos” haber emprendido el otro camino. ¿Qué tendríamos hoy? No exagero si afirmo que dispondríamos de un desordenado revoltijo carente de todo valor militar. Sepan ustedes que yo no tengo fe en la denominada “levée en masse”; no creo que la guerra se pueda hacer únicamente con la movilización, digamos, del entusiasmo, etc. No puedo saber si en tales momentos aparecerá o no un Napoleón en la nación; pero lo que sí sé es que un Napoleón golpeará con tanta mayor eficacia cuanto mejor sea el instrumento de que disponga. (Aplausos). No podemos confiar en que el entusiasmo por sí solo pueda llevarnos un día a la victoria. El entusiasmo será tanto más beneficioso cuanto más expresión encuentre en una organización militar ordenada, limpia, brillante. Pero esto es únicamente posible cuando en tal Estado la lealtad es absoluta. Y esto es lo que hemos impuesto. Y a esto tenemos que agradecer también el hecho de que hoy estemos aquí, de que podamos estar aquí, de que pueda estar aquí esta fortaleza, de que podamos celebrar en ella esta reunión. De lo contrario, no estaríamos aquí; de lo contrario, podríamos pensar que serían otros los que estuvieran; es muy fácil que fuera posible. Esto ha de ser para todos nosotros un gran ejemplo de lo necesario que es elevar este mandamiento de la lealtad a la categoría de fundamento “indestructible” por sistema. En este campo no existe “ninguna” discusión ni ninguna consideración, etc., pues, a fin de cuentas, en ello estriba todo, nuestra existencia entera, nuestro presente y sobre todo, también nuestro futuro como alemanes.

Y si de alguna cosa lograda en mi vida estoy orgulloso, esta cosa es haber conseguido -en este Estado nacionalsocialista arropado por el símbolo del nuevo Reich, de la nueva ideología, de la nueva idea, de nuestro viejo partido- reorganizar el nuevo Ejército alemán, haber creado las premisas políticas y generales necesarias para ello y haber establecido entre el Ejército y el partido una unión cuyos resultados, estoy convencido, serán mejores y mejores a medida que pase el tiempo. No en balde tengo el convencimiento de que en Alemania pueden existir sólo dos organizaciones: la organización política dirigente y la organización militar. Si estas dos organizaciones nuestras permanecen sanas y fuertes, entonces veo al pueblo alemán, respaldado por ellas, caminar hacia un futuro de grandeza. El resto del mundo marcha de cabeza hacia

la crisis. Nosotros la hemos superado ya. La Providencia ha de decidir todavía cuándo ha de sonar la hora en que, de la discrepancia y las debilidades de los demás y de la fortaleza de nosotros, nuestro pueblo obtenga por fin en este mundo lo que tenemos justificación para exigir. Ahora bien, hay una cosa segura, y es que este logro sólo será una realidad cuando por encima de los símbolos de nuestro Reich, de todas las banderas y de todos los estandartes y de todos los guiones de campaña estén siempre las palabras fidelidad y lealtad. Esta es la condición primordial.

Para terminar, quisiera decir a ustedes en qué forma veo yo actualmente el mundo. Todos ustedes saben que nuestra posición respecto a España no es sólo la de unos espectadores desinteresados; y es así porque no nos es indiferente que este país pueda llegar a ser bolchevique y, con ello, antes o después, un secuaz de Francia. Al contrario, tenemos que desear que esta nación conserve a todo trance su postura de independencia. Por lo demás, nos es indiferente quién pueda gobernarla o qué principios y qué pensamientos puedan dominar en ella. No tenemos intención de propagar en esta nación el nacionalsocialismo; lo estimo imposible, superfluo e inimaginable del todo. Lo único deseable para nosotros es que no haya en España un Estado bolchevique que constituya una cabeza de puente entre Francia y Africa del Norte; este es nuestro deseo. Y nuestro interés se regula por tales consideraciones. Y como soy uno de esos hombres que en tales casos no se contentan con hablar, sino que también actúan, he dado a nuestro interés una expresión cuya medida me ha parecido conveniente y soportable por Alemania. No necesito decirles más sobre el particular. Pero todos ustedes saben que si un alemán presta servicio allí es porque es necesario para Alemania -visto a largo plazo-. Y que si alguien puede morir allí, muere por Alemania. Y si actualmente mueren por Alemania siete mil personas todos los años a causa de los accidentes de tráfico; y si la lucha por el triunfo del Movimiento ha costado cientos de caídos, y si en la lucha por Alemania cayeron dos millones de personas; y si han muerto muchos miles durante las luchas causadas por los disturbios en el interior, también en el futuro tendrán que seguir muriendo alemanes. ¡Ay del pueblo en donde los hombres no se muestren ya dispuestos a seguir sacrificándose por la comunidad necesaria y por los intereses de esa comunidad!.

Sin embargo, por encima de esto tengo el convencimiento de que, para nosotros, no es conveniente que estalle demasiado temprano una catástrofe mundial que amenaza con explotar. Ello hace que yo, con el pleno convencimiento de que todo acontecimiento histórico incita a la imitación, no considere oportuno ni conveniente un derrumbamiento de España en estos momentos, porque un derrumbamiento de los restantes Estados europeos en estos momentos no sería oportuno ni conveniente tampoco para nosotros. Esto es producto de reflexiones completamente frías y de índole práctica. Ahora bien, ello no significa, a fin de cuentas, que de esta forma pueda demorarse el derrumbamiento europeo; no, no es ése el caso. La lucha entre democracia y Estado es inevitable; a la larga no puede haber Estados democráticos, pues el Estado es el vivo contraste de la democracia. Y una de dos: o vence la democracia, en cuyo caso se hunde el Estado, o la democracia tendrá que hundirse si los Estados pretenden subsistir. No hay compromiso alguno a este respecto. Por ello tendrá que venir la lucha de todas maneras. Lo único que esperamos es que esta lucha no se produzca hoy, sino que transcurran todavía años antes de que comience cuanto más tarde, tanto mejor. Pues la crisis de los demás se irá agravando a medida que Alemania se vaya, precisamente, fortaleciendo. De todos modos, nuestra situación hoy con respecto al resto del mundo permite no pensar absolutamente en una amenaza para Alemania; es decir, es imposible

que haya hoy quien nos ataque o nos obligue a emprender una actuación que nosotros no deseemos emprender. En relación con los años pasados, esto supone un avance y un progreso cuya importancia no resulta en estos momentos muy difícil de establecer detalladamente. En cuanto a tranquilidad de los nervios, esto supone infinitamente mucho para la jefatura de la nación.

Otra cosa que considero descartada es que se forme en Europa una coalición contra nosotros, la cual, mediante la unión de fuerzas de distintas procedencias, estuviera en situación de forzarnos a hacer alguna cosa en contra de nuestra voluntad. También esto lo considero descartado. Las relaciones que hemos establecido con toda una serie de Estados nos garantiza, al menos, la seguridad del mantenimiento de la paz, la cual no tenemos absolutamente interés alguno en que desaparezca. Al contrario, nuestro máximo interés, hoy y de ahora en adelante, ha de consistir en disponer, tras la supresión de las peores repercusiones del Tratado de Versalles, de la “época de tranquilidad” necesaria para alcanzar la madurez política, interior y militar del pueblo y el Reich, o sea, el fortalecimiento de ambos.

En el aspecto económico, no habrá nada que nos coaccione. El plan cuatrienal será llevado a vías de hecho. Este plan nos independizará del extranjero en los campos vitales más importantes. Los requisitos exigidos a nuestra economía son grandes, porque está completamente claro que han de ser satisfechos. A este respecto, sólo quisiera que ustedes reflexionaran sobre una cosa: la condición indispensable para el mantenimiento de una economía sana es su estabilidad y, sobre todo, la estabilidad de su moneda. Esta estabilidad de la moneda estará garantizada mientras toda persona pueda comprar, con el salario que recibe por su trabajo, los productos del trabajo de los demás; es decir, en otras palabras: mientras exista un equilibrio de salarios y precios. Ahora bien, si la balanza ha de estar equilibrada por la igualdad de salarios y precios, otra cosa hay que considerar: nuestro deber como alemanes, es, hoy, el de poner de nuevo a la nación en posesión de los necesarios medios militares. Esto implica la ocupación de millones de alemanes en un trabajo no productivo en sí en el sentido de que los otros trabajadores no pueden comprar el resultado de este trabajo. O sea, que actualmente tienen que trabajar millones de alemanes sin que lo que elaboran -cañones, fusiles, ametralladoras, municiones, etcétera- pueda ser lanzado al mercado como producción comercial. Por lo tanto, la otra parte de la nación ha de forzar la marcha de su actividad productora; pues sólo a base de fomentar extraordinariamente la producción de artículos de consumo aumentando la actividad de los otros, ha de ser posible que los que perciben un salario por su trabajo en la producción de armamentos puedan comprar también otros productos aunque ellos no echen producto alguno de consumo en el plato común de la producción nacional, sino únicamente los valores, más elevados, inherentes a la independencia nacional y a una posterior y mayor seguridad de la vida alemana.

Por ello, hoy no puede pensarse siquiera en que tengan que hacerse cesiones en este sector. Si hoy me preguntaran: “¿No podría al menos quitar las horas extraordinarias? ¿No podría moderar un poco la intensidad del trabajo?”, tendría que contestar a tales preguntas con un “no” rotundo. Esto lo podré hacer, o lo podremos hacer, cuando los millones de obreros que actualmente trabajan en la industria de producción de armamentos hayan pasado a un campo de producción de artículos de consumo, de manera que su trabajo pueda ser aplicado también al mercado común de la producción nacional. Sólo cuando llegue ese momento podrá ser posible, antes no.

Pero nadie puede dudar un solo instante de que será llevado a cabo este trabajo del rearme nacional. Será llevado a cabo hasta sus últimas consecuencias. Yo no hago las cosas a medias. ¡Quiero que, ya que Alemania soporta en general esta carga, nuestro pueblo no sea en este aspecto el que ocupe el segundo o tercer lugar, sino que sea en definitiva el pueblo más fuerte de Europa! ¡Tal es mi voluntad, compañeros! (Aplausos atronadores y prolongados). De esa forma recompensamos también el sacrificio de todos los que han muerto por esta Alemania, por esta Alemania eterna. No han caído por una Alemania a medias, sino por una Alemania entera. Y si antaño pudo parecer que el sacrificio de estos caídos era estéril, no ha sido éste a mis ojos el último capítulo de la historia alemana, sino el penúltimo. ¡El último lo escribiremos nosotros! (Aplausos y aclamaciones).

DISCURSO A LOS TRABAJADORES DE LA CONSTRUCCION
EN BERCHTESGADEN, SOBRE LA POLITICA ECONOMICA
NACIONALSOCIALISTA.

(20 de Mayo de 1937)

(Aplausos y aclamaciones). Queridos compatriotas, hombres y mujeres: He sentido recientemente un gran pesar al no poder hallarme aquí, en contra de lo previsto en el momento de ser inaugurada esta sala que temporalmente está en este lugar y más tarde estará en cualquier otro mientras siga en pie. Pero después pensé que también pueden ustedes asistir al cine sin necesidad de mi presencia, y que acaso fuera mejor para ustedes que les dirigiera posteriormente la palabra. Para mí supone una gran cosa, pues obligado por las circunstancias a hablar mucho, pero siempre en círculos muy concretos y escogidos, o sea delante de diplomáticos, políticos, economistas, científicos y toda la restante clase de personas que se ha convenido en llamar intelectuales, disfruto ahora de la gran suerte de tener la ocasión de volver de vez en cuando al lugar de donde procedo, o sea al pueblo. Para mí es también maravilloso dirigirme a la gran masa, a las personas desprovistas de instrucción, pues ello me obliga a expresar de manera llana problemas en sí acaso complicados, y porque uno se ve obligado así a pensar de una forma sencilla, y porque este pensamiento sencillo es la base de todo conocimiento real.

Resulta verdaderamente trágico, compatriotas, imaginarnos a millones de alemanes que leen todos los días el periódico y se ven obligados a tomar posición sobre no sé cuántas clases de problemas sin que puedan hallarse en situación de comprender tales problemas, siquiera de una forma aproximada. Se hace aquí demasiado uso de consignas, de expresiones que quizá en muchas ocasiones signifiquen algo para los científicos, aunque no siempre; pero que resultan incomprensibles para los individuos que integran la gran masa popular. Se trata de denominaciones teóricas, etcétera, que en realidad no dicen por de pronto absolutamente nada; pero que se leen día tras día, por lo que se comprende perfectamente que mucha gente pasen por encima, sin más, la sección que se ocupa de estos asuntos, diciéndose: ¡Pero si yo no entiendo nada de eso!. Más precisamente nuestra meta y nuestra intención es la de hacer que incluso la gente humilde comprenda con claridad los problemas y cometidos en apariencia tan complicados. Y ello también resulta beneficioso para los llamados gobernantes, pues

también éstos aprenden a ver de manera totalmente sencilla estos problemas en apariencia muy complicados. Y entonces suele ocurrir que lo que en apariencia parece tan difícil, es muy sencillo en la realidad; que la dificultad ha sido originada al correr de los siglos por los hombres mismos, muchas veces, digamos, por un cierto orgullo, debido a que consideran magnífico hablar de ciertas cosas no comprendidas por todos.

Como nacionalsocialista, hace ya muchos, muchos años me propuse ver, hablar y considerar los problemas aparentemente más complicados de manera que pudieran ser comprendidos, dentro de lo posible, por cualquiera que, a fin de cuentas, tuviera voluntad de colaborar. Y hoy me he señalado un cometido: quisiera, compatriotas, hablar a ustedes sobre lo que en estos momentos tiene inquieto al mundo entero. Y hablarles de forma que, cuando cojan un periódico, descubran ustedes al instante que lo que en apariencia es un secreto intrincadísimo, es en realidad tan simple como todos los procesos naturales de la vida. Si cogen ustedes hoy un periódico, escuchan la radio o, toman una revista entre sus manos, se enterarán ustedes de la existencia de grandes luchas económicas en el mundo. Estas luchas están desarrollándose por doquier: América, Inglaterra, Francia, en todos los países de la Tierra. Verán ustedes que se escribe sobre luchas económicas. Y en otras columnas podrán ver ustedes teorías económicas. Existen hoy tópicos innumerables en estos campos de la política y las teorías económicas que parecen estar continuamente en conflicto entre sí en todo el mundo. Y naturalmente, también en Alemania habremos de tener en cuenta estos factores, digámoslo así, debido a que tienen en movimiento al resto del mundo. Sabemos, porque lo oímos una y otra vez, que el número de tales teorías económicas es incontable. Hay teorías económicas liberales; también hay, digamos, teorías económicas marxistas; también existen las teorías de protección arancelaria y las teorías de libre comercio, etcétera. El número de teorías es incontable, incontable.

Al hablar a ustedes de este problema, compatriotas, quisiera al mismo tiempo dar por sentada una cosa: no pretendo decirles que yo vaya a poner una teoría económica nacionalsocialista en lugar de las teorías económicas de los otros. No. Quisiera incluso evitar el empleo de la palabra teoría; incluso quisiera decirles, ni más ni menos, que la exposición que yo les haga hoy no pretende en modo alguno pasar como una teoría. Pues si admito un dogma en las cuestiones económicas, el único dogma es que en el campo económico no existe dogma alguno, que en este campo no existe teoría alguna, sino única y exclusivamente conocimientos. Y por ello quisiera hablarles hoy de los conocimientos adquiridos por nosotros en el transcurso de los años, desde hace muchos de ellos; conocimientos que nos han enseñado a ver y juzgar ciertos procesos de la vida económica en forma distinta, digamos, a como acostumbra a ser el caso. Así, pues, lo que hoy les expongo no es una teoría económica, sino una suma de conocimientos, de experiencias, de principios fundamentales muy concretos y simples que me esforzaré en explicar con tanta sencillez que todos ustedes puedan comprenderlos si es posible. Y entonces se reirán de muchas cosas de que ya habían oído hablar; y habrá muchos tópicos que les parecerán risibles y comprenderán en seguida muchas cosas de lo que ocurre entre nosotros; y se sentirán maravillados de lo que ocurre en otros lugares. Y entonces se dirán: ¡Vamos, que no sean capaces de comprender esto!

Pero antes quisiera añadir lo siguiente: estos conocimientos, camaradas, no son, naturalmente, de mi exclusiva propiedad, sino producto del pensamiento de innumerables personas. Es el resultado del pensamiento de muchos hombres inteligentes, de otros hombres que han seguido siendo fieles a sí mismos y que,

digamos, han visto las cosas desde un punto de vista sensato y natural. O sea, que es el resultado de la experiencia. Mi mérito y el mérito del Movimiento nacionalsocialista consiste en haber reunido y defendido estos pensamientos dentro del marco de un programa y haber impuesto su realización en el campo práctico. Ese es nuestro mérito. Ha transcurrido ya mucho tiempo desde la fecha en que tanto yo como mis colaboradores tuvimos conciencia de estos conocimientos. Ya en parte hubo, antes de la guerra, quien expuso sus ideas sobre el particular. Después, la guerra puso en sazón una gigantesca cantidad de experiencias prácticas, y la época de la posguerra hizo el resto en la demostración, a través de la realidad, diría yo, de la estupidez de muchas cosas que antes habían sido consideradas artículo de fe. Naturalmente, luego vinieron los estudios propios, las consideraciones. Tuve tiempo para estudiar, pues el Gobierno de Baviera me encerró durante trece meses. Y no hace falta decir que durante esos trece meses he proseguido sin interrupción una cosa: pensar. Y así ha ido naciendo lentamente el conocimiento que constituye el fundamento de nuestra entera actividad desde el año 1933.

Al hablar a ustedes de estos conocimientos, compatriotas, quisiera poner en la cabeza de todos un principio fundamental: la economía es sólo un medio para llegar al fin, es decir, que el hombre no vive para la economía, sino que es la economía la que está al servicio del hombre, facilitándole la vida, haciéndosela lo más agradable y cómoda posible. Eso significa que yo juzgo la economía desde el punto de vista del provecho que proporciona y no partiendo de una teoría. Así, pues, si alguien me dijera: “Oiga, tengo una teoría económica maravillosa”, yo le respondería al instante con esta pregunta: “¿Qué provecho se le puede sacar?”. Eso es lo decisivo. La teoría no me interesa en modo alguno, me interesa únicamente el provecho, pues las personas no están al servicio de la economía, sino la economía al servicio de las personas. Y cuando una teoría económica no sirve para nada, no resulta práctica; entonces no me hable de ella en modo alguno, entonces no me diga nada, que no me interesa”. Esto es lo primero y principal: la economía es un medio para conseguir un fin. Y el fin es la vida del ser humano.

Y si ahora avanzo un paso más en este campo, tengo entonces que preguntar, haciéndolo de una forma totalmente primitiva: ¿Qué espera el hombre de la economía? Espera, primero, que le dé el pan de cada día. Me refiero únicamente ahora a lo más primitivo, ya verán ustedes más tarde por qué. Pero es que esto es lo primero, todas las teorías no sirven para nada cuando no hay qué comer. Por lo tanto, lo primero es comer. Y naturalmente, al hablar del pan de cada día nos referimos a la gran suma de artículos alimenticios necesarios para nutrir a la nación. Si acaso alguien me preguntara: “Bueno, ¿hasta dónde abarca usted al decir el “pan de cada día” ”?. A ése tendría que contestarle diciendo: “¿Sabe usted?. Al hablar de “pan de cada día” me interesa todo lo necesario para alimentar a la masa de un pueblo”. Yo no puedo alimentar a la masa de un pueblo con caviar, ostras ni espárragos. Tengo que alimentar a una nación en masa, y sólo puedo alimentarla con productos que puedan ser obtenidos en masa también, pues si, por ejemplo, me sirvo para el caso de un pueblo como el alemán, entonces se trata de sesenta y ocho millones de bocas que piden su alimento cada día. Y para la masa sólo entran en consideración los grandes artículos de consumo: pan, patatas, carne, grasas, etcétera. Eso es lo decisivo. Así, pues, lo primero que el ser humano espera de la economía es que ésta le haga posible la vida por medio de la alimentación.

Entonces avanzamos otro paso. Somos personas civilizadas y decimos, además, que también queremos ir vestidos. Todos quieren tener algún traje. Por lo tanto, lo segundo es vestirse. Ello es, por una parte, cosa de buen tono y, por otra, algo necesario entre nosotros para resistir durante el invierno. Y en este aspecto he de decir nuevamente que lo decisivo no es que haya quien se vista de seda, pues no hay gusanos de seda suficientes como para vestir de seda a todo el pueblo alemán, sino que de nuevo he de tener la masa en consideración. Y esta masa la forman los tejidos de algodón, de lana o cualquier otro material, y la forman las pieles empleadas en la fabricación de calzado. Ese es, pues, el problema con que se ha de enfrentar la economía.

Y ahora llego a otro campo fundamental, un tercer campo importantísimo: el de la vivienda. No es este capítulo un lujo entre nosotros, sino una necesidad impuesta por las condiciones climáticas. Necesitamos una vivienda. Así, pues, ésta es la base de la vida, quisiera decir, de la gran masa de una nación. Y esto es lo que me interesa en primer lugar, pues éstos son los problemas difíciles de resolver.

Créanme ustedes, compatriotas, si les digo que resulta fácil procurarse caviar en Alemania para que lo coman diez, veinte o cincuenta mil personas; no tiene gran importancia que diez mil personas consuman caviar. Pero procurar patatas a sesenta y ocho millones de personas, procurar grasa a sesenta y ocho millones de personas, eso sí que son problemas, eso sí que le hace a uno andar preocupado. Permítanme que les ofrezca sólo un ejemplo: si alguna vez careciéramos de caviar, la cosa no tendría ninguna importancia; sería también totalmente indiferente que la cosecha de espárragos sea mala, o, por mí, que no haya alcachofas, que no puedan venir mandarinas o no lleguen limones; todo esto es secundario por completo. Pero si nuestra cosecha disminuye en un diez por ciento, ello significa aproximadamente dos millones y medio de toneladas en un consumo anual de veintitrés millones de toneladas por año, lo que se traduciría en que todo el pueblo alemán carecería de pan durante un mes entero. Y si nuestra cosecha se reduce en un veinte por ciento, serán dos meses los que estará sin pan el pueblo alemán. No hace falta decir que esto es aplicable igualmente a otros campos. Estas sí que son preocupaciones.

Al partir de estos grandes puntos de vista, los únicos que preocupan -todo lo demás es secundario y no tiene importancia alguna, ya diré más tarde la razón-, al partir de estos grandes puntos de vista tengo que llegar, sobre todo, a un conocimiento fundamental: que la economía de un pueblo, o sea la vida de un pueblo, no está condicionada generalmente en primer lugar por, digamos, teoría alguna, ni siquiera por una forma especial de llevar la economía, sino, ante todo, por el suelo en que se vive. Esto es, al parecer, una cosa completamente comprensible; pero por desgracia, han transcurrido muchos decenios sin que se la haya tenido en consideración. Y quienes menos la han tenido en consideración han sido los ideólogos marxistas. El suelo en donde se vive es quizá el más importante de todos los conocimientos fundamentales. Por ello quisiera detenerme un rato en el examen de este conocimiento fundamental y quisiera, con objeto de que todos ustedes, compatriotas, se dieran cuenta perfecta del problema, referirme a nuestra vida interior y mostrarles, a base de ejemplos internos nuestros, la importancia que el suelo tiene en sí para la vida de cada uno de los individuos que lo pueblan.

Ustedes saben que en nuestro propio pueblo y en nuestra propia patria hay comarcas de las que decimos que son ricas y que hay otras de las que decimos que son

pobres. Eso significa, pues, que entre nosotros sabemos con toda exactitud qué suelo es aquél donde no crece nada. Y ello no es una teoría, sino que en seguida vemos cuan pobre es su población. Pero tenemos otros territorios sumamente fértiles, lo cual apreciamos en las personas que viven en ellos, pues viven de una forma completamente distinta. Sí, incluso lo apreciamos ya en su aspecto exterior: todos tienen aspecto de salud. Créanme ustedes que esto es aplicable exactamente a lo grande. Si yo diera a un pueblo un territorio de un millón de kilómetros cuadrados de desierto del Sahara y ese pueblo tuviera que vivir de los productos del suelo, se moriría de hambre; pero si a ese mismo pueblo le diera un millón de kilómetros cuadrados de, digamos, del delta del Missisipi, entonces ese pueblo -presuponiendo, claro está, que no hubiera inundaciones- viviría nadando en la abundancia, porque el suelo da la vida. Eso no tiene nada que ver con teorías, sino que es la “Tierra eterna” de la que los hombres viven; esa es la base de la existencia.

Y voy ahora a avanzar un paso más. No es en modo alguno indiferente la extensión del suelo. Tenemos en Alemania comarcas donde sólo existen modestos campesinos que apenas pueden vivir del producto de sus cosechas, debido a la pequeñez de sus fincas. En otras comarcas tenemos campesinos bien situados, pues tienen terreno suficiente para alimentar a quienes lo poseen y cultivan. Y lo mismo sucede en la vida de la nación. No es indiferente que en un pueblo haya veinte habitantes por kilómetro cuadrado, por ejemplo, o que haya cincuenta o cien o, como ocurre en Alemania, ciento treinta y seis. Piensen ustedes sólo en esto: si tenemos una mala cosecha, ello supone quizás un diez por ciento de merma. Al considerarlo, no deben ustedes olvidar que nosotros trabajamos el suelo como no lo hace ningún otro pueblo del mundo. Y ello es lógico, pues aquí viven por kilómetro cuadrado ciento treinta y seis personas, frente, por ejemplo, a las once de Rusia o a las nueve de América del Norte. Es completamente lógico que nosotros labremos el suelo hasta el máximo para, en fin de cuentas, sacar para vivir. Ahora bien, si, a pesar de nuestro cultivo, tenemos una merma de un diez por ciento en la cosecha, el resultado es una catástrofe. Ello significa esforzarse, romperse la cabeza tratando de ver la forma de conseguir divisas, es decir, considerando qué podemos exportar para importar con el producto de las exportaciones los alimentos que nos faltan. Y entonces hay que depender de los precios mundiales y de todos los posibles especuladores, etcétera. Y todo son preocupaciones y quebraderos de cabeza. Si tuviéramos simplemente un diez por ciento más de territorio, tales preocupaciones casi desaparecerían, y con un veinte por ciento más, serían pequeñísimas. Supongamos ahora que sólo hubiera sesenta alemanes por kilómetro cuadrado. Entonces, considerando nuestra inteligencia y nuestra aplicación, este problema no volvería en definitiva a representar papel alguno.

Si ahora pasamos revista a los países del mundo, veremos, por ejemplo, que Rusia tiene por cabeza un terreno 18 veces mayor que Alemania. Inglaterra, con sus cuarenta y siete millones de habitantes en la metrópoli, es dueña de casi la cuarta parte de la superficie terrestre. Bélgica, con una población de ocho millones y medio de habitantes escasos, tiene un territorio colonial que llega casi a los tres millones de kilómetros cuadrados, un territorio casi ocho veces mayor que Alemania entera. Y así sucede con la mayoría de los demás países, eso es lo que sucede con Francia, eso es lo que ocurre en América -a Rusia la he mencionado ya-, eso es lo que ocurre con los Estados más pequeños; todos estos Estados disponen de grandes territorios. Si, a pesar de ello, en todos estos países pasan actualmente estrecheces, hay que atribuirlo únicamente a la espantosa incapacidad de quienes gobiernan la economía de estas naciones. Si esa gente

trabajara en la forma en que lo hacemos nosotros, no hace falta decir que no podrían en modo alguno consumir lo que produjeran.

Y así llego a la segunda consideración: si el suelo y la extensión del mismo tienen gran importancia, no la tiene menos lo que el suelo contiene, pues si no puedo sustituir dos o tres millones de kilómetros cuadrados con una teoría, tampoco podré sustituir con una teoría las materias primas, los metales que ese terreno contiene, si no los hay en el suelo. Si un pueblo carece de tales materias primas, no puede haber entonces teoría alguna que las sustituya, por muy teoría económica que sea. Tienen que ser buscados otros remedios y, ciertamente, remedios prácticos para arreglar la situación.

Y con esto llego a una tercera y decisiva consideración, a saber: si por un lado veo que lo decisivo es el suelo, porque es del suelo de lo que se vive y no de las teorías, por otro lado lo decisivo es el trabajo, tanto el hecho con la cabeza como el hecho con las manos; pues si los alemanes no fuéramos de tal modo geniales en nuestro trabajo, y si el alemán mismo no fuera tan diligente, no podríamos en modo alguno vivir del producto de nuestro suelo. Pueden ustedes imaginarse esto: cada persona dispone en Rusia de un terreno dieciocho veces mayor que cada uno de nosotros en Alemania. En los últimos dieciocho años han muerto de hambre en Rusia casi veintiséis millones de personas. Si nosotros, que disponemos de un terreno dieciocho veces menor, no fuéramos -tengo que decirlo- mil veces más listos, más inteligentes, y si -también tengo que decirlo- no fuéramos más enérgicos en nuestro trabajo, no podríamos, con el terreno que tenemos, alimentar siquiera a diez millones de personas, por no hablar ya de sesenta y ocho millones.

Así, pues, tenemos en segundo lugar el problema del trabajo, un problema tanto de inteligencia como de rendimiento. Inteligencia significa habilidad para afrontar los problemas. Por ejemplo, ¿por qué produce nuestro suelo tanto y tanto? Pues porque hemos introducido en Alemania el uso de los abonos artificiales. Sí, ¿pero por qué hemos introducido el uso de los abonos artificiales? Pues porque personas de gran inteligencia han tenido esa idea. Esto significa un tremendo trabajo científico. ¿Y cómo es que nosotros lo abonamos todo con abonos artificiales? Pues porque el alemán, por otra parte, es diligente para hacerlo; porque cada trocito de terreno es cultivado de alguna forma; porque trabajamos sin descanso; porque continuamente estamos reflexionando y estudiando, etcétera; están siendo hallados sin cesar métodos nuevos y se experimenta sin descanso para mejorarlo todo. A este trabajo del cerebro por un lado y de las manos por otro, es al que, en definitiva, hemos de agradecer que podamos vivir en nuestro suelo, no a una teoría. Las teorías serían inútiles. Si hoy cediera en nosotros la inteligencia o las ganas de trabajar, entonces sería nuestro final, bien sabe Dios que entonces podrían venir con las teorías que quisieran. Ya hemos experimentado un proceso semejante.

Por ello, lo segundo en importancia que hay que reconocer es: al lado del suelo, el trabajo en sí, el rendimiento del trabajo. Este rendimiento es quizá en nuestro pueblo -eso los alemanes lo podemos decir con seguridad- el máximo, el más intensivo; y ésta es únicamente la razón, a fin de cuentas, que nos permite alimentar, vestir y dar una vivienda a sesenta y ocho millones de personas dentro de un espacio tan limitado, y vestirles mejor, darles una mejor vivienda y alimentarles mejor de lo que se visten, viven y alimentan otros que tienen una superficie diez, doce, quince o dieciocho veces más grande. Y, fíjense ustedes, me dicen con mucha frecuencia: “¡Bah! ¡Eso de la

fuerza por la alegría lo hace usted únicamente para que la gente esté contenta”. Pues bien, tienen algo de razón también. ¿Saben ustedes lo que considero más importante?. Que nuestros trabajadores vean mundo. Que vean el mundo de los demás y puedan así tener una pauta; que vean cómo viven los otros, cómo está su propio pueblo y cómo le va a los demás. Para mí no hay mejor cosa que ver a los obreros alemanes saliendo a millones al extranjero. Así ven el mundo de los demás y después, al regresar, se darán cuenta de lo que nosotros rendimos y en que circunstancias se rinde; de lo fácil que sería para los demás, que tienen de todo y, sin embargo, no son capaces de progresar en comparación con nosotros, que tenemos que rompernos la cabeza para obtener todo lo que es necesario para vivir.

Como antes he dicho, las preocupaciones no estriban en absoluto en ver la forma de procurar satisfacer a esos diez mil de arriba; “eso no tiene importancia alguna”. Vean ustedes, voy a citarles sólo un ejemplo: Si tomo uno de los artículos de gran consumo de un pueblo, veremos una cosa curiosa y es, precisamente, que este artículo y otros como el no pueden ser aumentados en sí en modo alguno. Eso significa, por consiguiente, que si una persona come diariamente setecientos gramos de pan, pongamos por ejemplo, yo podría decir: bueno, come setecientos gramos de pan porque gana tan sólo tanto y cuanto. Pero supongamos que al lado de esta persona hay otra que gana el doble. ¿Creen ustedes que esta persona, por esta sola razón, puede comer un kilo cuatrocientos gramos de pan al día? Y ahora supongamos que se trata de un millonario. ¿Creen ustedes que un millonario puede comer diez kilos de pan diarios? No puede, por muy avaricioso y muy comilón que pudiera ser. Y eso es lo decisivo: la capacidad adquisitiva no juega en general papel alguno en los artículos de gran consumo, Ustedes se dirán: bueno, a lo mejor yo me tomo medio litro de leche o un cuarto de litro, mientras el otro quizá se tome dos litros. Eso no significa nada, pues incluso aunque tuviéramos en Alemania cuatro mil millonarios, ello se traduciría en cuatro mil litros, lo cual no significa nada, absolutamente nada, no desempeña, en definitiva, papel alguno. Por otra parte, este hombre no se tomará todos los días sus tres, cuatro o cinco litros, si además ha de comer todos los días un par de kilos de pan y -si una persona normal come, supongo, quizás ciento cincuenta o doscientos gramos de carne al día- dos, tres o diez kilos de carne. ¿Saben ustedes? En los artículos de gran consumo “eso no juega, en definitiva, papel alguno”. Esto es cosa de campos completamente distintos, del campo, digamos, de pianos o de cuadros; y todos tenemos el convencimiento de que no podemos producirlos en masa así como así, que lo único que podremos hacer poco a poco es facilitar su posesión a sectores más amplios, quizá dando ciertos rodeos. Pero, en lo esencial, los artículos de gran consumo, los de primera necesidad para la vida diaria no juegan papel alguno en la relación de capacidades adquisitivas.

Vayamos a otro capítulo: Desde hace unos cinco años estamos extrayendo alrededor de treinta millones de toneladas de carbón más por año. Créanme ustedes: estos treinta millones de toneladas no pueden ser consumidas por nuestros millonarios, pues incluso un millonario no puede poner sus habitaciones a una temperatura de tres o cuatro mil grados. Eso no juega papel alguno. No, esto va a otro sitio; sólo la “Obra de Auxilio de Invierno” se lleva toneladas y toneladas. Son más de sesenta millones de quintales los que la “Obra de Auxilio de Invierno” suministra. Y los suministra de manera que llegue a millones de hogares.

También tiene aplicación lo dicho en el campo de las ropas. Por mí, un hombre puede tener dos o tres trajes y decir: sí, pero ese tiene cinco o seis. Bueno, pues aunque

tenga diez. Se trata de pocos hombres. Y aunque tenga veinte tampoco juega papel alguno en absoluto. En primer lugar, tiene que desprenderse de ellos también, pues no puede estar comprándose ininterrumpidamente veinte trajes cada año, pues de lo contrario al cabo de poco tiempo necesitaría un palacio para guardar sólo los trajes. Así que, de todos modos, los ha de volver a dejar. Por otra parte, tampoco puede llevar puestos cinco trajes a la vez, sino que únicamente podrá llevar uno. Esto no juega papel alguno en los artículos de consumo de un pueblo, y únicamente son estos artículos de consumo los que producen quebraderos de cabeza, los que causan mayores dificultades. Pan, carne, leche, patatas, carbón, leña, vestido, etcétera, éstas son las cosas que tienen importancia pues afectan a la gran masa de la nación. Y estos artículos de gran consumo no son un regalo del Señor, sino que hemos de obtenerlos a base de trabajo. Para que todos y cada uno tengamos ese pedazo diario de pan, millones de campesinos alemanes han de estar todos los días trabajando sin cesar. E, inversamente, para que los otros consigan su carbón, cientos de miles de mineros tienen que trabajar todos los días extrayéndolo. Y para que los demás puedan obtener ropas, millones de personas tienen que estar cada día trabajando en la industria del vestido, etcétera, etcétera.

Y así llegamos ahora a un conocimiento económico fundamental, muy simple, pero nacionalsocialista, a saber: el consumo de un pueblo se encuentra directamente relacionado con la producción. Eso se traduce en que, si yo deseo que el individuo consuma más en un campo, los demás habrán de producir más en este campo; eso es lo decisivo. No puede haber un aumento de consumo de carne o, por ejemplo, de carbón, o de pan, o de prendas de vestir, si, por su parte, estos campos no aumentan respectivamente la producción. Y con ello -también de acuerdo con nuestra experiencia nacionalsocialista de la economía-, el dinero es tan sólo un elemento regulador entre el consumo y la producción, o, mejor dicho, primero la producción y luego el consumo. Dicho aún de otra forma, el dinero en sí “no juega en definitiva papel alguno”. El dinero es papel y puedo imprimir tanto como quiera. Lo decisivo es: ¿qué puedo obtener a cambio de ese dinero? Pues únicamente lo que ha sido producido para la venta; o sea, que el campesino, cuando vende sus productos y obtiene dinero por ellos, el dinero tiene para él un valor en la medida en que pueda comprar a su vez los productos fabricados por la industria. Y el obrero de la ciudad vende su trabajo por dinero; pero este dinero sólo tiene valor para él en cuanto le permite a su vez adquirir productos, artículos de consumo y, sobre todo, productos alimenticios.

Por consiguiente, uno de los primeros fundamentos de la dirección económica nacionalsocialista es que el salario ha de ser considerado siempre desde el punto de vista de su relación con la producción. Ello significa que el aumento de los salarios sólo tiene sentido cuando al mismo tiempo hay un aumento de la producción. Si aumentamos los salarios sin aumentar la producción, eso quiere decir que el trabajador recibe un papel con el que no puede adquirir ningún artículo. Eso es lo que está ocurriendo actualmente en todo el mundo, esa es la mayor estafa que existe. Naturalmente, la estafa tiene un fin, precisamente buscado por los organizadores de la estafa, pues al aumentar los salarios sin que aumente la producción desvalorizan los productos, pues la producción tiene sólo un valor intrínseco. Y, como es lógico, desvalorizan al mismo tiempo el dinero, pues el trabajador no puede adquirir nada con el dinero que recibe a cambio de su trabajo. Así, pues, el dinero pierde valor, y entonces esta banda internacional de especuladores puede comprar por cuatro cuartos el rendimiento de la producción. Lo que nosotros hemos vivido en Alemania en la época de la inflación está siendo casi de actualidad en el mundo entero, y quizá el caso más clásico sea Francia. Y, utilizando este ejemplo, voy a

mostrar a ustedes la total insensatez de esta orientación económica. O digamos mejor: teoría económica.

Hace unos nueve meses, se procedió en Francia a elevar los salarios con carácter general en un quince por ciento. Esta elevación de salarios habría tenido sentido si, por el otro lado, se hubiera producido un aumento del quince por ciento también en la producción, pues por cada quince por ciento más de salario se habría adquirido un quince por ciento más de artículos de consumo. Pero, en lugar de ello, la producción se ha visto disminuida en un veinticinco por ciento aproximadamente, debido, precisamente, al menor rendimiento, reducción de la jornada laboral, etcétera. ¿Cuáles son las consecuencias? Las consecuencias han sido que el salario ascendente ha dejado de estar en relación con una producción cada vez menor, por lo que, si por una parte se ganaba más dinero, por otra el dinero carecía de poder adquisitivo. Y el resultado ha sido la devaluación del dinero, o sea la elevación de los precios. Pues cuanto menor es el valor del dinero, calculo en ello que he de gastar tanto más para comprar algo. En otras palabras: el obrero francés recibe un quince por ciento más de salario, quince por ciento que tiene que aplicar a igualmente el mismo porcentaje de aumento de los precios, al cual ha de sumar un veinticinco por ciento de reducción en la producción, lo que significa en total de un cuarenta a un cuarenta y cuatro por ciento de aumento de los precios. Dicho de otra forma, con su dinero obtiene menos, aproximadamente, en la misma medida que se reduce la producción.

Para nivelar este desequilibrio, se ha procedido hace medio año a la llamada devaluación. No necesito explicarles esto detalladamente, compatriotas, pues se trata de un proceso a menudo complicado. Lo que se persigue únicamente con la devaluación es adaptar en el exterior el valor de la moneda al menor poder adquisitivo que tiene en el interior. Y el menor poder adquisitivo de la moneda en el interior viene a estar, a su vez, condicionado por la elevación de precios, de un lado, y la desvalorización del dinero, inherente a lo anterior, por otro. Cuando llegó este momento, hubo también entre nosotros personas que preguntaron: “Bueno, ¿no tendría usted que devaluar también?”. Me eché a reír. ¿Devaluar nosotros? ¿Y por que? Los franceses, con esta medida, esperaban estar a los tres meses en disposición de competir de nuevo en los mercados mundiales. Pero yo dije en aquella ocasión: “No sólo no estarán dentro de tres meses en disposición de competir, sino que su capacidad competitiva será menor todavía”. Y esto es una cosa evidente: el franco no tiene ya valor ni en su propia tierra, y los franceses tienen una nueva devaluación en puertas. Esto no lo haremos nosotros. Que los demás devalúen todo lo que quieran; nosotros nos regimos por otro principio totalmente distinto. Y este principio nuestro es: aumento de los ingresos de nuestro pueblo paralelamente a la producción total de nuestro pueblo.

Quisiera aclararles esto a base de unos sencillos ejemplos. Si por un lado aumento los salarios de toda la nación, por el otro tengo que aumentar, paralelamente, los artículos de que antes he hablado, los que entran sobre todo en consideración para la masa de la nación. Pues, al aumentar los salarios, un trabajador no podrá comprarse tampoco un piano o un Tiziano o cualquier otro objeto por el estilo, o una pintura valiosa, sino que comprará ante todo los productos necesarios para su sustento. Por tanto, si les entrego más dinero, tengo que entregárselo para que puedan comprar más cosas, lo cual implica, por otro lado, la necesidad de que hayamos producido más. Dicho en otras palabras: si le doy más dinero, tengo, por lo tanto, que producir más carbón; si le doy más dinero, tengo que producir más alimentos; si le entrego más

dinero, tengo que producir también más vestidos, más viviendas, etcétera; más alimentos y más artículos de consumo. Solo entonces tendrá sentido. De no hacerlo así, el dinero que le entregue será una mentira. Eso es muy fácil de hacer; lo único que necesito es dar una orden a una fábrica de papel: suministren más papel al Banco del Reich y dar a este Banco una segunda orden, impriman ustedes más billetes. Y dar a los centros de trabajo la tercera: paguen ustedes más. Y todos tendrán su papelucho; pero ninguno obtendrá nada con ellos, debido a que la producción no ha aumentado.

Por consiguiente, este conocimiento significa en nuestro caso, por sistema: aumento de salarios, aumento de producción. No puedo dejar que ambos procesos discurren independientemente. Toda elevación en uno de ambos campos lleva aneja una elevación en el otro; de lo contrario todo será una estafa, sólo eso. Ahora se me preguntará: Bueno, pero ¿es que existe tal aumento realmente? ¡Claro que sí, naturalmente! ¿Y con qué medios se logra este aumento de la producción? Yo diría entonces: primero por la mejor aplicación de nuestra capacidad de trabajo, por la utilización adicional de la capacidad de trabajo, por los nuevos métodos de aprovechamiento de esta capacidad de trabajo en relación con el aumento de la producción; pero, sobre todo, por tener en cuenta todo lo que la experiencia humana aconseja resultar beneficioso en la mejora de la producción en sí. Por ejemplo, yo digo a la industria alemana: “Tenéis que hacer esto y lo otro y lo de más allá”, pensando en la realización del plan cuatrienal. Si la industria alemana me contestara: “No podemos hacerlo”, entonces le diría yo: “Bien, pues entonces me haré cargo personalmente de ello, porque esto hay que hacerlo”. Pero si la economía alemana me responde “Lo haremos”, entonces me alegra mucho no tener que hacerme cargo personalmente de ello.

¿Y por qué, compatriotas? Vean ustedes: Se habla mucho de economía privada y de economía colectiva, de economía socializada y de economía basada en la propiedad privada. Créanme ustedes que lo decisivo aquí no es la teoría, sino el rendimiento de la economía. Si nosotros hiciéramos lo que en Rusia, o sea explotar el suelo a través de la dirección del Estado, probablemente nos ocurriría lo que en Rusia: que el rendimiento alcanzaría un diez o un quince por ciento del que tenemos en la actualidad, y que nos moriríamos de hambre. Y si ustedes me preguntan: pero ¿por qué tiene que ser así?, yo les contestaría diciendo: porque todo esto tendría que hacerlo con funcionarios. Y si tengo que poner un funcionario al frente de toda finca campesina, pueden ustedes estar seguros de que la nación alemana entera se hundiría en muy poco tiempo. Tengo alguna experiencia en este terreno, sé qué se puede hacer con funcionarios y qué no se puede hacer con ellos. El funcionario, ¿saben ustedes?, no vive como un aldeano. El campesino se levanta a las tres o las cuatro de la mañana en verano y trabaja sin interrupción. El funcionario se levanta a las siete, sale a las ocho y termina a las doce, vuelve a salir a las dos y termina de nuevo a las seis. Y además, el funcionario se gana su posición con los años. Así, pues, cuando tengo un alto funcionario, en general es que ha llegado a tal sitio por medio de ascensos, o sea que la categoría la ha logrado con el paso de los años.

Todo esto es completamente distinto en la economía: cuando uno no puede salir adelante, entonces se va al fondo y los demás no se preocupan en absoluto de él. La economía es brutal. Se ve al que ha conseguido llegar a algún sitio, pero nadie ve a los miles de hombres que se han hundido. Y el interés del pueblo exige que su economía sea dirigida por cerebros competentes y no por funcionarios. Pueden ustedes tener la

seguridad de que la economía alemana iría a la catastrofe si estuviera dirigida por la burocracia. ¡No tendríamos una décima parte de la producción con que contamos actualmente!. Claro que existen campos de los que se puede afirmar que están maduros para la socialización, campos en los que sé que no puedo usar para nada la competencia comercial, campos en los que ya ha pasado en general el tiempo de las invenciones y donde, sobre todo, se ha ido formando, poco a poco, al correr de los años, una burocracia celosa de su deber. Y donde, sobre todo, no hay competencia alguna, como, por ejemplo, en las comunicaciones, etcétera.

Pero por encima de todo hay en este campo un axioma, a saber: que lo que haya de ser inventado y donde haya que ser inventado no será jamás cosa de los funcionarios, pueden tener ustedes el convencimiento absoluto de ello. Por sistema, los funcionarios no están destinados por la Naturaleza a realizar invención alguna; no saben ni pueden. Pero ¿por qué tienen los funcionarios que realizar inventos? Eso compete a los demás... Si hoy visito una fábrica, veo humildes obreros junto al torno, junto a la fresa; ellos pueden terminar inventando algo. ¡Y cuán grande ha sido el número de inventores que así han surgido, cuán grande el número de personas que han ido subiendo poco a poco hasta alcanzar una posición privilegiada! Ahora se me puede preguntar: pero, ¿y si más tarde no sirven para nada? Pues en tal caso, que se hundan.

Y vean ustedes, voy a examinar de nuevo las cosas desde otro punto de vista. Cuando, en el año 1933, llegamos al poder, el Gobierno que nos había precedido, el Gobierno de Von Papen, había implantado un sistema de subvencion a las empresas, o sea, que cada empresario recibía cuatrocientos marcos por cada obrero que empleaba. Como quiera que tales asuntos necesitan un cierto tiempo de permanencia en el Parlamento antes de llegar a vías de hecho, y dado que siempre son conocidos antes de tiempo, resultó que tuvimos una innumerable cantidad de astutos empresarios que despidieron primero a sus trabajadores para readmitirlos posteriormente, lo que se tradujo en una ganancia de cuatrocientos marcos por cada obrero. Yo consideré “idiota” tal forma de llevar la economía y suspendí en seguida la disposición. Seguí el camino opuesto y ordené pedidos. Entonces me dijeron: “Bueno, pero dése usted cuenta: si usted no hace esto, ¿cómo pretende que los directores de nuestra economía, cómo pretende que tal y tal fábrica respondan?”. Y dije a los caballeros: “¿Qué? ¿Que no pueden responder? Mire usted: cuando alguien recibe un pedido y no puede cumplirlo, pues entonces que se hunda, le estará muy bien empleado; ya habrá otro que lo haga. Yo no estoy aquí para facilitar subvenciones estatales a economistas incapaces. Yo hago pedidos y me es indiferente quien los cumpla. Si usted me dice que se hundirán mil porque no le subvenciono a usted, húndase usted”. Así es como tiene que ser. Los inútiles y los incompetentes tienen que irse al fondo. También se hunde un obrero cuando no rinde. Y si los economistas no saben actuar, pues que se hundan. Tal es la férrea ley de la economía (Aplausos).

Sí, son muchos los que se han ido al fondo, aunque otros no. Pero, en cualquier caso, la producción ha aumentado enormemente. Si esto lo hubiera hecho con intervención de los funcionarios, créanme ustedes -tienen ustedes que creerme de verdad, pues tengo experiencia en este sentido-, créanme ustedes que toda Alemania sería hoy un Ministerio único (Risas). Tendría millones de funcionarios, pero probablemente andarían escasos de ideas. Sin embargo, tampoco se puede recriminar a este respecto. El hombre tiene que acreditar lo que vale, tiene que haber aprendido esto, tiene que demostrar su capacidad. Y cuando consigue algo, entonces habrá también de

obtener la recompensa por lo conseguido. ¿Por qué no voy a dar más a un inventor, siendo así que la nación entera vive de él? Piensen ustedes en el hombre que ha inventado para nosotros el caucho sintético. Economiza a nuestro pueblo más de ciento treinta millones de marcos anuales que tendríamos que dar al extranjero; ahora los alemanes lo producen en el interior. ¡Qué importancia puede tener que yo a ese hombre...! Por mí, puedo darle lo que... Si alguien me dijera: “Sí, pero es que come más patatas que nosotros”. Pues dejadle que se hinche de comer. ¿Qué importancia puede tener, qué significa tal cosa en definitiva? (Aplausos). Y por mí, si se construye una casa, eso tampoco le importa nada a nadie, pues considerado en relación con la gran masa no juega papel alguno. Al contrario, éstos son los pioneros de la cultura humana, y a lo que tendemos es a que los demás vayan poco a poco alcanzando un nivel más elevado de vida. Pero esto no se consigue por medio de teorías, sino a través de una mejora continua de la producción, a través de un aumento continuo del rendimiento en todos los campos, para que así participen todos de los beneficios obtenidos.

Lo que nosotros necesitamos son inventores, son constructores, son organizadores; pero ningún funcionario. Una economía socializada pierde toda capacidad de moverse elásticamente; se vuelve perezosa y acaba por sucumbir. Es una ley inevitable. Y precisamente mi punto de vista es el de no permitir que la economía se hunda, sino que se hunda únicamente el que no sirva para nada. Desde luego, en ese aspecto no tengo compasión alguna, en ese sentido soy implacable. “Bueno -me digo-, si usted no es capaz de hacerlo, no soy yo precisamente quien le pueda ayudar. Usted no tiene en absoluto por qué dirigir unas hilaturas, o unas minas, o poseer una fábrica. ¿Por qué? Eso puede hacerlo otro. Si usted no es capaz de salir adelante, si usted no es lo bastante hábil, si usted no es capaz de encontrar pedidos, si usted no encuentra salida para sus artículos de exportación, entonces, bueno, ¡entonces húndase! Los obreros de usted encontrarán trabajo en cualquier otra empresa dirigida por gente más capaz, que sabrá salir adelante. Yo no puedo ayudarlo”. También tendré que decir al individuo en cuestión: “Le doy a usted la ocasión, le facilito posibilidades de obtener beneficios, bien lo sabe Dios; pero tiene usted que dar algún rendimiento. Si usted no puede dar ningún rendimiento, bueno, pues no puedo remediarlo, no lo necesito. Es exactamente lo mismo que hace usted con sus obreros: si uno no rinde, pues entonces tampoco lo necesita usted.”. Esta es una ley de la economía y una ley muy sana, pues de esta forma logramos una continua mejora de la selección y alcanzamos un aumento de nuestra producción, como es hoy realmente el caso de Alemania. Por ello quisiera decir lo siguiente: el rendimiento y el salario que se paga por tal rendimiento redundan siempre, al fin y al cabo, en beneficio de la comunidad. Y solamente en esto se puede fundamentar una orientación económica lógica; todo lo demás es teoría, fraseología y ridiculeces. Otros han trabajado antes de nosotros con teorías; de eso ya tenemos experiencia.

Al decirles esto y al hablarles de estos conocimientos, puedo afirmar que, en la historia mundial, soy uno de esos hombres que han tenido la posibilidad -todos no la tienen- de poder probar históricamente los conocimientos y las ideas en gran medida. Y ello lo estoy probando desde hace cuatro años y medio. Cuando en 1933 llegamos al poder, encontramos a Alemania en una situación que bosquejaré a grandes rasgos. Se acababa de emprender en Alemania el camino de la inflación, es decir, se aumentaban sin cesar los salarios mientras la producción seguía estacionaria. La consecuencia era la desvalorización del dinero: ustedes saben que, en definitiva, la hora de trabajo llegó a pagarse a un millón, luego incluso a un billón, y yo no sé a qué monstruosas cantidades

de dinero; pero no se podía comprar nada con él. Entonces se emprendió el camino opuesto, o sea el de la deflación, es decir, empezaron las escaseces por todos lados; pero también fue un fracaso al no ser posible aumentar la producción; pues el aumento de la producción es siempre el punto de partida. Así, pues, la situación de Alemania en el año 1933, o digamos mejor en el año 1932 era la siguiente: salarios muy bajos, muchísima jornada reducida, una producción muy pequeña y siete millones de parados. Estos siete millones de parados recibían un promedio de 40 marcos mensuales por parado, en concepto de subsidio, a todo lo largo y ancho del Reich. Ello significa, por consiguiente, que podíamos bastarnos con nuestra reducida producción, debido a la falta de poder adquisitivo del pueblo. En primer lugar, había siete millones de alemanes adultos, o sea, unos veinte millones de personas si calculamos también los familiares, que tenían unos ingresos de cuarenta o cuarenta y cinco marcos al mes, es decir, una capacidad adquisitiva pequeñísima. A continuación venían los trabajadores de jornada reducida, también con un poder adquisitivo muy pequeño. Y luego el resto de la masa de la población, también con salarios muy bajos. Dispongo de datos estadísticos. Y ellos me permiten demostrar, por ejemplo, que la fábrica “Krupp” tenía en 1932, antes de nuestra llegada al poder una plantilla de trece mil hombres con un salario medio mensual de 111 marcos. Hoy tiene una plantilla de 63.000 hombres sólo en Essen. Y los ingresos medios por cabeza son de ciento ochenta y siete marcos mensuales.

Como acabo de decir, en aquella época la producción era suficiente debido al pequeñísimo poder adquisitivo. Pero la consecuencia lógica fue que nuestro pueblo iba careciendo poco a poco de la alimentación adecuada. Así cuando llegamos al poder, en extensas comarcas de Turingia había niños de tres y cuatro años que aún no habían echado los dientes, debido a que estaban subalimentados; unas comarcas donde reinaba la miseria. También fue decayendo a ojos vistas la población de Baviera, del bosque de Baviera, etcétera; luego, Silesia y toda la cuenca del Ruhr. Ustedes lo saben perfectamente bien. Unas cifras gigantescas de parados por todas partes, ningún poder adquisitivo por un lado y una producción muy reducida por el otro.

¿Cuál había de ser nuestra primera tarea?. La primera tarea consistía, como dije entonces, en incorporar a estos siete millones de parados al proceso de trabajo, lo que significaba, en realidad, dar a cada obrero 90, 100, ó 120 marcos en lugar de los 45 que habían estado recibiendo por cabeza; dar 160 marcos a los capataces, y 200 ó 250 a los maestros de taller, etcétera. Pero esto sólo podía tener aplicación cuando, como contrapartida, la producción aumentara inmediatamente de una manera extraordinaria, pues de lo contrario, la gente tendría dinero, pero no podría comprar nada. Y ello significa la desvalorización del dinero y el aumento del precio de los artículos. Es un fenómeno que se regula automáticamente. Así, pues, el siguiente paso consistía, obligadamente, en procurar rápidamente el aumento de la producción con todos los medios a nuestro alcance.

Esta política ha conducido por fin a la situación actual: el número de parados es hoy inferior al de tiempos de paz; en la paz, teníamos un promedio anual de 800.000 parados. El número de parados en el mes actual se encuentra ya prácticamente por debajo de esta cifra. Segundo: los ingresos por salarios han aumentado en más de doce o trece mil millones de marcos. En su virtud, hemos aumentado la producción de estos valores, pues durante este tiempo se ha mantenido casi estacionario el índice total de nuestra evolución de precios, excepción hecha de un par de sectores de productos agrícolas, cuyos precios no han podido ser mantenidos, pues ello habría significado la

ruina de todo el campesinado alemán. Los precios han vuelto a bajar en otros muchos sectores, por lo que de hecho... Sólo necesitan considerar, por ejemplo, los precios del pan, que han permanecido prácticamente invariables, mientras que en otros países han sufrido aumentos del cuarenta, sesenta, ciento y ciento veinte por ciento. Esto es cosa que la estábamos viendo. Por ejemplo. A nuestros obreros de París, los que trabajan en la “Exposición internacional”, ha habido que enviarles casi todos los meses un suplemento, debido a la enorme elevación experimentada allí por los precios, que en parte alcanza mensualmente hasta el setenta por ciento en muchos productos. Y, ciertamente, en artículos de primera necesidad, pues me estoy refiriendo al pan, no a artículos de lujo.

Naturalmente, todo esto no ha sido tan fácil de hacer como decir en estos momentos. Naturalmente, hay también entre nosotros muchos hombres de bien que –creo- dicen “¡Viva!”, cuando paso por delante de ellos; pero acto seguido se preguntan: “Señor, ¿no podría emplear esto para hacer un poco más de negocio, para obtener más beneficios, etcétera?” Para tales románticos tenemos los comisarios de precios. Y procedemos de acuerdo con las necesidades. Y cuando las cosas se ponen mal, nosotros también procedemos con la máxima dureza: para eso hemos creado los campos de concentración. A este respecto, no puedo andar con tribunales judiciales ordinarios. Con los tribunales, ¿saben ustedes?, estas cosas duran meses y meses; no puede ser. Si, por ejemplo, uno aumenta de la noche a la mañana el precio de los hilos, entonces tengo que decirle: “Pero oiga, ¿cómo se le ha ocurrido? ¿A qué se debe eso?” Y él me dirá: “Hombre, es que he oído que la falta de hilos...” “Bueno, ¿y cómo se le ha ocurrido la idea de aumentar el precio?”. Entonces no tengo más remedio que actuar brutalmente. Habrá otro que, al oír que se habla de una posible escasez de harina, diga: “Aumentaré en seguida el precio de la sémola”. Entonces tengo que decir: “¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Qué justificación tiene usted para aumentar los precios?”. Como he dicho, tengo, naturalmente, que intervenir siempre con dureza. Es lógico que esto moleste a muchos, pero es precisamente lo que se debe hacer.

En líneas generales, hemos mantenido esta política, y conseguido, realmente, incorporar más de seis millones de personas al proceso de la producción, con lo que, al mismo tiempo, hemos puesto a disposición de esos seis millones de seres humanos una producción paralelamente aumentada. Hemos incrementado los ingresos de nuestro pueblo en más de trece mil millones de marcos, y todo el mundo puede adquirir cosas con el dinero que recibe. No hay escaparates vacíos.

Cierto que, naturalmente, el aumento de la producción no es posible en todos los sectores. Y con ello llego al punto decisivo, a lo que hoy deseaba tratar: yo puedo aumentar de pleno la producción de, digamos, bueno, de bombillas, o la producción de receptores de radio, o la producción de un número incontable de artículos. Pero existe un campo donde el aumento de la producción apenas es ya posible, por mucho que hagamos; y este campo es el de suministro de víveres. Yo no puedo agrandar la extensión de las superficies de cultivo de cereales. De todos modos, en la actualidad producimos ya tres o cuatro veces más por hectárea que otras naciones. Pero todo tiene un límite. Ciertamente que estamos haciendo siempre nuevos experimentos, que tenemos calidades magníficas, que fabricamos nuevos y nuevos productos para abonar la tierra; pero hay un momento en que se llega al límite. Ustedes saben muy bien que hemos bajado el precio de los abonos, y si hay gente que se resiste a emplearlos, pues entonces les obligamos a que los empleen y se los enviamos, cargándoselos en cuenta, como es

lógico. Y esta gente tiene que esparcir los abonos para que también aumente la producción en este sector. Pero no nos engañemos: también esto tiene un límite, pues la superficie de las tierras no aumenta. Tampoco puedo hacer que aumente la superficie dedicada al cultivo de las patatas, ni hacer más grande la superficie dedicada al trigo, pues si aumento la superficie en algún lado tengo que reducirla en otro, pues no es que dispongamos de espacio alguno vacío. En otras palabras: aquí hay un límite.

Y en esto se centra, al fin y al cabo el plan cuatrienal. El pasado año, aquí, en la montaña, reflexioné sobre todos estos problemas y he adoptado esta grave decisión. Por eso he venido a la montaña. No he venido para estarme de brazos cruzados, sino que he venido a pensar. Habrán de saber ustedes que también se necesita tiempo para pensar, y en Berlín no se puede pensar tan bien como aquí, pues el teléfono está sonando sin parar y siempre está acudiendo gente; el uno quiere esto, el otro quiere lo de más allá, etcétera. Un ajetreo que comienza a primera hora y acaba al llegar la noche. Y así no hay manera de pensar. Pero como el pensar es también importante, pues entonces me retiro a esta montaña. Y me siento feliz cuando dispongo de un poco de paz para reflexionar sobre los problemas. El pasado año estuve reflexionando sobre este problema y llegué a la conclusión siguiente:

Primero: En algunos sectores, puedo elevar la producción indefinidamente; en otros, este aumento puede ser sólo muy reducido. Por consiguiente, he de ver la forma de emplear las divisas que obtengo, o sea la contrapartida por los productos que exporto al extranjero, en la compra de artículos cuya producción no puedo aumentar en Alemania, artículos que son alimentos en su mayoría. Por consiguiente, he de producir todas las cosas que sean factibles de ser producidas en Alemania. Además, me dije que éste es el mejor medio que puedo emplear para trasladar a un sector de producción sólido y estable las masas humanas que vayan quedando sin ocupación en el campo de la producción de armamentos. Y así, durante el pasado año, aquí en la montaña, concebí el proyecto de crear en cuatro años una base totalmente nueva para la economía alemana, al hacerla, en primer lugar, independiente de todos los productos que nosotros podamos lograr de algún modo; y en segundo lugar, al ponerle así en la mano los medios con que comprar más fácilmente lo que nosotros no podemos producir.

¿Cuál es ahora el sentido de toda esta actividad? Poco más o menos el siguiente: Me dije: Estamos importando gasolina y aceites, es decir, aceites para motores, etcétera, aceites pesados, aceites lubricantes, etcétera, por un valor de más de cuatrocientos millones de marcos anuales. Así que entonces pensé: Impondré a la economía alemana la tarea de ahorrar estos cuatrocientos millones en el transcurso de cuatro años. Tendremos que conseguirlo; y, ciertamente, partiendo de nuestro carbón. Tengo todavía en la cuenca del Ruhr cien mil hombres desocupados. El carbón es inagotable, y la capacidad existe. Daré ocupación a estos cien mil obreros, y transformaremos este carbón en aceites lubricantes, en grasas lubricantes, en todos nuestros aceites en bruto, en nuestro gasoil, en nuestra bencina. ¡Una gran tarea! Ello significa el ahorro de cuatrocientos millones en divisas, y podremos emplear estos cuatrocientos millones en comprar otros artículos para nuestro pueblo.

Segundo: Actualmente estamos invirtiendo ciento treinta millones de marcos en la compra del caucho, cantidad que aumentará en poco tiempo a ciento cincuenta o doscientos millones. Hablando con propiedad, quisiera decir que los inventores alemanes habían dado ya con el truco al finalizar la guerra. ¿Saben ustedes? Parece una

cosa muy sencilla cuando se dice: ¡caucho, nada más sencillo! Coge usted carbón y coge usted cal y ya tiene caucho. Eso es muy fácil de decir. ¡Pero qué trabajo, qué esfuerzo científico y qué dedicación intelectual exige esta obra genial, lo más genial que los hombres han logrado jamás en este campo! Y yo he dado ahora la orden de que se produzca en Alemania todo el caucho que necesitamos. Leerán ustedes estos días, habrán leído hace un par de días, que en Trípoli, por ejemplo, hemos participado en una carrera con nueve coches de fabricación alemana. Uno de los coches tuvo la mala suerte de que una piedra le averiara el radiador; pero los ocho coches restantes que participaron en la carrera han ocupado los ocho primeros puestos en lucha con todas las marcas internacionales. Y todos estos coches han corrido sobre ruedas con neumáticos de caucho sintético (Aplausos). Y éste mismo invierno estarán listas las dos primeras fábricas “gigantes”, que cubrirán el consumo entero de caucho en Alemania. Y el año que viene estará acabada la tercera, que trabajará ya para la exportación alemana (Aclamaciones y aplausos). Pero al hablarles de tales fábricas, no vayan a pensar ustedes en que se trata de fabriquetas. Son fábricas como la “Leuna-Werk”, instalaciones gigantescas que devoran ahora cientos de miles de toneladas de acero, y que producirán incontables decenas, centenas de miles de toneladas de caucho para nosotros. Y emplearé en estas fábricas a obreros alemanes. Y son obreros alemanes los que tengo trabajando en las minas dándoles a todos un medio de vida estable, pues el pueblo alemán es también un consumidor estable. Y así consigo que nos independicemos del extranjero (Aplausos).

Y una tercera cuestión: Necesitamos grasas, disponemos de muy pocas grasas. Ustedes saben que nuestra margarina procede fundamentalmente del aceite de ballena. Y además, dicho sea de paso, la mejor, pues la peor procede de aceites de semillas. En segundo lugar, tenemos que importar, para nuestro consumo de grasa, grandes cantidades de pepita de palma y, sobre todo, tenemos que importar cantidades enormes de semilla de soja. Sólo la procedente de Manchuria nos cuesta anualmente más de ciento veinte millones de marcos. Así que he dado a los industriales alemanes la orden, primero, de construir una flota de barcos balleneros, pues lo que los noruegos hacen lo podemos hacer nosotros también; a decir verdad, antes no pescábamos en Alemania sino ballenas, en lo que íbamos por delante de los demás. Hace pocos días que ha regresado el primero de estos buques gigantes, cargado hasta el tope de aceite. Actualmente ha sido botado un segundo buque de esta clase, que será puesto en servicio inmediatamente. Son gigantescas fábricas flotantes con una cabida de veinticinco mil toneladas, que cuentan con ocho a nueve buques pesqueros y, además, con buques de transporte. Transformaremos todos los productos de la ballena, todos. Y dentro de poco cogeremos nosotros mismos de un treinta a un cuarenta por ciento de todas las ballenas que entran en aguas de Alemania, porcentaje que irá ascendiendo continuamente. Esto por un lado. Por otro, tenemos que hasta ahora están siendo destinados en Alemania aproximadamente cinco millones de toneladas de patatas para la obtención de alcohol. Pero, entretanto, hemos hallado un procedimiento -inventado por nuestros científicos- que nos permite obtener azúcar del carbón y transformar dicho azúcar en alcohol. Y ahora he cambiado al sector del carbón toda la obtención del alcohol, con lo que los cinco millones de toneladas de patatas están siendo empleadas para el engorde de los cerdos, lo cual se traducirá en un aumento de las grasas disponibles en Alemania (Aplausos). Finalmente, todos nuestros artículos de perfumería, o sea el jabón y todo lo demás, los hemos fabricado hasta ahora con aceites de importación; pero, entretanto, hemos logrado fabricar todo esto partiendo del carbón, por otra parte, de excelente calidad, pues no hay quien pueda distinguir entre una clase y otra. Como ocurre con las

demás cosas, no transcurrirá mucho tiempo hasta que estos productos sean mejores que los importados del extranjero. Y ello nos permitirá también ahorrar grasas. Además, tenemos este nuevo azúcar, elaborado en forma de melaza, que emplearemos como “pasto concentrado”. Y, además, emplearemos al principio, como pasto concentrado, también la carne de ballena, hasta que logremos resolver por completo el problema de su conservación, un problema que nos llevará pocos años, que incluso quizá sea cosa de meses.

Hay otro campo, que es el de los minerales. Durante mil años hemos vivido en Alemania de nuestros propios minerales y hemos exportado siempre mineral, hasta que, de pronto, no pudimos seguir. La transformación de mineral de hierro en Alemania ha bajado a 2,7 millones de toneladas por año. Por lo tanto, he dado la orden de elevar a veinticinco millones de toneladas por año la extracción de mineral de hierro. Actualmente hemos conseguido ya extraer catorce millones de toneladas, y la cifra de veinticinco millones será alcanzada en dos años. Además, hemos vuelto a explotar nuestras viejísimas minas de cobre, que estaban completamente abandonadas, y hemos emprendido ante todo el gigantesco camino de los nuevos materiales. Los obtenemos de nuevos metales ganados a partir de nuestras arcillas. Antes teníamos que importar bauxita. Ahora hemos descubierto un procedimiento que nos permite alcalinizar esta arcilla, y entonces los metales ligeros son obtenidos a partir de esta arcilla alemana. Disponemos actualmente de metales ligeros que no ceden en belleza a los más maravillosos de los otros, cuya única ventaja consiste en que no cambian de color.

Son gigantescas las industrias que están surgiendo. Sólo en el transcurso de pocos años serán levantadas en Alemania cuarenta y tres “gigantescas” fábricas, casi todas las cuales serán de la magnitud de la “Leuna”, lo que nos permitirá independizarnos del extranjero en el aspecto económico, pues no hay forma de gobernar en modo alguno un Estado cuando está uno continuamente frente a la amenaza: “Si no hacéis esto, entonces apretamos la cuerda; si no hacéis lo otro, tiraremos por este lado de las riendas; si no hacéis lo de más allá, cerraremos el grifo, etc”. Eso es insoportable y no puede ser. Nos veremos libres de esta coacción dentro de pocos años. Hoy, compatriotas, resulta difícil pronosticar qué importancia podrá tener esto en la libertad y el futuro de Alemania; pero la importancia real que posee pueden ustedes deducirla del hecho de que el extranjero lleva poco más o menos un año gritando sin cesar: “Tienen que abandonar el plan cuatrienal”. Pero tengan la seguridad de que no será abandonado. “Será realizado” (fuertes aplausos) hasta sus últimas consecuencias.

También hemos empezado a ocuparnos en el campo de los materiales textiles. Al terminar la guerra estuvimos a punto de resolver el problema, para luego darlo de lado, pues la producción extranjera resultaba más barata y preferíamos pagar a unos millones de parados alemanes. Pero yo siempre he defendido el punto de vista de que los precios interiores no juegan papel alguno, que lo decisivo es que no tengamos obreros parados. Ahora, utilizando sustancias alemanas, estamos obteniendo productos textiles que nadie puede distinguir de los naturales, y que en muchos campos incluso son mejores. También en este sector nos independizaremos dentro de poco tiempo. Luego, hemos descubierto un nuevo material: la resina sintética. Empleando resinas sintéticas, fabricamos actualmente ruedas de engranaje cuya dureza es superior incluso a la del mejor acero y que no se desgastan en modo alguno.

Es éste un campo gigantesco, el campo que estamos cultivando actualmente, del cual les he expuesto muy superficialmente sólo un par de cosas. Y si alguien me preguntara hoy: “¿Cómo calificaría usted todo esto?”, pues tendría que contestarle diciendo: “Amigo mío, ¡esto es una política económica nacionalsocialista, esto no son teorías! Los demás formulan teorías, pero nosotros estamos trabajando por todas partes en fábricas gigantescas”. Quizá haya también quien me diga: “Sí, muy bien, pero, ¿por qué esas obras tan grandes? ¿Por qué esas carreteras tan enormes?”. Pues porque miro hacia el futuro y, sobre todo, porque me digo que siempre resulta más barato realizar estas obras gigantescas que tener a la gente sin trabajo. Y además, ello me trae visitantes del extranjero. Volveré a recuperar lo empleado. Ustedes tendrán aquí dentro de poco un gran hotel. Espero la venida de muchos extranjeros con ánimo de conocer Alemania. Y esos extranjeros dejarán su dinero aquí. Se me dirá: “Hombre, pero, ¿encuentra usted lógico eso?” (Aplausos). “¡Pues claro que lo encuentro lógico!”, tendría yo que contestar. ¿Acaso sería más lógico que la gente se dejara el dinero en el extranjero?. Nosotros lo necesitamos imperiosamente. ¿Es que quizá nos hace algún daño que dejen su dinero aquí? Esta es una montaña preciosa. Que vengan, se queden aquí descansando y gasten aquí su dinero (Aplausos).

Y de paso edificaremos para recreo de nuestros compatriotas, también edificamos para ellos. ¡Por todas partes lo estoy haciendo! Construimos hoteles maravillosos, pero de paso levantamos también colosales hoteles de la “Fuerza por la Alegría”. Esta es, ¿saben ustedes?, la diferencia de nuestra economía respecto a las otras. El marxismo habría despedazado y deshecho en seguida el “Europa” y el “Bremen”, esos maravillosos vapores rápidos. Cada mes me presentan las cuentas, según tengo ordenado. ¿Quién viaja en ellos? ¿Viajan muchos americanos en estos barcos? ¡Estupendo! ¿Viajan muchos..., también alemanes? El que tenga mucho dinero, que se lo gaste. ¡Eso es magnífico! Pero es que también construyo tales barcos para el pueblo alemán. Ahora está siendo botado un buque que desplaza veinticinco mil toneladas, un fantástico y gigantesco buque. Y dentro de cuatro meses será botado otro. Y el año próximo se pondrá la quilla a otros dos. Yo no destruyo nada, sino que construyo.

O vayamos a otro campo. Existen otros países donde se dice: “Los baños de mar... Bueno, eso es únicamente para capitalistas” Pero yo digo: “Déjenlos; lo único que hacen es encarecerlos lo más posible con el fin de que la gente deje su dinero con la mayor rapidez posible.” ¿De qué se quejan, pues? En cambio, nosotros estamos organizando para el pueblo alemán grandes viajes de placer y construyendo en Rügen un balneario marítimo con una cabida de veintidos mil personas, el balneario marítimo más grande del mundo. Y ya hemos calculado los precios, eso lo hace el camarada Ley. Ha calculado ya, por ejemplo, que un viaje de ida y regreso a este balneario desde Berlín, con una duración de ocho días, incluidos los seis días de permanencia en el balneario, costará dieciocho marcos y sesenta céntimos de marco (Aplausos). Ahora se me dirá: “Sí, pero sólo van unos pocos”. Naturalmente que al comienzo fueron sólo unos pocos. En el primer año fueron dos millones; al año siguiente fueron tres millones; el año pasado fueron siete millones; el año que viene irán seguramente nueve millones. Y llegará un día en que vayan todos. Tengan en cuenta que sólo llevamos cuatro años y medio en el poder. Hay que darme tiempo.

Dentro de diez años, de quince, todo habrá sufrido una transformación tremenda en este aspecto. Estoy convencido de que todos los alemanes irán al mar, y todos sabrán a la perfección cómo es el mar del Norte y cómo es el Báltico, qué aspecto tiene uno y

qué aspecto tiene otro. Y también vendrán a la montaña y contemplarán esto. Y entonces el pueblo alemán se aproximará recíprocamente más y más, pues este pueblo alemán es, en realidad, una comunidad de destinos, y nadie en el mundo le ayudará si no se ayuda a sí mismo.

Y también es este el sentido de nuestra política económica: educar al pueblo para que se ayuden mutuamente. Un gigantesco problema educativo y una empresa educacional que quizá necesite de decenios; pero también la vida de un pueblo dura algo más de tres o cuatro años. Esto no se reconocía antes, pues en las épocas en que los Gobiernos cambian cada dos o tres meses no se cree que la vida de los pueblos sea más larga. Pero los pueblos tienen una larga vida. Y es beneficioso que los Gobiernos duren largo tiempo, pues en tal caso tienen largo tiempo de que disponer.

Claro que siempre hay gente que dice: “¿Cómo puede ese hombre dar comienzo a un programa así de construcción de carreteras? ¡Pero si antes de diez años no podrá estar listo...!” Pues porque tengo el convencimiento de que el nacionalsocialismo durará mil años. Y si ustedes me preguntan: “¿Cómo, que tiene usted en Berlín un programa que necesitará veinte años para su terminación?”. “Pues sí, estará acabado dentro de veinte años”. Y si precisamente podemos hacerlo así, es porque estoy convencido de que, dentro de veinte años, Alemania será todavía más nacionalsocialista que lo es hoy. Para entonces habrán muerto ya los descontentos de hoy (Aplausos). Será menor el número de cabezotas. Y los que ponen reparos a todo serán tan viejos que ya no tendrán un diente y no habrá nadie que los escuche (aplausos). Y entonces dispondremos de una nueva juventud a la que, desde muy pequeña, adiestraremos en los principios del nuevo Estado (aplausos). Le inculcaremos de antemano nuevos pensamientos, la educaremos, haciéndola olvidar todos los prejuicios y presunciones de clase, en un socialismo cuya máxima expresión sea la de organizar un Estado en el que “todos y cada uno” de los ciudadanos tengan en la mochila el bastón de mariscal, es decir, que cada uno, sea medido con arreglo a “su” valía, con arreglo a lo que signifique para sus semejantes, y que todos gocen de la misma estimación y respeto.

Esto no puede lograrse de repente. ¿Qué quieren ustedes? Cuando se lleva mil años educando a un pueblo de forma insensata, rigiéndose por la vanidad de la clase social, el origen, los conocimientos, la instrucción, las tradiciones, las confesiones religiosas, los partidos y Dios sabe cuántos diablos más, bueno, pues entonces no hay manera de extirpar todo esto en cuatro años. Ustedes no lo comprenderían en modo alguno. Si cojo a un antiguo miembro del partido comunista alemán, me dirá: “¡Oiga, no quiero saber nada; déjeme tranquilo!” Y, naturalmente, si me dirijo a un viejo burgués, me dirá también: “No querrá usted que vaya yo con esa gente... porque yo he nacido siendo el señor de tal y de cual...” Entonces no me queda sino decir: “Pues quédese en la cuneta, no le necesito” (Aplausos). No se puede hacer nada con esta gente, créanme; hay que esperar a que se mueran (risas). No hay forma de conseguir que cambien de pensamiento; eso resulta difícilísimo. En cambio, nosotros educamos ahora a nuestro pueblo de manera que se sienta más unido cada vez, aprovechando para ello tales viajes.

Cuando últimamente asistí en Hamburgo a la botadura de este barco gigantesco, sentí una sensación honda y distinta al verle deslizarse por las gradas. Es un acontecimiento que tiene lugar por vez primera en el mundo el de que se haya construido una cosa así para la gran masa de un pueblo, para trabajadores, empleados modestos, etcétera. Y cuando vi después pasar a estos seis vapores con las siete mil

personas en sus cubiertas, y todo el mundo expresando su júbilo, pensé para mí: fíjate, allí están todos, son maestros de taller, obreros, empleados y funcionarios. Ahora viajarán juntos durante diez días, y poco a poco se irán aproximando mutuamente. Si esto se hace durante cien años, todos se irán sintiendo poco a poco un sólo pueblo cada vez más. Ya podrá haber quien chille todo lo que quiera, ya puede haber quien incite; los unos, gritando por confesiones religiosas; los otros, por esto y aquello y lo de más allá; y los demás, por partidos y por ideologías... al final, habremos logrado que el pueblo alemán sea un verdadero pueblo, un pueblo en el que se comprenden unos a otros, un pueblo que no sea una torre de Babel, donde las personas hablan y no se entienden, o no se quieren entender mutuamente.

Esta es una gran tarea que -y ahora quisiera llegar a la conclusión- ciertamente sólo tiene sentido cuando el poder está por encima de todo y por delante de todo. No tengo por qué hablar con un comunista que me diga: "Usted lo que quiere es la guerra". A este le podría decir sólo una cosa: "¡Amigo mío, lárguese con viento fresco a la Rusia Soviética y vea de conseguir primero la reducción del Ejército Rojo! ¡Es muy fácil! ¿Por qué no nos enseñáis cómo se hace? ¡Estáis continuamente gritando "nunca más la guerra", pero estáis organizando un ejército potentísimo!. ¿Para qué entonces? ¡Ni el diablo quiere nada con vosotros! No tenéis absolutamente nada que se pueda apetecer. ¡Vivís tan sucia y miserablemente que no hay persona que quiera nada con vosotros!" (Aplausos). Pero también hay otra clase de personas, las beatas, que dicen "hombre, no hay que proceder con violencia, sino que es mucho mejor confiar en las oraciones". Pues muy bien, seguramente que en España habrán rezado también; pero no parece que les haya sido de mucha utilidad (risas). El Señor no protege únicamente al que sólo reza, sino al que también trabaja y lucha al mismo tiempo (aplausos atronadores). Eso es lo decisivo. No vayamos a que los vagos y holgazanes se digan: "Bueno, como hay que trabajar y rezar, yo rezaré mientras los demás trabajan" (risas). No, no, lo uno y lo otro tienen que ir absolutamente de la mano. También el trabajo puede ser una oración. Quien trabaja (aplausos) por un pueblo (aclamaciones) y se mata a trabajar por un pueblo, rinde más y hace más a los ojos de la providencia por ese pueblo que quienes no mueven en realidad un dedo y lo único que hacen siempre es andar de aquí para allá escurriendo el hombro.

Y lo mismo he de contestar a los otros que dicen: "¿Sabe usted? Yo rechazo toda violencia, confío únicamente en el derecho, etc." ¡Ja, ja! Sabemos lo que es el derecho. Hemos estado quince años en Alemania sin saber lo que es la fuerza. ¿Dónde había quedado nuestro derecho? Créame usted que la posición que Alemania ocupa hoy en el mundo es distinta a la de entonces. También puede que me echen a veces en cara: "¡Sí, pero no nos quieren!". Bueno, en lo que se refiere al cariño, renuncio a él, ¡lo que quiero es que me respeten! y quiero que se respeten los derechos de Alemania (vivos aplausos). Ni yo ni ninguno de nosotros necesitamos que nos quieran; este es un sentimiento que no se puede traducir en dinero, esto significa que, si, por ejemplo, leo en un periódico francés que nos quieren, sólo habré de preguntar en tal caso: "¿Qué logramos a cambio?" (aplausos). O si lo leo en un periódico inglés. ¡Cariño! Hombre, si todavía dijeran: "¡Os queremos mucho y por ello os damos las colonias!" Hombre, magnífico, con mucho gusto por nuestra parte (Risas). Pero lo primero que dicen siempre es: "Si pretendéis que os queramos, entonces no nos reclaméis las colonias" Y yo digo: "No, entonces prefiero renunciar a vuestro cariño; lo que queremos son nuestras colonias, porque las necesitamos (aplausos). No porque me divierta tener allí un par de negros;

todavía tenemos salvajes entre nosotros, y no hay necesidad de ir a buscarlos a Africa, ¿verdad?” (Risas).

No, no, lo que a mí me interesa no son los negros, sino pura y simplemente las semillas de soja, o los cacahuetses, o los cocos, o la madera, todas esas cosas que necesitamos; eso es lo que me interesa. Y no, claro está, para mí personalmente. Yo no soy ningún accionista, no tengo participación en ninguna empresa, no tengo familia; cuando cierre los ojos definitivamente, todo lo que posea volverá de nuevo a la comunidad nacional. ¡Lo quiero para el pueblo alemán! El pueblo alemán es el que lo necesita! Lo necesitan estos millones de personas si quieren vivir. No se les puede dar de comer con teorías ni con frases, sino que necesitan obtener esto para alimentarse, vestirse y sostener una familia. Para estos fines es necesario aquéllo. Y como estamos viendo que el mundo respeta únicamente al que tiene la fuerza, pues entonces digo: “Bueno, pues prefiero ser fuerte” Y si alguno me dijera: “Pero, ¿no os produce dolor el rearme?”, a ése le contestaría: “¡Bah! Lo vamos soportando bien. Si ustedes lo resisten, también lo resistiremos nosotros” (Aplausos). Y cuando alguno me diga: “Bueno, ¿por qué no abandonamos la carrera de armamentos?”, le contestaré con esto: “Bueno, pues abandónela usted primero, que yo la abandonaré también. Esta vez lo vamos a hacer al revés. Ultimamente fuimos nosotros los primeros en abandonar, pero ustedes no lo hicieron. Ahora abandonen ustedes y después lo haremos nosotros” (Aplausos).

Lo que ahora pretendemos es defender los intereses de nuestro pueblo con absoluta frialdad y desapasionamiento. Los alemanes han estado soñando quince años con la ciudadanía mundial. ¿Han conseguido algo? ¡Nada en absoluto! ¿Se ha preocupado de ellos el mundo? ¡Sería ridículo pensarlo! Ni un dedo ha movido el resto del mundo; al contrario, azuzan contra nosotros siempre que pueden, no pensando en hacer un sacrificio práctico. ¡Valiente estupidez estas habladurías de solidaridad y hermandad, que sólo se oyen cuando se reúnen un par de archiestafadores para envolver a los pueblos en la niebla y el humo de sus palabras! ¡Mejor es que diéran algo! ¿Qué quiere decir hermandad cuando hay una nación que tiene siete millones de parados y los otros no tienen nada que comer? ¿Quién nos ayudó en tales circunstancias? ¡Ni uno vino en nuestra ayuda! A mí no me toma el pelo ninguno de estos charlatanes; lo único que puedo hacer es pedir al pueblo alemán que no se deje nunca engañar por las frases estúpidas, necias, falsas de estos judíos internacionales. Pues son en realidad judíos los que propagan esta estafa por todo el mundo. Por desgracia, fueron muchos los alemanes que creyeron estas mentiras, unas mentiras que nos llevaron a la catástrofe.

Y se diga lo que se quiera, a la vista de los resultados generales de hoy no queda más remedio que confesar que nuestra posición actual es distinta de lo que fuera antaño. Nuestra posición es distinta en lo político, en el poder, en el precio y también en lo económico. Y hemos alcanzado esta posición únicamente porque hemos aunado las voluntades de toda la nación, porque hemos terminado con los conflictos internos. Sí, sé que muchos se han quejado, que uno se quejaba así: “... ¡llevaba tanto tiempo en el partido popular bávaro y ahora lo tienen que disolver!” “Sí, cállate, también los otros han perdido su causa. Es así...” Y otro dice a su vez: “La vieja bandera...” Sí, hace mucho tiempo que los demás tienen “una” bandera, en Francia, en América, en Inglaterra, en todas partes. Pero es que nosotros hemos marchado detrás de cincuenta banderas. Ahora, ya las hemos eliminado todas. Y con ello el pueblo alemán tendrá por vez primera conciencia de su poder y de su fortaleza real. Así podrá imponer en el

mundo sus derechos de otra forma a como lo hiciera antes. Y sobre todo, ¿cómo se podrían, al fin y al cabo, realizar los planes grandiosos?.

Lo que antes les he esbozado de una forma tan superficial, son realmente empresas enormes, son en verdad empresas gigantescas. Dense ustedes cuenta de una cosa: ¿cómo se van a realizar estas empresas si no se cuenta con un pueblo y no se tiene decisión, energía y voluntad? ¿Cómo se podría hacer de otra manera? O si no, ¿por qué no lo han hecho los que han gobernado antes que nosotros? Porque con la ridícula banda que eran no se podía hacer absolutamente nada; eso sin tener en cuenta que aquella gente no tenía en modo alguno inteligencia para hacerlo, y que los judíos de entonces no querían tampoco hacerlo. No, hemos de tener siempre presente una cosa: que en el mundo sólo cuenta quien está asentado en un sólido terreno propio, tanto en el aspecto político como en el económico, y también en el de las armas, en el militar. Si alguien me dijera: “Bueno, pero es que alguna vez tendrá que cambiar”, debería contestarle: “Bueno, pues yo, mientras tanto, espero; no creo que viva para entonces. Tampoco usted vivirá y tampoco lo verán nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos. Habrán de transcurrir todavía algunos miles de años antes de que se cambie en este sentido. Y si no, al tiempo.” Y tampoco el cambio será -cuando llegue- como algunos se lo figuran, pues una cosa es completamente segura; la primera ley que gobierna al mundo es la ley de la selección: el más fuerte y el más sano tiene concedido por la Naturaleza el derecho a la vida. Y es justo que sea así. La Naturaleza ignora al débil, al cobarde, ignora al mendigo, etc. La Naturaleza conoce sólo al que está sobre un suelo firme un suelo propio, al que sabe vender su vida y, además, venderla cara (aplausos), y no al que la regala. Esta es una ley eterna de vida. Ustedes la observarán si dirigen la vista al bosque, si contemplan la vida de la pradera; verán ustedes en lucha a los seres que pueblan el mundo. Y esto lo verán ustedes a través de todos los siglos de la vida de la Humanidad, y esto lo verán ustedes hoy también, dejándo aparte toda fraseología inútil “¡Ay del débil!”. ¡Ay del que no tiene un suelo propio! Que no espere ayuda de nadie; para lo único que servirá es para que se aprovechen de él. Y yo quisiera que, en Alemania, por excepción, no fuéramos víctimas de tal explotación, sino que lo que pretendo es que dispongamos de nuestro propio suelo y podamos establecer nuestro derecho y, con ello, dar forma propia a nuestra manera de vivir.

Así ha sido posible imaginar la realización de esta gran obra en estos cuatro años. Se trata de principios simples, de conocimientos totalmente desapasionados, escuetos. No hay nada de especial en ello, es lo aplicable a la vida privada, a la vida social, lo aplicable a la economía y a la Naturaleza entera. No es en realidad una teoría, sino -quisiera decir- un conocimiento natural, un conocimiento, digamos, de las leyes y condiciones primitivas de la vida; significa tener en cuenta las experiencias derivadas de la vida, nada más. Esta es la teoría económica nacionalsocialista y, por consiguiente, la realización práctica de la economía nacionalsocialista: los éxitos que ustedes están viendo hoy, y los que habrán de ver todavía dentro de pocos años. Nuestros enemigos se enojan por ello, lo cual me parece muy bien, pues con arreglo al enojo de nuestros enemigos calculo el éxito de nuestra labor. (Aplausos)

Ahora, al terminar, silenciaría algo si no les dijera que, lógicamente, hemos de poner, como exigencia de nuestro derecho, la condición de que se nos dé lo que nos pertenece. En contra de lo que se imaginan algunos políticos ingleses, hoy ya no vale decir: “Claro, nosotros somos cuarenta y siete millones de ingleses y necesitamos para vivir la cuarta parte del mundo. Y los rusos, naturalmente, necesitarían una extensión

gigantesca para poder vivir. Y también los franceses han de tenerla, y así mismo los americanos. Y, naturalmente, también el Japón ha de poseer un territorio de expansión. Y Francia, por supuesto. Y también Bélgica ha de tener sus colonias. Y también España. Pero Alemania en modo alguno.” ¡Esto no puede ser!. Y en este aspecto, continuamente y cada vez con mayor energía, presentaré al mundo nuestra exigencia: “¡También nosotros reclamamos nuestro puesto en la vida y en las posibilidades de vivir!” (aplausos atronadores). Y he de obrar así porque tengo la vista puesta en el futuro, más allá de nuestra generación, porque veo crecer a los niños y sé que llegará el momento en que ello sea imprescindible, necesariamente imprescindible.

Y sé que alcanzaremos nuestra meta con tanta mayor facilidad cuanto más unida esté la nación que marche detrás del que exige. Pues cuando es sólo un hombre el que presenta al mundo tal exigencia, este hombre no significa absolutamente nada. Pero si detrás de él hay sesenta y ocho millones de personas que “gritan” con él, el clamor se oye entonces a gran distancia. Y cuando además marcha detrás un ejército de millones de hombres, entonces llegará día en que los otros digan: “Señor, a ver si de una vez nos dejan en paz con esta continua... Vamos a ver, ¿qué hay que hacer?” Llegará el momento en que participemos en la configuración de los acontecimientos, tengan ustedes la seguridad de ello. Pues al final terminarán por decirse: “Siempre será mejor darles un pedazo que estar escuchando este griterío continuo y, además, vernos expuestos a este peligro, a esta amenaza”. Llegará el día en que los otros hablen con ellos mismos, y será entonces cuando la orientación económica nacionalsocialista habrá creado para el futuro y dado forma a las bases para la alimentación del pueblo alemán. Pero, como antes he dicho, esto nó puede conseguirlo sólo un hombre -que tiene que marchar siempre en cabeza-, sino que ha de ser todo el pueblo que camine detrás de ese hombre. Y para este fin hemos creado la comunidad nacional alemana, esta comunidad indestructible que hará posible que alcancemos con facilidad en el mundo lo que un hombre solo jamás podría lograr. Al final, todos participaremos de alguna forma en los beneficios de esta actuación.

Y creo que todo el trabajo restante que llevemos a cabo no será un castillo edificado sobre arena, sino que un día llegará a tener su valor. Pues frente a nosotros se alza como objetivo inconvencible la consecución de un gran Reich con un pueblo libre, con una cultura elevada, pero, sobre todo, con una firme unión interior y una camaradería insuperable, una auténtica comunidad del pueblo. Esta es nuestra meta futura. ¿Qué clase de hombre sería el que no trabajara persiguiendo una meta que está en el futuro? Cuando muchos digan: “Es usted un iluso”, a esos sólo les podré responder: “¡So idiota! Si no hubiera sido siempre un iluso, ¿dónde estaría usted ahora y dónde estaríamos hoy todos nosotros? “yo he creído” siempre en el futuro de Alemania. Usted me dijo antaño “Es usted un iluso”. “Yo he creído” siempre en el resurgimiento del Reich alemán. Usted dijo siempre: “Es usted un loco”. “Yo he creído”, siempre en el resurgimiento del poderío alemán. Usted dijo siempre que yo era un insensato. “Yo he creído” en la eliminación de nuestra penuria económica. Usted dijo que ello era una utopía. ¿Quién tiene ahora la razón? ¿El iluso o usted?. ¡Yo he tenido razón!. ¡Y también la tendré en el futuro!”. (Aplausos atronadores).

DISCURSO CON MOTIVO DE LA VISITA DE BENITO

MUSSOLINI A ALEMANIA. CAMPO DE MAYO

(28 de Septiembre de 1937)

Esto no es una reunión del pueblo, sino una manifestación del pueblo. Su significado más profundo es el sincero deseo de garantizar a nuestros países la paz, que no es el premio de la vileza renunciadora, sino el resultado de una consciente defensa de nuestros valores espirituales, materiales y culturales. Por ello nosotros creemos servir del modo mejor a aquellos intereses que más allá de nuestros pueblos deberían ser verdaderamente los intereses de toda Europa.

Esta manifestación es exacta medida del camino recorrido. Ningún pueblo puede desear la paz más que el pueblo alemán, porque ningún pueblo mejor que el pueblo alemán tiene conocimiento también de las terribles consecuencias de la doblez y de la ciega credulidad.

Quince años han transcurrido antes de la llegada del Nacionalsocialismo al poder, y representan una cadena sin fin de opresiones, de chantajes, de repulsas a reconocer nuestros derechos, y por último un período de indecible miseria moral y material. Los ideales del liberalismo y de la democracia de nuestro país no han salvado a la nación alemana de las más graves violencias que la historia recuerda.

Así el Nacionalsocialismo tuvo que erigir un ideal diferente y más eficaz para restituir a nuestro pueblo aquellos elementos directivos que, después de un decenio, le han sido negados.

En aquel período de amarguísimas pruebas -y esto debo proclamarlo delante del pueblo alemán y de todo el mundo- Italia y en especial, la Italia fascista, no han tomado ninguna participación en las humillaciones inflingidas a nuestro pueblo. Ella supo, en aquellos años, mirar con comprensión las reivindicaciones de una gran nación que pedía la paridad de los derechos como necesarios a nuestra vida material y también a nuestro honor nacional. Esto nos ha colmado ahora de sincera satisfacción, al ver llegar el momento en el cual podemos recordar esto, como yo creo lo hemos recordado.

De la comunidad en la revolución fascista y la nacionalsocialista ha nacido una comunidad no sólo de ideas, sino también de acción. Esto es una fortuna, en un tiempo y para un mundo en el cual está por todas partes visible la tendencia a la destrucción y a la deformación.

La Italia fascista, por obra de la genial actividad creadora de su constructor, ha llegado a un nuevo imperio. Benito Mussolini habrá constatado, por otra parte, con sus propios ojos, en estos días, que con el Estado Nacionalsocialista también Alemania ha vuelto a ser, con su economía nacional y con su fuerza militar, una potencia mundial.

Las fuerzas de estos dos países constituyen hoy la más segura garantía para la conservación de una Europa que posee todavía el sentido de su misión civilizadora y que no está dispuesta a desaparecer disuelta por obra de elementos destructores.

Los que estamos aquí reunidos en esta hora, o los que en el mundo nos escuchan, deben reconocer que nuestros dos regímenes nacionales se han encontrado con una

recíproca fé y solidaridad, al mismo tiempo que las ideas internacionales, marxistas y democráticas en todas partes ofrecen, sobre todo, manifestaciones de odio y con él la división de los espíritus.

Toda tentativa de querer distanciar o escamotear esta comunidad de pueblos intentando, con maniobras, dirigir a uno contra otro sospechas o con insinuaciones de falsos objetivos, está destinada a chocar contra el deseo de 115.000.000 de hombres, que dan la vida, en estos momentos, a esta manifestación y también, especialmente, contra la voluntad de dos hombres que aquí están y hablan.